



Gonzalo

Wandosell
Fernández
de Bobadilla

Una ciudad

inventada

Ilustración de María Ana Wandosell Canet



malbec
EDICIONES

UNA CIUDAD INVENTADA

Gonzalo Wandosell

MALBEC EDICIONES

Editor: Javier Salinas Ramos

MALBEC EDICIONES

© 2019, Gonzalo Wandosell Fernández de Bobadilla

Primera edición: junio de 2019

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Impreso en España/Printed in Spain

Dedicada al infinito espíritu luchador de las mujeres

ÍNDICE

Nota del autor

Una carta

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

Epílogo

Apotecario de viaje

Nota del autor

La novela dibujada en las siguientes páginas es una historia de ficción, protagonizada por algunos personajes reales, y otros fruto de mi imaginación, aunque todos los acontecimientos históricos narrados en ella, las descripciones de las costumbres de la época y de las localidades donde se desarrollan, responden a un riguroso proceso de investigación histórica llevado a cabo durante varios años, a través de la prensa de la época, los protocolos notariales, la tradición oral y en archivos privados y de instituciones públicas.

Gonzalo Wandosell Fernández de Bobadilla

Una carta

Almería, miércoles, 7 de abril de 2010

Estimados señores:

Como ya he tenido la posibilidad de comentarles en alguna ocasión, la pérdida de las colonias americanas, y la necesidad de suplir el mineral procedente de esas tierras, aceleró el proceso de liberalización de la actividad minera iniciado con la Ley de Minas de 1825, a fin de permitir la explotación sin la obligación de contar con licencia del rey.

En la segunda mitad del siglo XIX, cualquier ciudadano español o extranjero podía hacer con libertad excavaciones o labores de investigación en terrenos de dominio público o privado y, una vez demarcados, tenía derecho a solicitar el título de propiedad del subsuelo, y a venderlo a cualquier individuo o compañía.

En la sierra de Cartagena-La Unión estas facilidades dieron lugar a un importante movimiento en torno al plomo. De Andalucía y Cataluña llegaron familias completas en busca de un mejor sustento y, a veces, de un rendimiento a su experiencia anterior como mineros, fundidores o comerciantes.

En mi última investigación sobre las historias de aquellos hombres y mujeres, entretejidas alrededor de las minas, encontré en el cajón del escritorio de un viejo despacho de abogados una carpeta de cuero marcada con el nombre Corazón de plata, y en su interior hallé unos folios manuscritos que pertenecieron al diario íntimo de un personaje singular: Alma Morales Calvache, una mujer valiente, adelantada a su tiempo y forjadora de su destino.

He decidido enviarles el manuscrito a ustedes, mis amigos editores, por si estiman oportuno publicarlo.

Se despide con un cordial saludo,

Antonio de la Gándara Lluch

Catedrático de Historia Moderna

Universidad de Almería

PRIMERA PARTE

1

Nada ocurrió según lo previsto. Ni una consulta en el mismísimo oráculo de Delfos habría acertado. Su hija trazó el rumbo de su vida desde el día del nacimiento, sí, una niña, intuida desde los primeros días de embarazo.

Transcurría el último mes de 1858, en Londres se construía el Big Ben y Charles Darwin había presentado en sociedad su teoría de la evolución; en Lourdes, la Virgen María se había aparecido a la joven pastora Bernadette; en Grecia, la ciudad de Corinto casi desapareció por un terremoto; y una viuda de mediana edad, embarazada de treinta y tres semanas, daba a luz a una niña en plena sierra de Almería.

Ella pensó en dar un paseo en busca de un poco de pan caliente para la cena, una costumbre, mas, aquella salida se convertiría en un viaje peligroso a un terreno inesperado, una tormenta. El cielo estrellado estaba aplastado por grandes nubes negras, el viento se volvió sonoro y los relámpagos describían cabriolas sobre un lienzo negro. Isabela tenía el hábito de vivir aislada en el campo, y había asimilado los secretos de la sierra envueltos en un espíritu guerrero. «Mi coraje no será superado por el oscuro abrazo de esta lluvia torrencial», pensó. Había tejido un sólido plan para el futuro de esa hija, en manos de unas monjitas de Almería, y no imaginaba la rendición ante los planes de otro, aun cuando fuesen los de la madre naturaleza. La idea de una mejor vida para su niña fulgía, como una luz poderosa, en su difícil vuelta a casa.

En los alrededores de un pueblo llamado Alhama la Seca, una roca enorme, situada junto al sendero, se partió por el impacto de un rayo y uno de los fragmentos golpeó la cabeza de Isabela, un hecho fortuito. Cayó sentada en el flanco del camino. Aquel golpe no fue mortal, al menos en ese instante, aunque adelantó unas semanas una nueva existencia. Con la misma piedra de su desgracia, había cortado el cordón umbilical y dio inicio a la vida de su hija.

Las aguas convirtieron la senda en un riachuelo, y los truenos componían su propia sinfonía de terror en el cielo. Protegida en el interior de la cesta, la niña resplandecía al lado del pan recién horneado.

Isabela se puso de pie, cubierta de sangre, y con apenas fuerzas para unos metros más, y mientras, la niña permanecía en silencio, como si hubiese adivinado la lucha de su madre por la vida de ambas, renunciando al llanto y al lícito protagonismo del día de su nacimiento. No llegaría a su casa, lo sabía, y encaminó sus pocos pasos restantes hacia las luces del pueblo de Alhama. Las calles permanecían desiertas, las puertas cerradas y el pánico en la piel de sus habitantes. Nadie la vio acudir tambaleando a la llamada de una vela bailarina al son del viento nocturno, una vela de culto a la Virgen de La Esperanza, custodia de la fachada de una de las farmacias del pueblo. Isabela se santiguó ante la Señora, aprovisionó a su hija con besos salados, rompió el cristal protector de la virgen de una pedrada, y dejó, con infinita tristeza, la criatura a los pies de su nueva madre. Nadie vio su inclinada huida, ya arrepentida, a una meta inalcanzable, aunque alguien sí escuchó aquella llamada.

—Antonio, me ha parecido oír cómo se rompía un cristal en la puerta. ¡Acompáñame a ver si le ha

sucedido algo a nuestra querida Señora!

El farmacéutico jamás hizo esperar a su esposa, conocía las consecuencias de tal osadía. Él lucía una constitución casi de gigante, algo extraño en esos entornos; ella era dueña de un carácter capaz de resucitar a los muertos y darles de comer.

Los dos salieron de su habitación, bajo la luz de un candil, en dirección a la puerta principal; el viento rugía con fuerza aterradora en las ventanas, mas la fe de la esposa del farmacéutico en su virgencita era grande, algo propio de una mujer devota.

Allí estaba la niña, en su cesta de mimbre, con sus ojos de recién nacida clavados en Antonia Calvache, esa mujer de carácter firme y resolutivo, su nueva madre.

Antonia miró a su marido, extrañada, pero con la autoridad lograda por los años de entrega y sacrificio al farmacéutico. Tenía ante sus ojos la respuesta a sus plegarias. Cuántas veces había dicho: «sin hijos no me siento completa Antonio, me falta un trocito de alma»; cuántas veces él sintió esa culpa en su corazón.

Antonio Morales, el farmacéutico más querido del pueblo, suspiró.

—Entra a Alma Morales en su casa, mujer.

Después de tanta cera gastada ante su Virgen de La Esperanza, el milagro había ocurrido y ya eran padres de una preciosa niña.

Una costumbre, una tormenta y un hecho fortuito resultaron suficientes para cambiar sin remedio el sino de una madre y su hija...

2

Una costumbre, una tormenta y un hecho fortuito resultaron suficientes para cambiar sin remedio el sino de una madre y su hija...

Con esas palabras empiezo el cuaderno de mi vida.

Me pregunto si sabré unir con hilos de sensatez tantos recuerdos. Me repetía Antonia, mi madre, orden es cordura. Yo he cogido pluma y papel, aunque me siento incapaz de hilvanar dos ideas con sentido. Dudo sobre qué guardo escondido bajo mis costumbres de tantos años... Empezaré por el principio...

En diciembre de 1858, fecha de mi nacimiento, Alhama la Seca tenía la forma de un ajado broche de casitas blancas enganchado a una ladera en las estribaciones de la sierra de Gádor. Anclada en el Cerro de la Cruz y protegida por grandes barrancos, su privilegiada posición la convierte, aún hoy en día, en centinela de los pueblos circundantes, en un observatorio natural de la vida cotidiana de la zona.

Desde cualquier esquina de sus calles se pueden distinguir los pueblos de Bentarique, Terque e Illar a la izquierda; y al otro lado, los de Alboloduy, Alsodux, Alhabia y Santa Cruz de Marchena. ¡Ojalá hubieras visto nuestro pueblo en sus tiempos de máximo esplendor, el broche de oro blanco del valle del Andarax! Esas son las palabras del farmacéutico Antonio Morales a su interlocutor de turno. Una receta pedida por una cliente o un vino casual con un amigo era suficiente motivo para recordar otros años de Alhama la Seca. A los pequeños detalles de su vida —sobre todo la ajena a su laboratorio— les prestaba poca atención, mas, se convertía en un magistral contador de cuentos cuando adornaba, con precisos trazos, la historia de su pueblo.

Antonio Morales, mi padre, Toño, para sus convecinos, tenía su propio estilo a la hora de pintar su vida, parco en palabras y ancho en gestos.

—¿De dónde vengo yo, padre? —pregunté un día cualquiera.

—De los deseos de tu madre, niña, ¡de los deseos de tu madre!

—Aparecí en una cesta en vuestro portal, ¿cómo debería sentirme por ello?

—Querida, Alma, muy querida, afortunada, mi niña, muy afortunada.

Nunca obtuve muchas respuestas sobre mi origen. Me habían bautizado dos días después de mi milagrosa aparición, y mi adopción quedó arreglada, a los ojos de Dios, por un acuerdo entre mi padre y el párroco. Poco más sé de ese asunto. Mi padre solo rompía su hábito de parlamentar lo justo cuando hablaba del pasado de su pueblo. Los relatos sobre su patria chica componen una de las imágenes más frescas de mi vida. No existía hora de término, ni fondo, en su armario de recuerdos sobre Alhama de Almería.

Villa de orografía difícil, con sus principios anclados en la prehistoria, tuvo relevancia en época romana, por la cría de gusanos de seda y la alfarería, y más tarde, en el periodo musulmán, como una alquería de la Taha de Marchena, con sus calles abarrotadas de visitantes habituales de los cuatro puntos cardinales, atraídos por las propiedades curativas de sus aguas termales, razón última del origen de su nombre.

—Eso pertenece a épocas lejanas y gloriosas, mi querida hija, te lo cuento para que tengas conocimiento de donde proceden tus verdaderas raíces... Ese esplendor desapareció el 22 de septiembre de 1522. Un fuerte terremoto agotó las fuentes de aguas cálidas y cambió su nombre, Alhama la Seca la conocemos desde entonces. La vida bulliciosa se esfumó por entre los poros de un fragoso paisaje infestado de fugitivos moriscos refugiados en la montaña, y ni la recuperación de sus aguas, a finales de ese mismo siglo, evitó la desaparición de la vida humana en aquella esplendorosa villa de otros tiempos.

A principios del siglo XIX Alhama consiguió dejar atrás aquellos años de desolación y cinco estrechas calles, con sus travesías, servían de cobijo a dos mil quinientos habitantes, que vivían en casas cúbicas de un solo piso, esparcidas sin mucho orden. Me veo con siete años corriendo y jugando por las calles medio empedradas y por sus plazas, la de la Iglesia, la del Mercado, la Plaza Nueva y la de San Antonio. El pueblo subsistía en aquellos años abandonado por sus propias tierras. Como cruel paradoja, su asentamiento sobre la falda de la sierra constituía el principal escollo en su desarrollo. Su cultivo era una quimera, y por ello sus hombres buscaron el sostén de sus familias en las cercanas minas de la Sierra de Gádor. Alhama La Seca atravesó la primera mitad del siglo convertida en una villa agrícola y minera sin cultivos y sin minas, más aquella cercana fuente de riqueza minera también se secaría, y Alhama se transformó en un pueblo emigrante.

Pintaron tiempos duros, si bien yo viví mis primeros años al margen, protegida detrás del mostrador de la farmacia, de allí para adentro, un mundo de cuidados. Mis padres se preocuparon por proporcionarme una adecuada formación en una población donde la mitad de los hombres no sabían leer ni escribir, tampoco las mujeres, y asistí a una escuela sencilla, uno de los tres centros de primaria existentes en el pueblo. Querían que hiciese amigas, aunque esa nunca fue una de mis prioridades. En esa escuela me esforcé, en mi adolescencia, en aprender a leer y a escribir con propiedad y a instruirme en geografía e historia, aritmética, gramática y, por supuesto, en las labores propias de nuestro sexo.

Fue en aquellos últimos años del siglo cuando una costumbre, una tormenta y un hecho fortuito también cambiaron el destino de Alhama la Seca.

Los habitantes del vecino pueblo de Rágol tenían la costumbre de colocar en las orillas de los bancales existentes de uva blanca de Jaén, algunas viñas de otra variedad, la colorada de Rágol.

La tormenta fue la responsable del milagro, de una hibridación natural surgió una nueva variedad de mejor aspecto y mayor duración, que un agricultor trasladó a Ohanes, donde mejoró su tamaño, sabor y durabilidad. Nació así la uva de Ohanes, superior a otras uvas de mesa y destinada a borrar la penuria económica de Alhama.

Un hecho fortuito, el descuido de un comerciante que envió a Londres, por equivocación, unas

canastas de ese tipo de uva destinadas a Málaga, y las uvas se conservaron en buen estado gracias a la dureza de su pellejo.

Pronto, comerciantes de toda Andalucía recorrieron los pueblos del Valle del Andarax en busca de los racimos de esta variedad. Llegaron a venderlos en países como Rusia, Inglaterra y Estados Unidos. El cultivo de la uva de Ohanes, llamada también de embarque, se extendió por las tierras del valle y Alhama la Seca se convirtió en el rincón parralero por excelencia. Sus habitantes se vieron afectados por la fiebre de plantar parras, y el pueblo cambió para siempre. En su día a día los vecinos del pueblo subían las montañas cargados de dinamita con la que pulverizaban el suelo rocoso, construían bancales, y después, los rellenaban con tierra rica en mantillo, procedente de profundos pozos, como si extrajeran un metal precioso, y traída a lomos de animales de carga; un esfuerzo sobrehumano convertir en tierras fértiles las tierras estériles. Las parras vistieron de color verde todo un paisaje árido y seco, una tarea ardua y costosa. Los alhameños necesitaban dinero y lo encontraron de nuevo en el subsuelo, esta vez en las minas de Levante. Alhama volvía a ser un pueblo minero sin minas.

Algunos hombres de Alhama se desplazaron en esos años a las lejanas tierras de La Unión y con la faena, de sol a sol, en las explotaciones mineras, ganaron el puñado de reales con el que compraban la tierra de sus sueños los primeros años, y el alambre, los puntales y los demás elementos necesarios en el emparrado en los siguientes; una letanía de sudor y lágrimas.

A pesar del parón producido por la filoxera, y después de su superación con el injerto de la vid en pies americanos, la fiebre de la uva de Ohanes continuó multiplicando en Europa las casas comerciales dedicadas en exclusiva a este negocio. Dinero fácil. El productor recibía una cantidad anticipada por su mercancía y las uvas llegaban cada semana, envasadas en barriles de madera, al puerto de Almería, desde donde salían en vapores al extranjero, como imagen viva de una nueva fuente de vida.

Alhama la Seca renació, el pueblo se llenó de vida, con nuevas tiendas, tabernas y oficios asociados a la expansión del parral, desconocidos hasta entonces. La algarabía inundó sus casas, y el movimiento las calles. Otra Alhama. El pueblo se transformó, aunque no ocurrió así con sus habitantes, la mayoría vestía aún con trajes de paño, o de telas sin valor, las propiedades eran minifundistas y familiares, la dura faena de antes permanecía como una de sus señas de identidad, y los vecinos, gente honrada y emprendedora, preferían ahorrar para posibles contingencias futuras. Aquellos años, en Alhama, no florecieron los caciques terratenientes deseosos del poder económico y político.

El pueblo y yo crecimos y cambiamos a la vez.

Alhama la Seca, tierra de futuro incierto, se transformó en una próspera villa de casi seis mil habitantes, y con un nuevo nombre, por Real Orden del día veintiuno de abril de 1880, Alhama de Almería.

Y yo sellé mi propio destino ese mismo día, y me convertí en una nueva mujer de fuertes convicciones a la altura del origen del nombre recibido veintiún años atrás: Alma Morales Calvache.

3

—¿Cómo estás? —le preguntaron, una y otra vez.

—Resignado a no verla más.

Eso fue todo. No dijo más al volver del funeral. Antonio Morales, mi padre, Toño, para sus convecinos, tenía su propio estilo a la hora de pintar su vida, parco en palabras y ancho en gestos.

Transcurrían los últimos días del año de 1873. En Madrid, Benito Pérez Galdós había publicado la primera parte de sus Episodios Nacionales y Nicolás Salmerón Alonso, natural de Alhama la Seca, había renunciado a su cargo de presidente de la República por negarse a firmar unas sentencias de muerte; en Estados Unidos, el republicano Ulysses S. Grant ejercía su segundo mandato como presidente; Cartagena se había constituido en cantón independiente; y yo, una joven de catorce años, perdía, sin previo aviso, el gran referente de mi vida.

Día lluvioso. Triste. Las nubes ejercían de plañideras y acompañaban aquel coro de amigas de mi madre, que en ningún momento nos habían dejado solos. Mi padre me abrazaba, me protegía, con su cuerpo enorme, en esas horas de angustia. Su fama en el pueblo era la de un hombre conciso, aunque reconfortante cuando era necesario. Cogió mi mano y me llevó frente a la imagen de la Virgen de la Esperanza.

—Ella será tu nueva madre.

Recuerdo que apenas levanté la vista, no admitía su pérdida, y mucho menos sustituirla. Sin embargo, tenía la extraña sensación de estar observada por Nuestra Señora. Era una bellísima talla de madera policromada de la época de la Reconquista, una virgen de expresión risueña, y yo sentí que sus ojos me acogían. Mi padre la había heredado de su familia, y se convirtió en el bien máspreciado de mi madre, sobre todo desde su intervención divina el día de mi nacimiento. Aquel milagro eliminó, de un plumazo, su ansiedad por no poder ser madre, y el tarro de sus esencias se desparramó en forma de tres hijos seguidos: Miguel, Gabriel y Rafael, arcángeles de una causa hasta entonces perdida, uno cada dos años, el primero, el 18 de julio de 1860, día de eclipse total de sol. Sentada en su trono, con el niño en el regazo, una rosa negra en una mano y flores frescas a sus pies, en cualquier temporada, la Virgen de la Esperanza ejercía de protectora de su bien máspreciado, sus hijos, y del de su marido, la farmacia.

La hornacina de la virgen presidía la entrada de un establecimiento con solera. Su presencia inducía a los clientes a santiguarse, y a pedir por el acierto de mi padre con la solución de su dolencia, quizá por superstición o por no desperdiciar una oportunidad. A través de la cristalera con la copa de Higea, el áspid y las iniciales «AM», asomaba un interior pulcro y ordenado. Cierro los ojos y recuerdo la sala de atención al público de planta rectangular, un mostrador de madera casi sin fin, una balanza para pesar los medicamentos, los frascos dispensadores y otros objetos útiles de la farmacia. Me veo de pequeña en aquella enorme habitación, con sus paredes de nogal y los anaqueles llenos cajas de madera, frascos de cristal y de un botamen de porcelana reluciente, de las mejores casas de España y Europa. Y al fondo, presidida por un gran reloj, la

puerta de la rebotica, donde mi padre acogía las tertulias políticas de los viernes con sus amigos de siempre. En ella despedimos a mi madre en compañía de esos amigos, y de otros interesados en celebrar la vida de la compañera de viaje del viejo farmacéutico.

Han transcurrido algunos años, el tiempo borra las huellas y ya tan solo atesoro destellos de mi madre. No obstante, rememoro con facilidad ciertos momentos, mientras ella zurcía las batas del laboratorio, sobre todo, los protagonizados por mis preguntas inocentes.

—¿Por qué no tengo amigos? Toda mi dedicación la consumís tú, tus hermanos y sobre todo tu padre. ¿Amigos? —repetió con sumo cuidado—. Buenos vecinos sí..., para conversaciones de cortesía... Mis ratos y mis tiempos están escritos en las paredes de esta casa.

Yo guardo una imagen de ella tan pulcra como el más bonito de los recipientes de cerámica de la botica, aunque más impermeable. Mis recuerdos no son muchos, son precisos. Creo que en aquel momento mi madre era una mujer decidida, de costumbres pequeñas y pendiente de las labores propias de su sexo. Pronto aprendí de ella lo necesario para ser una buena ama de casa y valorar los detalles. Con minúsculas pinceladas mantenía el mundo de mi padre limpio y alejado de miradas indiscretas. El laboratorio nos estaba vedado, solo ella accedía a ese lugar impregnado de la magia de su marido. Los compuestos aparecían clasificados tal y cómo habían sido elaborados, al protocolo de administración y a su consistencia, en perfecto orden, y con las etiquetas bien puestas, en botellas, orzas, pildoreros y otros recipientes. Mi madre los mantenía luminosos, con independencia del material con que estuvieran hechos. Ceo que los que más le gustaban eran los albarelos de cerámica de boca ancha. Todo relucía en el santuario de mi padre.

Mi padre presumía de ser un farmacéutico a la vieja usanza, un galénico, su prestigio lo había conseguido con el aura de magia artesanal de sus medicamentos. Únicamente él atendía a la clientela y su maestría residía en una sabia utilización de lo que la naturaleza había puesto a su alcance. Su bibliografía era extensa y cada vez que podía visitaba la biblioteca de la Universidad de Granada, aunque no seguía al pie de la letra las recetas de los antidotarios, tratados de botánica o farmacopeas, sino las descritas en su mayor tesoro, el cuaderno de recetas personales. Las fórmulas ideadas por él, sencillas o complejas, surgían en su laboratorio como fiel reflejo de su carácter, sin adornos ni embelecocos. Fuera de esa estancia mi padre se sentía como un bote de remos en medio del océano; me decía mi madre: «si algún día yo falto tú deberás tomar las riendas». Solo salía de ese recinto para cumplir con Dios los domingos, y allí, en misa, estableció contacto con Aurora, una joven viuda de mediana edad y de amplia valía. El encuentro de mi padre con su segunda mujer fue sensorial, hasta transformarse poco a poco en una de esas relaciones duraderas, luminosas y serenas, hechas con la pasta de las estrellas.

Cuando murió mi madre no dudé en asumir mi nueva tarea.

—Padre, no se preocupe. Yo me haré cargo de la casa y de mis hermanos.

Con su mirada perdida, aceptaba con naturalidad mi nuevo papel a partir de ese día, y me abrió la puerta de su universo con naturalidad. En su laboratorio era un conversador nato. Mientras yo ponía en orden sus pertenencias, compartíamos sus últimos descubrimientos, los libros leídos, las partidas de ajedrez e incluso, a veces, sus preocupaciones; y yo aprendí con rapidez. Aprendí a escuchar a mi padre, a no molestarlo en su laboratorio mientras yo hacía las labores de la casa, a

tolerar su ausencia en las conversaciones del día a día, y a resolver problemas mientras él hacía píldoras con las migas de pan en las comidas.

Muy pronto mudé mi piel, de niña a mujer, y él no se dio cuenta.

Esas tardes de largas conversaciones ponían a punto el reloj de mi vida, me enseñaron a rastrear mi porvenir en los libros y me convirtieron, poco a poco, en una digna descendiente del primer bibliotecario de la Universidad de Granada, el doctor en derecho civil Juan Gil Palomino, abuelo de mi madre y oriundo de Alhama la Seca.

Un día ojeaba el primer tomo de un libro recién publicado sobre la revolución de septiembre de 1868, escrito por los presbíteros Eduardo María Vilarrasa y José Ildelfonso Gatell, y mi padre, que me veía a través de sus redondas y ajustadas gafas, me dijo, con la autoridad de una persona dedicada al estudio, que esa revolución no había servido de nada. Fue una muestra de pirotecnia política, digna de los mejores artesanos del ramo, comentó.

—¿Por qué se hizo entonces? —pregunté aun sabiendo la respuesta.

—Para derrocar a Isabel II —contestó él, con sorpresa.

—Eso sí se consiguió.

—Sí, mas, se quedó en eso, en el derrocamiento de un sistema político fallido y la apertura de la caja de pandora. Un pueblo no puede lanzarse a aventuras desconocidas sin conocer su rumbo. Con Alfonso XII los terratenientes y los caciques han ejercido un poder todavía más absoluto sobre la gran mayoría de la población, a través de la pantomima de la restauración monárquica y la alternancia en el poder de los liberales y conservadores.

Tenía la lección aprendida y no dejé de mirarlo a los ojos, mientras me contaba esa pincelada de la historia con tanta pasión.

—Los dirigentes de la República hicieron flaco favor a los intereses republicanos los dirigentes de la República —añadió con un profundo suspiro—. ¿Conoces la anécdota del nombre de la villa de La Unión? Fue una de las pocas decisiones de esos seis años revolucionarios que el tiempo no ha borrado.

La Unión, un pueblo de la provincia de Murcia surgido al amparo de un sueño colectivo de fácil y rápido enriquecimiento con el fruto de las entrañas de la tierra, un núcleo minero ligado al desarrollo económico de Almería en la segunda mitad del siglo XIX. Sus calles también se llenaron de nuevas tiendas, tabernas y de cafés cantantes con inconfundible sabor andaluz, centros de cultura popular que a veces tomaban forma de lágrimas, historias y cantes; punto de encuentro de mineros, arrieros y cantaores aficionados. Algunos jóvenes amigos de mi padre emigraron allí en búsqueda de un porvenir, sus cartas crearon un vínculo indestructible, y él era un buen cronista de las aventuras de ese bullicioso núcleo urbano, asentado en las faldas del monte Sancti Spiritus.

Esa parte de la historia apenas la recordaba, y escuché con verdadero interés.

—En 1860 el municipio de El Garbanzal se desgajó de Cartagena por el importante despunte

económico de esa pequeña población. Aquel fue un periodo convulso y pronto surgieron desavenencias entre los habitantes de dos de sus distritos, el de Herrerías, cercano a las minas, y El Garbanzal, con una economía rural. Vieja lucha, la industria frente a la agricultura. Por una de esas casualidades de la vida, el General Juan Prim, futuro presidente del Consejo de Ministros, hizo escala en Cartagena en 1868 a bordo de la fragata blindada Zaragoza. Buscaba apoyos a su revolución en la costa mediterránea. Los vecinos aprovecharon la visita y enviaron una comisión vecinal para solicitar su mediación en la disputa. Prim no los recibió, aunque envió a su amigo el general Milán del Bosch a El Garbanzal. El emisario reunió a los habitantes del pueblo en una fábrica y allí se acordó de manera firme y elegante el nuevo nombre de la localidad: La Unión, un nombre que quedó ratificado por el Ministro de Gobernación el 27 de noviembre de ese mismo año... Por desgracia, a eso se dedicaron los sucesivos gobiernos revolucionarios, a resolver anécdotas.

Con el paso de los meses mi padre me dejó observar sus secretos de laboratorio, y su admiración por mi deseo de aprender y mi gusto por la calidez de su compañía crecieron en paralelo. Yo veía cómo elaboraba todo tipo de remedios y pronto conocí las propiedades de algunos elementos en apariencia cotidianos, hojas, frutos o huesos, y de otros más extraños. Trasteé el contenido de todos sus recipientes; y experimentaba con emplastos, pomadas y jarabes contra todos los males posibles. Compartí con él aquellos secretos de viejo boticario, y los mantuve guardados en mi memoria hasta que un día la vida me obligó a extraerlos de su refugio.

Así transcurrió mi adolescencia y mientras mis tres hermanos ejercían de aprendices en la farmacia, recogiendo materias primas y haciendo recados, y los escasos días libres mantenían una relación con mi padre distante, casi profesional, sin mucha atención, por su parte, a quienes les dejaría en herencia, su principal legado, la farmacia.

El renacer económico de Alhama también se notó en el movimiento diario de la botica de mi padre. El pueblo crecía en riqueza y cada vez más, los clientes pedían preparados blandos y sólidos y píldoras doradas o plateadas. Esa era una de las ocupaciones más delicadas y favoritas de mi padre. Lo recuerdo redondeando las píldoras, dejándolas ni muy blandas ni muy duras, y guardándolas en una caja cilíndrica de madera, que antes había forrado por dentro con panes de oro o plata. Las hojas justas. Limpias y brillantes. Mi padre, con un movimiento pausado, movía la caja en todas direcciones. Quería mejorar el aspecto de las píldoras cubriéndolas de un metal noble, y facilitar la ingestión de aquellos medicamentos, de olor y sabor desagradables.

Son pocos, aunque gratos recuerdos.

Doy gracias por las habilidades y aptitudes providenciales que aprendí en aquellos años. Sin ellas mi vida habría sido muy difícil, o peor.

4

Las tertulias en la rebotica eran un fiel reflejo de una sociedad inquieta y liberal, y el único contacto de mi padre con el exterior. A ellas acudía lo más granado de Alhama, incluso el alcalde y el expresidente Salmerón en sus días de descanso en el pueblo. Gozaban de fama por su altura intelectual. Solo hombres, yo era la única chica. En el territorio del farmacéutico, él imponía sus reglas, incluida la de cerrar esas veladas con algunos textos de poetas de la tierra, Paco Aquino, Francisco Villaespesa o José Durbán, todos oriundos de Almería.

Una fría noche de marzo de 1880, allí conoció mi padre a Ramón Alcaraz Manzanera.

El tema de mayor interés era el cultivo de la uva de Ohanes, que mi padre defendía.

—No tiene usted razón —dijo Ramón, con calculada lentitud.

—¿No te alegras del despegue económico del pueblo? —replicó mi padre, deprisa, nervioso ante ese descaro.

—Considero una debilidad centrar su actividad económica en un único cultivo.

—¿Cómo lo harías tú? —preguntó mi padre con intención.

—Creo que la comercialización de la uva no la deberían llevar intermediarios y contratistas de otras tierras —dijo Ramón—, o esta riqueza desaparecerá un día, tal y como ha aparecido.

Una pelea de gallos, así la recuerdo y, sin embargo, mi padre no se interpuso en mi relación con Ramón, al revés, me dio alas. Decía que cada persona es dueña de su camino.

—¿Qué te pareció Ramón, padre? —le pregunté unas horas después. No me respondió entonces, aunque pronto se convirtió en un asistente asiduo a la rebotica y en un afortunado lector de los libros de mi padre.

Ramón ejercía de aparcerero en una tierra ajena, un trabajo que llegó a su vida de forma casual. Un día entró en la casa del propietario, un conocido abogado de la capital, con un racimo de uvas recién cortado de la cosecha, y dijo.

—¿Qué es esto?

—Un manojo de uvas de mi plantación —respondió el sorprendido abogado.

—¿Cómo sabe que son uvas?

—Porque las veo.

—Yo no, son diminutas —dijo sin arrepentimiento—. Le propongo un trato, usted cubra los gastos y en los próximos años compartiremos los beneficios de las mejores cosechas de esta zona.

—¿Eres de Alhama?

—No.

—¿En tu tierra sois tan atrevidos?

—Sí —contestó Ramón con la naturalidad encendida.

—¿De dónde eres?

—De la necesidad.

—¿Y cómo adquiriste ese dominio del cultivo de la uva? —dijo el abogado, ya interesado, por el descaro de su interlocutor.

—El conocimiento lo aprendí en los libros, la pasión es heredada y el celo cuajó en cuadrillas, de un pueblo a otro, en busca de faena.

Ramón era un experto conocedor de la uva de Ohanes, racimos alados, un raspón grueso, verde y una alargada baya carnosa y crujiente, de hollejo amarillo cera. Él prefería cosechar una uva sazónada, aún con el peligro del enemigo acechante, un chaparrón imprevisto que arruinase la faena.

Las condiciones para la vendimia en Alhama surgen a principios de octubre, y en esa época, el pueblo recoge un ejército de hombres y mujeres disponibles, y pone a punto sus almacenes; una faena que dura hasta fin de año, meses de ajeteo y alegría.

La técnica de recolección exige cuidados exquisitos, el cortador es un maestro, el racimo ni se roza, un corte seco con las tijeras, lo más cerca posible del sarmiento, y el racimo se deposita en espuestas, con una fina capa de serrín de corcho en el fondo, y a lomos de mulas se transportan a los almacenes.

El envasado es territorio de las mujeres, sus pequeñas manos y su esmero resultan una bendición en el manipulado de la uva. En otoño las mujeres del pueblo son tan pretendidas como Helena de Troya. Son las jefas del pueblo. Llegan también de otras localidades, con su silla, un delantal y un lebrillo para la granuja, y ellas son las que marcan el importe del salario. En esos meses de otoño, Alhama de Almería huele a matriarcado, y los almacenes desprenden vida. Tienen un paisaje sonoro particular, las recuas entran y salen, la uva está apilada en tongadas, la actividad y el bullicio en los recintos es grandioso. Cada uno de ellos recibe el sobrenombre de una gran ciudad: «Madrid», «Nueva York», «Berlín», «Paris», «Londres» ...

Yo empecé a trabajar en «Nueva York» con apenas quince años.

—¡Quiero hacer la faena, padre! —había pedido varias veces y, al morir mi madre, cedió a mi deseo. El primer sueldo como limpiadora fue mi puesta de largo en esa sociedad alhameña, de forma muy diferente a como se hacía entre la alta sociedad de las grandes ciudades.

Las trabajadoras son un fiel reflejo de su condición social, y la faena, organizada en amplios

corros de mujeres, es pura alegría; jornadas entre cuentos, habladurías y competiciones de canto, cantes relativos a la dura faena, remedios para la fatiga, con el encargado siempre al acecho.

En un primer grupo, las limpiadoras, con las espuestas cargadas de uvas, que separan, con paciencia, las defectuosas, las diminutas y las picadas, una tarea delicada. A continuación, las repasadoras, encargadas de la limpia de las uvas rechazadas en la primera selección, y destinadas a la alimentación animal, la vinificación e incluso como abono. Y en el último corrillo, las emporronadoras, encargadas de la colocación de la uva en su envase definitivo, el barril situado delante. Ellas alternan capas de serrín, utilizado como aislante, con racimos de uva, y mezclan ambos elementos con suaves y parejos vaivenes que evitan cámaras de aire. El rumor de esos golpecitos pone ritmo a su trabajo, concluido con el cierre del barril con varas de adelfa. Son las maestras y lo saben, tienen el mando del almacén, su sueldo es el más alto, y su actitud resulta retadora, a veces soberbia.

En octubre de 1879 yo me convertí en la emporronadora más joven de Alhama de Almería; y ese mismo día, sellé mi compromiso con Ramón Alcaraz Manzanera.

Continúo sin saber qué pensó mi padre, de Ramón, la noche de su primer encuentro en una de sus tertulias, a pesar de que le pregunté aquella noche.

—¿Qué te pareció Ramón?

No quiso responderme.

—¿No vas a dar tu opinión?

—No la tengo.

—Deberías, será el padre de tu nieto.

Aquella fría noche de marzo de 1880, mi padre conoció a mi futuro marido, Ramón hizo trizas el marcado devenir de mi vida, y yo solo atendí a una razón, ser yo misma.

5

Si alguien me hubiera preguntado por mi vida, yo habría respondido, sin dudas, que era feliz. Mi existencia era, en apariencia plena, y todavía hoy me pregunto si viví un espejismo, o si solo fui una pasajera acomodada a sus singladuras. ¡Qué difícil resulta aceptar la felicidad cuando la tenemos delante! La vida con Ramón no era perfecta, más sí nuestra, y él cuidaba de mí con una delicadeza natural, aunque debí acostumbrarme a compartir su amor con los parrales.

La uva de Ohanes, fruto valioso por su resistencia, adorno de lujosas mesas en las grandes ciudades, crece en un emparrado de alambres, por donde los sarmientos componen un mosaico de grandes hojas, del tronco brotan cuatro brazos, y los racimos penden, desde más de dos metros de altura. Ramón conocía sus secretos, las plantas pedían, y él se desvivía en cubrir sus necesidades. Nunca le falló al parral, y el parral nunca le falló a él. Su premio, unos racimos de granos grandes, sanos y con un buen movimiento pendular.

Yo sentí esos mismos cuidados, en su mirada, el día de nuestro primer encuentro. Fue en el engarpe de 1879.

La flor de la uva de Ohanes es hermafrodita imperfecta. Los estambres de su órgano masculino están situados por debajo del pistilo, y el polen lucha contra las leyes de la gravedad en su intento de entrar en el órgano femenino. Un error de la naturaleza que dificulta su polinización a través de los pájaros y los insectos, y hace necesario que, en el engarpe, se retire el capuchón, y se rocen los órganos con una escobilla de caña, en cuyo extremo se sujetan racimos en flor repletos de polen. Una actividad en extremo delicada, un paraíso para la sutileza de manos de las mujeres.

Cada año, en el mes de mayo, cuadrillas de mujeres expertas entran en los bancales por las mañanas, con la brocha en la mano, y recorren las parras, una y otra vez, de un lado a otro, con los ojos doloridos y escocidos por la lluvia de capuchones rosáceos, motas de polvo y polen. Lo recuerdo como un trabajo agotador. Si a las cuarenta y ocho horas de su apertura no es fecundada, la flor cae al suelo, y el raspajo del racimo queda pelado como señal del fracaso.

El pueblo se contagia en esos días de un aroma ancestral.

Aquel mes de mayo recorrí los bancales con una de esas cuadrillas. Cada tres días invadíamos, como un manojito de hormiguitas laboriosas, unos terrenos, propiedad de un abogado de Almería, y recuerdo que Ramón, el nuevo encargado y su perro, no se distraían, ni un segundo, de nuestra delicada labor.

Un día se acercó a mí y me dijo:

—Tiene usted unas manos preciosas, señorita. Su tono era cálido y pausado, y su pregunta nacía de un verdadero interés, eso creí yo al menos, y no por la necesidad de iniciar una conversación. No contesté; sonreí con fingida timidez.

—Soy Ramón Alcaraz, el encargado —dijo en un segundo intento— y me gusta mucho la belleza del movimiento de sus manos, ¿las cuida usted de una forma especial?

Por qué esa pregunta íntima y ese interés. Yo era una desconocida.

—¿Lo hago mal? —le respondí con cierto sonrojo.

Con naturalidad me dijo que no, que movía la escobilla con perfección.

—Ya agradecería yo una caricia tan medida —concluyó con una sonrisa abierta—. ¿Sería tan amable de decirme su nombre?

En ese preciso instante me fijé en él. Era un hombre de estatura media, pelo negro y rizado, pantalón y camisa del mismo color, no más de tres años mayor que yo, y dueño de un fresco desparpajo, de esos bautizados por el paso del tiempo.

—Mi nombre es Alma —contesté, rompiendo el muro levantado en el momento de su acercamiento.

—Alma —repitió él—. Es un placer observar tu trabajo. No todas sois tan conscientes de la importancia de esta tarea. En vuestras manos descansa el fruto de horas de sudor y el futuro de las familias del pueblo... ¿Desde cuándo trabajas en el engarpe?

—Es mi sexta temporada —confirmé con seguridad aprendida.

Un incómodo silencio acampó por unos segundos entre nosotros, sin ser esperado, quizá por la impericia de ambos, o quizá era necesario, y ante mi escasa expresividad, Ramón inició su retirada despacio, con un toque de rubor en sus mejillas, y con el ánimo en fuga.

—Unas cucharaditas de aceite de almendras, un chorrito de aceite de oliva, unos gramos de cera de candela, una chispita de jugo de cebolla y jugo de rosas, todo bien macerado —dije de carrerilla.

Él detuvo su marcha, y una soleada sonrisa apareció en su rostro.

—Ese es el secreto del cuidado de mis manos —puntalicé, con complicidad, mientras él me miraba con cierto anhelo, como un leño convencido de su destino, el hogar de otra persona.

No hablamos más, supe enseguida quién sería mi compañero el resto de nuestra vida. No sabía entonces si él también. Pronto descubrí la verdad.

Transcurría la primavera del año de 1880, en la ciudad de Wabash, del estado norteamericano de Indiana, se había instalado el primer poste de luz eléctrica del mundo; en Madrid, el Rey Alfonso XII decretó la abolición de la esclavitud en la isla de Cuba; en Nueva Jersey, Thomas Alba Edison probó por primera vez su tren eléctrico; y yo, una chica de Alhama de Almería, di un paso revolucionario en su sencilla vida, casarme el 21 de abril, el mismo día en que mi pueblo adquirió su nuevo nombre.

Después de la boda nos instalamos en la finca trabajada por Ramón, en una vivienda de piedras y barro, de tres alcobas, una de ellas necesaria cuando venía de visita el abogado de Almería, un comedor con chimenea, una cocina sencilla, la cuadra, el pajar, un granero, los corrales para las

gallinas, cerdos, cabras y conejos y un porche para las noches de verano. A partir de ese momento nuestra vida discurrió de forma paralela al calendario vegetativo de la vid, y a las tareas de Ramón, desde la salida hasta la puesta del sol, y compartíamos, cada día, junto al tronco de un olivo, la comida caliente hecha por mí, vino, pan, uvas y profundos ratos de lectura y mutuo descubrimiento.

Recuerdo aquellos días y los masticos con calculados recesos, como el mejor de los manjares, en especial nuestros sencillos momentos de intimidad.

—¿Hay mayor felicidad? —pregunté a Ramón una noche de verano, en el porche.

—No, mi vida, eso sería pecado, seguro —dijo con mucho aire, mientras introducía una uva en mi boca.

Los meses pasaron rápido y nuestro primer hijo, una niña, llegó en octubre de 1880, en pleno periodo de reposo, cuando la parra es un tronco con brazos y sarmientos, sin estructura verde vegetal y sin hojas. Ramón dividía su tiempo entre la eliminación de las malas hierbas, el aireo de las capas inferiores de la tierra y la preparación del terreno para el riego. Heredera del nombre de su abuela, y bendecida por las musas del flamenco, Antonia Dolores era de poco peso y cuerpo enjuto, una penita de niña, comentó mi padre después de un primer vistazo, si bien muy deseada y digna de llevar su nombre, diría en aquel mismo momento, como un acto reflejo, ante el arqueo de mis cejas. Antonia, a día de hoy, tiene una vida plena, llena de retos, como investigadora. Es doctora en química, por la Universidad Central de Madrid, y se ha convertido en un tipo de mujer precoz en su tiempo. Aunque esa es otra historia.

Tres meses después, en enero de 1881, celebramos el bautizo de Antonia y la segunda boda de mi padre con Aurora, y justo el día de su primer aniversario, en enero de 1882, nació nuestra segunda hija, Matilde María del Rosario. Era invierno, con la parra en reposo, sin ninguna hoja, y el momento del inicio de la poda, arte ancestral en el que son cortados los sarmientos ineficaces y enfermos de la campaña anterior, y se deja la planta en el mejor estado productivo posible. Matilde fue una niña de salud quebradiza, sometida a tratamientos por sus prolongadas infecciones, que terminó con su corto recorrido en la vida.

Los habitantes de Alhama de Almería saben que en febrero tiene lugar en el parral un mágico espectáculo, el lloro de las parras, cuando exudados de savia salen de las heridas de la poda, primero como simple rezumo, y luego como lágrimas de dolor. Los primeros días de febrero de 1886 fueron de luto y lloro en el parral, por la muerte de Matilde, a manos de la viruela, con cuatro años de edad.

—Somos jóvenes, Alma, Dios nos bendecirá con más hijos —dijo Ramón acariciando mis mejillas con las puntas de sus dedos.

—Mi angelito no está, nadie podrá llenar su vacío —contesté sintiendo la fragilidad de mi cuerpo. Ni siquiera los abrazos de Ramón frenaron mi desasosiego.

—Somos jóvenes, Alma. Dios nos bendecirá con más hijos —repitió con el ímpetu de un amante de las obras de Shakespeare, al rescate de su amada.

Ramón no entendía mi dolor ante la pérdida de un hijo, es un sentimiento singular, una estación de término. El día siguiente comenzó con una derrota distinta en nuestra vida... Ramón tenía razón, Dios nos bendijo con más hijos.

A principios de marzo de 1883 vino al mundo nuestra tercera hija, Ana María Modesta. En esa época, las yemas de la planta cogen volumen, para convertirse en hojas, tallos y racimos. Ana María es una mujer fuerte y decidida, con un destino muy claro, pocos problemas ensombrecen su apacible vida como mujer de un importante comerciante, y madre de una decena de hijos.

En primavera, el parral exige cuidados constantes para permitir un engarpe más fácil, y una mayor acción de los rayos del sol sobre las uvas. Yo siempre ayudé a Ramón en esas tareas, salvo en abril de 1885, por la llegada de nuestro primer hijo varón, Manuel Antonio Nicolás Lázaro, el cuarto en total, un niño sensible y muy afectivo, maestro en el arte de la pintura. Su vida ha requerido más de una vez la ayuda de todos sus seres queridos, conmigo a la cabeza.

En el mes de mayo está muy avanzada la primavera en Alhama, y estalla la floración. Es cuando los racimos se descuelgan y la vega desprende un fuerte olor a flor. Con ese profundo olor adherido a mi cuerpo llegó nuestro quinto hijo, Elena Josefa, en mayo de 1887, una niña afortunada que ha realizado sus sueños a través de escritos, libros y cuentos, desarrollados como una forma de lucha contra sus demonios personales. Aunque esa es otra historia.

El mes de julio exhala peligro, el viento de levante apedrea la uva y ésta no debe tocarse. Ramón en esos días no recorría el parral y de forma extraña e inconsciente, apenas había contacto, en ese mes, entre mi cuerpo y el suyo. Él ocupaba su tiempo en labores caseras, la construcción de andadores de madera en forma de campana, y en la vigilancia de nuestros hijos, mientras yo me hacía cargo de tareas del hogar. Era verano y le gustaba dar largos paseos, con los niños, alrededor de la casa y por el pueblo, a veces, con cochecitos de madera contruidos por él. En ese periodo de abstinencia fue cuando llegó al mundo nuestro hijo José Antonio Emeterio. Habían transcurrido nueve años de convivencia. 1889 nos regaló este hijo que ejerce de experto en el cultivo de la uva de Ohanes, un hombre valiente, íntegro y que posee la habilidad de reconocer las intenciones de sus interlocutores por el sonido de sus voces.

En el mes de agosto tiene lugar el envero, el cambio explosivo del pámpano de verde a marrón, y la coloración de la uva de verde a amarillo, con un aumento considerable del tamaño, y el siete de ese mes de 1891 llegó nuestro séptimo hijo, Antonio Rogelio. Era risueño y rosado, esa sería la impronta de su vida, llena de color y abundancia. Industrial de grandes horizontes, un pionero en muchos sectores económicos.

Los últimos días del mes de septiembre son claves, días de maduración de la uva, época de rezos y peligros. La lluvia en demasía facilita la putrefacción de la uva, y el excesivo calor, quemaduras. El treinta de septiembre de 1892 apareció en este mundo nuestro octavo hijo, Miguel Antonio, tan deseado, como inesperado. Miguel siempre fue un niño dubitativo y precavido, incapacitado para la toma de decisiones. Su vida resultó apocada, anodina, al amparo de su puesto de funcionario en el Ministerio de Economía, ganado por oposición.

Octubre es el mes de la vendimia y el inicio de la campaña de exportación. Por la noche florecen los tratos en los bares con tasaciones a ojo, pagos en efectivo a cuenta de la cosecha y la palabra

como única garantía. Trato cerrado con la marca y el sello de cada exportador en el barril.

En diciembre de 1893, con la caída de la hoja, y el inicio de nuevo del ciclo vegetativo de la vid, vino al mundo mi novena hija, Josefa Basilisa. Poca alegría tuvo Josefa en su corta vida, marcada por las enfermedades y las desgracias. Aunque esa es otra historia.

Fueron años de duras jornadas en el campo y en la crianza de nuestro carro de hijos, años de camisitas sin costuras de tela fina; de baberos alrededor de los cuellos; de chaquetitas con patucos, cosidos por Aurora; de pañales de tela blanca y tacto suave, alrededor de la cintura, con una punta entre las piernas en prevención de rozaduras; de pieles de cordero bajo las sábanas para la absorción de la orina de los niños; de gasas, picos y culeros; de fajas como escudos de sus ombligos y cuerpecitos blandos; de faldones sueltos desde la cintura y largos hasta los pies; de vestiditos heredados... Años de estrecheces, superados con el cariño, años de continuidad, sin sobresaltos, esfuerzos compensados cada noche, al sentirme protegida en los brazos de Ramón, años felices.

Sin embargo, un día la codicia rompió el saco.

6

La Unión es una ciudad incandescente, una ciudad encendida por el rozamiento de la desmedida ambición humana, en forma de destrozo del paisaje, con el metal de las entrañas de su sierra, obtenido con el sudor, la sangre y las vidas de muchos hombres, a través de galerías subterráneas excavadas con sus manos. Un espacio con caseríos de secano en sus orígenes, convertido, a finales del siglo XIX, en un próspero bosque de chimeneas y castilletes, un paisaje casi igual de oscuro de día y de noche, con un cielo tan gris, como una paleta de humos. Esas eran las palabras de mi padre.

Así había dibujado la ciudad levantina en mis recuerdos, siempre a través de las historias contadas en las tertulias de la rebotica, sobre todo cuando en 1885 unas ropas de contrabando procedentes de Argelia introdujeron el cólera en La Unión y en Cartagena, a través de un brote en el cañonero Toledo, atracado en el muelle de Portman.

La Unión era entonces una población sin alcantarillado y con escasez de aguas corrientes y potables. El terror, por miedo al cólera, se extendió rápido, y se transformó en desbandada general. Fue la causa de la muerte de más de la mitad de los afectados. Los casi doscientos trabajadores y operarios mineros de Alhama de Almería regresaron al pueblo, donde los retuvieron y trataron, durante más de cuarenta días, en una casa a las afueras, presidida por una bandera amarilla. Conforme se levantó la cuarentena, los mineros inundaron los bares, las casas y las tertulias de Alhama con sus recuerdos sobre las minas de la ciudad levantina, y las historias de los muchos oportunistas, que no conocían la naturaleza de los costosos trabajos necesarios, y arrendaban sus minas por un sistema conocido como «a partido». Por él, el arrendatario o partidario satisfacía al propietario con un canon de los minerales extraídos, y contrataba trabajadores a jornal, procedentes de las minas de la zona, o de otras cuencas mineras sin actividad, en este caso, la de Gádor.

Esa fiebre minera fue la responsable, en el último tercio del siglo XIX, de la salida de Alhama de Almería de muchos hombres, con un único deseo, conseguir el dinero necesario para la compra de pequeñas plantaciones de uva, y una vida digna en su pueblo de origen.

A los pocos meses los mineros regresaron a La Unión, mi contacto con aquellas tierras quedó reducido a los relatos de mi padre, y así quedó dibujada esa ciudad levantina en mis recuerdos, hasta que, en una tarde de marzo de 1895, mi vida cambió sin remedio.

Aquella tarde olía a azul, eran años difíciles, lo habíamos perdido casi todo por la filoxera, la terrible plaga descubierta en Londres.

Unos viticultores importaron vides americanas, más resistentes a las enfermedades tradicionales de la vid, empero, portadoras de una mosca demoledora para los pies europeos. Muerte segura en tres años. Su expansión por Europa fue instantánea, y en los primeros cinco años de la última década del siglo llegó a Alhama, y provocó la destrucción de la mayor parte de los parrales, incluidos los del abogado de Almería.

En menos de un mes nos quedamos sin medio de vida. Abandonamos la seguridad del cultivo de un campo alquilado y sobrevivimos con trabajos ocasionales. Aún recuerdo mis dudas.

—¿Qué haremos ahora, Ramón?

—Salir adelante, Alma, salir adelante.

La situación se volvió difícil, y mi ingenio y las enseñanzas de Aurora resultaron recursos valiosos en la elaboración de la comida diaria, leche de cabra para los niños pequeños, gachas de harina, con leche y azúcar en el desayuno, y con sémolas y cualquier carne disponible, en la comida principal. Otro plato obligado para los días de escasez eran las migas rulleras con chicharrones, cocinadas en una sartén de rabo largo.

Las discusiones sobre el dinero pusieron a prueba los cimientos de nuestra convivencia. Los largos paseos de Ramón con su perro León se hicieron más frecuentes, y mi atención se desvió hacia mis hijos, de una forma casi imperceptible. Nuestros caminos, sin darnos cuenta, divergían por primera vez.

Uno de esos días de derrota, mientras Ramón se entretenía con el fuego del lar en la cocina, le pregunté.

—¿Por qué no aceptamos la ayuda económica de mi padre?

—Ya contamos con la ayuda de Aurora con los niños —respondió con seguridad— y la considero suficiente. Tu padre tiene una mujer, unos hijos y sus propias necesidades.

Ramón se acercó despacio y me abrazó como solo él sabía hacerlo. En sus brazos me sentía como un bajel en puerto seguro, resguardada de cualquier viento.

—Tranquila pequeña, vendrán tiempos mejores y si Dios quiere, algún día poseeremos nuestras propias tierras.

Sentí su abrazo con más fuerza.

—Si trabajaras en la farmacia con tu padre, podríamos tener un sueldo estable, él te lo ha ofrecido varias veces.

—Los momentos en el campo contigo son únicos para mí.

Me sonrió de forma abierta, dando por zanjado el tema.

Después de muchos intentos para detener la propagación de los insectos, con pintura, sulfuro de carbono o con agua, se eligió la utilización de portainjertos americanos resistentes a la filoxera, y los parrales volvieron a expandirse por el valle del Andarax.

Cada año, el 19 de marzo, se realizaba en Alhama de Almería el injerto de la vid de Ohanes, púa, en un pie americano, patrón, entre el primer y segundo año de plantación. Se soldaban ambas con

esparto y se aporcaba con tierra para evitar su deshidratación. Ramón no podía fallar en el injerto, y yo, mientras, aprendía.

Aquella mañana de marzo de 1895 me acerqué al parral. Ramón estaba ocupado en los injertos, y al verme, levantó su mirada en busca de mi comprensión.

—¿Recuerdas mi sueño? —preguntó sin más preámbulos—. Ha llegado el día de cumplirlo.

Ramón quería ser dueño de su propio destino, de sus tierras. En una zona llamada «El Olivillo» quería comprar una parcela de una hectárea, orientada al sur y soleada. Cómo no iba a recordarlo, lo había escuchado tantas veces en esos años, en la mesa, en el campo, en la cama... Sentí pánico por las consecuencias de su decisión.

—Sí —dije.

—Ha llegado el día de cumplirlo.

—¿Has pensado cómo? Es un proyecto muy costoso, y no contamos con el dinero necesario.

—El dinero no va a frenar la ilusión de nuestra vida.

No dijo más. Solo extendió sus brazos, en busca de mi llegada a su dulce abrazo.

—Tranquila —dijo con un tono medido—. No es una decisión precipitada, he pensado un plan y necesito tu apoyo.

Al término de sus palabras me apartó con suavidad en busca de mi mirada, yo me puse a la defensiva, y él apoyó sus brazos sobre mis hombros. En sus movimientos había mucha ternura y el tenue dibujo de algunas sombras de miedo.

—Alma, tendremos una opción si voy a La Unión. Es tierra de oportunidades... Alguna vez te he hablado de un amigo de infancia llamado José de las Casas... Él cogió una mina a partido y con el dinero ganado pudo comprar sus propias tierras en Rágol, nuestro pueblo. Yo haré lo mismo, fuerzas no me faltan, y cuento con tu apoyo, lo presiento.

—¿Es una locura, Ramón!, una aventura llena de peligros... ¿Cuánto tiempo vas a estar fuera? No aguantaré tu ausencia.

A esas alturas ya me había situado frente a él, con los brazos en jarra y el espíritu combativo, aunque con el alma desarbolada. La batalla estaba perdida, las compuertas de mis miedos no frenarían la voluntad de Ramón.

Me invitó a sentarme a su lado, con esa exquisitez que usaba cuando quería explicarme hechos con profundidad y sosiego.

—Con la ayuda de tu padre conseguiré un trabajo, y tras unos meses de aprendizaje pondré en marcha un negocio. Tú misma conoces varios vecinos de Alhama que se han enriquecido por las oportunidades surgidas en aquella ciudad.

Me abrazó con profundidad.

—Si las cosas van bien, en cuatro años cultivaremos nuestras propias tierras.

—Cuatro años son muchos, Ramón —dije con desesperación.

—Es una buena solución, créeme, Alma, y se acabarán nuestras estrecheces... Pienso en nuestro futuro y en el de los niños. Cuentas con la ayuda de tu padre y de Aurora, adoran a tus hijos y cubrirán cualquier necesidad que puedas tener.

Yo ya no escuchaba, él se dio cuenta, cogió mi cara con ambas manos, y cerró su gesto con un largo beso, sincero y pasional, el dulce lacre de un compromiso.

—¡Alma! —me susurró al oído—. Te necesito a mi lado. No podré sin ti, deberás ocuparte de la casa, de los niños, de la administración del dinero enviado por mí y de la compra de los terrenos.

Aquellos días no pude dormir, apenas salía de mi aislamiento.

Una tarde me acerqué a hablar con mi padre. Tenía sentimientos contradictorios hacia él, de agradecimiento, por su amparo a la decisión de Ramón, y de reproche, por no frenar a mi marido en su locura. Estaba en su laboratorio, en uno de sus momentos de tranquilidad, y al verme, sonrió aliviado y me dio un abrazo largo, sentido y duradero.

—No te faltará de nada, mi niña. No te preocupes —dijo con rapidez, como si llevara esperando varios días mis reproches.

—¿Por qué no le has frenado, padre? ¿Por qué?

—Tú eres quien mejor conoce a tu marido, mi niña, no retrocede cuando ha tomado una decisión. Tú lo elegiste, y conoces de su empeño y orgullo.

Silencio.

—Será duro, aunque puede ser bueno para vosotros.

Su abrazo aumentó en intensidad y emoción, y lloré sin cortapisas, como si vaciar mi alma fuera la única forma de superar aquella contrariedad.

Me contó que hacía dos o tres semanas que Ramón lo había visitado. A mi padre le parecía un plan bien pensado, y con sentido. «Cuatro años pasan rápido y son la puerta a un futuro mejor para tu familia», me dijo, si bien no le gustaba la idea del trabajo en la mina.

Nos sentamos en su despacho, con tranquilidad, con una infusión, y aquella noche mi padre desgató sus historias sobre La Unión, el futuro próximo de mi marido.

7

La faena era de sol a sol.

Los mineros se levantaban temprano, antes del amanecer, desayunaban un tazón de leche de cabra con azúcar, cebada malteada, que era hervida en agua o sopas de pan duro, y todavía con la noche cerrada subían por la ladera de la montaña, con sus lámparas encendidas. Era un vía crucis diario, silencioso. A paso lento caminaban hacia un trabajo esclavo, meciendo el aire, con el cante de unas coplillas «de la madrugá», que hablaban de la vida, la amistad o el amor. Sin la seguridad de su vuelta al día siguiente, en su pensamiento bullía el riesgo, la posibilidad de ser despedidos por el patrón o expulsados por la muerte.

El rauco sonido de las caracolas sonaba a las cinco de la madrugada. Ese toque de cadena reunía a los mineros de la mañana en el brocal del pozo, que los miraba como un ojo de cíclope, única vía de entrada y salida a la gran ciudad de las sombras, escenario de su trabajo diario.

Al oír ese mágico sonido, los trabajadores detenían su tarea y recorrían las galerías en busca de la salida. Primero los capataces, les seguían los operarios, con la lámpara de carburo en la mano, y las únicas palabras eran unos buenos días, cincelados por el cansancio, que se oían en el intercambio entre los miembros de los dos turnos.

Me contó mi padre que en el fondo del pozo siempre les esperaba un anchurón, fruto de su trabajo a pico, y el inicio de un dédalo de estrechas galerías subterráneas, donde los hombres trabajaban casi sepultados en vida, por unas horas, a cientos de metros de profundidad, como si de siervos de Plutón se tratase, sin ropas de cintura para arriba, con una luz incierta, y en un ambiente abrasador, viciado por la combustión del carburo y el polvo negro y asesino, cargado de partículas de sílice.

Entre las nueve y las diez de la mañana los trabajadores comían un bocado de pan y almorzaban, entre las doce y media y la una, el contenido del trapo guardado en la barjuela, frito de cebolla, patata y huevo, o cualquier otro manjar preparado por sus mujeres con el cariño encendido.

Al final del día, sobre la siete u ocho de la tarde, derrotado por la mina, y después de ahogar sus penas en vino viejo, anís o aguardiente, condimentado con cantes de la tierra, el minero volvía a su casa, limpiaba su cuerpo renegrido, curaba las cicatrices, daba cuentas a su mujer sobre el dinero gastado en los cafés, siempre excesivo, y presidía la cena familiar compuesta de un potaje de alubias, garbanzos y lentejas o lo posible.

Nunca me acostumbré a la crudeza de los relatos de mi padre sobre esas vidas anónimas, alejadas y marginadas de las grandes historias. No entendía cómo sobrevivían en esas condiciones, aunque él me dijera que esa era la costumbre.

—Así ha sido siempre en las minas, hija mía.

Mi padre se levantó de su sillón, sacó picadura de tabaco cubano del armarito de caoba, se lio un cigarro con pausa, y continuó con su descripción.

—Los mineros son enjutos, de piel acerada, con un espíritu curtido y resistente, más allá de lo entendible, como cuando uno escudriña en el origen de la vida. A veces, la mina se cobra un tributo de sangre, algunos mueren por enfermedades infecciosas o en accidentes de trabajo, si bien mientras viven, son hombres de una sola palabra y de un fuerte apretón de manos.

Mi interés por esas gentes era desmedido, me parecían vidas extraordinarias, a la vez que terribles.

—¿Hay muchos accidentes? —continué preguntándole.

—Más de los que te puedas imaginar. Constituyen el pago por el atrevimiento del hombre a cambiar la obra divina de la creación, en pos de una codicia desenfrenada. Son constantes las muertes por los golpes fortuitos en la cabeza, las caídas al vacío, los derrumbamientos del terreno y las explosiones por el manejo de la dinamita.

Mientras mi padre relataba, una idea se iba entretejiendo en mi pensamiento, ese mundo subterráneo tenía un sutil parecido con el Infierno de Dante, hasta podría ser modelo para pintores, escultores y escritores, en su representación de escenas terroríficas. Mi padre siguió hablando, y mientras, mi estupor crecía.

—Alma, hay más hechos terribles. Los niños no escapan a esa mano infecta de la avaricia humana... En las minas trabaja la «gavia», formada por muchachos de once a quince años. Los más afortunados ayudan en las labores del exterior de la mina, y otros con menos suerte llevan a cabo sus labores en el interior, en un ambiente mefítico para sus jóvenes pulmones.

En aquel momento, una duda me corroía.

—Esos mineros, ¿cobran un jornal suficiente para mantener a una familia con techo y comida?

—El duro trabajo bajo tierra bien valdría un jornal digno, mas, se paga por varadas de tres meses, cuando se vende el mineral, según el conteo exhaustivo de las cunas sacadas por cada cuadrilla, y muchos son retribuidos con vales.

Mi padre pronunció esa palabra con lentitud y voz grave, en espera de mi segura reacción.

—Y esos vales, ¿en qué consisten y para qué sirven? —cuestioné sin demora.

—Son resguardos que solo son válidos en tiendas de su expendedor o en otras concertadas por ellos. Con ese método obligan al trabajador, bajo la amenaza del despido inminente, a la compra de productos de escasa calidad, a un precio mayor que si paga en efectivo, y con un trato alejado de la amabilidad. La mayoría de los patronos usan ese sistema de pago.

—Eso es una infamia —exclamé—. ¿No ha habido protestas?

—Sí, aunque no han servido de mucho las campañas en su contra de algunos periódicos, ni las tímidas quejas de los mineros. Nada puede con ese monstruo de mil cabezas, llamado codicia. Un día estallará una revolución provocada por la desesperación de esos hombres.

Me quedé petrificada con esas palabras, y pensé, de forma inmediata, en una alternativa a ese trabajo, para Ramón. Por fortuna, mi padre también lo hizo.

—Un antiguo amigo posee una de las más modernas fábricas de fundición de la sierra, Pío Wadosell Gil. Fuimos a la misma escuela, en Alhama, luego ejercería de aprendiz en una fundición cercana, y con veinte años viajó a La Unión en busca de nuevas oportunidades.

—¿Mantienes el contacto con él?

—No. No obstante, un primo hermano de tu madre, Francisco Calvache, es uno de sus hombres de mayor confianza.

—¿Recuerdas a tu tío?

—Sí, de cuando vino al entierro de su madre ¿Cuánto hace de eso?

—Diez años, creo —dijo mi padre.

—¡Dios mío!, cómo pasa el tiempo.

—Le escribiré una carta de recomendación para Ramón, la faena en la fundición será más llevadera y, además, Pío paga en metálico a los trabajadores.

Sus palabras tuvieron en mí un efecto balsámico, aunque apenas sabía algo sobre el trabajo en una fundición. Ya era noche cerrada, y mi padre me dedicó un rato para hablar de ello.

Me explicó que cuando la galena argentífera salía al exterior en las cunas, el grano grueso de metal era separado de las piedras, triturado y lavado antes de su venta a las fábricas de fundición, de forma directa o a través de intermediarios, y entonces, el mineral se trasladaba a las fábricas en el tranvía de La Unión o por recuas, en sacos de esparto, a modo de aguaderas, en reatas de ocho a diez animales, y con una media de seis viajes al día.

Una vez allí el mineral era desecado, y a continuación fundido, obteniéndose el plomo de obra, que se depositaba en moldes de lingotes, de unos cincuenta kilogramos del peso, denominados galápagos, expedidos, en su mayor parte, a las fábricas de desplatación del extranjero o la fábrica de fundición de la familia Figueroa en Cartagena, después de la comprobación, en una farmacia concertada, de su limpieza, calidad y contenido en plata, responsables directos de su precio de venta.

—¿Conseguirá Ramón un trabajo en esa fundición? —pregunté con nerviosismo.

—Es posible, en ella trabajan cerca de trescientas personas con diferentes cualificaciones y, además, me consta que Pío ayuda a los paisanos de Alhama cuando acuden en busca de una oportunidad.

Me levanté de mi silla, y con mis manos sobre sus mejillas, dejé un beso en la frente, ya era muy tarde.

Ramón estaba al lado del fuego, esperando con paciencia mi regreso, no me hizo ningún reproche, solo me dedicó una mirada fija y valiente.

—¿Y los niños? —pregunté.

—No te preocupes. Duermen desde hace un buen rato.

Miré a los ojos de mi marido, la incertidumbre todavía anidaba mi pecho:

—¿Nos irá bien, Ramón?

—No lo sé Alma, no lo sé... —contestó, mientras se dirigía hacia mí.

Me abrazó con fuerza y ternura, y así permanecí un largo rato, sin más palabras, con la mirada perdida en el fuego, escudriñando mi futuro en su llama.

8

Ramón se fue a La Unión un viernes de finales de abril. El veintiséis, escoltado por la lluvia de mis lágrimas, un aguacero lento y prolongado de mujer, ante la marcha de su compañero, escudo de tristezas y espejo de mi reflejo.

Transcurrían los últimos días del mes de abril del año 1895. En Londres, Oscar Wilde había estrenado la obra teatral *La importancia de llamarse Ernesto*; en París los hermanos Auguste y Louis Lumière presentaban su primera película con el cinematógrafo en el Grand Café de Paris; en Cuba se inició la guerra de independencia con un levantamiento simultáneo en treinta y cinco ciudades cubanas; y mientras, en Alhama la Seca, una mujer de treinta y siete años, con ocho hijos, empezaba una vida nueva, sin la compañía del hombre de su vida.

Los meses pasaron rápido, las horas no, aunque la labor del campo y el día a día me absorbían ¡bendita Aurora! Sin ella no habría salido adelante. Volví a mis tareas de ayudante en la farmacia y de emporronadora, mientras que ella ejercía su papel de abuela en la trastienda, con una entrega, entusiasmo y competencia que nunca olvidaré.

Transcurrieron seis meses y la casa comenzó a perder el aroma de su tabaco, yo seguía prendida a su olor corporal y al deseo. Cada noche abrazaba su almohada, en busca de su rastro, olía a escondidas los cuellos de sus camisas y releía los libros compartidos en voz alta.

Mi único consuelo era mi colaboración con el ropero de Alhama de Almería, trajinante de buena fortuna, un encuentro entre los hijos del pueblo residentes en La Unión, las esposas, los hijos y los familiares dejados atrás. El ropero, con su tartana, construyó un puente indestructible entre ambos pueblos, una pasarela de noticias y esperanzas en forma de cartas y sobres con dinero y saquitos de ropa sucia, con camisas de colores sufridos, chalecos, pantalones a cuadros, azules o grises y todo otro tipo de prendas imaginables.

La tartana recogía la ropa sucia de los hijos de Alhama de Almería cada quince días en la calle Real de La Unión para trasladarla cincuenta leguas. Seis días duraba ese viaje al pueblo. Sus madres, esposas e hijas lavaban pantalones, camisas y ropa interior, y la ponían a secar al lado de grandes hogueras con romero y lavanda, para entregarla quince días después, fresca, con alguna carta y algún recuerdo. Muchas casas de Alhama guardaban, como oro en paño, un saquito de tela en cuyo interior los hombres recibían en La Unión, dos veces al mes, noticias recientes de sus casas y sus familias, y enviaban a sus madres, mujeres e hijos, el olor de su presencia prendido en alguna chuchería. Cien saquitos con ropa, dinero, correspondencia e ilusión inundaban cada dos semanas la plaza del Mercado de Alhama. No era un desprecio a las lavanderas de la ciudad levantina, era una forma de comunicación segura, una costumbre primitiva, carretadas de esperanza de la tierra de promisión.

Pasaron los meses, casi un año, y León, perro fiel, digno centinela de Ramón, murió de pena. León era un enorme mastín español, inteligente y seguro de sí mismo, con un tupido pelaje color canela, un cuerpo bien proporcionado y un carácter noble. Vigilaba cada noche, a los pies del catre mientras dormía, como si ese bendito animal intuyera la causa de mi desdicha. Fue el eterno compañero de Ramón, lo enterré bajo una higuera, a las afueras del pueblo, en el mismo lugar donde Ramón lo había encontrado siete años antes.

No hubiera superado aquellos días sin la ayuda de Aurora y mi padre. La complicidad encendió de nuevo nuestros encuentros y conversaciones de literatura, de ciencia y de política, punto de origen y destino de varios desencuentros.

—Tu amiga la profesora ha ganado al final —comentó mi padre con ánimo provocador, un día cualquiera, en el transcurso de una de nuestras habituales partidas de ajedrez.

—¿Quién?

—Doña Clotilde Salvador, tu antigua maestra en la Escuela pública.

—¿Le han dado la razón? —dije sorprendida, y con una inmensa alegría.

—El pleno del Ayuntamiento de hoy accedió, por unanimidad, a su petición. Su sueldo se igualará con el de los profesores varones de su misma escuela.

—¡Qué alegría!, no es justo que cobre menos por el mismo trabajo. Solo por su condición de mujer, es una injusticia enorme.

—Me pregunto quién habrá ayudado a esa mujer en su reclamación al Consistorio —dijo mi padre, con su mirada clavada en mis ojos.

—¿Te parece mal?

—Es una petición ajustada a la Ley —comentó con rapidez—, aunque es un camino peligroso. Qué será lo siguiente, ¿el voto de la mujer?

—...

—...

—¿Y qué problema habría? —pregunté—. A veces me sorprendes, padre. Ya es hora de que cambien algunas cosas en esta sociedad, y la participación de la mujer en la elección de nuestros representantes políticos es uno de los cambios más necesarios. Sus decisiones nos afectan por igual —puntalicé.

Sin darme cuenta me había situado frente a él, y con mi mirada clavada en sus ojos.

—En todo caso, solo elegiríamos a hombres —añadí—. Extraña democracia, deja al margen a la mitad de sus súbditos, las mujeres, quizá las más capaces.

—Nadas a contracorriente de los tiempos, tendrás muchos disgustos.

—Soy digna hija de mi padre.

Esbozó una sonrisa ante mi respuesta, natural, sencilla y clara.

—Tarde o temprano el sistema deberá cambiar, padre, y este día, el 22 de marzo de 1896, será recordado en Alhama de Almería, y quizá en otros lugares, como un hito en esa necesaria igualdad.

—...

—...

Esas discusiones con mi padre eran una mera distracción, mis verdaderas preocupaciones discurrían entre tinta, en las cartas escritas a Ramón cada quince días, más o menos.

El ropero de Alhama de Almería, Roberto Salazar, era en aquella época un mozo de unos treinta años, antiguo campesino natural de Yegen, y sin más altura de la necesaria, aunque parecía sobrado de desparpajo y anhelo. Uno de esos hombres que queremos lejos de nuestras hijas. Su rostro no refulgía por agraciado, con una cicatriz de navaja en su mejilla izquierda, trofeo de sus escaramuzas en el camino, mas, rebosaba de sugerente atractivo, por las aventuras grabadas en sus rasgados ojos, color miel.

Cada dos semanas hacía su aparición triunfal en el pueblo, esperado por su devoto público femenino, ansioso por las buenaventuras de su cargamento, y desplegaba, antes de la entrega de la correspondencia, una estudiada parafernalia teatral en el relato de sus exageradas aventuras del camino.

El sonido de la campana de cobre del tablero delantero de su tartana, tocada con un badajo de madera desde un kilómetro antes del pueblo, anunciaba la visita de su carronato de dos ruedas, un devorador de leguas de sencilla estampa, con los radios pintados de amarillo, una tela gruesa teñida de negro por encima del habitáculo con asientos laterales, con una mula blanca, entrada ya en tiempo, al frente, y Roberto, sentado con la espalda bien recta, sobre una tabla cubierta de vaqueta, y la mirada al frente y atenta.

En la plaza, con todo su público frente a él, abría la portezuela trasera de su tartana y ejercía de maestro de ceremonias con su vestuario de apariencia impoluta, camisa blanca —limpia y fresca—, obsequio de alguna mujer agradecida, pantalón, chaqueta y chaleco de color negro, pañuelo de seda al cuello como corbata y alpargatas de esparto con suela de goma.

Amante del buen rato en las tabernas, camorrista por naturaleza, y enamorado del vino peleón y de los cantes de su tierra, en especial del trovo alpujarreño, no perdía ninguna oportunidad de alterne con las gentes del pueblo. Infinitas eran las historias de sus correrías, e infinitas sus ganas de contarlas, aunque mi trato con él se había limitado a unas pocas palabras en la recogida del saquito enviado por Ramón, y en su devolución, dos días después.

Al año y medio, el limonero del patio, guardián de nuestros más íntimos secretos en las frescas noches de verano, había crecido de forma desordenada, igual que mis crecientes recelos sobre el amor de Ramón, no eran dudas, pero sí heridas de las producidas cuando uno no obtiene lo que desea. Cada quince días recibía, de manos del ropero, con puntualidad, la ropa sucia y un sobre con dinero; y dos días después, veía partir mis cartas, camino del desierto almeriense, pero no era suficiente. ¡Cuántas veces quise meterme en ese hatillo viajero!

El paso del tiempo no redujo el dolor de su marcha, los niños crecieron, y yo viví atormentada sin remedio, tonta de mí, por el día de su regreso. Dudaba de si volvería a quererme, si me vería guapa todavía, si me desearía de nuevo o si reconocería a mis hijos, sus hijos. Lo más importante de mi vida ¡Cómo crecían! Antonia, rubia desde el día de su nacimiento, se había transformado en una mujer morena, Ana María siguió con celeridad los pasos de su hermana mayor y los demás habían dado un estirón grande después de unas calenturas sufridas por toda la manada. Y ellos, cómo reaccionarían mis hijos ante la vuelta de un padre al que ahora solo reconocían a través de sus periódicos regalos, con una breve nota de cariño.

Sus cartas eran mi único respiro, aunque en dos años y medio recibí solo cuatro, poca cosa para un alma en espera y un cuerpo en abstinencia. Conocía su poca afición al mensaje escrito, Ramón era más hombre de acciones y pasiones. Guardo sus cartas como un tesoro, ya amarillentas, dobladas y desdobladas cientos de veces, un tesoro para estudiar en las situaciones en que me siento perdida, como un capitán de barco escudriña las mismas cartas náuticas, una y otra vez, con la esperanza de dotar de una derrota con sentido a su irregular singladura.

En mis sueños, con los ojos abiertos o cerrados, veía a Ramón en una esquina de sus noches, en su lento esfuerzo, creando y tachando las palabras adecuadas, tal y como siempre me había imaginado a Penélope tejiendo y destejiendo su tapiz cada día, a la caída del sol.

Las tres primeras cartas se habían construido a retales, como píldoras de sentimientos entrelazados, sin periodicidad fija, fechadas en tiempos robados. Eran el fruto de un compromiso por complacerme, imágenes escritas, un diario de complicidades, lamentos y gozos, enviados con precisión, cada treinta y uno de julio, desde el primer año de su voluntario destierro. Tenían una estructura muy similar, un saludo cariñoso, un relato continuo de sus aventuras desde nuestro contacto epistolar anterior y un final repleto de deseos íntimos, ya con los calores del verano al acecho. No parecían sentimientos, sino pensamientos en voz alta, atrapados a la fuerza, por un encantamiento, en tinta de sufrimiento, aunque también de esperanza.

Sin embargo, su cuarta carta resultó distinta, breve, directa y desgarradora, un vómito del corazón, y, sobre todo, inesperada. La recibí de manos de Roberto el sábado cuatro de diciembre de 1897, y después de presionar con ella mi corazón, la guardé en un bolsillo de mi falda, en espera de un mejor momento.

Al leerla esa misma tarde, en una burbuja de tranquilidad encontrada en mi casa, lo tuve claro, cambié los planes, sin dudas. Lo primero, corrí a casa de mi padre.

9

—Padre, me voy unos días a La Unión.

—Ya era hora —comentó sin distraerse mientras atendía un cliente.

No contesté y crucé en dirección a la casa en busca de Aurora. Mi cabeza no había parado en las últimas horas, organizando lo necesario para una ausencia de quince días y, sin embargo, la imagen de los brazos abiertos de Ramón me tenía bloqueada.

Evité el derrumbe de mi vida, cuando Ramón partió, planifiqué con claridad cada uno de los pasos siguientes. Llené mi tiempo de obligaciones con mi familia, y además, busqué los terrenos soñados por él. Al cabo de ocho meses apareció una buena oportunidad, una hectárea de terreno, lejos del pueblo. Gracias al poder notarial legalizado por Ramón, en enero de 1896 la compré por un precio muy razonable. Cada mes entregaba una cantidad, y me comprometí a la devolución de los terrenos, en caso de incumplir el contrato más de seis meses y a su preparación en bancales, en el plazo máximo de un año y medio. La Querencia, así se llamaba, era el nombre de aquel trozo de tierra. Una vez comprados, quise mantener ese nombre, lo sentía cargado de afecto, de pasión, ese podía ser nuestro refugio. Las mensualidades las pagaba con el dinero que recibía de La Unión. Poco a poco fui acondicionando la casa y las tierras con la colaboración de mis hermanos, mis padres y algunos amigos...

Aurora era una segunda madre para mí, y una abuela para sus nietos. Aquel día la encontré inmersa en la limpieza del despacho de mi padre.

—Aurora —dije entrando en la habitación.

—¿Qué sucede?, ¿por qué tanto apuro? —me respondió con dulzura.

—Me voy a La Unión —comenté a bocajarro—. Ramón lo necesita, lo necesitamos los dos.

Me miró perpleja, mas con cariño.

—¿Has decidido irte a La Unión, y ahora? Espero que no hayas tenido malas noticias. ¿Ha sucedido algo malo?

En su voz anidaba un temor entrelazado entre las palabras.

—Ramón necesita verme, lo necesitamos los dos —aclaré.

Aurora se acercó a abrazarme.

—¿Cuándo te vas? —continuó.

—En cuanto pueda... Ramón me ha escrito... Quiere verme —contesté.

—No te preocupes, tu hija Antonia y yo nos haremos cargo de la casa y de los niños.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Quince días —dije sin pensar—. Antonia y Ana María te ayudarán siempre y me gustaría que no faltaran a la escuela, si no lo evitas, lo utilizarán como excusa.

Fue suficiente, Aurora adivinó mis intenciones; mi padre, mis hermanos y mis dos hijas mayores serían durante mis días de ausencia los que atenderían a los más pequeños y cuidarían de mantener el orden del hogar.

Crucé otra vez el mostrador de la farmacia, ya más tranquila, y saludé a mi padre que atendía a hora a un matrimonio joven.

—¿Ya has puesto a trabajar a Aurora? Coméntale a Ramón las últimas novedades políticas debatidas en la rebotica, le gustará oírlas.

—Sí —dije sin detenerme, apenas hice un movimiento con la cabeza...quería terminar. Mi padre insistía.

—¿Cuándo te vas?

—...

Quería saber la fecha de mi viaje, pero yo ya no contesté.

La angustia entumecía mis pensamientos, incendiando mis sentimientos, con lentitud, sin freno ni orden, aunque con extrema eficacia. Era como uno de esos incendios activos en el subsuelo terrestre, una constante combustión arrasadora y con el único indicio de alguna columna de humo en la superficie. Me remordía la conciencia, los diecisiete años de Antonia, un océano de complejos propios de una joven; los catorce de Ana María, un enjambre de dudas adolescentes; Manuel, de doce años, un niño que comenzaba la responsabilidad de sentirse un hombrecito. Pensé en Elena, con sus diez años, un territorio desde el que vivía las despedidas con una capacidad de adaptación sorprendente; y en José Antonio, Antonio, Miguel y Josefa, aun tan niños, ellos vivían en un paraíso terrenal donde se sentían ajenos a cualquier desgracia exterior y, sin embargo, muy sensibles a las ausencias de una madre. Quizá no había prestado a cada uno la atención necesaria, y en aquel momento pensaba abandonarlos unos días, por ese encuentro con su padre. Sentía la culpabilidad a flor de piel, aunque mi resolución era firme y nadie a esas alturas me haría cambiar de opinión. Curiosa decisión para alguien como yo, ajena a los viajes, mi mundo, hasta ese mismo instante, se limitaba al horizonte de mi pueblo.

Salí a la calle, hacia mi siguiente objetivo, encontrar al protagonista de mi viaje a tierras levantinas, si bien él todavía no sabía nada. En tan poco tiempo, el Juez municipal no me dio el documento justificativo de mi viaje para reunirme con mi marido, necesario para comprar un billete de barco. Mi viaje dependía de llegar a un acuerdo con el dueño del transporte más cercano.

Estaba en la taberna más famosa de Alhama, repleta de habituales y de gente de paso. Al entrar en

aquella estancia sentí el «duende», esas mariposas en el estómago me recordaban algunas noches mágicas vividas con Ramón. Aquella taberna estaba repleta de agricultores, pastores y arrieros que trabajaban de sol a sol, y ahora, al atardecer, se reunían al calor de un buen vaso de vino, para liberar sus tensiones cotidianas. El ambiente estaba cargado de humo, y la gente jaleaba un duelo de trova, acompañados por una música de origen morisco, que tocaba una orquesta de pueblo con violines, guitarras y platillos.

El trovo alpujarreño, con sus raíces en las fiestas de ocio de la época romana, el duelo cantado en versos entre dos trovadores, donde la clave es la imaginación. De forma instantánea, aunque meditada, convierten el sentimiento y las vivencias en cinco versos octosílabos, tres con una consonancia, evitando dos últimos versos pareados.

Me quedé embelesada con los dos contendientes.

Cada estrofa contenía un lamento de su realidad y, a la vez, un latido de un nuevo corazón, el de una vida diferente, esa vivida solo en lo más profundo de los sueños, donde eran héroes de batallas propias, dueños de su destino, y pintores de sentimientos, con un principio y un fin, mas con el efecto balsámico de un suspiro sostenido en el tiempo.

En la estancia había dos bandos bien definidos, remarcados por las apuestas a favor o en contra. Unos aplaudían los embates de uno y los demás, las respuestas del contrario, un duelo a muerte, sin sangre. Uno quedaría con la gloria de la victoria y el otro, con el amargor del fracaso.

Roberto fue el vencedor claro, sin paliativos.

Aclamado por los presentes se dirigió, entre palmadas y abrazos, a una esquina de la barra, aunque al verme rectificó su dirección. Yo tenía claro mi objetivo y las ideas fluyeron con naturalidad.

Roberto dio un paso más.

—Muy buenas, señora Alma ¿Qué hace usted en un lugar como este? No parece un sitio acorde a una mujer de su buena calaña, y además sola.

—Soy una persona normal.

—Es usted una mujer casada —replicó.

—Cierto, y por eso mismo he venido a buscarlo.

Se acercó con intenciones.

—No obstante..., primero quería felicitarlo por su triunfo, es usted el héroe de la noche.

—Un héroe efímero.

—¿Y esa voz tan bonita?

—La heredé de mi padre, un antiguo arriero en la sierra de Gádor, hijo, nieto y hermano de

troveros. Al agotarse las minas de esa sierra se desplazó a La Unión, donde se ganaría la vida como cantaor flamenco, hasta su muerte en el episodio cantonal de 1873.

—¿Le enseñó él?

—No, tenía cinco años cuando murió.

Se quedó pensativo un momento, y después respondió.

—El trovo no se estudia, ni se aprende, sale del corazón y de las entrañas, es un grito de rebeldía. Con el trovo se construyen esperanzas nuevas con viejos recuerdos, como hoy en día se utiliza el carbón milenario para nuevos desarrollos.

—Lo describe usted como un arte, aunque yo he visto una batalla donde su contrincante ha salido mal herido, al menos en su orgullo.

—Medimos las fuerzas sin navajas de por medio, una batalla blanca, nos manchamos de ingenio, no hay nada malo en ello.

Con la mano hizo un gesto al camarero.

—¿La invito a un trago?

—No, gracias, tengo prisa. Solo he venido a proponerle un asunto.

—Soy todo oídos.

En ese instante percibí su excitación. Su imaginación lo había llevado por derroteros equivocados, me di cuenta enseguida. Aquellos pasos no podían llevar a buen destino. Mi incendio interior se avivó con fuerza. Él permanecía confiado, seguro de sí mismo.

—Le propongo un dinero extra —comenté al fin.

Él no reaccionó, aunque sentí su mirada escudriñando mis intenciones.

—Le pagaré bien si me lleva con usted pasado mañana, en su viaje de vuelta a La Unión —dije sin más esperas.

—¿Los dos en mi tartana?... ¿Hay problemas con su marido?

—No es asunto suyo —comenté con naturalidad.

Tardó unos pensamientos en responder a mi proposición, se movió nervioso y apuró su vaso de golpe.

—Está loca, el camino no es sitio para mujeres.

—Eso lo decidiré yo, si no le importa.

—La tartana es mía.

—Repito, le daré un buen dinero.

—No me interesa —mintió, e hizo un amago de irse, empero, cambió de idea, y de actitud.

—¿Qué importantes asuntos llevan a una mujer, con tanta prisa, a La Unión? ¿Problemas con su maridito?

—Repito, no son de su incumbencia.

—Lo digo por proponerle un uso alternativo para ese dinero. Conozco muchas formas de disfrutarlo —dijo mientras giraba todo su cuerpo y con su brazo izquierdo pretendía rodearme por la espalda, aunque no completó su intención. Adiviné el curso de su brazo, conseguí apartarme y lancé un sopetón directo a su cara.

Mi atrevido movimiento acalló la música de golpe, no por la fuerza, ni por el ruido, apenas hubo, sino por la extrañeza de ver a su héroe humillado.

Un par de segundos de silencio, no más, la normalidad regresó cuando el invicto trovero esbozó a su público una sonrisa de suficiencia, como cuando un cazador sufre un pequeño arañazo de su futura presa y renuncia al uso de su fuerza, en espera de una ocasión más igualada, merecedora de mayor gloria.

Mis remordimientos habían dejado paso a la rabia contenida, y no pretendía escuchar su siguiente ocurrencia. Crucé con rapidez la distancia entre la barra y la puerta y salí a la noche fría y ventosa.

Apenas recorridos unos metros en la calle solitaria, oí un grito detrás de mí: «¡Señora Alma!», reconocí la voz enseguida, no paré. «¡Señora Alma!, por favor, detenga su marcha». Escuché con claridad la misma voz, esta vez con una entonación distinta a la usada en el bar, menos pretenciosa, más sincera. Paré, sin premura, y él se acercó a unos dos metros de mí.

—Si todavía le interesa, pasado mañana, a las cinco y media de la mañana, iniciaré mi viaje desde la Plaza del Mercado. Sea puntual, traiga ropa ligera, aunque abrigada, poco equipaje y no se preocupe, ya hablaremos de dinero.

Se quedó esperando una respuesta... No la tuvo.

Yo me di la vuelta y me separé de él en silencio. Mi fuego interior cobró fuerza. Tenía una decisión difícil, urgencia frente a orgullo y decencia y, sin embargo, ya lo tenía claro cuando crucé el umbral de la puerta de mi casa, y no tardé mucho, apenas unos meses, en ser consciente de la importancia de esa simple elección, que cambió mi porvenir de una forma impredecible.

10

Cuando llegué, antes de las primeras luces del amanecer, la plaza del Mercado bullía por el movimiento de los arrieros y de los trabajadores del campo, en el camino a su quehacer diario, meciendo el aire con el cante abierto de unas coplillas «de la madrugá», que hablaban de la vida, la amistad o el amor.

Mi equipaje era reducido, un bolsón con el hato justo para dos semanas, las cuatro cartas de Ramón, mi máspreciado tesoro entonces y un pequeño cofre de madera, a modo de apotecario de viaje, con un conjunto de pociones para imprevistos, en pequeños frascos: agua de la reina de Hungría, con romero y cedro, como tónico y vitalizante de la piel; hojas secas de Beleño, un potente sedante; polvo de sangre de Draco, contra la gastritis; y unguento del canario, que reduce el dolor de estómago; entre otras.

A las seis, en el reloj de la iglesia, no había señal de Roberto. No me puse nerviosa. Tenía calado al personaje, lo había leído por dentro. Quiso demostrarme quién llevaría el mando en la ruta, y cuando llegó, quince minutos más tarde, con su fiel perro marcando el paso, no protesté. He aprendido a sobrevivir en un universo de hombres, dejándoles la victoria en las nimias batallas, cruciales para su hombría, y tomando posiciones de fuerza en los acontecimientos forjadores del devenir de las cosas, considerados por ellos, cosas de mujeres.

El saludo fue cortés y sin embargo distante, él seguía con sus movimientos de ajedrez, como si de una apertura Ruy se tratase, y yo mantenía mi envite. Me senté en el pescante, con las piernas y los brazos cerrados, y la espalda muy recta, quedando clara nuestra extrema delgadez y la igualdad de altura, quizá el único aspecto en común.

Transcurrían los primeros días del mes de diciembre del año 1897, en Italia Guillermo Marconi había patentado la telegrafía sin hilos; en Elche, unos obreros descubrieron de forma accidental el busto íbero de la Dama de Elche; en Estados Unidos, el presidente William McKinley había anunciado la intervención de su país en la guerra de Independencia de Cuba; y una mujer de Alhama eligió un camino de aventura, en principio sin importancia, y más tarde, responsable de una vida nueva.

Dejamos Alhama de Almería con las primeras luces del lunes, 6 de diciembre de 1897, día de fiesta mayor en el pueblo. Por delante, me esperaba un viaje de seis días sentada a su lado, un total de cincuenta leguas de un paisaje monótono y desolado.

A las afueras del pueblo cogimos la ruta de Granada, camino de Gádor, que discurría a través de un valle feraz, cubierto de árboles frutales, olivares, parrales y algunos caseríos aislados, y enseguida nos cruzamos con las obras de construcción del ferrocarril entre Almería y Linares. «Lo construye sin descanso una compañía francesa —me puntualizó Roberto después de un prolongado silencio desde la salida, en un movimiento de tanteo a mi estado de ánimo—, la Fives-Lille».

Accedí a su cortesía.

—¿Cuál es su finalidad? —pregunté con interés.

—El transporte hasta el puerto de Almería del mineral de hierro utilizado en Inglaterra en la fabricación del acero, necesario en edificios, obras públicas y maquinaria —dijo con el orgullo henchido.

Ante mi silencio, prosiguió.

—Es una obra pública de extrema dificultad, baja desde mil cien metros de altitud, hasta el nivel del mar, en la ciudad de Almería.

Cambié de tema, con amabilidad, dejando claro quien dirigía el rumbo de nuestra relación y de nuestra conversación.

—¿Por qué cambió de opinión? ¿Por qué aceptó mi oferta?

Mi pregunta directa reprimió sus ansias de lucirse, produjo un inesperado movimiento de su mano, y una reducción sensible de la marcha, dándole un cierto respiro en la búsqueda de una respuesta adecuada.

—Las viejas leyes del camino aconsejan los viajes en compañía —dijo con una bonita sonrisa, aunque algo forzada—. Y, además, ayudo a una dama en apuros —concluyó.

No quise mover pieza en su infantil juego, y abracé con fuerza la carta sujetada por mis manos, la última de Ramón, la cuarta. No la había soltado desde la salida, y su repetida lectura era un manantial de fuerzas, necesarias en mi incierta aventura.

Mi amada Alma:

Como sabes, no soy hombre que escriba sus palabras a menudo. Imagino cómo sufrirás ese castigo en silencio, pero ahora quiero decirte que en mi nueva vida lleva dos años y medio sin amanecer... Transito por una oscuridad continua, con la imagen de nuestro futuro en La Querencia. Ese es el sentido de mi quehacer diario.

Me atormenta el recuerdo del roce de la piel de tus labios sedosos y la eterna imagen de esos ojos intensos con iris de color verde, y poblados con un lunar negro en cada uno.

Ese es mi tormento desde hace dos años y medio.

No puedo escribirte más a menudo, como tú te mereces, las palabras solo salen negras.

Tus cartas son una imagen tuya en un espejo, un jarro de agua fresca. Con ellas vuelvo a la vida, al igual que en un parto quincenal, con promesas renovadas y energías nuevas. Me cobijo en su relectura, cada vez más, desde la muerte de Benjamín. Cierro los ojos y visualizo tu presencia, reconstruyo momentos de nuestra vida, convirtiéndolos en imborrables, y pinto cada una de mis partes favoritas de tu cuerpo. Las palabras trazadas por tus manos convierten tu ausencia en menos

real, calman mi diaria necesidad de estar contigo y a través de su luz, comprendo tus sentimientos y te perpetúas en mi memoria. Aunque ya no puedo más, Alma mía, te echo de menos.

Echo de menos tu pelo negro, perfecto remate de una voluntad de hierro; el baile de tu cuerpo cuando hablas y su roce con el mío, tu belleza cercana, el olor a fragancia de lavanda hecha con tus manos, cómo escuchas mis palabras con una leve inclinación hacia adelante y recibes mi torso desnudo entre tus brazos, y tus miradas furtivas cuando me crees distraído. Todo eso echo de menos.

¡No puedo más! Quiero poner mi cabeza y mis brazos en tu cintura, mi llanto anhela su caída en tu regazo.

Colma a nuestros hijos de tus besos y los míos, y ven por unos días. Solo tu presencia calmará mi pérdida de esperanza.

Tu ausencia me consume.

Un beso infinito.

R.

La Unión, jueves, 25 de noviembre de 1897

Me sentía un poco más egoísta con cada lectura, era inevitable. Durante estos meses había vivido oprimida por mi angustia, no tenía idea de la suya. Siempre atribuí la ausencia de continuidad en sus noticias escritas, a la falta de tiempo por el trabajo, nunca a su prudencia.

Apreté el papel contra el pecho, unos segundos.

Roberto observaba mis movimientos con la carta, sin parar sus cantos por lo bajini, si bien se mantuvo respetuoso.

—¿Buenas noticias? —preguntó.

—Noticias de reencuentro —comenté mirando al horizonte.

—A mí me gusta mucho el reencuentro con los amigos del camino. Es una excusa perfecta para la celebración hasta la siguiente despedida, frecuente en este oficio.

En unas horas llegamos a la villa de Gádor, asentada en un barranco a cuyos pies discurre el río Almería, y después de un breve descanso, cruzamos sus aguas, salimos en dirección a Tabernas, y Roberto ya no calló en ninguna oportunidad.

Me dio su particular visión sobre las gentes de los territorios por donde discurriría nuestro camino en los próximos días, personas, según él, apegadas a sus campos, a sus horarios y a sus costumbres, con un cierto aire moruno en su manera de vestir, sin apenas educación formal y acogedoras y agradables en el trato, aunque con una acusada tendencia a las riñas y a la violencia

de las navajas, sin necesidad de una razón.

Recuerdo que sus temas de conversación eran diversos, y se sucedían uno tras otro, así pasábamos las horas.

—El trabajo de arriero tiene los días contados, ¿sabe usted? —dijo para asegurarse de mi atención—. Los vapores de mercancías son nuestra perdición, navegan de noche y permanecen unas diez horas en cada puerto. Muchos viajeros utilizan ahora esos barcos para sus desplazamientos entre Málaga, Almería, Cartagena y Alicante.

Son más rápidos y más cómodos, aunque te quedas al margen del contacto con las gentes sencillas, con el pueblo de a pie, y pierdes la noción de los temas hablados, trovados y cantados en las tabernas, que son el fiel reflejo de la vida misma... A mí me gusta conocer esa información, desde luego —buscó mi mirada—. Me va la vida en ello... Gracias a ella he sobrevivido en este mundo.

Después de varias horas de viaje, y de incontables saltitos en nuestro asiento, cruzamos la rambla de Tabernas, por encima de un fértil valle, a través de un puente de un solo arco, víctima de las riadas en muchas ocasiones, me indicó Roberto. Tabernas es una de las poblaciones más secas de España, continuó diciendo, debido, según él, al efecto de freno sobre las lluvias ejercido por las montañas de Sierra Nevada, Sierra Alhamilla, la de los Filabres y la de Gádor.

Ahora, con el paso de los años, no me importa confesar mi secreta felicidad por aquellas explicaciones. Roberto tenía sus propios motivos, mas, para mí resultaron un soplo de vida y entendimiento.

Al salir de Tabernas tomamos la dirección de Sorbas, por un camino falto de vegetación, cruzado por liebres, conejos y algún zorro, salteado por precipicios, ramblas y cárcavas producidas por la erosión del agua y, cuando apenas llevábamos unas dos horas de camino, las ruedas de la tartana emitieron un chillido aterrador. Roberto detuvo la marcha y bajó a comprobarlas.

—El eje se está quemando —dijo con amabilidad.

Yo di un pequeño salto y bajé también de la tartana.

—Me ocupará una media hora desmontarlas y engrasarlas —comentó consultando su reloj de bolsillo de esfera descubierta.

Agradecí aquel descanso, mi cadera y espalda ya no podían más.

—Daré un pequeño paseo por los alrededores, he visto desde el carro algunos arbustos y plantas interesantes.

—Muy bien, tenga cuidado —dijo Roberto con tono paternalista—. Estos caminos resultan peligrosos si uno no permanece atento.

Inicié mi paseo por un camino salpicado de palmeras, retamas, higueras y plantas aromáticas de varios tipos. Un paraíso para una herbolaria como yo. A los pocos minutos subí una pendiente, había perdido a Roberto de vista, y en lo alto observé un arbusto leñoso, de medio metro de

altura, hojas pelosas y pétalos color amarillo cremoso, con venas violáceas.

—No debería estar en flor todavía, no es habitual. —Una voz masculina, aterciopelada y profunda, con un acento extraño, sonó a mi espalda. No me asusté, más bien me giré con interés.

—Hola, soy Napoleón M. Kheil —dijo tendiéndome la mano.

Ante mis ojos apareció un hombre extranjero de aspecto encantador, de unos cincuenta años, y con un aura de amabilidad y elegancia natural. Quién sería aquel hombre encantador. Él mismo lo aclaró enseguida.

—Soy un entomólogo, y recorro el sur de Almería en la elaboración de un inventario de esta zona.

—¿Sabe el nombre de esa planta? —me preguntó.

—Euzomodendrom bourgeanum, una especie exclusiva de estas tierras áridas florece en el mes de abril, da fruto un mes después y queda desnuda al final del verano.

—Chica lista. ¿Dónde aprendió todo eso? —preguntó con interés. En seguida distinguí a uno de esos escasos hombres que expresan sus verdaderos sentimientos con cada uno de sus pequeños gestos.

—Soy hija de farmacéutico, me he criado alrededor de las plantas y los arbustos y soy botánica aficionada.

—¡Qué alegría! Conozco pocas personas interesadas en ello por estas tierras. Por desgracia, los seres humanos hemos perdido ese instinto. Hace años distinguíamos las plantas necesarias para las molestias en cada momento, y hoy en día apenas las usamos.

—Nunca lo había pensado desde ese punto de vista —apunté.

—¿Sabe de dónde le viene el nombre a esa planta? —comentó señalándola de nuevo.

—No.

—En honor a un botánico francés, Eugène Bourgeau, quien había recogido sus primeras muestras en un viaje a Almería en 1851, y las entregó a unos botánicos de París.

El extranjero sacó de las alforjas de su caballo dos sillas plegables, de madera, un asiento de cuero y una botella de cerveza alemana Hofbräuhaus, con dos vasos.

Hacía frío, yo froté mis manos en busca de un poco de calor, y Napoleón colocó una manta escocesa sobre mis hombros. Nos sentamos y, ya tuteándonos, pasamos un buen rato hablando, de insectos, plantas, de su país, Alemania y de cuanto quisimos.

El tiempo pasó, más de media hora desde luego, creo yo ahora.

—¿Y qué haces por estos lugares? —me preguntó.

—Voy camino de La Unión a reunirme con mi marido. No lo veo desde hace dos años y medio — dije con precaución, en un primer momento, aunque terminé por contarle mi vida.

Él me escuchó identificándose con mi historia, y abriendo sus ojos grandes y marrones, a cada sobresalto producido por mi relato.

Roberto apareció cuando casi ya me había olvidado de él y de sus ruedas averiadas. Se acercó con paso lento y semblante serio.

—Hola, soy Roberto —dijo dando la mano a Napoleón. Él le devolvió el gesto. El saludo fue cortés y seco.

—Debemos irnos —comentó con su mirada fija en mí—. Se hace tarde.

Además de la edad, los separaba un océano de diferencias. Eran dos púgiles de distinta calaña, por un lado, el científico alemán, con un aura intelectual arrebatadora y por otro, el arriero, un digno representante de la sabiduría aprendida en los caminos, los bares y las broncas vespertinas, con un toque de aventura atractivo.

Después de despedirnos, Roberto y yo descendimos en dirección a la tartana.

—Lo siento, perdí la noción del tiempo —comenté.

—Dije media hora..., y han pasado bastante más minutos... No es seguro hablar con extraños en estos caminos. Estaba preocupado —comentó con una ligera brusquedad—. Y he estado espiando desde hace un buen rato su amena conversación con ese erudito extranjero. Esto último no lo dije, más podía haberlo hecho. Lo leí en el tono algo áspero de su voz y en su peculiar forma de hablarme, con la mirada perdida. Yo era su discípula —al menos me otorgó esa condición— una alumna que nunca había salido del entorno físico de su nacimiento. No quería compartirme, y menos con uno de esos extranjeros viajeros, tan abundantes por estos caminos en los últimos años.

Una vez reiniciada la marcha, y sintiéndose de nuevo el gallo del corral, mi compañero de viaje encuadró a Napoleón Kheil dentro de las decenas de estudiosos, sacerdotes ilustrados, naturalistas y similares, desplazados a estas tierras almerienses en el desarrollo de sus investigaciones, donde éramos tratados, en su opinión, como personas primitivas y de costumbres opacas. Yo no había tenido esa sensación en ningún tramo de mi conversación con Napoleón, una bonita cicatriz en la piel de mi tiempo, sin embargo, no quise discutir con Roberto.

Cerré los ojos y me desplacé a las calles de La Unión, calles conocidas por mí a través de las frescas palabras de las tres primeras cartas de Ramón, enviadas el treinta y uno de julio de cada año, según su puntual tradición.

Disfruté de sus recuerdos e imágenes del lugar hacia donde me dirigía.

Mi amada Alma:

[...] La Unión es una ciudad deslumbrante, asentada en una zona de origen volcánico sobre las faldas del cerro del Sancti Spiritus, como un puente entre el mar mediterráneo, el mar menor y la vecina ciudad de Cartagena.

Me gustan los largos paseos por los alrededores de La Unión. Allí es donde encuentro tu reflejo. La flora y fauna típica de esta zona trae a mi mente imágenes familiares, el azufaifo, con cuyas raíces mantienes a raya las fiebres de nuestros hijos, el espino blanco, tu infusión favorita para el cuidado de mi corazón, el cornical, eficaz en el lavado de las heridas del campo o la vara de San José, con la que rebajas nuestras infecciones.

Mi amada Alma, te echo de menos en cada esquina.

Domingo, 15 de septiembre de 1895

[...] La Unión, con apenas cuarenta y cinco años de vida, creada de la nada, casi sin reglas y al amparo del desarrollo de la producción minera, posee un espíritu muy joven, aunque su alma es vieja. La mayor parte de sus habitantes son hombres experimentados sin apenas educación formal, y casi un tercio, habitan agrupados en barriadas con el nombre de su ciudad de origen: Dalías, Alhama, Berja, Rágol Gádor.

El constante crecimiento de esa mano de obra ha extendido la ciudad como un vaso de agua derramado, sin control municipal, y gran parte de sus habitantes viven cuasi hacinados, alquilados y realquilados, en viviendas sencillas vestidas con urgencia, en albergues, en casas de familiares o amigos, o en cuevas e infraviviendas, en las montañas, en condiciones insalubres, y con un alto índice de mortalidad infantil.

A pesar de ese urbanismo improvisado, triunfo de lo inmediato sobre la belleza fruto del pensamiento, la ciudad cuenta con los servicios necesarios en una población de primer orden y con algunos nobles edificios. Las calles rojas, cubiertas de una neblina pardusca a modo de corteza de un aire viciado, se llenan día a día con los habitantes, los sonidos, los malos olores de las caballerías y las costumbres típicas de una ciudad minera.

A primera hora de la mañana miles de obreros recorren sus calles camino de su puesto de trabajo, después son sustituidos por cientos de carros y de mulas con los minerales y el carbón necesarios en las fábricas, y más tarde, entran en acción los niños, los golfillos habitantes de las calles de la ciudad.

Son niños de tres a seis años, dueños de su libertad, no de su destino. Cubiertos de polvo y turquí disfrutan con sus juegos, aprenden a su manera en la escuela de la calle y practican un casi incomprensible lenguaje propio. Unos pocos, los afortunados, van al colegio cuando cumplen siete años, hasta los nueve, aunque la mayoría continúan inmersos en la anarquía de su reino callejero hasta su entrada, a los once, en el mundo laboral, con un mísero sueldo, fundamental en el casi imposible mantenimiento de su familia.

[...] Te amo Alma, llena de besos a los niños.

Domingo, 6 de octubre de 1895

[...] La avenida principal de esta ciudad medio sonámbula es la calle Mayor, cruzada, a cualquier hora, por carruajes, landós, galeras y tartanas, y por gentes con ropas en consecuencia a su suerte y condición. Las mujeres caminan con la frente alta y la responsabilidad doméstica encendida, y la mayoría de los hombres, una pizca encorvados por el duro trabajo en las minas, en una algarabía sin hora, amalgamada con conversaciones frugales, transacciones comerciales, riñas y pregones con muleta musical en la venta de los periódicos del día. Una sinfonía sin fin de ruidos, movimientos y esperanzas en el mismo corazón de la ciudad. A un lado y otro de la calle se alternan establecimientos de toda clase, cafés cantantes, tiendas especializadas, casas de comida o los ultramarinos, verdaderos templos del abastecimiento. En ellos te perderías durante horas, mi amor ¡Te quiero!

También hay tiendas de gran lujo en la avenida principal, como la joyería de Ramón Gijón, con mucho trabajo por el día, aunque más durante la noche, cuando, según cuentan en el pueblo, D. Ramón se sienta en su mecedora, frente a la puerta cerrada de su tienda, y atiende a aquellos jugadores que empeñan sus piezas de oro y plata en busca de la liquidez exigida en las partidas de cartas; y la de máquinas de coser de Edmundo Alcochs, un artefacto solo al alcance de algunas casas de la alta sociedad, por su alto precio, y por la reticencia de los hombres a esa extraña máquina, cuando sus mujeres, madres e hijas cubren el mismo servicio gratis a mano. Si estuvieras aquí, más de uno de ellos se llevaría una buena reprimenda, seguro ¡Cuánto te echo de menos!, mi amor.

Sábado, 19 de octubre de 1895

[...] Al principio de esta década la ciudad sufrió una crisis en su desarrollo económico, por la brusca caída del precio del plomo en los mercados internacionales. Fueron años duros, llenos de historias tristes de supervivencia, y se convocaron varias reuniones con representantes del Ayuntamiento, del comercio y de los propietarios mineros y fundidores, en lucha contra el hambre.

Sábado, 26 de septiembre de 1896

Por fortuna, el precio del plomo ha vuelto a una línea ascendente, por su resistencia a la corrosión y su contante uso en la urbanización de ciudades de toda Europa, en la industria química, en la medicina o en la fabricación de municiones. Nuevas explotaciones mineras son abiertas, y se encienden hornos, antes cerrados, en las fundiciones existentes, aunque continúan bajo el yugo del monopolio del Estado en los explosivos y de los intermediarios y desplataadores ingleses.

Muchos partidarios abren o cierran sus explotaciones mineras en función de la cotización del plomo en el mercado de Londres, y esa inseguridad en el trabajo ha provocado el afloramiento de una latente conflictividad laboral, traducida en algún atentado con bomba o en los sucesos acaecidos en una mina, la San Rafael, en protesta por los vales.

[...] Te amo con locura. Llena de besos a los niños en mi nombre.

Miércoles, 14 de octubre de 1896

Mi amada Alma:

Por desgracia, los años de bonanza y de fiebre del plomo y la plata no solo han traído a La Unión a partidarios, trabajadores y sus familias, sino también a mucha gente de honradez dudosa. La necesidad, el ingenio y la falta de integridad son una combinación peligrosa, y en los últimos años han surgido curiosas formas de robo y engaño.

El plomo es fuente de bienestar, y también de corrupción, ambición política y violencia. En esta ciudad no hay noches sin lunas, ni sin tiroteos a la luz de las farolas de gas. Los muchachos, a partir de los quince años, recorren las calles con pistolas en el cinto, y los episodios violentos son constantes las veinticuatro horas del día, con reyertas en las plazas entre amigos, familiares y obreros, donde resuelven las disputas a golpe de faca o a tiros.

Como ves, mi amor, la muerte es constante en esta ciudad, muerte en las minas, en las casas o en los hospitales; muertes accidentales, o a mano airada, y cadáveres en las calles y en los caminos... Pero no te preocupes, tengo cuidado... Te quiero demasiado.

Domingo, 15 de noviembre de 1896

[...] ¿Recuerdas a mi amigo José de las Casas? Te hablé de él antes de mi marcha. Nos hemos encontrado hoy en la calle Mayor. Ha perdido su fortuna con una mala racha en el juego, y volvió hace unos días a probar de nuevo como partidario. ¡Quién sabe! Ya tuvo suerte una vez. Nos veremos en unos días.

[...] Mañana es Nochebuena y mi corazón se llena de tristeza por estar lejos de vosotros. Llena de besos a los niños en mi nombre. Te amo con locura, Alma.

Lunes, 23 de diciembre de 1896

Mi amada Alma:

Hoy he vivido en mis carnes esa violencia dominante en el espíritu de los hombres por estas latitudes.

Estaba con mi amigo Benjamín Maduro, ya te hablé de él, en el Ventorrillo de Juan el Herrero. No había un alma en el local y los allí presentes disfrutábamos, con unas copas en la mano, del arte de un cantaor gitano por bulerías, fandangos, seguiriyas y otros cantes. El humo del tabaco y una bailaora, de movimientos contundentes, se movían con contoneo e insinuación, alrededor de las mesas donde los hombres jugaban a las cartas, y compartían sus últimas aventuras, con independencia de su veracidad. Todos estaban pendientes de la bailaora, algunos concentrados en sus movimientos, y los demás con una parte de su pensamiento en esa mujer gitana de cabellos e intenciones color rojo, y la otra, en la bolsa situada junto a cada mesa de juego, donde era depositado el dinero, en prenda del valor de las fichas de plomo.

Reinaba un ambiente enmarcado por un ruido ensordecedor de alegría y deseo, cuando, en el mismo instante de su entrada en la venta el aire se congeló por unos segundos.

Era un hombre de media altura y tiempo, y de corte andaluz. Tenía barba escasa, color de depravado, una contundente cicatriz de quemadura en la mejilla derecha y mostraba andares, ojos y boca de mandamás. Vestía una camisa de color blanco con dos iniciales bordadas, una corbata con alfiler de pedrería, un chaleco cruzado por la áurea cadena del reloj de bolsillo, un pantalón de color negro y un anillo de plata con un gran carbúnculo en su mano izquierda. Su caminar despreocupado lo llevó en unos segundos a su destino, y sus compañeros de mesa, con grandes vegueros encendidos, se levantaron. Cuando se sentó, la normalidad volvió, aunque el aire de la estancia ya había cambiado.

La tensión convivía con los presentes. Intuían la violencia en los gestos de un hombre acostumbrado a verse solo a sí mismo, que considera hojarasca a los demás; y no tardó en aparecer.

En un momento, sin previo aviso, el recién llegado, excitado por el calor, el alcohol y el baile, y sin ningún recato, intentó acariciar a la bailaora. Fue rechazado, y, sin haber medido bien sus fuerzas, ella propinó una bofetada a aquel hombre descarado.

Todo sucedió en una exhalación.

El hombre agredido lanzó una mirada asesina, sin alterarse en lo más mínimo, y dos hombres, hasta entonces invisibles, salieron por detrás de su espalda, cogieron en volandas a la bailaora, y la llevaron a la parte trasera del local donde fue cosida a patadas, violada repetidas veces y, por último, pinchada con saña. Al día siguiente su cuerpo exánime apareció en un callejón acogido por el frío.

El jefe no se quedó solo. Un perro, también desapercibido hasta entonces, ocupó con rapidez el lugar de los dos guardaespaldas. Era un Alano Español, de tamaño medio, con unos ojos amarillos de demonio, cuchillos como dientes y negro de piel, como una noche sin luna. Parecía sacado de la batalla de las Antillas, donde el hermano de Cristóbal Colón, Bartolomé, utilizó veinte de estos perros, conocidos por los indios Caribes como «una diabólica invención».

En la venta nadie se inmutó. Todos saben quién es, aunque nadie dice su nombre. Policiano Zamora, Zamo lo llaman, un respetado abogado de día y un grandísimo hijo de puta de noche. Es el hermano de un propietario con aspiraciones a la alcaldía y pertenece a una de las familias más pudientes y con más influencias en la ciudad.

Me cuentan que sus historias, algunas verídicas, otras inventadas, lo preceden por donde va y se confunden en los brazos de la infamia. Palizas a bailaoras por negarse a bailar desnudas, torturas a mujeres por simple capricho, condonaciones de empréstitos a

cambio del derecho de pernada con las esposas de los deudores, violaciones colectivas, asesinatos con ponzoña en el vino, abuso de las monjas del hospital disfrazado de fantasma y un sin fin más de atrocidades. Una retahíla de fechorías cometidas a la vista de los ojos del pueblo. Y nadie ve nada, quien osa denunciarlo es amenazado.

El alcalde, D. Adolfo Ceño, hombre honrado, ha prometido poner freno a su desbarre, Zamo ha jurado matarlo, y el pueblo está a la espera del desenlace de ese desafío.

Domingo, 14 de marzo de 1897

12

Recuerdo que me desperté con el brusco adelantamiento de la diligencia de Almería, varias lágrimas corrían por mis mejillas, y Roberto observaba mis movimientos con la carta, sin parar sus cantos por lo bajini, aunque se mantuvo respetuoso.

La noche casi se había cerrado cuando nos paramos en la venta de San Rafael, donde conseguimos dos habitaciones, ante la sorpresa del dueño de la posada al ver a Roberto con compañera de viaje. Cenamos en abundancia, puchero de cebada, con harina cocida, agua y sal y pan de maíz, acompañado de cebollas y ajos, aceite, patatas y pimiento.

Esa noche hubo tertulia, transformada con premura en un corro de hombres y mujeres bailando y tocando unas castañuelas con cintas multicolores, y después, los hombres, con Roberto a la cabeza, cantaron coplas al son de violines y guitarras, en una sucesión interminable de fandangos cortijeros, malagueñas y seguiriyas. Cantar largo y por derecho, la voz de Roberto es aterciopelada, posee un elegante y natural fraseo y una habilidad innata sosteniendo largos tercios con un único aliento.

Las notas de los cantes saltaban en el aire, fruto de la improvisación, y caían en el corazón de los presentes.

—¿No te cansas? —comenté a Roberto en un momento de descanso.

—Ja, ja —sonrió sin defensas—. En mi juventud las parrandas duraban hasta tres días. Íbamos de una casa a otra, con nuestro repertorio de cantes. Días inolvidables, sin duda.

Roberto me miró reconfortado por la sonrisa dibujada en mi cara, y continuó, olvidando ya el tratamiento formal.

—Amiga mía, el flamenco es espíritu, alma y sentimiento. Alimenta, es pura verdad y rezuma esperanza. Se canta con sufrimiento y sangre en la garganta, y se nutre del dolor y de la alegría de quienes sufrimos en nuestro quehacer diario.

—¿Cómo se aprende? —pregunté.

—No es posible, el flamenco vive dentro de unos pocos elegidos, y el cante es la forma de darle luz y compartirlo con los demás —alcanzó a comentarme mientras se dirigía de nuevo al centro de la estancia.

Roberto siguió con su colección de cantes populares, cantes de alegría, amor y celos, con letras de gentes del común; y mientras yo subía a mi habitación, vi a una mujer despampanante con todos los sentidos puestos en él. Entre cante y cante, el ropero tampoco la perdía de vista, como el cazador extasiado por la belleza de su presa, unos segundos antes de cazarla.

Una vez en mi habitación el sueño pronto me trasladó a mis recuerdos del flamenco en La Unión, a través de las palabras de Ramón.

[...] En La Unión el flamenco no tiene la categoría de expresión popular, de cante del pueblo, de medio de expresarse de aquellos abandonados por la suerte, sino la imagen de ser un compañero fiel de la violencia, de la batahola y del alcohol, y esa asociación es debida al lugar donde se escucha con mayor frecuencia, los cafés cantantes.

Estos establecimientos son una institución en esta ciudad, tienen aire de locales parisinos y constituyen centros de recreo para los trabajadores después de una dura jornada, aunque también ejercen de catedrales del vicio, la lascivia y el alcohol, y sufren la persecución de los promotores de un claro espíritu anti flamenco promovido por la burguesía local. Las quejas de los vecinos son constantes por el ruido y los asiduos, gente de reputación discutida, y los movimientos contra su cierre no cesan, ya hubo una amenaza del Ayuntamiento, más mueven mucho dinero, y algunos de sus clientes son aquellos con la potestad de ordenar su cierre. Con la excusa de ir a la barbería, o a por tabaco, algunos de los hombres de La Unión merodean por los cafés cantantes abiertos a casi todas horas.

En su interior conviven, cada noche, una gran barra, un pequeño escenario, carteles taurinos, numerosas mesas servidas por bellas mujeres, y un grupo numeroso de hombres rugiendo al son del golpe de los nudillos en las mesas y las patadas en el suelo a modo de jaleo. Un mundo que gira alrededor del carajillo, el anís de paloma con vino viejo y el vino viejo con coñac, donde las mujeres no se libran de los improperios y las acciones propias de los espíritus doblegados por el duro trabajo en la mina, y conquistados por el alcohol y el olvido. El café cantante es el único sitio donde tienen vida. Las riñas, disputas y discusiones son continuas, algunas desaparecen solas al enfriarse los ánimos, y otras terminan por resolverse en las calles a puñetazo limpio o con el sonido de las balas. Por desgracia, nadie pone fin a estos desmanes.

[...] Te quiero, mi amor, te echo de menos y te deseo...

Viernes, 6 de marzo de 1896

[...] El cante más escuchado es uno propio de aquí, de las minas, derivado de las tarantas traídas de nuestra tierra, que nace de la mezcla del alma flamenca de los cantes andaluces, con el sentimiento propio de unos fandangos locales, con la misma estructura, aunque con el ritmo libre y sin ceñirse a ningún compás. Es un armonioso grito de dolor, cantado con el corazón en la boca y el sentimiento en las entrañas. Un quejido secuestrador del alma de quien lo escucha, cuyas coplas recorren el catálogo de injusticias prevalecientes en esta tierra de oportunidades y fracasos, los abusos del patrón, la dureza del trabajo, el miedo a la muerte, empero, también el amor, la amistad y el orgullo de su profesión.

Este bello lamento, ennoblecedor del aire, se abre con la guitarra, con una cadencia andaluza en el tono de tarantas, a modo de preparación del espíritu del aficionado y del alma flamenca del cantaor, con el calor y la emoción necesarios para poder sentir ambos el cante.

A continuación, el cantaor despliega, con su poderosa voz, un grupo de notas de adorno sobre una misma sílaba, unos farfuleos, en general en forma de un par de «ayes», unos quejíos de salida en

busca del tono marcado por la guitarra, y cuando termina, la guitarra ejecuta unos tonos agudos, a modo de descanso, en espera del cante. Y es entonces, querida Alma, cuando ya estás rendido por la magia, el momento en el que surge la verdad, la plata escondida en el plomo, el corazón de la vida, el cante, estructurado en seis fragmentos melódicos, llamados tercios, con extensión a voluntad del cantaor, en busca de la justa medida de cada uno de los versos de las coplas de ritmo alterna, terminando cada verso en una leve cadencia y repitiendo uno de ellos. La guitarra no abandona al cantaor y construye un acorde mágico, un puente entre tercio y tercio, entre sentimientos y emociones concatenados, cerrando el sexto, y último, con un conjunto de notas de adorno sobre una misma sílaba de exquisita habilidad.

Tienen algo especial, único, son verdad, así lo siento... Que ganas tengo de compartir esos momentos contigo.

Domingo, 29 de marzo de 1896

13

Al día siguiente mi cuerpo apenas respondía a mis órdenes.

Cuando todavía no había amanecido, preparé mi mente para un viaje lleno de baches y sobresaltos, y ya convertido en una lucha, con falta de sueño y alimentación, contra los elementos y mis dudas sobre el acierto de mis últimas decisiones.

—¿Por qué salimos tan temprano? —dije mientras Roberto y yo dábamos cuenta de un frugal desayuno.

—La penumbra es nuestro mejor aliado. El sol pega duro por estas tierras, aunque estemos al final del otoño, y la noche cerrada es mala consejera.

—Yo ando medio dormida... No he podido descansar bien.

—¿Por qué?

—Las dudas no me dejan.

Silencio.

—Tú eres especialista en hierbas, ¿no puedes elaborar algún brebaje contra el insomnio? —me comentó Roberto sin dejar de comer.

—He preparado una infusión de Beleño, pero es de efecto retardado.

—Espero que funcione —me dijo incorporándose—. Ahora debemos partir.

A lo largo de las siguientes horas el camino se transformó en monotonía y desolación. El eterno horizonte permanecía casi ajeno al avance de la tartana, con vegetación escasa y esteparia, y un relieve árido, únicamente aderezado por la aparición esporádica de alguna venta o cortijo, aunque yo no veía otra imagen más allá de la de mis ocho hijos abandonados en manos casi ajenas, lejos de mi cariño de madre, por una egoísta necesidad. Al menos mí añorada Matilde, mi angelito de la guarda, si recorría el camino a mi lado.

Roberto controlaba de reojo, y en silencio, cada uno de mis gestos.

—¿Quieres que paremos un rato a descansar? —me dijo—. Hemos llevado un buen ritmo durante toda la mañana. El descanso nos vendrá bien a todos.

Ante mi respuesta afirmativa, buscó un árbol con buena sombra, y sacó una manta y unas pocas viandas y vino.

—¿Te arrepientes del viaje? —me preguntó.

—No, en absoluto, llevo más de dos años sin ver a mi marido.

—Siento que esté resultando más duro de lo esperado.

—He trabajado toda mi vida Roberto... No estoy acostumbrada a este tipo de viajes, eso es todo. El traqueteo golpea mi espalda sin piedad, aunque la emoción amortigua el dolor.

—Lo entiendo, no es fácil, y menos si tienes una parte de tu familia en La Unión, y la otra en Alhama.

—No te preocupes, me adapto con facilidad a las situaciones.

Después del breve descanso reanudamos la marcha, y aquel día atravesamos un desierto, un paisaje duro, más lleno de magia. Roberto conducía la mula con pocos movimientos, apenas perceptibles, y yo encontré consuelo, otra vez, con los ojos cerrados, envuelta en mis recuerdos de las cartas de Ramón.

[...] La semana pasada fui por primera vez a la fundición Dos Hermanos, uno de los establecimientos más modernos de la zona, situado a las afueras de la ciudad, camino del Llano del Beal, y propiedad del alhameño D. Pío Wandosell —D. Pío, así es conocido en La Unión—, con la esperanza de responder a las expectativas creadas por la carta de tu padre, y la recomendación del primo de tu madre.

Cuando trasasé la puerta principal, la fábrica bullía. El recinto tenía casi tanto ajeteo como la calle Mayor, con un movimiento constante de todos los habitantes, cientos, de ese universo industrial. Los encargados del manejo de las existencias, los arrieros y sus recuas de mulas con las seras cargadas con el mineral procedente de las minas, los guardas controladores del tráfico en su interior, las diferentes clases de obreros especializados y los empleados sin calificación, los más numerosos.

A través de ese ingente tráfico de personas y de decenas de caballerías mayores y menores, se veía el herramental para el servicio de los hornos, y como si de una cordillera se tratase, diferentes y ordenados montículos de tierra argentífera de Almagrera, granza de Almería, piedra, garbillo, y otros productos necesarios y resultantes del trabajo de la fábrica.

Domingo, 12 de mayo de 1895

[...] Un hombre agradable, y de modales algo exagerados, me llevó, a través de una sala diáfana, cruzada por columnas y llena de mesas individuales donde muchos hombres escribían y manejaban mucha documentación, a un despacho situado en la esquina derecha.

Allí fui recibido por Francisco, el primo de tu madre, y por un hombre de unos veinticinco años.

Los dos iban vestidos de impecable manera, ambos con una chaqueta abierta hacia atrás, a partir de la cintura, como una cola de bacalao, con pantalón rayado, corbata lisa a juego, camisa blanca de puño doble con gemelos de plata y zapatos negros con cordones. La única diferencia entre ellos era el chaleco, gris el del joven, y negro el del primo de tu madre.

Tu tío es tal y como lo describiste, con una cara redonda, enmarcada por grandes orejas, el pelo rapado casi al cero, unos profundos y rasgados ojos marrones, las cejas arqueadas y pobladas, una nariz desparramada, la boca pequeña de labios gordos, la barba negra poblada y un bigote largo, amplio en el centro y muy fino y recortado en las puntas orientadas hacia el cielo. Parece una persona de corazón henchido, esculpida con el cincel de la aventura y el trabajo duro, y con una sonrisa cercana, donde uno se siente acogido.

Y el otro, Abdón, el hijo de D. Pío, no es como lo hubiera imaginado, con su cara alargada, casi de porcelana, rematada por unas orejas perfectas, el pelo abundante, lacio y mojado, con la raya en medio, unos redondos y luminosos ojos verdes, unas cejas casi rectas, la nariz estrecha, larga y señorial, una boca grande de labios ceñidos, y un bigote corto, amplio en el centro y un poco menos grueso en las puntas orientadas hacia el suelo. Parece una persona de corazón fuerte, esculpida con el cincel de la elegancia natural y radiante, y con una sonrisa ajustada, propia de aquellos con la independencia de su pensamiento comprada por su rica cuna.

Domingo, 9 de junio de 1895

[...] El despacho era sobrio, con escasos muebles, aunque de un gusto muy exclusivo. Encima de la mesa reconocí la carta de recomendación escrita por tu padre a Francisco Calvache. Se levantaron al verme entrar en la sala.

—Abdón, te presento a Ramón Alcaraz, el yerno de mi primo Antonio, el mejor farmacéutico de Alhama de Almería.

Abdón apretó mi mano con firmeza.

—Ramón, te presento a Abdón Wandosell, el gerente de la fundición —por un poder notarial de su padre debido a que el primogénito era una auténtica bala perdida. Eso no lo dijo en ese instante, más ya me lo había comentado la noche anterior, la de mi llegada, después de cenar con su familia.

Según me contó tu tío, durante casi veinticinco años, D. Pío administró sus numerosos negocios con mano férrea, pero antes de desplazarse a vivir a Madrid el año pasado otorgó a su hijo mayor, Antonio, de apenas veintitrés años, un control absoluto de sus negocios a través de un poder notarial. Pronto surgieron los primeros disgustos por la manera de gestionar del primogénito, como cuando descontó varias letras de peloteo ideadas en colaboración con su hermano Eugenio o vendió a dos buenos amigos de su padre, una mina ya vendida por él, dos años antes, a tu tío Francisco. Estos hechos, y otras actuaciones ajenas a la ley, de boca en boca por toda la ciudad, llevaron a D. Pío, en diciembre del año pasado, a revocar el poder, y designar a su segundo hijo, Abdón, como administrador de sus bienes industriales, y a Francisco, de sus fincas agrícolas y urbanas.

—Encantado D. Abdón, es un placer —dije alargando la mano.

—Hola Ramón —contestó prolongando el apretón de manos—. El placer es mío. Me han dado buenas referencias de ti y quería comprobarlo por mí mismo... Sentémonos, si te parece.

Jueves, 4 de julio de 1895

Me comentó tu tío Francisco que Abdón ha sido siempre un joven muy vinculado a su madre, muerta cuando tenía catorce años. Habla inglés a la perfección, vivió dos años, a cargo de un sacerdote católico, en un piso en Londres pagado por su padre, junto con su hermano Antonio, y después, inició la carrera de Ingeniería Industrial en la Universidad Central, estudios que nunca concluiría.

—¿Te has dedicado siempre al cultivo de la vid, Ramón?

—Sí, desde muy joven.

—Es una faena difícil, ¿verdad?

—La clave está en trabajar siempre con la atención puesta la primera vez, mas, con la pericia concedida por la experiencia y la lectura.

Abdón sonrió ante mi respuesta.

—¿Y por qué has venido a La Unión? ¿Qué buscas aquí?

—Mi libertad.

—Curioso sitio para buscarla —dijo Abdón.

—Quiero ahorrar, y ser el dueño de mis propias tierras de cultivo en Alhama de Almería. Trabajaré duro, por fortuna tengo clara mi meta.

—Se ha acomodado en mi casa mientras busca un alojamiento para los próximos años —comentó Francisco.

—Ramón, tus referencias son magníficas, mi tío Francisco te avala, tu suegro habla con especial cariño de ti, en su carta de recomendación y eres casi de la familia...

Alzó la vista y me miró a los ojos.

—Necesito a alguien en quien confie para seleccionar y comprar el mineral necesario en la fábrica —dijo con un tono serio —aunque confortable— en la voz—. Esta es tierra de trampantojos. Dirijo la fundición desde hace apenas unos meses, y ya he detectado numerosas operaciones donde somos objetos de engaño.

—Yo aprendo rápido.

—Eso me han dicho.

—Mantén los ojos abiertos. Intentarán el engaño en la selección de mineral, en el recuento o en el pesaje, donde puedan.

—¿En qué consistirá con exactitud mi trabajo?

—Te lo explico —dijo Abdón.

Domingo, 7 de julio de 1895

14

Abdón me comentó que en una fábrica de fundición de plomo la clave reside en un adecuado y continuado suministro de la galena argentífera. Su padre posee decenas de explotaciones mineras, y, además, firma contratos de aprovisionamiento con otras minas, de las que los emisarios de la fundición Dos Hermanos retiran los minerales, solo si estos reúnen las condiciones de riqueza y humedad establecidas en el acuerdo, verificándose su peso, destare y ensayo, en la forma acostumbrada en la sierra. «El corazón del plomo es la plata», me aseguró Abdón. Es la que determina su valor de venta. Su contenido se fija en ensayos hechos en farmacias elegidas por la fundición, que reciben el mineral en paquetes lacrados.

—Tú serás mi emisario de confianza en esa labor —dijo Abdón observando mis movimientos—. Necesito tu absoluta lealtad, y a cambio, tendrás una jornada laboral de ocho horas y un salario mensual en metálico.

—¿Cuándo empiezo?

—Mañana mismo.

[...] Mi querida Alma. Hoy sí siento nuestro sueño más cercano. Tengo un trabajo, y las esperanzas futuras puestas en nuestras propias parras.

Colma de besos a nuestros hijos.

Te quiero, te amo, te deseo.

Sábado, 20 de julio de 1895

[...] El hombre de modales algo exagerados entró en el despacho de nuevo, acompañado de otro de mediana edad. Un minero retirado con problemas respiratorios por el polvo del plomo, ahora recadero de la fundición, y hombre de confianza de tu tío Francisco. Vestía una sonrisa natural, un pelo rojizo rebujado, una camisa y pantalón negros y unas alpargatas de suelas de cáñamo.

—Ramón, te presento a Benjamín Maduro, persona de gran corazón y el dueño de la casa donde vivirás a partir de hoy mismo.

Miércoles, 24 de julio de 1895

[...] La vivienda es humilde y escasa, una planta baja con la fachada de color almagre, y una sencilla puerta principal en cuyo reverso descubrí, colgada de un clavo, una herradura usada con

un número impar de agujeros, una llamada a la suerte y las energías del cielo. Sita en el número uno de la calle de la Molineta, la casa tiene los techos de tierra láguena descansando sobre tablones, y consta de una entrada, dos cuartos, y un comedor—cocina con una hornilla de carbón, un palanganero con el paño, una mesa sencilla rodeada de sillas de enea, la chimenea con la campana bordeada por una leja, y al fondo, un chinero, repleto de loza y porcelana barata, al lado de la puerta del patio, donde se concentran el escusado, el pozo, la pila de lavar y el horno moruno donde su mujer hace pan cada tres o cuatro días, un recurso magnífico como primer plato cuando no hay otros alimentos, muchas veces, más de las deseadas.

Y aquí estoy, mi querida Alma, en mi cuarto realquilado, con una cama cubierta con una colcha, un sencillo armario, una mesa con uso de escritorio y una silla de enea, donde me siento a escribirte estas letras, cuando me salen.

Domingo, 28 de julio de 1895

[...] Benjamín Maduro es una de las dos partes de un matrimonio sin hijos, la otra, Julieta Cánovas, aparenta más joven, no solo en edad sino también en espíritu.

Julieta es oronda, tierna y acogedora, con su cara arrugada por absorber las preocupaciones de su marido, el pelo recogido con crespina, unos negros y afilados ojos de batalla, la nariz recta y una boca de labios gruesos acostumbrada a no callar sus sentimientos. Parece una mujer abierta a sus seres queridos, en cuyo entorno no anidan los problemas, ni las miserias de espíritu.

Me recibió en su casa como uno más, y apenas unos minutos después, me invitó a acompañarla al ultramarino a por los ingredientes de un cocido que prepararía ese día, en mi honor.

Salimos de la calle de la Molineta, subimos por Numancia hacia la calle Mayor y la recorrimos hasta la puerta del establecimiento. La calle principal traslucía, a media mañana, una vida de compras, llena de empleadas domésticas, chicas casaderas en busca de revistas de modas y labores y señoras de clase alta. Un universo femenino, en espera del regreso de los hombres de la faena diaria.

Entramos en la tienda, que tenía un mostrador de madera, en forma de u abierta, y un olor dulzón y picante invadió mis sentidos. Seguí su rastro, y a lo largo de toda la pared derecha descubrí varias filas de cajones con numerosas variedades de especias. En la entrada aparecían situadas unas cajas redondas de más de un metro de alto, unas con las sardinas tipo arenque, de un color dorado brillante, y otras con el bonito color marrón, lustroso y perfumado, y encima del mostrador se veían colgados los pulpos, extendidos por dos trozos de caña cruzados en forma de aspa. En el fondo de la tienda estaban situados los sacos con garbanzos, lentejas, arroz, azúcar, sal y habas secas, y enfrente de las especias, la sección de telas, delantales, paños de cocina y todos los utensilios necesarios en la matanza del cerdo, de cobre reluciente, con reflejos brillantes al balancearse a la luz de las velas situadas en la zona de jabones, lámparas de carburo, marros, picos y explosivos. También había tocino y zafras con aceite y en otras estanterías, al fondo, los panes grandes y redondos, y una enorme variedad de productos de confitería y chocolates.

El dueño nos atendió con rapidez, y una vez de vuelta en la casa, mi anfitriona cubrió todas mis

necesidades de alojamiento mientras iba introduciendo los ingredientes en la olla: alas, vísceras, hueso, jamón, esqueleto, tocino, chorizo, calabaza, chirivía, nabo, morcilla y patata, sacándolos de los cucuruchos de papel de estraza.

Miércoles, 31 de julio de 1895

Entonces, desperté y grité.

Roberto dormía, arrastrado por las musas del flamenco, y la tartana continuaba sola su camino. «No te angusties, el perro está amaestrado. Fíjate bien.», me dijo desde lo más profundo de su siesta.

Fue cuando recordé a Rufus, un carea castellano de pelo corto, sin rabo y algo desaliñado, de tamaño mediano, arlequinado, medio cuerpo en negro y el otro en blanco y con ojos almendrados. Perro fiel, acostumbrado al duro trabajo, vigilante y al acecho y de trato huidizo, salvo cuando eres admitido en el círculo del arriero. Lo busqué con nuevos ojos, y ahí estaba, guiando a la mula, a un metro de sus patas delanteras. En apenas unos minutos, pasé del pánico inicial a la tranquilidad absoluta.

—Será duro —me dijo Roberto, ya incorporado y con las riendas en las manos.

—No respondí, y le pregunté con la mirada.

—La separación de unos hijos tan pequeños —contestó. No te has apartado ni un segundo de esa manta infantil, y, además, veo como tu pensamiento se ausenta con mucha frecuencia de nuestro camino.

En ese momento me sentí culpable. La mayor parte de esas ausencias en el viaje no habían sido protagonizadas por los niños, sino por su padre, mas, fue una culpa ligera. Tenía derecho a sentirme mujer, no solo madre.

—También duele el alejamiento del amor de tu vida más de dos años y medio. Mis hijos están en buenas manos con sus abuelos... De Ramón, casi se me han borrado sus abrazos.

—Cómo admiro el amor cuando es profundo y sincero.

—No es nada especial, todos podemos encontrarlo.

—En estos caminos resulta difícil, vamos con prisa y con careta.

—¿Alguna vez te habrás enamorado? —dije sin pensar primero, ni arrepentirme después.

—Otro día te lo contaré —dijo mostrando una gran sonrisa, y algo sorprendido—. Si te portas bien conmigo —añadió, mientras movía las riendas.

—Será un placer escucharte, si llega ese momento.

—No te preocupes, llegaré.

Paramos a comer en Los Castaños, un grupo de caseríos en lo alto de un monte, en una venta con poca ventilación, muebles contados y una mezcolanza de animales, personas, malos olores y aromas a cocina campesina. Comimos una buena cazuela con cerdo, cordero, arroz, tocino, pollo y judías, preparada por la mujer del dueño, un funcionario de telégrafos obligado a acumular fuentes de ingresos. Una familia gitana de paso amenizó el almuerzo con sus bulerías, seguiriyas, soleares, tangos y tonás, y la juerga se apoderó del espíritu de los presentes, avivados por los efluvios del vino, verdadero protagonista del evento, a pesar del horrible sabor provocado por el cuero de su recipiente.

Después de reiniciada la marcha, y cuando apenas llevábamos unas horas, alcancé a ver una hilera de vagones de tren de color negro surcando el cielo a la altura del pueblo de los Gallardos.

—Pertenece al ferrocarril trazado por un industrial vasco cuando compró las minas de hierro de Bédar, hace tres años. Lleva el mineral hasta la playa de Garrucha —contestó Roberto sin que hubiera habido ninguna pregunta y sin inmutarse. ¡Cómo disfrutaba el ropero de esos momentos! No podía ocultarlo. Bajo ese semblante impenetrable discurría una escondida sonrisa, propia de quienes manejan preciada información, a su antojo, y al ritmo de sus deseos.

En pocos minutos el ferrocarril se perdió entre las montañas y nuestro viaje inició su paseo por un paisaje desolador, sin campos cultivados, ni árboles de sombra, extendido como una manta roja, únicamente salpicada, de vez en cuando, por algunos postes de telégrafos, algunos a un palmo del suelo, y pocas casas esparcidas en un paisaje casi fantasmal, que estimulaba el flujo de mis dudas sobre si no estaría mejor en casa con los niños, y mis preguntas sin respuesta sobre su estado de ánimo y su salud. Esos pensamientos me hacían llorar por dentro.

La monotonía del camino era rota, de vez en cuando, por una curiosa rutina de Roberto. Cada cierto tiempo detenía la marcha de la tartana, y acariciaba con suavidad la parte posterior y superior del cuarto trasero de la mula. Después, cogía las dos orejas con sus manos y besaba con suavidad el punto medio entre las mismas. «Ese gesto relaja sus tensos músculos, reduce su cansancio y evita enfermedades», esa fue su respuesta, sin pregunta, como siempre, la primera vez. «Cosas de magia», respondió la segunda, «tradiciones de mi pueblo», acertó a decir la tercera, y de ahí en adelante, ya no habría más respuestas. Un gesto de satisfacción repleto de intriga. Ese era el final de su extraño ritual.

A última hora de la tarde llegamos a El Real, pasado el pueblo de Antas, donde cenamos arroz, pollo, tocino y ajo, y nos alojamos en un ventorrillo de fama. Allí preparé una infusión de Beleño, vertí dos gramos de hojas secas en doscientos de agua hirviendo, y después de filtrarlo, me bebí la mitad en ese momento, y la otra, la guardé para antes de acostarme.

Esa noche hubo tertulia y Roberto fue el amo del lugar una vez más.

—¿Ya te retiras?

—Sí, estoy cansada.

—La noche es joven.

Silencio rojo.

—Buenas noches, Roberto.

—Buenas noches, Alma.

Dormí de un tirón, ayudada, sin duda, por mi brebaje de magia blanca, como lo había calificado él.

Al día siguiente, el dueño del ventorrillo nos ofreció un reconstituyente, típico del lugar, un ponche hecho con pimiento molido, ajos, cominos, aceite y sal, acompañados de la cuarta parte de un pan. Una declaración de intenciones sobre la higiene del local, aunque efectivo, a la vista de la ausencia del cansancio y la ligereza de mi cuerpo en las siguientes horas.

Una vez más, Rufus marcó la dirección de salida.

—¿De dónde procede el perro?

—Lo gané en una partida de monte.

—¿Eres jugador habitual?

—No, solo jugué esa vez. Su dueño lo maltrataba y no merecía tenerlo. Mi padre fue un jugador empedernido, hasta perderlo todo —contestó sin pregunta, una vez más—. Yo fui su acompañante en muchas partidas, y el día de su muerte juré no jugar.

—Incumpliste tu promesa.

—Una vez, Rufus lo merecía. Y te diré una cosa, desde entonces dejo mi vida en sus manos cuando es necesario. Los animales actúan por instinto y se equivocan pocas veces, y sin embargo, los humanos obramos según nuestra inteligencia, y tropezamos más de una vez con la misma piedra.

Al cabo de un rato nos incorporamos a la carretera de Almería a Murcia y mejoraron la calidad de la vía y la belleza del paisaje, con varios valles cubiertos de cidras, naranjas, tomates y hortalizas, unidos por puentes de un solo arco.

Durante el trayecto nos cruzamos con numerosos viajeros, arrieros, campesinos y obreros, andando o en mulas, con grandes paraguas abiertos, caballeros y mujeres de alta condición en galeras o a caballo, gitanos con sus acordes de guitarra y cantes flamencos y pescadores, con sus habituales relatos piscatorios. Una fauna acostumbrada a espacios de complicidad en estos largos recorridos.

Después de cruzar el río Almanzora, apenas con una evocación de agua pasada, entramos en un valle precioso con campos de maíz, higueras chumbas y palmas datileras, y desde allí iniciamos

un ascenso rápido hasta la Venta del Tío Largo, donde descansamos y comimos conservas de ternera y buey en aceite.

Más tarde atravesamos El Oficio, una antigua acrópolis, de cultura argárica de la Edad del Bronce, excavada por dos ingenieros belgas de minas, situada en las pendientes de una meseta de difícil acceso en el norte de la Sierra Almagrera, y a última hora de la tarde llegamos al Pozo del Esparto, un poblado con una inmensa playa de casi media legua de grava y arena fina, donde cenamos pescado local, y después, Roberto se entretuvo, como siempre, entre los pliegues de los bailes y los cantos locales, y yo di un paseo por la orilla del mar, ¡mi primera vez!

Aquel espectáculo me sobrecogió. Cuántas veces había leído sobre la inmensidad del mar y su infinita fuerza. Esa playa fue el primer sitio en el viaje donde me relajé. Yo no pertenecía a ese mundo de viajeros y buscadores de fortuna, y hasta ese momento, me había sentido tan fuera de lugar, como una mariposa obesa en un cuento infantil.

Caminé descalza por la orilla de esa playa infinita, al menos en apariencia, envuelta en un aire solitario, frío y limpio, propicio para el vuelo de los sentimientos hacia mi destino.

Mi amada Alma:

Esta noche mi espíritu ha bajado al pozo de las desgracias, y no he podido salvar a mi mejor amigo de los brazos de la infortuna...

15

Mi amada Alma:

Esta noche mi espíritu ha bajado al pozo de las desgracias, y no he podido salvar a mi mejor amigo de los brazos de la infortuna.

Hoy parecía una noche normal, el final de uno de esos días donde ya tienes el camino recorrido y nada puede sorprenderte. Benjamín y yo departíamos con un amigo suyo, D. Segismundo Bernadeu, en la puerta de un café cantante de la calle Mayor, fuimos saludados con amabilidad por el alcalde, D. Adolfo Ceño, viejo conocido de D. Segismundo, y después, el regidor siguió su camino en dirección al casino del Círculo Liberal. Iba envuelto en una larga capa de lana negra, cerrada por el torso con una fíbula, y tenía el rostro cubierto por un embozo de algodón granate.

Y de repente, noté algo extraño, el aire se congeló, apenas podíamos respirar. No era una sensación nueva, la había vivido antes, y conocía su origen. Intuí la puesta en escena de una zalagarda, concentré mi vista en los alrededores del primer edil, y vi un Alano Español, de silueta familiar y mirada espantosa, pasando por detrás de Benjamín, en dirección al alcalde.

Domingo, 21 de febrero de 1897

[...] Era tarde, cerca de las once de la noche, la calle permanecía casi desierta, y los habitantes se divertían en el interior de los bares, casinos y cafés cantantes.

Un hombre de mediana edad surgió de las sombras. Tenía la cabeza aovada y un perfil insignificante. Se acercó al regidor, quien en ese instante cruzaba por delante del casino del Ateneo Industrial en su camino al Círculo Liberal, justo enfrente. El hombrecito, un delincuente de poca monta conocido en el pueblo como el Láguena, pegó con fuerza al primer edil en la espalda, con un palo.

El primer tiro sonó cuando D. Adolfo cayó al suelo, disparado a traición por el Láguena con la víctima a sus pies, y después, hubo una plétora de disparos dirigidos contra el máximo representante del pueblo. Los balazos venían del interior del Ateneo Industrial, donde se oían gritos animando al solitario atacante. El alcalde rodó sobre sí mismo intentando evitar las balas, y agazapado, y con su capa a forma de escudo, alcanzó la entrada del casino del Círculo Liberal, de forma milagrosa, mas con su atuendo protector atravesado por numerosas balas. Allí fue acogido por varios amigos.

Detrás de él, cuchillo en mano, se acercó el Láguena, quien fue detenido en la puerta, introducido en el interior, y cacheado por un policía municipal, encontrándole en la cintura otro cuchillo enorme. A partir de ese momento los disparos pasaron a ser cruzados, algunos partidarios de D. Adolfo respondían a la lluvia de plomo que llegaba desde el otro lado de la calle.

El aire seguía congelado.

Los tres amigos nos habíamos perdido de vista a esas alturas, escondidos, cada uno donde pudo, y aunque estábamos a cubierto, yo alcancé a ver, a través de los visillos del Ateneo Industrial, una contundente cicatriz de quemadura en la mejilla derecha de una conocida cara, revestida, esa fría noche, de ansias de venganza.

En medio de ese intercambio de rabia incontenible, salió a la calle, desde el Círculo Liberal, el jefe de la guardia nocturna, con su capa azul liada en el brazo izquierdo a modo de escudo improvisado, y disparando. Avanzó con el ánimo decidido a defender la vida y el honor del alcalde, la primera autoridad de una villa con el alma secuestrada por unos pocos desalmados. De puro impulso llegó ileso y arma en mano, hasta la puerta del Ateneo Industrial, justo cuando, falto de balas, sacó la espada de su uniforme. Un Alano Español, aparecido de la nada, saltó sobre él, y mordió con fuerza su tobillo derecho, haciéndolo caer al suelo. El perro desapareció después, ante el acoso de los disparos, por la puerta principal del Ateneo Industrial. Animados por el gesto del viejo jefe de la guardia, los partidarios del alcalde aumentaron la intensidad de sus disparos y su avance sobre la fachada del Ateneo Industrial, provocando la huida de Zamo y su cuadrilla, incluso la de su inseparable perro, por la puerta de atrás.

La calma volvió de pronto a la calle Mayor, y de aquella revuelta de tiros Solo resultaron dos heridos, el infeliz atacante, único detenido, con un balazo en el muslo, y el heroico jefe de la guardia nocturna, a quien el avance de sus compañeros de batalla había salvado, in extremis, de ser descuartizado por el ímpetu de un perro entrenado, sin duda, con saña. El alcalde salió ileso, por puro milagro.

Domingo, 28 de febrero de 1897

[...] Cuando mayor era el número de tiros, los tres nos habíamos puesto a salvo, y al término, caí en cuenta de la ausencia de Benjamín.

Después de una corta búsqueda, D. Segismundo lo encontró sentado en el portal del número sesenta y dos de la calle Mayor. Se le veía tranquilo, sonriente y en calma. Así se había quedado tras su encuentro fortuito con una bala extraviada, un proyectil sin destino fijo. En su mano derecha, abierta del susto, quedó depositado su amuleto de la suerte, una moneda de Julia Cornelia Salonina, emperatriz romana del siglo III después de Cristo, encontrada por él mismo en sus años de minero en el Cabezo Rajao.

El episodio de la muerte de Benjamín Maduro, el inofensivo jornalero minero, ya en sus tiempos más tristes, se ha convertido en un misterio lleno de dolor y vergüenza en La Unión, dolor de sus seres queridos, y vergüenza de quienes llenan de pobreza y mezquindad esta ciudad.

Domingo, 7 de marzo de 1897

[...] El entierro de Benjamín fue sencillo y escaso. Algunos hombres, los necesarios, tu tío y yo entre ellos, un sacristán y un monaguillo con la cruz alzada, recorrimos la calle Mayor, detrás de un coche fúnebre, camino de una fosa común [...]

[...] Y mientras, Julieta permanecía en su casa, sin fuerzas para acompañarnos, y llorando por un pasado malogrado, un presente perdido y un futuro incierto, sujeto a la generosidad de tu tío Francisco, en forma de una razonable pensión vitalicia, y a los escasos dineros ahorrados por su marido.

Martes, 9 de marzo de 1897

Al día siguiente Roberto decidió salir temprano rumbo a Águilas, primera ciudad de la provincia de Murcia. Mi compañero conducía la mula con pocos movimientos, apenas perceptibles, y después de cruzar la ciudad, avanzamos, en dirección al Puerto de Mazarrón, a través de una costa negra de piedra volcánica, llena de acantilados y precipicios asomados sobre un mar casi transparente.

Nuestras conversaciones ya eran frecuentes. Roberto había abandonado su pose de conquistador, y una vez relajado, comenzó a mostrarse tal y como era.

—Fue hace siete años, con una bella mujer de mi pueblo —dijo sin previo aviso.

—No hablé, y me dispuse a escuchar.

—Mi primer amor —comentó con voz melancólica—. No estaba previsto, ni tampoco lo busqué, sucedió y no pude evitarlo.

—¿Qué pasó?

—No mucho... Mujer casada... Fruto prohibido... Ya sabes... Soy un hombre de principios. Me alejé del pueblo y no la he visto más.

Silencio rojo.

—¿Te arrepientes?

—No, tomé una decisión y mi vida siguió adelante.

—¿Quizá fuese mejor así?

—No lo sé, desde luego, sí distinta.

Roberto puso un cigarrillo en su boca y guardó silencio, ausente. El cigarrillo encendido era un apunte de su carácter, me ofrecía cada vez, a pesar de mi rechazo, sin importarle cuantas veces dijera no, ni lo infrecuente del gesto de fumar en una mujer. No caía en cuenta de esos detalles, todo viajero de tartana debía fumar, según su propio código.

Respeté su momento y mi mente corrió a refugiarse donde quería estar, en los brazos de Ramón, a través de sus cartas.

[...] El pasado viernes conocí a D. Pío Wandosell, en su casa de campo, situada a una legua del centro de la ciudad, en la cañada de Mejías. D. Pío la llamó Villa Dolores, en honor a su primera mujer, María Dolores Calvache, amiga de sus juegos infantiles en Alhama de Almería, madre de sus primeros trece hijos y compañera de sus avatares vitales hasta su repentina muerte, hace nueve años, por una traicionera neumonía, dejándolo viudo hasta su segundo casamiento, con su cuñada, Francisca Calvache, su actual esposa.

Esta finca no es su residencia principal en La Unión, sino la de vacaciones, y en ella se instala cuando algún asunto le trae con urgencia desde Madrid, donde reside. La entrada está presidida por una reja clásica de estilo arabesco, y es el inicio de un largo sendero ascendente, con la inclinación propia de una rambla, y enmarcado por doce centenarios pinos, como un conjunto de cariátides y atlantes, custodios de las casas situadas al final del camino, las tres en la misma manzana, una grande y porchada para el dueño y dos pequeñas para el guardés y el jardinero.

En el porche de la casa principal coincidimos con un carro, procedente del vapor inglés Canterbury, lleno de regalos traídos desde Londres por el capitán, en su viaje mensual con el carbón necesario en la fábrica de fundición Dos Hermanos, quinina, regalo de D. Pío al hospital de La Unión, tabaco, telas y otras cosas. Una fiesta para la familia, según me contó el cochero. Allí fui recibido por un mayordomo, quien me acompañó al interior de la casa, y me indicó donde debía esperar.

El salón de entrada es amplio, con una gran chimenea presidida por un retrato de D. Pío, firmado por Eduardo Rosales, un gran ventanal al fondo hacia el patio interior, por donde entra la luz a borbollón, una puerta que conduce al amplio comedor, la cocina y varios dormitorios, y otra, en frente, que señala el camino al despacho de D. Pío y a la alcoba principal. La sala está presidida por un piano Steinway color caoba, en forma de arpa y de gran cola, más de dos metros, a modo de mesa recibidor repleta de decenas de fotos de la familia en marcos de plata. No reconocí ninguna, más me llamó la atención el porte de algunas de las señoritas con trajes de alta costura, sin duda de París, y en concreto, una fotografía de un manojito de críos vestidos de luto, con cara de haber perdido el norte en sus vidas, de un plumazo. No hay ningún sofá en una estancia, sin duda de paso, pero si al menos seis sillas de caoba estilo imperio, tapizadas en terciopelo rojo y con los brazos y las patas talladas con sobriedad, apoyadas contra la pared a ambos lados del piano; cada una de ellas con un cojín blanco y las iniciales «PW» grabadas en color rojo en el centro.

Por curiosidad me acerqué a mirar detrás de la puerta principal, y descubrí, colgada de un clavo, una herradura usada con un número impar de agujeros, una llamada a la suerte y las energías del cielo.

A los pocos minutos salió Abdón a saludarme. «Mi padre no tardará mucho en recibirte», me dijo, e iniciamos una amigable conversación sobre D. Pío, la casa y las costumbres de su familia.

Domingo, 11 de julio de 1897

Al cabo de un rato D. Pío salió de su despacho acompañado de dos hombres con decidida pinta de comerciantes, los despidió en la puerta, y se acercó hasta nosotros.

—Hola Ramón, me alegra conocerte por fin —dijo con una naturalidad no innata, sino más bien fruto de años de inmersión en el mundo de los negocios y las relaciones sociales—. Abdón me ha dado muy buenas referencias sobre ti —comentó al darme la mano con una fuerza calculada.

Yo no salía de mi asombro. Su trato era sincero y cercano, y desde luego, distinto al esperado por mí en nuestro primer encuentro.

—Me hubiera gustado conocerte antes, más en los dos últimos años apenas he venido un par de veces por estas tierras, y siempre con premura.

—No se preocupe señor, para mí es un placer conocerlo hoy.

—Por favor Ramón, puedes tutearme, llevas más de dos años trabajando con nosotros, y ya eres de la casa —dijo mientras cogía mi brazo con su mano, e iniciábamos el paso—. Entremos en mi despacho, allí estaremos más cómodos.

Miércoles, 21 de julio de 1897

16

[...] D. Pío es hombre de estatura por encima de la media, alrededor de un metro y ochenta y cinco centímetros, con la prestancia y autoridad conferidas ya por esa ventaja, el pelo encrespado, sin raya, unos grandes y almendrados ojos verdes, unas cejas redondas y profundas, una nariz de mucho volumen, la boca escondida de labios finos y un bigote amplio en el centro y fino y recortado en las puntas orientadas hacia el cielo. Parece una persona amable, de corazón espléndido y combativo, esculpida con el cincel de la honradez, el trabajo duro y la necesidad de aprender, y con una sonrisa natural, propia de aquellos con la independencia de su pensamiento ganada por el esfuerzo acumulado y un instinto innato para los negocios.

Según he oído en el pueblo, además de un fundidor creso, D. Pío es un republicano convencido, como tu padre y la mayoría de los habitantes de nuestro pueblo, uno de esos republicanos que sueñan con la vuelta a los principios democráticos de la Constitución de 1812, y con la sustitución de la monarquía borbónica por una república, la segunda. En las continuas disputas internas del Partido Republicano, entre los partidarios de la acción revolucionaria y los defensores del parlamentarismo, él se ha situado desde el principio con los centralistas de nuestro paisano D. Nicolás Salmerón, más inclinado a la segunda vía. Tu padre te contará más de este tema.

Como sabes, desde la restitución de la monarquía, el caciquismo domina la política nacional, los detentadores del poder económico local se integran en los dos partidos políticos consolidados, el partido liberal y el partido conservador, y de forma alternativa, se reparten las riendas de la administración pública en un turno establecido [...]

[...] En esta zona de levante el caciquismo está incrustado en el mundo rural, y defiende, a toda costa, un orden injusto donde la gran propiedad se ha apoderado de la administración, a través de políticos adláteres de los dos partidos nacionales. El cacique local se apoya en la fuerza nacional de su partido, y mantiene el yugo sobre el resto de sus vecinos. D. Pío no es un cacique al uso, su máximo cargo político hasta la fecha ha sido el de concejal de La Unión, aunque su fortuna y su reconocimiento social dan al partido republicano de La Unión, una mayor relevancia social que la reflejada en las urnas y en la actualidad él es una de las figuras relevantes del republicanismo provincial y nacional.

Hace tres años se desplazó a Madrid en un tren completo de cuatro vagones, con su familia, los baúles, los muebles, los carruajes y los caballos, instalándose en un palacete de la calle Arenal de Madrid, donde se codea con miembros de la nobleza, diputados nacionales, ministros, e importantes políticos nacionales.

Domingo, 25 de julio de 1897

[...] El despacho de D. Pío es sobrio, con paredes limpias, salvo por dos óleos sobre tabla de Eugenio Lucas Villamil, con estampas del Madrid goyesco, dos mapas, un gran ventanal a la calle y una puerta acristalada como conexión al patio interior. Las cortinas son de terciopelo verde

aceituna, y al lado de la ventana de la calle, hay un sofá de tres plazas y dos sillones tapizados en terciopelo rojo.

A ese rincón nos dirigimos al entrar en la habitación.

—No sé si mi hijo te habrá adelantado algo. Quiero crear un nuevo puesto de trabajo de gran responsabilidad, y Abdón ha pensado en ti. Te cree la persona idónea —dijo todo eso de un tirón, como aquellos hombres acostumbrados a manejar varios temas importantes al mismo tiempo—. Siéntate tú aquí —dijo señalando uno de los sillones. Él se sentó en el sofá, y su hijo Abdón se acomodó en el otro sillón.

—No le he adelantado nada, padre —dijo Abdón con respeto.

Te confieso una cosa, querida Alma, yo no me atrevía a decir una palabra. Estar allí sentado, de tú a tú, con alguien de quien había escuchado tantas historias me tenía atenazado.

—¿Quieres tomar algo?, ¿una copa?, ¿un vino?, ¿agua fresca? —dijo D. Pío, con amabilidad.

—Un vaso de agua estaría bien —dije.

—¿Tú quieres algo, Abdón?

—No, gracias padre, estoy bien.

D. Pío tocó una campana y a los pocos segundos apareció el mayordomo.

—Talí, ¿serías tan amable de servirnos dos vasos de agua fría?

—Si claro señor, enseguida.

El mayordomo desapareció en dirección a la cocina.

— Como bien sabes —dijo D. Pío— hace un mes, el doce de junio, ocurrió una terrible desgracia en la fundición Dos Hermanos al producirse una explosión en un horno, cuando un operario se disponía a sacar una carga. Hubo grandes desperfectos y el jornalero resultó herido de cierta gravedad.

—Sí, claro, conozco a Manuel ¿Está mejor?

—Por fortuna se está recuperando —dijo Abdón.

—Eso es lo más importante —comentó D. Pío—. En esa ocasión no ocurrió nada grave, aunque por desgracia no es un caso aislado. En esta sierra se producen más de veinte muertes al año y un centenar de heridos en accidentes laborales.

En ese momento volvió a entrar el mayordomo con una bandeja de plata engalanada con tapete blanco, y dos preciosos vasos de cristal tallado también con las iniciales «PW». Pasó por delante de nosotros, mientras guardábamos silencio, y se dirigió a un mueble de unos cincuenta centímetros de altura, no visto por mí antes, y situado en una esquina, un sencillo mueble de

madera, apoyado sobre cuatro patas sin tallar, y con un pequeño grifo en su parte delantera inferior derecha. El mayordomo giró el grifo, más nada sucedió. A continuación, abrió la tapa superior del mueble y observó su interior.

—Lo siento señor, no puse una barra de hielo nueva esta mañana —dijo con cierto apuro—. Iré por una.

—Vaya, vaya, Talí. No se preocupe —comentó D. Pío.

El mayordomo abandonó la habitación y D. Pío, no ajeno a mi asombro, me habló de nuevo.

—Se trata de una nevera inglesa. Ven, te la enseño si quieres.

Le seguí en dirección a la nevera.

—Es de madera de encino, forrada en su interior con metal y corcho a modo de aislante. Por la parte superior —dijo levantando la tapa del mueble— se introduce el bloque de hielo necesario para enfriar el agua, y los alimentos son colocados en este compartimento contiguo.

En ese momento entró el mayordomo con el bloque envuelto en trapos, lo colocó en su sitio y cerró la tapa.

—El hielo es traído desde Sierra Espuña. Allí poseo un pozo de nieve. Tengo contratado a un hombre de la zona, quien después de las últimas nevadas de primavera recoge la nieve y la transporta al pozo, donde es pisada como si fuera uva, y separada por capas de tierra, paja y hojas, para convertirla en hielo. Cuando llega el calor lo cortan en bloques, y hacen el transporte a esta finca, en varios viajes de noche, a lomos de mulas.

—Nunca había visto nada parecido.

—Todavía no es un instrumento muy corriente —me contestó D. Pío—, y, sin embargo, en la refrigeración y en la energía eléctrica descansan el futuro desarrollo de nuestra sociedad.

El mayordomo terminó de servir el agua en los vasos, los dejó sobre la mesa de cristal situada frente al sofá, con sus correspondientes platillos de cristal, también con la «PW», y salió de la habitación.

Martes, 27 de julio de 1897

—Volvamos a lo nuestro —dijo D. Pío—. Ramón, el problema no son solo los accidentes ocurridos en la metalurgia o la minería, sino en todas las demás actividades industriales. En la actualidad tenemos más de quinientos operarios trabajando en las obras del dique seco del arsenal de Cartagena, más los futuros trabajadores de otros proyectos en esta zona. He creado un nuevo puesto de trabajo. La persona que lo ocupe será el responsable de atender las necesidades derivadas de los accidentes de nuestros trabajadores, facilitándoles la oportuna asistencia facultativa, el abono de jornales y demás expensas, la determinación del tiempo del impedimento,

y la intervención en las reclamaciones gubernativas y judiciales. Los obreros accidentados no deben sentirse abandonados a su suerte. Necesito a alguien responsable, trabajador y leal, Abdón ha pensado en ti desde el principio, y yo estoy de acuerdo...

Sábado, 31 de julio de 1897

El camino del puerto de Mazarrón a La Azohía es menos abrupto, más un movimiento algo brusco de Roberto me devolvió a la realidad.

—Ya estamos cerca de nuestro destino de hoy —dijo Roberto con un tono lleno de color—. Esta noche descansaremos aquí, y mañana, si Dios quiere, llegaremos sanos y salvos, a La Unión.

Aquel nombre me estremeció por dentro, en lo más profundo. Tenía ganas de ver a mi marido de nuevo. Soñaba con sus abrazos, su piel y su cuerpo, refugio y fuente de las fuerzas necesarias en nuestro proyecto de futuro en común, nuestro sueño. Varias lágrimas corrían por mi mejilla, y mis manos seguían aferradas a las cartas.

—¿Cuánto tiempo estarás en La Unión? —pregunté a Roberto. Quería huir de mi congoja.

—Un par de días. Recogeré la ropa sucia y me volveré.

—Toda una rutina —comenté.

—De esa forma mantengo la cordura y no me meto en problemas.

En La Azohía, un pueblo de apenas un puñado de casas, buscamos alojamiento en la única venta del lugar, un local del puerto donde pescadores y mineros se entretienen con el arte de improvisar versos y coplas sencillas, portadoras de historias sobre la vida diaria, en esas zonas de dura condición. Roberto pronto se convirtió en el rey de la competición, animado por los presentes a mostrar sus dotes.

Cenamos atún de almadraba local en escabeche, elaborado a fuego lento con aceite, vinagre, vino blanco, laurel, ajo, tomillo, hinojo, azafrán, y naranja, todo machacado con anterioridad en un mortero de barro, y me acosté temprano, con el corazón en carne viva y la esperanza intacta.

El día siguiente comenzó muy temprano. Cogimos el camino en dirección a La Unión, dejando a un lado, con su costa agreste, el valle de Campillo de adentro.

Esa mañana era especial, y había realizado cada uno de mis pasos con calma, sin prisas, disfrutando cada segundo de ese día cuyo tiempo terminaría en los brazos de Ramón. Me preguntaba qué estaría haciendo él en ese mismo momento, y si me recibiría a la entrada del pueblo.

Voces del pasado revestían mis pensamientos. Los cogía, los abrazaba y los repetía una y otra vez.

—«¿Nos irá bien, Ramón?

—No lo sé Alma, no lo sé».

El último tramo del viaje nos recibió con una lluvia casi imperceptible, aunque constante, y yo adopté el papel de observadora silenciosa, refugiada en la emoción, dejando a Roberto la tarea de conducirme a mi destino, una ciudad tan indescifrable como La Unión.

Varias lágrimas corrían por mis mejillas, y mis manos estaban aferradas a las cartas, y atenazadas por el frío, no de esos pasajeros traídos por el viento más cercano, sino uno buceador de los huesos de mi cuerpo, comprobando su consistencia, un frío a prueba de mantas y de cualquier otro abrigo.

A mediodía vimos las primeras casas de la ciudad minera.

El sol no lucía en lo alto, permanecía escondido. Era un día gris, y el cielo parecía la pared interior de una tubería de plomo.

En la ciudad encontramos un universo vacío, lejos de las imágenes bulliciosas dibujadas por mi marido en sus cartas. Avanzamos por una calle Mayor solitaria, casi sin espíritu. Me preguntaba qué habría pasado con el nervio descrito en las cartas de Ramón, dónde se escondían las mujeres, los niños, los carreteros y todos los habitantes habituales de esa vía, ahora en silencio.

A mitad de la calle principal distinguimos un grupo numeroso de personas, y al acercarnos a la esquina con la calle de Méndez Núñez, aprecié, a través de seis o siete filas de espectadores, curiosos y cabizbajos, una procesión fúnebre que avanzaba, con un paso lento y ceremonioso, acompañada por cientos de amigos o conocidos del difunto. Un manojo completo de sacristanes y monaguillos, con cruz y ciriales, abrían la comitiva, y detrás, un féretro de madera noble era llevado a hombro por varias personas en riguroso turno. El ambiente era solemne, y parecía que toda la ciudad estaba en la calle en señal de respeto.

En el cruce de Mayor con Méndez Núñez, Roberto detuvo la marcha y contemplamos la comitiva como dos habitantes más de la ciudad.

Más tarde me comentaron que el desfile de duelo había comenzado a unos cinco kilómetros de La Unión, en el vecino pueblo de El Algar, en concreto, en la mina Esperanza, lugar del desdichado accidente causante de la muerte del joven. Allí se concentraron cientos de personas, una representación de todas las clases sociales, a pie y en numerosos carruajes, unas dos mil personas que escoltaron el féretro en solemne procesión hasta la capilla ardiente instalada en casa del padre del difunto. El silencio reinante únicamente fue roto en alguna ocasión por oraciones seguidas de forma masiva por los acompañantes, o por alguna exclamación espontánea de recuerdo al querido joven desaparecido o de apoyo a su conocido padre y a su familia. A lo largo del desfile, cientos de personas, a los dos lados del camino, no se perdieron ni un detalle de la abarrotada marcha, descubriéndose con sentimiento y deferencia a su paso, un tributo de cariño a quien en vida fue un hombre muy respetado.

Al entrar en La Unión, la comitiva subió por la calle Numancia y a su paso por la Ermita de Nuestra Señora del Rosario, abierta de par en par, los obreros entraron el féretro, hubo un saludo a la Virgen, el párroco recitó una oración especial, unos responsorios y algunas preces, y desde allí se dirigieron al número treinta y seis de la calle Méndez Núñez, donde se había preparado una capilla ardiente, en uno de los salones de la casa del padre del difunto. En ella tendría lugar el tradicional planto, y una misa de cuerpo presente.

Cuando el féretro cruzó por delante de nuestra posición yo aún no sabía quién era el muerto. Entonces vi a los seres queridos del difunto, los más cercanos, detrás del ataúd, y lo supe.

Busqué a Ramón en el grupo de personas acompañantes de la familia, sin éxito. En ese mismo instante Roberto puso en mi mano un recordatorio, repartido por varios niños entre las personas testigos del traslado, y absorbí su contenido de un rápido trago.



ROGAD Á DIOS POR EL ALMA

DEL SEÑOR

D. Abdón Wandosell Calvache

Fallecido en un accidente

en la mina Esperanza en El Algar

EL DÍA 10 DE DICIEMBRE DE 1897

DESPUÉS DE RECIBIR LOS SANTOS SACRAMENTOS

Sus desconsolados padres, hermanos y demás familia, ruegan á V. se sirva encomendar su alma á Dios y asista al funeral que en sufragio de su alma se celebrará en la Ermita de Nuestra Sra. del Rosario, de La Unión, el día 12 del corriente á las doce y media de su mañana.

ORACIÓN

Señor Dios que nos dejaste la señal de la Pasión en la Sábana Santa, en la cual estuvo envuelto tu cuerpo Santísimo, cuando por José fuisteis bajado de la Cruz, concédenos ¡Oh Piadosísimo Señor! que por tu muerte y sepultura seamos llevados á la Gloria de la resurrección donde vives y reinas con Dios Padre en unidad del Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

(Clemente VII concedió que todas las veces que se rezare esta oración se saque un alma del Purgatorio).

Suplicármole, señor, recojas en tu seno el alma de tu siervo Abdón, que redimiste con tu preciosísima sangre. Amén.

Reconocí, gracias a las descripciones de Ramón en sus cartas, a casi todos los que desfilaban cerca del féretro con su semblante más triste, D. Pío, el nuevo alcalde D. José Maestre, elegido el mes anterior, mi tío Francisco y una nutrida delegación del poder económico y social de la ciudad. Los trabajadores de la fábrica de fundición Dos Hermanos conducían el cuerpo de su director en hombros hasta el domicilio de su padre, alternándose, en respetuoso silencio.

La negra procesión de dolor siguió su camino por la calle Méndez Núñez hasta la puerta de la casa familiar de D. Pío, engalanada para la ocasión, con toda la servidumbre uniformada, en actitud de respeto, el cocinero, con aire y acento francés, el ayuda de cámara, Talí, ocho criadas, la costurera interna, una institutriz inglesa, el criado que llevaba a los niños al colegio y un cochero, con su ayudante.

Pronto nos enteramos de todos los detalles del accidente, a través de los amigos de Roberto.

A las doce menos cuarto de la mañana del día anterior había sonado la campana, usada en el anuncio de las tragedias, con un tañido imponente, de sobra conocido por los habitantes de la zona. Enseguida fluyó la noticia por todo el pueblo de El Algar, y un grupo de curiosos y familiares de los mineros subió montaña arriba, con la muerte en los oídos, ya antes de verla, y empujados por una potente mezcla de curiosidad, responsabilidad y tragedia. Las mujeres de los mineros dejaron sus quehaceres, y corrieron hacia la boca del pozo, sin preocuparse más por la compra, la comida, la limpieza o incluso el cuidado de sus hijos. Su hombre es su único pensamiento en esos instantes de desgarró, comentó Roberto.

—Se produjo un derrumbamiento en la mina Esperanza en El Algar —dijo Roberto con el ánimo cabizbajo—. El hijo de D. Pío había ido a comprobar la seguridad de las excavaciones. Ironías del destino.

—¿Ha habido más muertos? —pregunté con preocupación.

—Seis en total.

En esos momentos una angustia indescifrable invadió mi espíritu. Necesitaba los abrazos de Ramón cuanto antes. Lo veía en mis pensamientos, desolado por la muerte de Abdón. En esos dos años había desarrollado una sincera admiración por su jefe, según se desprendía de sus sentimientos epistolares. Calle de la Molineta, número ocho. Allí debía estar esperándome. Él sabía de mi llegada por un telegrama de mi padre, y su corazón estaría latiendo con fuerza, como el mío.

Fijé mi mirada en mi tío Francisco, mas, la suya serpenteaba por el piso de la calle Mayor, en compañía de su ánimo. No me vio.

Cuando toda la comitiva ya había girado por Méndez Núñez, Roberto y yo seguimos por la calle principal hasta la esquina con la calle Numancia y bajamos, hasta la altura de la calle de la Molineta. En la esquina vi la casa con el número uno, la de Julieta, y supuse que más tarde iría a visitarla con Ramón. La puerta permanecía cerrada. «Me muero de ganas de conocerla», dije en voz alta, embriagada por la descripción de su personalidad en las cartas de Ramón.

—¿A quién? —preguntó Roberto.

—A una amiga.

Silencio negro.

Unos metros más adelante encontré, al lado de un taller de pleitería, el número ocho, correspondiente a la casa alquilada por Ramón a D. Pío, a través de mi tío Francisco, después de la muerte de Benjamín. El decoro y la decencia no le permitían vivir bajo el mismo techo con Julieta, mas, buscó una vivienda en la misma calle, y la encontró, unos metros más abajo.

Reconocí la casa, con la fachada color azulete y las cenefas de cal en el marco de la puerta principal de madera sencilla.

—Aquí es —dijo Roberto.

—Gracias por traerme hasta la puerta.

—No tienes por qué. Al final, tu compañía ha sido un regalo.

—Te debo lo acordado.

—No te preocupes. Ya ajustaremos cuentas en el viaje de vuelta.

—¡Ah!, sí en dos semanas —comenté algo distraída y ya impaciente.

—Te avisaré el día antes. Calcula más o menos, sobre el día veinticinco.

—Perfecto, así podré pasar la Nochebuena con Ramón y el Año Nuevo en casa con los niños.

—Disfruta de tu estancia en esta tierra, pronto comprobarás su embrujo y lo especial de sus gentes. Nada en común con Alhama de Almería, ni mejor ni peor, solo distinto —comentó, mientras volvía a su tartana.

—Roberto, ¿puedo pedirte un último favor?

—Claro, dime.

—Cuando vuelvas a Alhama de Almería, ¿serías tan amable de acercarte a la farmacia de mi padre y decirle a mis hijos cuanto los quiero?

—Descuida, lo haré.

—Uno a uno, por favor Roberto, es importante. Recuerda, sus nombres son Antonia, Ana María, Manuel, Elena, José Antonio, Antonio, Miguel y Josefa.

—Tienes mi palabra, no te preocupes —dijo azuzando a la mula para iniciar el paso—. Y recuerda, no saldré hacia Alhama hasta pasado mañana. Si necesitas algo, pregunta a cualquiera por mí.

—Gracias, una vez más.

—Adiós Alma, hasta dentro de dos semanas.

—Adiós, Roberto.

Se alejó en dirección a la calle Real, y me quedé por fin sola, como yo quería, dispuesta a disfrutar de la compañía de Ramón, y a consolarlo por la muerte de su querido y admirado jefe. Intuía su dolor y quería disiparlo.

18

Me acerqué a la puerta y llamé con suavidad, más sin descanso.

Abrió Julieta, inconfundible, tal y como Ramón la había descrito. Era una mujer oronda, tierna y acogedora, con el pelo recogido con crespina, unos negros y afilados ojos de batalla, la nariz recta, y una boca de labios gruesos, toda vestida de negro, debido al luto por su marido, pensé enseguida. Su silueta no tenía apenas color, quizá por el encierro del luto, sin respiros, sin paseos, salvo a misa o al cementerio.

Me extrañó su presencia en la casa de Ramón, aunque no esperé a sus primeras palabras, ni a sus explicaciones.

—¿Julieta?

—¿Alma? —contestó ella—. Bienvenida.

—¡Que alegría! —comenté dándole un beso en cada mejilla, y con mi mirada ya en el interior en busca de Ramón.

Ella respondió a mi gesto con cariño, más falto de emoción.

—Vamos, Ramón espera dentro.

Eso dijo, nada más.

Apenas recuerdo cómo fue. Lo he borrado. No sé si ella me paró unos segundos en la entrada de la casa y me lo dijo antes de que accediéramos al dormitorio, o si fui yo quien vio a Ramón, sin previo aviso, cuando entré en la habitación.

En realidad, no importa.

Allí apareció, al cruzar la puerta del dormitorio principal, dentro de su sencillo ataúd de pino, situado en el centro de la habitación, con un ramillete de margaritas amarillas sobre la tapa, y rodeado de varias coronas de flores. Una era de D. Pío y su familia, con rosas, crisantemos y lirios en tonalidades blancas y rosáceas, otra de rosas blancas de Francisco Calvache....

No me dio tiempo a ver más, me desmayé...

Cuando desperté seguía confusa. Julieta estaba a mi lado, con toda su atención en mí. Me incorporé, apoyando la espalda sobre el respaldo de la cama, y ella me preguntó.

—¿Cómo estas, hija mía? ¡Ay, que golpes! ¡Ay, que golpes da la vida! —dijo con mis manos en las tuyas.

—¿Qué pasó?

—Un terrible accidente, hija mía. Un terrible accidente, más ya te contaré cuando hayas descansado un poco.

—¿Qué pasó? —repetí.

—Ahora te cuento, bebe algo primero, ¿quieres un té?, ¿una tila?, ¿cualquier otra infusión?

—¿Qué pasó? —insistí.

—Una fatalidad. A veces la muerte mantiene una extraña relación con nuestro destino.

Julieta accedió por fin a narrarme lo sucedido.

—Ramón se acercó ayer por la mañana a la mina Esperanza. Una piedra, desprendida de uno de los pozos, dio en la cabeza de un joven trabajador, dejándolo mal herido. Por fortuna, el obrero solo resultó con una brecha no muy profunda, y tu marido acordó con el médico su traslado al Hospital de La Unión. Ya había vuelto a la superficie cuando llegó Abdón, el hijo de D. Pío, se saludaron con afabilidad, y después de interesarse por el herido convenció a Ramón, y entraron de nuevo en la mina.

—¿Abdón entró en la mina?

—Sí, habían firmado un contrato de suministro de minerales con los dueños unas semanas antes, y quería comprobar la seguridad del trabajo llevado a cabo con anterioridad.

Julieta corrió la cortina de la habitación, la luz entró a borbotones, y las lágrimas de desolación espumaron.

—No había planos, no se sabía por dónde se había picado, ni el camino trazado en el seguimiento de la veta.

—¿Y cómo se guiaron por esas galerías? —pregunté.

—Por intuición, me temo.

—¿Dónde fue el hundimiento?

—En la parte más baja del pozo número uno, a unos doscientos metros de profundidad.

—¿Qué horror!

—Abdón, un ingeniero, tres obreros y Ramón quedaron atrapados.

—¿Cuándo fue?

—A las doce y media de la mañana.

—¿Murieron en el acto?

—Algunos —dijo, dejando una larga pausa—. Llegaron hasta ellos a altas horas de la madrugada de hoy. Los equipos de rescate trabajaron sin descanso dieciséis horas.

Fue un proceso lento y doloroso, según me dijo Julieta. Los primeros que acudieron a la superficie de la mina después del sonido de la campana fueron un ingeniero, el maquinista y varios operarios de una mina vecina, y juntos diseñaron un plan de rescate. Esa misma noche llegó D. Pío, acompañado del ingeniero jefe del distrito, se aceleró el proceso de búsqueda, y la atención a las familias de las víctimas. Una vez localizados los cadáveres, ya de madrugada, fueron introducidos en sacos y subidos a la superficie.

—¿Sabes si Ramón sufrió?

—Cuando descubrieron su cadáver tenía una brecha profunda en la cabeza, por eso no podemos verlo. Murió en el acto.

En ese momento mi atención ya no estaba con ella, había viajado muchos años atrás.

«—Tiene usted unas manos preciosas, señorita. Su tono era cálido y pausado, y su pregunta nacía de un verdadero interés, eso creí yo al menos, y no por la necesidad de iniciar una conversación. No contesté; sonreí con fingida timidez.

—Soy Ramón Alcaraz, el encargado —dijo en un segundo intento— y me gusta mucho la belleza del movimiento de sus manos, ¿las cuida usted de una forma especial?»

Grité por dentro, y mi combustión interior creció a marchas forzadas, aunque contuve mi expresión. Tantos años juntos desde aquel primer día, nuestros hijos, nuestros sueños, todo aquello conjugado con la palabra nosotros, había desaparecido por un simple azar del destino, una jugada marcada, en un juego donde somos simples peones.

Yo era el barco refugio de su soledad, muchas veces me lo había dicho, y ahora navegaría a la deriva. Quise irme con él, en ese preciso momento, fue un segundo, sí, y, sin embargo, un sentimiento tan real como la vida misma. Experimenté un vacío muy grande, olvidé mis sueños, mis planes e incluso a mis hijos, por un instante que pareció una eternidad. Sentí una quemazón clavada en el pecho, como una asfixiante y pesada losa, mas no podía rendirme. Yo también era el ancla de ocho personitas.

19

Pronto sustituí mi primer impulso por un improvisado deseo de destrozar la habitación, aunque tampoco pude. Al final hice caso a un espontáneo empeño en recorrer la casa. Julieta me siguió a cierta distancia, con silencio y mucho respeto. La recorrí despacio, poco a poco, como envuelta en un ensueño, acariciando cada rincón con el dorso de mi mano, en busca de algún resto de su presencia, el salón de entrada, la cocina, los cuatro dormitorios, el patio y un pozo existente en la parte sur de la casa. Y entonces, un escalofrío recorrió mi cuerpo y me giré a preguntar a Julieta.

—¿Cuándo alquiló esta casa?

—Hace unos meses, justo después de morir mi marido.

—Te has dado cuenta, ¿verdad? —dijo Julieta, despacio, dejándome tiempo—. Iba a proponerte que vivieras aquí con los niños, por eso alquiló una casa grande.

Aquellas palabras me despertaron de golpe del letargo donde me había instalado, y rompí a llorar, asumiendo mi nueva realidad, y jurándome a mí misma afrontar la situación de frente, sin atajos, con mi verdadera naturaleza. Julieta me abrazó como si yo fuese una niña pequeña, querida y desconsolada.

Recuerdo que ese mismo día, a media tarde, comenzaron a aparecer visitas de pésame, y se creó un ambiente un tanto extraño en casa. Muchos desconocidos compartían conmigo su dolor, algunos con premura y timidez, y otros sin prisa, aunque en el fondo, no eran tan desconocidos para mí. Fui capaz de reconocer a la mayoría de ellos, las certeras palabras de Ramón fueron mis ojos, como si estuviese sentado a mi vera, susurrándome al oído quién era cada uno de los visitantes.

Unas horas más tarde apareció mi tío Francisco, un rayo de luz entre tanta oscuridad. No había tenido la oportunidad de saludarlo por la mañana, la multitud había resultado ser infranqueable.

—¿Cómo estás? —dijo después de darme un beso en cada mejilla.

—En pie.

—Digna hija de tu padre.

—Digna resignación. Solo eso —añadí.

—Mi mujer y mis hijos te envían un beso muy grande.

—Gracias, tío.

—Si necesitas algo, cuenta conmigo, no lo dudes.

—No lo hago —comenté con una tímida sonrisa.

—Eres una Morales, eres luchadora y valiente —me dijo poniendo sus brazos sobre mis hombros y bajando a conciencia el tono de su voz—. Según tu padre, te enfrentas a los problemas con la cara alta, y sabes jugar las cartas de tu mano, sin quejas.

—Cosas de mi padre, ya lo conoces —susurré.

—Sí, lo conozco, y no es de los que habla por hablar.

«La fuerza de los Morales», una losa pesada, aunque en el fondo es un mito, como el del pelo de Sansón. La fuerza de la familia tiene su origen más en el espíritu indestructible de mi madre, el de los Calvache. Ella jamás se dio por vencida y su primo hermano, mi tío Francisco, tampoco. Con diecisiete años él montó su primer comercio al albor de la actividad minera en esta ciudad, donde se habían trasladado sus padres desde Alhama de Almería cuando tenía siete años, y desde entonces, ha mantenido sus diversos negocios a flote, a pesar de haberse arruinado más de una vez.

—D. Pío quiere saludarte y presentarte sus respetos —dijo con ánimo recogido—. ¿Me acompañas esta noche a su casa?

—No quiero dejar a Ramón solo.

—Julieta permanecerá junto a él. Será un momento nada más. También es un día complicado para D. Pío, y os ayudará a los dos conoceros. Mi cuñado sentía un profundo aprecio por Ramón, a través de los ojos de su hijo Abdón.

No me resistí más. En el fondo tenía razón. Necesitaba escuchar a otras personas glosando las virtudes de quien había sido mi cómplice durante casi veinte años.

Permanecí el resto de la tarde junto a mi marido, sin apenas moverme, y Francisco pasó a recogerme a las ocho y media. Él vestía con un frac negro muy elegante, y yo, con un traje sencillo, también negro, comprado por Julieta ese mismo día en una tienda de la calle Mayor.

La vivienda habitual de D. Pío en La Unión tenía su entrada principal por la calle Méndez Núñez, mas también existía una trasera, de servicio, por la calle de la Molineta. Por ella se producía, cada día, el movimiento de numerosas personas, los trabajadores del servicio de la casa, el repartidor de leche, el de los periódicos y otros; y por ella entramos mi tío y yo aquella noche, en medio de un clima ajetreado en la cocina de la vivienda.

El empresario alhameño había demolido tres casas para construir una de ladrillo visto y detalles modernistas, con dos pisos y una gran terraza. La suntuosa decoración interior fue llevada a cabo por un prestigioso pintor italiano, de gran renombre entre la alta sociedad de Madrid, que decoró las paredes y los techos, como si de gigantescos lienzos se tratase, con murales de bodegones de frutas, motivos florales y paisajes mineros, y llenó las estancias de escogidos muebles estilo inglés o imperio, sin dejar un metro libre. Un mundo de lujo, en contraste con la realidad de gran parte de los habitantes de la ciudad. Un oasis en el desierto.

Después de saludar a los habitantes de la cocina, salimos al salón de entrada, presidido por una escalera de mármol blanco de Macael, con las paredes cubiertas con cuadros de Guillermo Gómez Gil, Joaquín Sorolla o Eugenio Lucas Villamil. Al subirla, atravesamos un inmenso salón repleto de hombres de todo tipo y condición, y entramos en un espacioso dormitorio, convertido en capilla ardiente, en cuyo centro, delante de una suntuosa cama con dosel y telliza en tonos dorados, estaba situado el lujoso ataúd. El cuerpo de Abdón, con el rostro velado por un pañuelo, estaba flanqueado por su madrastra, sus hermanos y una pléyade de mujeres desconsoladas, y a los pies, y alrededor del féretro, se habían colocado decenas de coronas de flor natural, de su familia, empleados y amigos.

Mientras las mujeres permanecían en el dormitorio hablando sobre los últimos acontecimientos sociales de cierta importancia ocurridos en la ciudad, el salón principal de la casa estaba repleto de hombres, vestidos de forma impecable, cada uno dentro de sus posibilidades, con sus puros y sus copas, y en animada tertulia política. Alcancé a escuchar, en mi camino hacia el dormitorio, la buena nueva del nombramiento de D. Pío como vicepresidente de la Junta provincial de Fusión Republicana, con el fin de presentarse a las elecciones del próximo año.

Los invitados se agrupaban alrededor de una gran mesa de comedor cubierta con manteles de fino encaje, y bandejas repletas de comida para los visitantes, todo tipo de embutidos, brazo de gitano salado relleno de marisco, mero a la riojana, perdiz al melón y otras exquisiteces. A su lado, en una pequeña mesa auxiliar, estaban colocados, el postre, una gran cesta de frutas, sequillos y una caja grande de chocolates Matías López; las bebidas, agua, diferentes clases de vino y al menos dos jarras de café y dos de té; y la vajilla, la cubertería y la cristalería necesaria, marcadas con la pertinente «PW». La comida era subida al comedor desde la cocina por un montaplatos movido por poleas, y el servicio de la casa tenía siempre el bufé dispuesto a lo largo de las largas horas del duelo.

Francisco se dirigió al salón y yo me acerqué a dar el pésame a Doña Francisca, madrastra y tía del difunto, quien me regaló una hermosa sonrisa y un sorbito de cordialidad. Nos quedamos un rato observando el cuerpo, abrazadas por la cintura. Ella me contó varias anécdotas sobre las aventuras de Abdón, y no dejó de explicarme la fantástica impresión causada por Ramón en su familia cuando habían coincidido. Le agradecí de corazón sus sentidas palabras, y después de un rato, atravesé de nuevo el salón. Francisco, al verme, me acompañó, escaleras abajo, al despacho de D. Pío.

La estancia era inmensa. Yo entré en ella apenas sin ánimo, y dispuesta a diluirme entre tanto objeto. El estilo era recargado, con las paredes tapizadas en un ocre oro aclarado, un gran ventanal corrido a la calle con cortinas doradas de terciopelo escocés en relieve y un amplio conjunto de muebles de un gusto muy exclusivo. Entre ellos avanzamos hasta situarnos en el centro de la habitación.

Yo seguía con el espíritu encogido y reservado, y entonces lo vi. Era él, inconfundible, nuestro paisano D. Nicolás Salmerón Alonso, tercer presidente de la desaparecida República, rondando los sesenta años, con su cara alargada y trabajada por años de dura paciencia y la frente despoblada por una gran entrada hasta la mitad de la cabeza. Tenía ojos de sabiduría reposada, la nariz alargada, la boca dibujada con labios serios, una barba abundante de viejo profesor y un bigote ancho y cuidado. Parecía una de esas personas de vivir reposado, esculpidas con el cincel

de la lucha ideológica y con una sonrisa confiada, propia de aquellos con la independencia de su pensamiento ganada a golpe de defender sus principios contra los vientos.

Al verme, se incorporó de la silla de nogal donde estaba sentado frente a D. Pío, y abrió sus brazos.

—Mi querida Alma —me dijo D. Nicolás— con la nostalgia propia de los encuentros fortuitos en situaciones difíciles.

—¡Presidente! —dije, recogíendome en sus brazos abiertos.

—¿Ya os conocéis? —comentó D. Pío al incorporarse también.

—Claro, su padre es amigo de intensas tertulias políticas en su rebotica, compañero de ideales republicanos y muy buena gente —dijo aumentando la fuerza de su abrazo al decir esas palabras. Yo había vivido de cerca la relación de afecto entre mi padre y aquel hombre de imagen muy respetable y respetada.

—Alma, te presento a D. Pío —se apresuró a decir Francisco.

—Lo acompaño en el sentimiento —dije ofreciéndole mi mano abierta en señal de respeto.

—Lo mismo te digo Alma —dijo colocando mi mano entre las dos suyas, y apretando en una mezcla calculada de firmeza y suavidad—. Aunque el momento es duro para ambos, es un gran placer conocerte. Yo también conozco a tu padre de mis días de adolescencia en Alhama de Almería. Son ya muchos años sin verlo, mas, lo recuerdo con cariño. Dale un fuerte abrazo de mi parte cuando lo veas la próxima vez.

—Así lo haré, señor, descuide.

Esas palabras de D. Pío resultaron de mucha ayuda cuando varios meses después volví a encontrarme con él, con mi mirada hundida por la mentira, y todavía hoy resuenan en mi cabeza como un soplo de aire fresco.

Francisco salió de la habitación y nos quedamos los tres solos.

—¿Llegaste esta misma mañana a La Unión? —me preguntó D. Nicolás.

—Sí, después de seis jornadas de viaje. Venía a pasar unos días con mi marido..., tras dos años y medio sin vernos.

Hablé con la voz rota y mi alma zampuzada en lágrimas.

—¡Qué horror! —dijo D. Pío—. No quiero ni pensar cómo te habrás enterado de la muerte de Ramón.

—¡Pobre niña! Menudo golpe —comentó D. Nicolás.

D. Pío se levantó y tocó con suavidad una campanilla —¿Quieres tomar algo? Hay comida y

bebida en el salón. Te vendrá bien.

—No, gracias D. Pío, no tengo hambre, aunque sí tomaría un vaso de agua.

—Lo entiendo —comentó al volver a su sitio— ¿Estás bien acomodada en la ciudad?, ¿necesitas algo?, ¿cómo podemos ayudarte?

—Estoy alojada en la casa alquilada por mi marido en la calle de la Molineta, y cuando he ido a arreglar los papeles para el entierro de mañana, el trámite ya había sido solucionado por usted. Le doy las gracias de corazón por comprar el ataúd y alquilar los servicios fúnebres. Su ayuda ha resultado una auténtica bendición, gracias D. Pío.

—Lo he hecho con gusto, no es una obligación, sino un deber, cuestión de agradecimiento y cariño.

Silencio cómplice.

En ese momento Talí entró en la habitación. Lo reconoció enseguida por las cartas de Ramón, siempre tan exhaustivas en sus detalles.

—Talí, ¿podrías traerle un vaso de agua fría a la señora?

—Enseguida, señor.

El ayuda de cámara de D. Pío salió de la habitación.

—Siento no poder acompañarte mañana al entierro de Ramón. Por desgracia debo hacer lo propio con mi hijo —comentó secándose al mismo tiempo las lágrimas con un pañuelo—, aunque sí quiero decirte una cosa. Mi confianza en Ramón era plena, a través de mi hijo Abdón. Ambos conectaron desde el primer momento, al principio tu marido lo ayudó en el proceso de selección y compra del mineral para la fundición, y desde hace unos meses, tenía la responsabilidad de atender a todos los obreros accidentados. Yo solo lo vi cuando le ofrecí ese puesto. Según mi hijo tu marido era un hombre sencillo, honrado y trabajador. Debes sentirte muy orgullosa de él.

—Lo estoy, créame D. Pío, Dios me bendijo con su entrada en mi vida, y ahora me lo quita. ¡Cosas de la vida!

En ese instante Talí entró con un vaso de agua en una bandejita de plata, y lo colocó en un platito de cristal, en una mesa junto a mí.

—¿Desea algo más la señora?

—No, gracias, Talí —respondí.

Volvió a salir del despacho.

—Esa misma fama tenía en Alhama la Seca —dijo D. Nicolás—, de hombre trabajador, serio y cabezota —sonrió al pronunciar este último adjetivo—. Todavía recuerdo algunas de las discusiones políticas con tu padre en la rebotica.

—Sí, cuando tenía razones, nunca renunciaba a una buena pelea dialéctica —dije sin poder contener unas lágrimas.

D. Pío me acercó su pañuelo de seda color crudo, con las iniciales «PW». Lo cogí y limpié mi rostro. D. Nicolás se levantó de su silla, se situó frente a mí, e inclinándose, cogió mis dos manos con las suyas.

—Mi niña —dijo con terciopelo en la voz—, mañana parto para Madrid después del funeral. Estábamos celebrando un mitin en Torrevieja, y allí nos enteramos de esta luctuosa noticia, mas, puedes pedirme cuanto gustes. Será un enorme placer ayudar a la hija de un viejo amigo.

—Gracias D. Nicolás, se lo agradezco, aunque si Dios quiere, mañana enterraré a mi marido en esta tierra extraña, al menos para mí, y volveré a Alhama de Almería: he de darle la noticia a mis hijos.

No hubo respuesta, solo un gran abrazo largo y sentido.

Al terminar regresó a su asiento.

—¿Cómo volverás?

—Todavía no lo sé, D. Pío.

—Mi cochero puede llevarte en el landó cuando tú quieras.

—Muchas gracias, no quiero molestar.

—No es molestia.

—Gracias, de verdad, si lo necesito se lo haré saber.

—Alma..., D. Pío y yo estamos dispuestos a ayudarte en todo lo necesario, solo debes pedirlo.

—Eso es así —confirmó D. Pío—. Mañana nos veremos a las siete de la tarde en el Ayuntamiento, junto con las familias de las demás víctimas. Tu tío Francisco te dará luego más detalles, y te indicará cómo llegar.

—Allí estaré, no se preocupe, y gracias de antemano por su generosidad. Ahora si no les importa, no quisiera estar más tiempo alejada de Ramón.

—Claro, claro, lo entendemos —dijo D. Nicolás al levantarse de nuevo para despedirse.

—Te acompaño —comentó D. Pío con mucha calidez—. Vuelvo en seguida Nicolás, solo tardaré unos minutos.

Salimos a la calle de la Molineta por la puerta de atrás de la casa.

D. Pío se mostró cordial y amable. Anduvimos juntos los apenas doscientos metros de separación entre ambas casas, y entramos en la mía, donde saludó uno a uno a todos los presentes. Se paró

delante del féretro, rezó una oración en recuerdo de Ramón, me dio un beso y volvió a despedirse de mí por segunda vez.

—No dudes en acudir a mí, en cuanto necesites algo.

—Descuide, lo haré.

Nunca le pediría nada, yo ya lo sabía en ese momento, mas, le agradecí de corazón el ofrecimiento.

Esa noche fue larga, dura y, sin embargo, también reconfortante. No me separé de mi marido ni un instante, o al menos no lo recuerdo, y hablé con él, hablé mucho con él esa noche. Le dije cuánto lo quería, compartí momentos íntimos, ilusiones y proyectos en común y también algún reproche. No pude evitarlo. Reproches por haberse llevado un trozo de mi cuerpo con él, una parte indispensable. Pasé aquellas horas llena de desesperanza y cubierta de soledad, aunque no dejaron de venir personas a darme el pésame por mi marido. No conocía a nadie, eso fue agotador, eran compañeros, amigos y personas queridas para él, eso fue renovador.

Uno de ellos llamó mi atención. Era un hombre de mucho tiempo y profundos ojos azules. En él reconocí a D. Segismundo, compañero de algunas aventuras de Ramón y Benjamín. Casi no hablamos, ni siquiera nos presentamos, y, sin embargo, encontré en su respetuoso saludo, un calor profundo.

Aquellas horas pasaron despacio, y si bien ahora me parece increíble, yo sobreviví.

20

Al día siguiente, el párroco de la Ermita de Nuestra Señora del Rosario, a petición de D. Pío, celebró el funeral en nuestra casa, con la presencia de Julieta, D. Segismundo, varios amigos de Ramón, mi tío Francisco y su familia y D. Nicolás. Después nos dirigimos en sencilla procesión, detrás de la carroza arrastrada por una caballería de la cuadra del empresario alhameño, al cementerio donde Ramón fue enterrado en una fosa alquilada. Conforme llegábamos al camposanto una losa de remordimientos cayó sobre mi cabeza impidiéndome respirar bien. Había recibido un telegrama de apoyo de Aurora y mi padre, mas, no era suficiente. Mi vida con Ramón se había convertido en una sucesión de fotografías, a cada cual más dolorosa, y las lloré todas. Una a una. Ya nada sería igual, lo sabía, y solo debía aceptarlo.

En ese duro momento fue cuando lo vi.

Rufus atravesó la procesión entre la carroza y quienes desfilábamos detrás, con parsimonia, girando la cabeza hacia el féretro primero, y bajándola después, al pasar a mi lado, en señal de respeto, o eso me pareció. Con disimulo atisé el horizonte. No descubrí a Roberto entre la gente curiosa. Iba a darme por vencida cuando alcancé a ver su inconfundible cicatriz al final de las pocas personas a mi espalda. Allí apareció, el ropero de Alhama, circunspecto, y decidido a no dejarme sola en aquellos momentos. Su mensaje fue claro, lo leí en la inclinación de su cabeza, y en el guiño cómplice al cruzarse nuestras miradas.

El entierro fue como todos esos actos, breve, y sin embargo interminable. Al final nos quedamos solas las dos viudas de mediana edad, sentadas en un banco junto a la tumba y el arriero con su perro fiel. No vi llegar a Roberto a mi altura. Se acercó por detrás.

—¿Cómo estás, Alma?

—Destrozada —le dije sin pensar, aunque con cariño. Ahora lo tenía frente a mí, con la cabeza inclinada y los brazos cruzados por delante de su cintura.

—Tú eres fuerte.

—Eso creía, hasta ahora.

—¿Necesitas algo? —dijo de corrido.

—Gracias Roberto, tu presencia ya me reconforta.

—Quiero ayudarte. Este cáliz es demasiado pesado para ti sola.

Se sentó a mi lado.

—¿Cuándo vuelves a Alhama de Almería? —me preguntó.

—No lo sé todavía. Pronto, nada me retiene aquí ya.

—Vente conmigo mañana. No viajes sola. Rufus y yo te devolveremos sana y salva con tus hijos.

Aquellas palabras me hicieron llorar a mares por dentro, ninguna lágrima rodó por mis mejillas. Ante mi silencio, él insistió.

—Vente conmigo mañana, Alma. Te vendrá bien la compañía, y ya conoces el viaje. Hecho una vez, hecho cientos.

Silencio cómplice.

—Iré contigo —dije al final. Solo confío en resolver todo el papeleo pendiente esta misma tarde.

Una gran sonrisa encendió su rostro.

—Si es necesario te espero un día más, ya recuperaríamos el tiempo por el camino —me contestó él.

—No será necesario, creo.

—Mañana pasaré a recogerte por tu casa sobre las siete de la mañana.

—Allí estaré, si Dios quiere.

El funeral de Abdón se celebró a las doce y media en la Ermita de Nuestra Señora del Rosario, y de allí la procesión salió rumbo al cementerio de La Unión. El desfile lo abrían un manajo completo de sacristanes y monaguillos, con cruz y ciriales, y detrás del féretro de madera noble, transportado en una carroza de lujo con columnas salomónicas y caballos color ébano con penacho, desfilaban la familia y cientos de conocidos, amigos, trabajadores y habitantes de la ciudad. Del ataúd pendían ocho cintas guiadas por amigos muy cercanos de Abdón.

Yo asistí a la misa y al entierro en el Panteón familiar, aunque me resultó imposible saludar a D. Pío, dado el ingente número de asistentes al entierro, vecinos de La Unión, y personas venidas de Cartagena, Murcia, Orihuela y otras ciudades.

Esa tarde acudí a la Casa Consistorial a las siete en punto. En el despacho del alcalde, D. José Maestre, nos reunimos los familiares directos de las víctimas, un notario, D. Pío y el director del diario local «11 de febrero», para repartir el dinero recogido en la colecta organizada por ese periódico a favor de las familias de las víctimas del derrumbamiento hasta ese momento. El alcalde entregó uno a uno la cantidad correspondiente, y después, D. Pío procedió a dar una cantidad adicional.

A eso de las ocho y media regresé a mi casa, donde había quedado con Julieta para cenar. Mis pensamientos iban y venían por una vida en La Unión, muerta antes de nacer. Nada unía ya a esa ciudad con mi futuro, salvo el cadáver de mi marido, por desgracia. Guardaba la esperanza, en lo

más hondo, de poder trasladar un día sus restos a nuestro remanso de paz, a Alhama de Almería. Recorrí todo el camino de vuelta a casa envuelta en una lucha interna. Nada me retenía ya en La Unión, y mi casa y mis hijos me esperaban.

Al girar la calle de la Molineta vi a un hombre frente a la puerta de casa. Reconocí haberlo visto esa misma mañana en el cementerio, empero, no sabía quién era. Al verme se acercó.

—Buenas noches —dijo con decisión.

—Buenas noches.

—Perdone si molesto, soy José de las Casas, un buen amigo de su marido.

En ese mismo momento lo reconocí, descrito por Ramón. Llevaba un traje azul impoluto, de corte inglés, con una capa de paño, una camisa blanca bordada, un chaleco de fantasía cruzado por una cadena de plata, un alfiler de pedrería en la corbata y un sombrero de ala ancha y pistola al cinto. Una extraña mezcla de elegancia y fanfarronería, lejos de generar excesiva confianza.

—Hola D. José, sé quién es. Ramón me habló de usted varias veces.

—Quisiera darle el pésame, siento mucho su muerte, era un gran y querido amigo...

—Gracias.

—...

—...

—Y también quisiera proponerle algo. Usted debe conocer una información importante.

Sus palabras resultaron extrañas y enigmáticas.

—Pase y hablemos —dije sin pensarlo mucho.

21

A las siete menos cinco minutos de la mañana escuché un ladrido, uno, seco y profundo, como el toque de diana de un nuevo día no deseado, más bien, de una nueva vida no buscada, una vida sin Ramón. Reconocí ese sonido, como también lo había hecho cada día durante mi viaje desde Alhama de Almería, era Rufus, anunciando el inicio de nuestra vuelta a tierras andaluzas.

La despedida con Julieta fue breve y sencilla, aunque sentida. Decidimos no perder el contacto, y al terminar su abrazo del adiós, depositó, sobre mis manos, mis cartas escritas a Ramón a lo largo de dos años y medio, casi sesenta, y un regalo inesperado, la última carta inacabada de Ramón. Las apreté contra mi pecho, sintiéndome completa por primera vez en mucho tiempo. Las guardé en mi bolsa y saqué otra carta de su interior.

—Julieta, ¿podrías hacerme el favor de entregarla en casa de D. Pío?

—Sí, claro, descuida, así lo haré —dijo mientras nos besábamos otra vez, con pausa.

Salimos de La Unión con sigilo, y sin embargo, con prisa. Roberto conocía aquellas calles como las líneas de su propia mano, y yo no tenía claro si el destino de mi vida discurriría entre ellas en los próximos meses, mas, sí mi deseo de volver a ver de nuevo a mis seres más queridos.

El retorno fue diferente. Los caminos, las posadas, las gentes eran las mismas, aunque yo había cambiado. Tenía el corazón desolado, y mis ganas por abrazar uno a uno a mis hijos eran inmensas. Desconocía si tendría fuerzas suficientes para poder anunciarles la muerte de su padre. Las conversaciones con Roberto fueron breves en todo el viaje. Él continuó con normalidad sus explicaciones sobre los detalles del camino, sin dejarse amedrentar por mi indiferencia, mi silencio o mis lloros. Lloros constantes, muchas veces por dentro y muy pocas por fuera. Roberto soportó mi ausencia con paciencia infinita y gran caballerosidad. A pesar de tenerme sentada a su lado, no sentí su presencia en casi ningún momento, ni fue mi verdadero compañero en un camino poblado de dudas sobre mi dolor por la pérdida de Ramón y mi parte de culpa en su pérdida... Esas preguntas, y una centena del mismo estilo, se convirtieron en las verdaderas compañeras de mi vuelta a casa. Así lo recuerdo. Quería volver al abrazo de mis hijos y de mis padres, aunque la cercanía, cada vez mayor, del pueblo donde Ramón y yo nos conocimos y pasamos nuestros años más felices, hería de muerte mis ganas de acudir a ellos.

Durante el regreso a casa mi recuerdo de Ramón, construido con las pocas trizas restantes de nuestra vida en común, bloqueó por completo todos mis sentidos, y me impidió relacionarme con el mundo a mí alrededor. Las plantas, las flores y las hierbas del campo me olían a él; las comidas y las cenas de las posadas me sabían a sus guisos, a sus manos, a sus besos...; todos los sonidos del camino traían a mis oídos sus palabras, sus susurros...; cualquier roce involuntario de Roberto dibujaba en mi cabeza el cuerpo de Ramón y las sensaciones despertadas en mí por cada uno de sus rincones; y en todos los paisajes veía las imágenes de mi vida con él, tanto las reconfortantes como las dolientes. No podía seleccionarlas, me llovían a borbotones como el granizo

inesperado... Amor y odio a partes iguales, lo odiaba por abandonarme, lo amaba por haberme regalado los mejores años de nuestra vida.

En aquella ocasión Roberto viajó con un fantasma de mujer, una sombra de mi misma... Nunca se quejó, ni una sola vez, y cuando por fin llegamos a Alhama de Almería, no quiso cobrarme el viaje.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—...

—...

—Contéstame a una pregunta, ¿Me hubieses cobrado de no morir mi marido?

Silencio.

—En ese caso, no puedo aceptar tu decisión. No me trates con pena y condescendencia, como casi todo el mundo.

La despedida fue muy emotiva escueta y sincera. Permanecí unos segundos viendo como su silueta se desvanecía en el horizonte.

Mi amigo el ropero.

Mi amigo el ropero —ya podía llamarlo así— un hombre pendenciero, honrado, responsable y comedido cuando era necesario, y un tragaleguas sufrido, resistente al frío, al calor, al hambre y a la sed.

Debía coger fuerzas antes de entrar en casa, y traté de asimilar en unos minutos los acontecimientos de los últimos días, en especial la historia contada por José de las Casas. La visita me había pillado por sorpresa, y su actitud me desconcertó desde el primer momento de nuestro encuentro en la puerta de casa.

Recuerdo que entró en la cocina como si hubiera estado allí muchas veces, con andares de anfitrión, no de invitado, aunque se le veía nervioso y algo confuso, con sus pensamientos en una dirección distinta a la de sus pasos.

Nos sentamos en la mesa.

—¿Quiere tomar algo?

—No gracias, no quiero molestarla —dijo con palabras envueltas en cierta sinceridad—. Solo deseo comentarle una información importante.

—Lo escucho.

De esa forma, a través de un relato, me convertí en dueña de una casa con cuadra, caballería y un almacén de minerales, situada en la mina Soveranos, en El Algar, de dos mulos, de dos molinos para triturar y de varios cajones de herramientas necesarias para el lavado del mineral. Todo a medias con José de las Casas, amigo de toda la vida de Ramón, de sus años de infancia en Rágol, a quien yo había conocido esa misma tarde.

Según me contó, unos meses atrás los dos habían constituido una sociedad intermediaria para la compra de minerales, y su venta posterior a los fabricantes de plomo. Al cincuenta por ciento. Mi marido había aportado un dinero obtenido de algunas operaciones de intermediación realizadas por él, y José, unos ahorros anteriores y el resultado de unas buenas jugadas de cartas.

—Podría vender todo el material y repartir el dinero entre los dos —dijo con seguridad—, y sin embargo le propongo a usted ser mi socia en sustitución de Ramón. Es una actividad con muchas posibilidades de crecimiento futuro, y es una pena no aprovecharlo.

—Gracias D. José, se lo agradezco, pero mañana mismo vuelvo a Alhama de Almería con mis hijos. Lo siento.

—Podría regresar con ellos a La Unión y ayudarme.

—No sé nada de ese negocio —dije un tanto a la defensiva.

—Aprenderá rápido —dijo con convicción—. Ramón lo tenía todo previsto. Usted iba a encargarse de su parte en la sociedad cuando se hubiese desplazado a La Unión con los niños, a mediados del próximo mes, mientras él seguía con su trabajo con D. Pio.

—No lo veo claro —contesté...

Con mi alma echa un lío, así viví esa vuelta a casa, con enormes dudas habitando en mi cabeza, sobre mi regreso a Alhama o mi retorno a La Unión. En aquellos días me sentía entre Escila y Caribdis, y por primera vez en años no tenía claro mi futuro. Mis hijos en una ciudad, mi marido en otra, nuestro sueño esperando y mi principal apoyo enterrado.

El viaje de vuelta a mi anterior vida no fue nada fácil. En ningún momento llegué a crearme del todo la muerte de Ramón, ni paré de llorar, ni dejé de leer su última carta, encontrada por Julieta en su habitación, en particular lo escrito el último día...

Mi querida Alma:

Esta noche es muy especial para mí. Hoy he recibido un telegrama de tu padre anunciándome tu llegada en tartana, si Dios quiere, el próximo sábado por la mañana. ¡En tartana! Esa es mi Alma. Ya me contarás.

Es curioso, tú no leerás estas líneas hasta dentro de ocho meses, en agosto, cuando recibas mi carta anual, o quizá no, mas yo quiero expresarte mis sentimientos de hoy. Estas palabras serán tu refugio en las horas de color negro. Las tendrás, seguro, aunque no me las cuentes en tus cartas.

No quiero dejar de decirte: «TE AMO CON TODO MI CORAZÓN», con mayúsculas, una y otra vez, masticando y saboreando cada una de las letras, tal y como tú has enseñado a nuestros hijos. Te amo y te deseo como el primer día, cuando nuestros ríos de vida se convirtieron en afluentes de un proyecto común, un proyecto en forma de hijos y sueños tejidos por ambos, a cuatro manos y con un solo corazón, como el de envejecer juntos en La Querencia, rodeados de perros, nietos y parras. Nuestros sacrificios de ahora son el mimbre necesario para fabricar ese sueño. Así lo veo yo, y así lo siento.

En mi tiempo, ya largo, en esta ciudad, no he dejado de trabajar y pensar en ello, y en los últimos meses he puesto en marcha un nuevo negocio que reducirá nuestro tiempo de espera. Seguro. Tú confía en mí, yo confío en ti. Tienes capacidad de sobra para eso y más. Debemos prometernos no abandonar nunca ese anhelo.

¡Me muero por contártelo todo! Mis sentimientos no se han diluido en estos dos años y medio de separación, al contrario, han cristalizado, cobrando vida propia y convirtiéndose en los compañeros de mis batallas.

Te quiero a mi lado Alma, a ti y a los niños. Lo he decidido sin ti, más he descubierto una cosa, de golpe y a golpes. En esta vida unicamente tengo miedo a morir sin ti a mi lado. ¡Espero haberte convencido para cuando leas estas líneas!

La casa que alquilé después de morir Benjamín es grande, de cuatro dormitorios, suficiente para convivir toda la familia el tiempo restante en esta ciudad. Deseo convencerte. Eres cabezota, los dos lo sabemos, aunque también eres valiente..., y esta separación me consume. Puede conmigo. Necesito abrazar y besar a mis hijos cada noche, compartir con ellos sus vivencias diarias, y, sobre todo, te necesito a ti. Necesito nuestra complicidad, nuestros ratos de conversación, de lectura, y navegar por tu cuerpo, puerto de mi soledad, al abrigo de los vientos de esta vida, a veces sin sentido...

Te quiero, Alma, como el primer día. No tengas dudas, mi vida. Te quiero, te amo y camino a tu lado en cada uno de tus pasos del día.

Tengo un regalo para demostrártelo.

Un regalo elaborado poquito a poquito, ensayo a ensayo, durante varios meses, con las pequeñas bolitas de plata sobrantes de los análisis hechos al plomo de la fundición Dos Hermanos. Mi querido Antonio Martínez Comellas, el dueño de la farmacia donde hacemos los análisis ha ido guardándome, día a día, los diminutos sobrantes, y el platero de la ciudad, José Capitaine, ha esculpido una fina cadena y un corazón de plata, abierto en dos para mostrar una pequeña fotografía mía hecha por el fotógrafo Ángel Martínez.

Este corazón de plata es mi forma de mostrarte mi voluntad de ir contigo, sobre tu cuerpo, cada segundo del resto de tu vida.

Te amo, Alma, y estoy feliz. El sábado nos veremos, al fin, después de dos años y medio de fría espera.

¡Qué alegría!

Lunes, 6 de diciembre de 1897

SEGUNDA PARTE

Enero de 1898

22

Una vez acostados los niños en las literas del camarote, salí a respirar aire fresco en la cubierta superior. Era cerca de medianoche, y el periplo de toda mi familia a un destino, casi desconocido, transcurría según lo previsto, a falta solo de un poquito de paz, una pizca de soledad para mí misma. El viento frío y, sin embargo acolchado, calmaba mis inquietudes, y mantenía a raya mi combustión interior, la revolución de mis sentimientos, en curso, al otro lado de mi piel. Yo, Alma Morales Calvache, permanecía en pie, y de una pieza, a pesar de la descarga de golpes recibida en el último mes y medio, en el último extremo de la proa del barco, en silencio, rodeada de unos vecinos curiosos.

La cubierta superior del barco de vapor, lejos de ser un remanso de tranquilidad, resultó un paisaje poblado de múltiples objetos, y de pasajeros jóvenes y mayores, desnutridos, con la esperanza casi como único alimento, en busca de un nuevo destino para sus vidas. Apenas había espacio, aunque sí mucho campo libre para mis ganas de empezar una nueva existencia con buenos augurios.

La travesía por el mediterráneo discurría en paralelo al dibujado relieve de unas montañas majestuosas despobladas de árboles, con aire mágico, y el vapor San Agustín, un barco mediano de transporte de mercancías, con elegante casco y excelente arboladura, surcaba el mar con una marcha no veloz, estable, y acompañada de un ligero bamboleo.

Aún hoy en día me veo allí, con claridad, con una mano en el corazón de plata que colgaba de mi cuello, y la otra con el puño cerrado, a semejanza de una custodia con un tesoro, una talla de madera de la Virgen de la Esperanza. Era un regalo querido de alguien ya importante en mi vida, una vida no escrita en su totalidad por mi voluntad, y centrada, a esas alturas, en la recuperación de algunas de las sensaciones y los sentimientos abolidos, de cuajo, por un golpe traicionero y certero del destino.

Recé.

Sí, recé en un rincón, apartada del mundo, empero, expuesta a los ojos atentos de Dios, en cuyas manos residía mi destino y el de los míos, desde nuestra partida de Alhama de Almería, el día anterior sobre las doce de la mañana, con el corazón en guardia, el espíritu sin muchas ganas de aventuras y las ilusiones a flor de piel.

Mis ocho hijos y yo habíamos subido a la tartana con servicio diario a la capital de la provincia, despacio, y arrastrando nuestros pasos. Mi padre y Aurora besaron uno a uno a sus nietos, y a mí me dieron un abrazo cariñoso, aunque preñado de desconcierto e incertidumbre. La despedida fue emotiva y algo instintiva, como si tuviéramos nuestra conciencia medio paralizada por lo irremediable del acontecimiento. «Te vas sin necesidad», alcanzó a decir mi padre en un descuido de Aurora. «Lo sé», respondí, sin ganas de que mi último recuerdo de él fuese una discusión.

El camino a Almería no resultó muy pesado, estuvo enmarcado por caseríos, palmeras datileras y árboles frutales, recursos infalibles en el arte de entretener a los niños con todo tipo de juegos. La

emoción, propia de su primera salida del pueblo, paralizó cualquier intento de sabotaje del viaje por parte de mis hijos, y todos llenaron sus ojos abiertos, de par en par, de imágenes nuevas, salvo Josefa, la benjamina, envuelta en una improvisada siesta en mi regazo.

A la entrada de la ciudad paramos en el fielato, donde nos registraron los equipajes, en busca de productos susceptibles de pagar el arbitrio municipal sobre el tráfico de mercancías ambulantes. La parada fue un incordio, registraron, uno a uno, los equipajes con un supuesto interés de control sanitario, mas, por fortuna, los niños disfrutaron con un episodio divertido. El frustrado intento de una vecina de Terque por pasar una gallina, adormilada con medios naturales, por un bebé recién nacido, con su faldón, jubón, babero y gorro, en tonos azules, y las correspondientes dosis de fingido amor de madre, en forma de exagerados arrumacos y carantoñas. Esa larga interrupción nos permitió, además, dar cuenta de las viandas preparadas por Aurora. No sobró nada, la ansiedad anidada en cada uno de nosotros se zampó la mayor parte.

Almería es una ciudad situada en medio de una extensa vega, a caballo entre la montaña y el mar, y al abrigo de su vieja alcazaba. Posee un aspecto moruno, llena de palmeras y arriates cubiertos de flores, sobre todo, de heliotropos con su inconfundible olor a vainilla, salteados entre las casas. La parte alta y vieja está formada por calles muy estrechas, casi tortuosas y, sin embargo, limpias, con casas de poca altura, y bonitas plazas llenas de vendedores de higos de berbería, caracoles y legumbres, en claro contraste con la parte moderna, cercana al puerto, con calles más anchas trazadas a cordel. La ciudad tiene un nítido reflejo en las aguas azules del mar mediterráneo, en cuya orilla se levantan el club de regatas, los baños públicos y el puerto, entonces todavía en construcción, con varios vapores rebosantes de mercancías amarrados en el espigón, y numerosos barcos con sus velas desplegadas, en una continua procesión de entrada y salida por la bocana del puerto.

Recuerdo con claridad, que a media tarde del sábado veintinueve de enero de 1898, la tartana nos apeó en la puerta de la hospedería del Santísimo Cristo, su última parada en la capital de la provincia, y después de dejar a los niños al cuidado de mi hija Antonia, me acerqué a la oficina de la compañía naviera Bufalá & Cía., a comprar los billetes de Almería a Cartagena. Saldríamos al día siguiente a las siete de la tarde. Pedí billetes de segunda clase económica, y presenté la documentación requerida, mi cédula personal, la fe de óbito de mi marido emitida por el Juzgado municipal y la partida de nacimiento de mis ocho hijos. Por Antonio, Miguel y Josefa pagué solo un cuarto del pasaje por tener seis años o menos, por Manuel, Elena y José Antonio, medio pasaje al tener menos de trece años y por Ana María y Antonia, el pasaje entero.

Una vez de vuelta en la posada, compartí el resto de la tarde con mis hijos. Jugamos a la pilla y al escondite; bañé a los más pequeños con detenimiento, buscando la mugre en cualquier hueco; describí historias de viajes en barco, del mar —no lo habían visto nunca— y de La Unión, sitio donde vivirían a partir de entonces; les hablé de su padre, de sus aventuras y de su orgullo, allá arriba en el cielo, por el comportamiento de sus hijos, y de su nuevo cometido como ángel de la guarda de toda la familia; y resolví sus dudas, preguntas e inquietudes. Fue una tarde inolvidable, de cercanía, de unión entre nosotros y de preparación al cambio de su horizonte. Todavía hoy, años después, la reconstruyo minuto a minuto.

Al levantarnos a la mañana siguiente los llevé al Paseo del Príncipe Alfonso, alumbrado con luz eléctrica hasta su desembocadura en el mar, un descubrimiento para ellos. La gran avenida estaba

demarcada por arboles copudos, y blancos edificios de tres y cuatro pisos a ambos lados, dando un aspecto señorial a todo el conjunto, muy alejado de la sencillez de las calles de Alhama de Almería.

Nos detuvimos, al principio de esa avenida, en el monumento erigido en 1870, por suscripción popular, en homenaje a un grupo de mártires liberales: Los Coloraos, llamados así por el color de sus casacas. Esos revolucionarios desembarcaron en Almería, el 14 de agosto de 1824, procedentes de Gibraltar, donde ejercían sus actividades desde la caída del régimen constitucional de Rafael de Riego, a través de una sociedad llamada La Santa Hermandad, y llegaron a bordo del bergantín Federico y de un falucho contrabandista, a modo de escampavía. Su intención era sublevar a la ciudad provocando una reacción en cadena por todas las provincias españolas, como un rompimiento, con el ánimo de derrocar a la monarquía absolutista de Fernando VII. Entre ellos había extranjeros, periodistas, comerciantes y militares, casi cincuenta hombres armados y uniformados, al mando de su líder, Pablo Iglesias. Alcanzaron la ciudad con éxito, mas varios espías habían avisado a los realistas, quienes detuvieron a veintidós de los sublevados, que fueron condenados, sin juicio, a ser fusilados por la espalda, y de rodillas, en la Rambla de Belén. Cada año se celebra, alrededor del monumento, un acto de homenaje a estos luchadores por la libertad y la democracia. Mis hijos se alegraron cuando les conté la participación activa de su abuelo en la organización de las actividades llevadas a cabo en Alhama de Almería en la recaudación de los fondos necesarios en la construcción del monumento.

Después de varias paradas improvisadas, parte del sistema de turnos establecido, motu proprio, entre Josefa, Miguel y Antonio para ir en mis brazos, también visitamos la catedral, una preciosa obra gótica del siglo XVI, rematada con almenadas torres, y al final de la mañana tomamos un tentempié en el café Suizo y regresamos a la posada donde almorzamos y dormimos una breve siesta.

Eran las cuatro de la tarde cuando salimos los nueve en dirección al puerto con nuestro equipaje, cada uno con su etiqueta, con el nombre del dueño, del vapor, San Agustín y del lugar de destino, Cartagena. Las maletas estaban repletas de ropa blanca, vestidos y efectos personales, nada más, Roberto trasladaría en unos días algún pequeño mobiliario y ciertos objetos personales, hasta nuestra nueva casa en La Unión.

Nos dirigimos primero a la oficina del consignatario del puerto a conocer el número de camarote asignado, a continuación, a la de arbitrios, donde pagamos el impuesto correspondiente, un cuarto de peseta por cada pasajero, y después, al puerto, en el que descubrimos una actividad ingente. Botes y barcasas de todas clases y tamaños conducían a los pasajeros a bordo de los vapores fondeados, camino de Marsella o Cádiz, con sus cargas de plomo, carbón, tejidos catalanes y otras mercaderías.

Alquilé nueve plazas en un bote no muy grande, después de un buen regateo con el barquero, y nos desplazamos a nuestro vapor. Los remeros amenizaban el camino con una canción marinera, y el timonel dirigía la barca con una taza de café y un cigarrillo en la mano. Nuestro barco, el San Agustín, viajaba solo de noche, con estancias en cada puerto, a lo largo del mediterráneo español, en ambos sentidos, y con paradas, de unas diez horas en los principales puertos, para cargar y descargar mercancías y pasajeros.

Al acercarnos al vapor vi, con los primeros grises de la noche, a cientos de personas subiendo por las escalas, personas de aspecto sucio y cuerpos delgados, la mayoría con ropas descoloridas y desgastadas, algunos con niños a sus espaldas, y con el miedo y la incertidumbre en cada uno de sus gestos y movimientos. Nosotros también subimos a bordo por una escala, con enormes dificultades por la gran cantidad de barcazas con emigrantes, unas al lado de las otras.

Ascendíamos los peldaños por el lado de babor y con los botes en fila esperando su turno. La mayoría de la gente, muy amable, nos ayudó con los niños, en especial con José Antonio, Antonio, Miguel y Josefa, mis hijos más pequeños. Ellos iban de una mano a otra, como si de un fardo se tratasen. Enseguida estuvieron en la cubierta, sanos y salvos, después de una larga operación recordada por los niños, a partir de ese mismo día, como divertida, y una vez a bordo, descubrimos un barco cargado hasta los topes en sus almacenes, y con la cubierta llena de sacos de harina; fardos de corcho; enormes valijas de la sociedad estatal de correos, vigiladas sin descanso por un hombre uniformado del cuerpo de correos, coches de caballos y caballería, en jaulas adecuadas.

Después de desocuparlo, nuestro bote giró por la proa del barco hacia estribor, y su sitio lo ocupó otro, en una sucesión casi infinita y ordenada de pequeñas embarcaciones cargadas de ilusiones, y al otro lado del vapor, una grúa de cadenas recogió los equipajes de nuestro bote, después de hacer cola con los demás, cargados de cacharros, líos de ropa y colchones, casas enteras transportadas hacia una nueva vida.

El oficial a cargo del pasaje regular nos acompañó hasta nuestro aposento, un camarote exterior con ocho literas, y nos entregó, a cada uno, un resguardo con el número de nuestra maleta o bolsa para poder reclamarlo de la bodega del buque durante la travesía, y recogerlo a la llegada al puerto de destino.

A las siete en punto, ya abrigado por la noche, el San Agustín, con la bodega henchida de trebejos y cachivaches, levó el ancla con gran estrépito y salió de la bahía de Almería, entre sábanas de espuma sobre un mar rizado, desplegadas por las palas curvas de la hélice. El barco cruzó la bahía con lentitud, como arrastrado por el excesivo peso, hasta llegar a la boca del puerto, y se alejó con gracia en un vaivén armonioso en dirección a la ciudad de Cartagena.

Mis hijos, empujados por la brisa marina, y la emoción de sentir la cercanía del mar por primera vez, saludaron a la multitud que se despedía de sus seres queridos. Yo observaba la alegría en cada uno de sus gestos, y en aquel momento, sin entender muy bien la razón, unas pocas lágrimas rodaron por mi rostro, como un reducido acto de rebeldía. Por fortuna, eran imperceptibles, y nadie, salvo yo misma, se dio cuenta. Me sentía feliz, mas cansada y algo abrumada.

No dejaba de preguntarme si había tomado la decisión correcta o si me había equivocado.

23

Unas horas más tarde el San Agustín dobló el cabo de Gata, pegado a la costa, y con la vista de la tripulación puesta en cada rincón, en previsión de cualquier intento de ataque de los piratas, escondidos con sus pequeños jabeques en los múltiples huecos de la costa, según me comentó más tarde uno de los oficiales del barco.

Después de la cena en el comedor, los niños fueron durmiéndose uno a uno en el camarote, con cierta dificultad, debido a la excitación provocada por el viaje, y las aventuras prometidas por su madre en una tierra extraña, aquella donde murió su padre. Cerca de las once de la noche, dejé a Antonia y a Ana María a cargo de sus hermanos, y salí a respirar aire fresco.

En la cubierta superior del barco me encontré con un espectáculo no esperado, no al menos por mí. El espacio abierto estaba tan repleto de seres humanos como una colmena de abejas, y la imagen resultante era cercana a lo dantesco. Cientos de personas, familias enteras, repartidas por la superficie abarrotada, campesinos y obreros en busca de una nueva oportunidad en las minas de levante o en las grandes obras públicas en ejecución en Valencia o Cataluña. Familias de toda condición, con una triste vida detrás, y una incierta delante. Algunas de ellas se habían juntado en la zona central de la cubierta, unos pocos sentados en sillas, con mantas en los pies, y con guitarras en sus manos, lanzando cantiñeos o farfulleos, en forma de «Ay», «Tara Ta Tran Tran Tran» o «Trajili Trajili Traji», y quejíos, con mucho jaleo de ánimo, en una sucesión de cantes livianos, cortos y largos, por malagueñas, alegrías, bulerías y otros cantes, coplas sencillas expuestas al aire de la noche, en un espectáculo de flamenquería andaluza lleno de pasión.

Disfruté un buen rato de ese entretenimiento espontáneo, y una vez cansada de tanto movimiento, busqué un rincón más tranquilo a través de un camino más o menos despejado entre aquel universo lleno de ilusiones, y al pasar por delante de un Landó color azul, y dos caballos blancos, que descansaban en su jaula en aparente tranquilidad, distinguí la silueta de un hombre de mediana edad, inclinado hacia adelante, vomitando.

—¿Puedo ayudarlo? —le pregunté, situada a su espalda.

El hombre giró su cuerpo con lentitud, incorporándose como pudo.

—Es un mareo bastante inconveniente, no hay manera de evitarlo, aun sin oleaje las corrientes son traicioneras.

—¿Me permite ayudarlo? —repetí.

—¿Cómo?

—He traído conmigo un remedio casero —ofrecí al desconocido.

—¿Lo hizo usted misma? —dijo con amabilidad.

—Sí, es agua de Toronjil.

—...

—...

—¿Qué ingredientes lleva? —preguntó con cierta desconfianza.

—Alcohol, agua, hojas y flores de melisa, corteza de limón, raíz de angélica, romero, nuez moscada, esencia de menta, semillas de cilantro y clavos de olor —dije de memoria y de corrido—. Se maceran los ingredientes en un bote de cristal durante quince días como mínimo, y después son guardados en otro recipiente de cristal oscuro, en un lugar fresco y sin luz directa.

—¿Será efectiva? —dijo el hombre con cierta duda.

—Infalible, créame —comenté.

—Adelante entonces.

—He de ir a mi camarote a buscarlo, tardo solo unos minutos.

Volví sobre mis pasos, entré en la habitación —donde los niños dormían plácidamente—, y cogí de mí apotecario portátil una pequeña botella de agua, un vaso de cristal y un recipiente con dosificador, marcado con las iniciales «AT» y la fecha de elaboración.

Cuando regresé el cochero seguía en el mismo sitio, y bajo la misma indisposición.

—Bébase esto —le dije, dándole el vaso con agua y unas gotas del preparado.

—Gracias —alcanzó a decir antes de apurarse el brebaje de un trago.

Se sentó, y me devolvió el vaso con la mejor de sus sonrisas, dadas las circunstancias.

—¿Es su primer viaje? —pregunté.

—Es el siguiente de muchos... Me explico —dijo sonriendo—. Mi jefe es un industrial textil catalán de origen andaluz, y cada año, en verano y en Navidad, hacemos este viaje de ida y vuelta a la tierra de su familia —se incorporó y dio unos pasitos de adelante hacia atrás—. Debería estar más acostumbrado a las corrientes del mar mediterráneo.

Una vez de pie, vi a un hombre con ademanes naturales y gestos de mucha cortesía. Apenas me fijé en sus rasgos faciales, era noche casi cerrada, y tenía otras preocupaciones en la cabeza.

—...

—Disculpe mi falta de educación, debida seguro a mi indisposición momentánea. Mi nombre es Patricio, y soy el cochero de D. Conrado de Llanza Carmona —dijo adelantando su mano hacia mi posición.

—Yo me llamo Alma Morales —afirmé, respondiendo a su gesto.

—¿Es su primer viaje en barco? —me devolvió la pregunta.

—Sí —dije mientras mi mirada recorría la cubierta abarrotada.

Patricio se percató enseguida de mi extrañeza por el gran número de personas acomodadas al aire libre.

—Viajan de forma clandestina —me explicó— y sin ningún control, con destino a cualquier trabajo eventual en las minas, la construcción, la agricultura o donde sea, en cualquier parte de España o incluso en el norte de África. Las compañías navieras se aprovechan de su necesidad, ganan un dinero extra, y compensan así los costes fijos de sus trayectos comerciales. La naturaleza humana es irrefrenable en su tendencia a aprovecharse de sus semejantes. Los pobres pagan un buen dinero, no declarado por la compañía naviera, viajan hacinados en la cubierta superior, sufren en silencio con el aroma de la comida servida a los pasajeros de primera y segunda clase, y en esta época del año, luchan con el frío dentro de sus huesos, una batalla perdida de antemano.

—¿Siempre hay tanta gente?

—Hay todavía más en los viajes en sentido contrario. En esas ocasiones el barco rebosa de familias de campesinos y jornaleros en una situación límite de pobreza, rumbo a Algeciras, y luego, a una nueva vida en Argentina, Uruguay o Brasil. Cualquier sitio menos este país donde pasan hambre. Son gente sencilla en una situación muy difícil, mas, con una sonrisa en la boca, reflejo de esperanza. Sin embargo, ese hacinamiento es peligroso, y en muchas ocasiones han surgido conflictos por la disparidad de los pasajeros, aunque los oficiales hacen la vista gorda. Todo el mundo gana, las compañías obtienen un dinero adicional, los emigrantes un viaje rápido y los Ayuntamientos se libran de bocas hambrientas.

—...

—...

—¿Hay algún rincón del barco donde reine un poco de tranquilidad? —dije después de un buen rato de amigable charla.

—Quizá la zona de la proa esté más despejada. Allí encontrará un poco de silencio.

Me despedí de Patricio y caminé en esa dirección, sorteando los cuerpos dormidos sobre la cubierta, apiñados, unos contra otros. Pronto llegué a la proa, y allí me sentí al mando del barco, e incluso de mi propia vida, descubrí la tranquilidad buscada y pasé varias horas, hasta que perdí la cuenta.

A lo lejos veía las luces de los pueblos de Sorbas y Vera, o eso imaginaba, y distinguí con claridad la sombra de las montañas negras de la Sierra de las Estancias, en su paso transversal desde el norte de la provincia de Almería hasta la de Murcia, mi destino, y el de muchos de los pasajeros no registrados en el barco, único punto en común entre nosotros. Me resultaba curioso ver la misma costa recorrida con Roberto, apenas un mes y medio antes, desde otro punto de vista, el del mar.

Tenía muchas cosas en mi cabeza, preocupaciones, remordimientos y dudas, aunque poco a poco, las imágenes de aquellos emigrantes ocuparon mayor espacio, expulsando cualquier otro pensamiento. ¡Pobre gente! Aquel espectáculo era increíble, niños durmiendo a la intemperie, adultos con harapos y en una situación penosa. Eso sí era sufrimiento, y no mi situación. Al fin y al cabo, yo había abandonado mi hogar por una decisión libre. En ese momento resolví no quejarme de nuevo. No tenía derecho, no lo haría más.

Yo había resuelto, por propia voluntad, dar un giro a mi vida, y a la de mis hijos, y en aquellos momentos esa voluntad era mi única guía, contra viento y marea, y, sobre todo, contra la opinión de algunas de mis personas más queridas.

Quizá me había equivocado.

Entonces no podía saberlo.

Fue una decisión tomada más o menos, un mes atrás, a la vuelta de mi viaje a La Unión, el sábado 18 de diciembre de 1897.

24

El recibimiento de mi padre fue un abrazo sentido, profundo, de adentro hacia afuera. Él acompasó su respiración con la mía, hasta la sincronización de nuestros corazones y el control de mi ansiedad.

Apenas hubo palabras, fue un momento mágico.

—¿Cómo estás?

—Destrozada.

—Ya estás en casa, mi niña —aumentó la intensidad de su abrazo—. Tranquila, no te faltará de nada, cuidaremos de ti —dijo sin desplazar ni un milímetro su gran cuerpo protector.

Aurora se unió a nosotros en un abrazo a tres bandas. Yo necesitaba fuerzas, debía dar la noticia a mis hijos, y una vez más, el silencio se apoderó de la escena, salvo por el sonido entrecortado de mis sollozos, aunque después de unos minutos de cortesía, los dos mostraron sin tapujos, desde el respeto, su interés por los detalles de mi viaje a La Unión. Me hicieron una pregunta tras otra, cómo conocí la muerte de Ramón, quién me había dado la noticia o cuáles fueron mis sentimientos en aquellos momentos, y yo hice una exhaustiva exposición, con la actitud de un crítico cuando analiza la obra de un nuevo escritor, sin pasión. Qué difícil resulta hablar del dolor producido por la muerte inesperada de un ser querido. No estaba preparada para soportarlo, y menos para comentarlo, pero con mi padre y su mujer no pude guardar silencio, se lo debía.

Les narré mi encuentro con el cadáver de Ramón, de sopetón, sin previo aviso, y el derrumbe de mi mundo en ese mismo segundo; cómo recorrí su cuerpo, con la palma de mi mano, en cuanto estuve un rato a solas, en busca de algún resto de su olor; la quema, en el horno de Julieta, de la ropa usada por mi marido el día del accidente, cubierta de sangre y de su esencia; cómo introduje en su tumba una foto mía; y el viaje de mis pensamientos, durante el entierro, a algunos de nuestros gestos más íntimos; la forma de dormir juntos en la cama, cada uno en su lado, con su pie derecho por encima del mío izquierdo, en un intento por sellar nuestra unión por encima de la necesidad de un espacio individual o su costumbre de traerme plantas silvestres que ponían a prueba mis conocimientos, y espoleaban mi inquietud intelectual. Conté muchas cosas, pero no las dudas sobre mi resistencia al dolor de su ausencia, eso no se lo dije, ni yo misma lo sabía con certeza. Aquel era el hecho más importante, más trascendental hasta ese momento en mi vida, y no me sentía a la altura.

A cambio de mis amplias explicaciones, recibí una enorme ración de abrazos, necesitados y bien recibidos, mientras pensaba cómo se lo diría a mis hijos, uno a uno o en grupo.

Nadie te enseña a tomar esas decisiones.

Nadie puede en realidad. Son tuyas y solo tuyas.

Al final dividí a mis hijos en tres grupos, por edades, intuyendo emociones parecidas, y me

equivocué.

Cada niño es un mundo, no importan los años. La respuesta depende de cómo reciben los estímulos del exterior y los procesan después por el tamiz construido con sus experiencias. Al final obtuve un ramillete de reacciones distintas, Josefa, Miguel y Antonio me miraron, unos segundos, y únicamente alcanzaron a preguntarme si su padre estaría a partir de ese momento en el cielo, sí, les dije, y cuidará siempre de nosotros, les aseguré; a José Antonio, Elena y Manuel les cayó como un jarro de agua fría, sobre todo al primero, quien en ese mismo momento cayó en un profundo silencio, en el que permanecería varios días; y Antonia y Ana María, las dos mayores, tuvieron una reacción dicotómica, por una lado obtuve su ayuda en el cuidado de sus hermanos, aunque por otro, me echaron en cara la marcha de su padre a un destino lejano y peligroso.

Viví esos días atenazada por la duda de cómo la ausencia de su padre afectaría a mis hijos en el futuro, y descreída, como una niña, al igual que cualquiera de mis hijos. La muerte de Ramón había rebautizado cada elemento de mi vida con su verdadera importancia, con ellos ocho a la cabeza, con diferencia.

Con el avance de los días en Alhama, la normalidad fue imponiéndose con pasos medidos, y ultimé en secreto los preparativos de mi viaje de vuelta a la ciudad minera del levante murciano, que ya había decidido en una visita a la tumba de Ramón, justo antes de mi partida hacia Alhama. Allí hablé con él, y después de un rato de vacilaciones resolví terminar lo que ambos habíamos iniciado. Ya lo habíamos comentado en nuestras cartas. En caso de que le sucediese alguna desgracia a uno de los dos, el otro seguiría adelante con nuestro plan de futuro en La Querencia, sin dudas. Fue una decisión firme. Segura. Atada. Mucha gente no lo entendería, tampoco tenían derecho, era un asunto nuestro, en exclusiva, y no lo compartiría con nadie hasta la llegada del momento adecuado.

También volví a las tertulias en la farmacia de mi padre.

Acudí a la del veinticuatro de diciembre, que se adelantó unas horas, era Nochebuena. Había más gente de lo habitual por ese motivo. Allí estaban el alcalde, el juez municipal, el párroco, otras cuantas fuerzas vivas del pueblo, y yo, la única mujer. Por fortuna, algunas pocas cosas de mi vida no habían cambiado.

El clima político de la época se había revestido de cierta crispación y el desahogo verbal en las tertulias de los casinos, las reboticas y los liceos era de las pocas salidas viables a la frustración de muchos ciudadanos. En esos últimos años del siglo XIX la situación política en España tenía cierta inestabilidad, su aislamiento internacional era patente y su prestigio como país quedaba lejos de su mejor momento, debido a los sucesivos acontecimientos ocurridos, de forma vertiginosa, desde la caída de la reina Isabel II, el asesinato del general Prim, el reinado de Amadeo de Saboya, los conflictos de la República y la Restauración borbónica; y a los problemas generados por los tres frentes abiertos entonces, el cantonalismo, el independentismo cubano y el carlismo.

Los sucesivos gobiernos desarrollaron en la última década del siglo un ambicioso plan de modernización del país, y cuando el liberal Práxedes Mateo Sagasta se hizo cargo del gobierno,

en octubre de 1897, después del clima de inseguridad y desazón provocado por el asesinato del conservador Antonio Cánovas del Catillo, y la incapacidad demostrada por el ejército en su lucha con los insurgentes cubanos, también asumió, con un programa de reformas concreto y valiente, la responsabilidad de ese proceso de modernización. Sin embargo, el escepticismo y el desapego con los políticos, ya era grande entre los ciudadanos, y muchos lo consideraron un movimiento tardío. Lo comprobé aquella noche en la rebotica.

—Esas reformas están muy bien a los ojos del exterior, más en el fondo nada cambiará —comentó mi padre—. Los arquitectos del régimen de la Restauración se han olvidado con rapidez de aquellos a quienes de verdad sirven, los ciudadanos, y mantienen, apoyados en el interés de las oligarquías terratenientes, un sistema político infectado de personas afines en el ejército, las administraciones públicas y la judicatura. Esa influencia viciada es la responsable de la mayoría de nuestros males actuales. Es un asunto interno, no externo, y esas reformas no atacan su raíz.

—...

—...

—Estoy de acuerdo —dijo el párroco— mas no olvides también los problemas de índole exterior, generados por la incapacidad manifiesta de los políticos y militares elegidos por el capricho del dedo en el poder, y me refiero, por ejemplo, al voluntario abandono de la isla de Santo Domingo, en manos de las guerrillas independentistas en 1865. Aquel error dio alas a los movimientos insurgentes en la isla de Cuba.

Se puso de pie para continuar con su razonamiento.

—Los reivindicadores carecen de memoria histórica, y las victorias anteriores sobre las rebeliones cubanas no evitaron el levantamiento del hacendado Carlos Manuel de Céspedes, en octubre de 1868, que provocó diez años seguidos de guerra, de sangría de recursos económicos y humanos para España, hasta la firma de la Paz del Zanjón, con la promesa de reformas políticas y el pago de varias cantidades importantes de dinero a alguno de los cabecillas independentistas.

—¿Diez años para eso? —dijo el alcalde.

—Diez años perdidos. El gobierno español continuó con su política inmovilista, y el incumplimiento de sus promesas llevó a un nuevo alzamiento en la isla en 1879 —aclaró mi padre.

—El verdadero problema de esta nación, «otrora grande y fuerte», es la tibieza mostrada por los gobiernos españoles. Un ejemplo reciente son los sucesos de Melilla — dije ante la mirada sorprendida de los presentes, no por mi opinión, estaban acostumbrados a escucharme, sino por mis ganas de participar en el debate. La mayoría de los hombres en el fondo carecen de imaginación, no esperan casi nunca algo más allá de lo previsible. Yo no me inmuté, y seguí con mi relato.

Recuerdo cómo les narré lo sucedido en Melilla, el 2 de octubre de 1893, cuando se produjo el levantamiento de los rifeños, apoyados por Marruecos, en protesta por la construcción del fuerte de la Purísima Concepción, y se inició un combate donde hubo muchos heridos y muertos y los

cadáveres españoles fueron profanados de forma salvaje. La repuesta del gobierno fue un mes de inactividad, hasta la llegada, en noviembre, del Ejército del Norte de África, al mando del General Martínez Campos.

—Alma tiene razón —comentó mi padre. Le gustaba reafirmar mis razonamientos ante sus amigos—. Y con ese episodio mostramos, una vez más, nuestros puntos más débiles, la dificultad en el envío de refuerzos a las zonas en conflicto alejadas del territorio peninsular y la indecisión y debilidad gubernamental. Lo mismo de siempre.

—Yo considero que esa debilidad internacional es una de las causas de la revolución en Cuba —dije otra vez con calma—. Animados por esa imagen, los insurgentes llevaron a cabo el levantamiento del Grito de Oriente, liderado por José Martí en 1895, que nos pilló de improviso, sin nada preparado para sofocarlo, ni en Cuba, ni en España, y se propagó por toda la isla a gran velocidad, y con una organización cada vez más precisa.

—Tienes razón, Alma —dijo el alcalde—. Yo me pregunto qué ha hecho el nuevo gobierno de Sagasta ante esa situación —dijo con la intención de contestarse a sí mismo, como hacía habitualmente—. Ha protegido a los insurrectos y ha apostado la pacificación de la isla al ejercicio de su autonomía. Tibieza, una vez más.

El alcalde se refería a la jura del primer gobierno autónomo de la isla de Cuba, el 1 de enero de 1898. Fue un movimiento desesperado contra la independencia, mas ya era tarde. Los españoles habíamos generado muchas antipatías en la isla, y los americanos, más listos, nos robaron las pocas simpatías restantes mediante el reparto de alimentos entre los campesinos cubanos, y utilizando los periódicos de su país, de tirada millonaria y carácter sensacionalista, en favor de la intervención de su país en Cuba, mientras que la prensa española, vinculada a los partidos políticos o personalidades públicas influyentes, y de tiradas cortas, exaltaba el patriotismo y el clima bélico, con constantes menosprecios a los Estados Unidos en sus artículos de opinión, una nación, según ellos, demasiado joven, sin cultura, poco preparada y sin valor para el combate.

—Y va a ir a peor. Oigo, a lo lejos, tambores de conflictos sociales y de guerra en ultramar —comentó mi padre con intención de decir la última palabra sobre el asunto—. Este año de 1898 será complicado, ya lo veréis.

Es cierto que desde los primeros días de aquel año las críticas de la prensa nacional y local habían arreciado, con comentarios ácidos sobre la corrupción en la clase política, el caciquismo, y el exceso de impuestos por el coste de las guerras, sobre todo las de Cuba y Filipinas, y sobre el sistema de reclutamiento, proclive a los sobornos e influencias, y permisivo con los hijos de las clases ricas, quienes se liberaban del servicio militar previo pago de un dinero, privilegio vedado a las clases populares.

Los acontecimientos en la isla caribeña empeoraron con rapidez en los primeros días del año, y el doce de enero se produjo una manifestación violenta de cubanos, contrarios a la independencia, furiosos con las concesiones dadas por el gobierno a los insurgentes, con gritos anti estadounidenses, amplificadas por la prensa amarilla norteamericana. Ante esa situación, el cónsul de los Estados Unidos en la isla pidió a su gobierno el envío de un barco de guerra, como protección de la colonia norteamericana, por si se reproducían los motines, y el día veinticinco

llegó al puerto de La Habana el acorazado Maine, con su precioso casco pintado de blanco. Entró por la bocana del puerto, saludando con los cañonazos de rigor, ante el asombro de la población española, y allí se quedó, amenazante, en zafarrancho de combate.

El gobierno español reaccionó con la debilidad habitual, y consideró la presencia del Maine en La Habana como un acto de cortesía, aunque más allá de esa hipocresía diplomática conocía con claridad la gravedad de la visita del barco, y respondió con el envío del crucero Vizcaya a la ciudad de Nueva York, desde su base en Cartagena.

Estos acontecimientos produjeron un clima político muy inestable a finales de enero de 1898, de tal forma que un suceso inesperado, en cualquiera de los frentes abiertos, podía poner en peligro la estabilidad de la monarquía y del sistema político de la Restauración.

Por suerte, Alhama de Almería era un pueblo tranquilo, y muy alejado de las consecuencias de ese ruido ambiental.

Mis días allí pasaron tranquilos.

Lentos.

Dolorosos.

Y compartidos con la familia, si bien cada uno de sus miembros tuvo una reacción diferente ante la pérdida de Ramón.

Mi sufrimiento era personal e intransferible, nada parecido a lo que había visto en amigos y familiares cercanos en ocasiones parecidas. Lejos de la confusión habitual en esos casos, yo tenía las ideas claras y poco a poco me sentía más fuerte, como si el dolor me enseñara día a día. Disfrutaba de mi nueva vida, mas el mayor tormento venía de la imposibilidad de compartir con mi marido tantas cosas hibernadas, y otras olvidadas, en mis pensamientos más íntimos.

Los niños estuvieron callados los primeros días, si bien poco a poco, a su propio ritmo, cada uno iba expresando, a su manera, sus sentimientos, empujados por una necesidad inconsciente. Josefa, Miguel y Antonio lo hicieron al unísono, como una caja de música, con preguntas ocurrentes e inesperadas y falta de apetito, aunque con la tranquilidad de la imagen de su padre en el cielo, rodeado de angelitos; Elena y José Antonio reaccionaron con un repunte de su carácter taciturno y un gusto por las peleas entre ellos; Manuel, más irascible, se expresó con una entrada precipitada en el continuo desafío a la autoridad maternal, un símbolo diáfano de la ausencia de su padre; Ana María lo hizo como una niña mujer, reticente a la aceptación de la inesperada noticia, y sin embargo aprendió a enjugarla con llantos breves, esporádicos e inesperados; y Antonia, mi dulce Antonia, se dibujó como una mujer dispuesta a compartir conmigo la responsabilidad del cuidado de sus hermanos, y con la valentía suficiente para no amilanarse en nuestras cada vez más frecuentes discusiones.

Recuerdo sobre todo una, un día que la encontré llorando en la cocina de nuestra casa.

25

—¿Qué te pasa Antonia?

Silencio.

—Nada —dijo al fin.

Me acerqué, con mis manos en forma de un abrazo, más me rechazó con su mano.

—¿Qué te pasa, mi niña? —pregunté de nuevo.

—Nada, déjame.

Mi intuición no me falló, algo quería decirme, y al final lo hizo, de sopetón.

—Tú tienes la culpa de todo.

No hablé, sabía cómo seguiría su reproche.

—Lo dejaste irse a La Unión. ¿Por qué? ¿Qué sentido tenía esa separación? Fuiste egoísta. ¿Qué buscabas con eso? ¿Dejarnos a todos huérfanos? —dijo de corrido y llena de rabia.

Mantuve la compostura, aunque sus palabras dolían.

—Mi querida Antonia —dije acercándome de nuevo a ella, con mis manos otra vez en forma de abrazo.

—No me toques, no hables, no escucho —dijo mientras corría en dirección a su habitación.

No la seguí, esperé un manojito de minutos, y entonces fui a su cuarto.

Lloraba sin consuelo sobre su cama. Me senté a su lado, y no lo dudó, me dio un abrazo, que yo respondí con intensidad.

—Mi pequeña Antonia —dije acariciando sus cabellos—. Vosotros sois mi vida, os adoro y vivo por vosotros... Aquella fue una decisión consensuada, por el bien de la familia, salió mal, lo siento, así es la vida... y es duro aceptarlo.

—Lo sé mamá. Discúlpame, no sentía mis palabras —dijo con su mirada clavada en mis ojos.

Nuestro abrazo fue largo y sentido, así lo recuerdo.

A partir de ese momento, la ayuda de Antonia fue fundamental en mis planes junto con la de mis hermanos. Estuvieron a mi lado desde el primer momento, los tres, Miguel, Gabriel y Rafael, y

con ellos organicé en esos días de enero los movimientos necesarios para la voladura de la tierra pedriza e inclinada de La Querencia, la preparación de los bancales y su relleno con buena tierra comprada en Gádor, que se haría a lo largo de ese año completo. Les dejé dinero suficiente, y tenía confianza absoluta en ellos.

Aurora, la mujer de mi padre, también se volcó, repartió su corazón a trocitos entre cada uno de mis hijos, una ración de cariño necesaria en la superación de su trauma, un regalo inesperado de la vida. Ella fue quien primero conoció mi decisión, y tal y como había intuido, la reacción fue cercana, amable y de comprensión. Su colaboración resultó importante en la comunicación con mi padre. Ella daría el primer golpe y yo me defendería después.

Y así fue.

En Nochebuena, después de la cena, mientras Aurora entretenía a los niños, mi padre me llevó a su terreno, a su laboratorio. Entramos los dos y nos acomodamos en los sillones. Él no habló y yo tampoco, sabía la razón de su mutismo, el titubeo de sus ojos me lo decía.

—No ocultaba nada —dije rompiendo el hielo— ni tenía miedo a tu reacción. Era solo cuestión de encontrar el momento adecuado.

—No te entiendo, Alma.

—Me extraña, siempre lo has hecho.

—Comprendo tu dolor, también lo he vivido —dijo con la mirada alta—. Ya conozco ese camino, lo pasamos juntos, tú, tus hermanos y yo. La familia es muy importante en estos momentos... No entiendo tu intención de vivir a La Unión.

—Cuento con tu apoyo, para mí es suficiente.

—Esta vez no lo tengo tan claro.

—Me sorprendes.

—Dudo de los cimientos de tu decisión —dijo con sinceridad.

—¿Por qué?

—¿Qué necesidad tienes de complicarte la vida lejos de tu familia? ¿Has pensado en tus hijos? ¿No estarás huyendo? Esas son las tres primeras preguntas de un montón, podría hacértelas todas.

Mi padre fijó su mirada en mí, leí el desconcierto en sus ojos.

—No me complico la vida, padre, solo deseo que sea mía, elegida por mí —dije acercándome y cogiéndole las manos—. Ahora me siento la dueña de mi propio destino, y quiero un nuevo camino.

—Niegas lo evidente.

—Asumo mi nueva situación, y sigo adelante con mi vida, eso es todo padre.

—¿En La Unión? Es un lugar extraño. Eso mismo puedes hacerlo aquí, donde viven quienes te quieren.

—Aquí no podría.

—No entiendo.

—...

—...

—Es fácil, algunos de los rincones de Alhama de Almería guardan recuerdos compartidos con mi marido, y cada uno de ellos es un dardo, doloroso y punzante. Acabaría por desangrarme... Estos días me refugio en las rutinas que he creado en los últimos años sin él, aunque no son suficientes, Me ahogo en este pueblo, está lleno de su olor y de su luz... y, además, La Unión no es un lugar tan extraño, mi marido está enterrado en esa ciudad; yo ya me siento un poco de allí.

—Eso es verdad, lo siento, no me refería a eso.

—No te preocupes.

—Te entiendo Alma, mas no creo que debas llevarte a tus hijos a un lugar donde no conocen a nadie ¿Quieres causarles más dolor? ¿No tienen ya suficiente?

—No piensas lo que dices, padre —dije apretando sus manos. Él separó las suyas, sin brusquedad, mas con firmeza.

Silencio distante.

—Allí también lo recordarás cada día. Sus amigos en esa ciudad te hablarán de él, y colmarán tu cabeza de imágenes dolorosas.

—Sí, cuento con ello, y además lo necesito, no quiero tampoco borrarlo, aunque para mí serán recuerdos nuevos, suyos, no míos, y activarán mi añoranza, no el centro de mi dolor.

—No entiendo, ¿si vas al sitio donde Ramón vivió sus últimos meses?

—Te lo repito, padre, yo no compartí esos días con él. No he dejado anclas de dolor en ese terreno, es virgen para mí.

Mi padre no me entendía, su expresión facial lo delataba.

—Cumpló mi sueño, nuestro sueño en La Querencia —continué. Solo me queda eso de él. Lo pintaré por los dos, La Unión es el lienzo, y mi amor por Ramón los colores.

—Yo pagaré las cuotas de La Querencia. Ya me devolverás el dinero cuando puedas.

—Te lo agradezco padre. Sin embargo, no se trata únicamente de un asunto económico, es un reto personal. Esos terrenos serán mi premio a una vida de esfuerzo y esperanza, antes con Ramón, y ahora con mis hijos.

—...

—...

—¿Dónde vivirás allí?

—Ramón alquiló una casa por seis meses a D. Pío, todavía restan dos. Una vez establecida, arreglaré esa situación de forma más estable.

—¿Y los niños? ¿Qué necesidad tienes de embarcarlos en esa insensata aventura? Déjalos aquí con nosotros.

—Somos una familia, padre, y no quiero más separaciones.

—Pasarán un infierno solo por una decisión egoísta. Es una insensatez.

—No lo creo.

—Yo sí.

—No, no lo es, padre. Ellos son parte de mi nueva vida, y el cariño de su madre es ahora su nexo de unión con este mundo... Si vives entre algodones te vuelves indefenso y te adocenas. Somos hijos de la naturaleza del camino elegido.

—¿Quién se encargará de ellos cuando no estés en casa?

—Julieta, vive en la misma calle.

—¿Quién es Julieta?

—Te he hablado varias veces de ella, padre. Es la viuda del primer amigo de Ramón en La Unión, la dueña de la casa donde se alojó al principio.

—¿Dos viudas solas en una tierra inhóspita?

Refunfuñó.

—¿Cuidaréis de ocho niños? Deberíais tener las ventanas cerradas y el ánimo guardado y en reposo, al menos dos años.

—No eres tú quien habla, padre... Lo sé... Mi decisión no te gusta y te expresas sin raciocinio. Tú no piensas así, no es como me has educado. El duelo es una herida interna, no un lazo de adorno. Los dos lo sabemos, tú lo sabes.

Silencio inquieto.

—La Unión es un territorio poco amigable para dos mujeres viudas, dos mujeres sin pareja, sin un hombre que gane el sustento de la familia, sin una fuente segura de ingresos. Aquí, en casa, al menos, te ayudaríamos.

—Soy la dueña de la mitad de mi propio negocio —dije con fuerza contenida—. Ramón también había previsto ese detalle, ya te conté mi encuentro con José de las Casas. No necesito a ningún hombre. Tú me has educado así, y sé que en el fondo te sientes orgulloso.

—Lo siento..., ahora no puedo.

Hice un largo paréntesis. Su estrategia era clara y agotadora. Puso a prueba los cimientos de mi decisión, pregunta tras pregunta.

—Ahora yo soy quien no te entiende —dije en busca de su reacción.

—No es tan complicado —comentó en un acto casi reflejo—. Aquí puedo ayudarte, allí no. Estarás sola, y no es lo mismo el juego de las reivindicaciones femeninas en un entorno tan comprensivo como Alhama de Almería, que en una tierra hostil como La Unión.

—¿Hostil?

—Allí las mujeres solas no son entendidas, ni en el fondo apreciadas..., ni aquí tampoco...

Frenó en seco, y después de unos segundos, siguió con su razonamiento.

—Algunos todavía no entienden tu participación en las tertulias de la rebotica. Todavía hay habladurías. Aquí las puedo parar, eres mi hija. En La Unión serás una viuda más con sus huérfanos.

—No es un juego, padre. Así entiendo yo la vida. Lo aprendí de ti.

—...

—...

—No deberías ir, eso creo de verdad.

—No es decisión tuya.

—Te pido que reacciones, por tus hijos.

—No hay vuelta atrás, padre, tú me has enseñado a arriesgar, a pesar de las dudas.

—Sí, dentro de unos límites de certidumbre. Si en esta ocasión sales adelante, será un milagro.

—Sí, será mi milagro.

Mi padre se levantó de su asiento y se situó frente a mí de pie, desafiante.

—No cuentes con mi apoyo entonces.

—Me entristeces. Tú siempre has considerado el alma de una persona como la esencia de su personalidad. Mi alma ahora está mojada, ¿entiendes eso, padre?

Silencio tenso.

—Daré este paso, aunque sea con tu oposición —dijo con un tono más apagado.

Mi padre inició su marcha en dirección a la puerta.

—Ojalá no te hubiera inculcado esas ideas —dijo. No cruzó su mirada con la mía, ni ese día, ni durante los siguientes.

Los últimos días del año, y los primeros del mes de enero, estuvieron llenos de una vorágine de preparativos, y por suerte conté con la ayuda de Aurora. No vi a mi padre en varios días, más ella me informaba de sus tribulaciones y sentimientos encontrados.

—No se lo tengas en cuenta —me dijo un día en mi casa—. Tiene miedo, como todos. Has tomado una decisión sin un horizonte claro, y eso lo tiene desconcertado. Te quiere demasiado.

—No lo hago por contrariarle.

—Él tampoco quiso herirte el otro día.

—Lo sé.

—Siempre ha presumido de ti, de tu independencia, de tu valentía y de tu fuerza, marca de la casa, según él. Ya se le pasará.

—¿Estás segura?

—Dale unos días, reaccionará, seguro. No se perdonaría un enfado por despedida. Te quiere demasiado.

—Se los doy, aunque quedan pocos.

—También sabe eso.

—Reaccionará pronto. En Nochevieja ya te echó de menos en la rebotica.

—...

—...

—¿Tan equivocada estoy? Aurora. ¿Tú también piensas eso? Dímelo, en confianza.

—¡Ay, mi chiquilla! No has elegido el camino más sencillo, desde luego, ni quizá el más razonable, más es el tuyo propio, y eso sí es valiente. Yo me siento orgullosa de ti, como mujer, y tu padre también, seguro, mas ya conoces el lento ritmo de los hombres en los asuntos del cariño, y, además, como bien sabes, ellos se pierden ante los problemas nuevos, solo se sienten tranquilos cuando ya los han resuelto antes.

Me acerqué y le di un abrazo.

Ese gesto espontáneo se convirtió, pronto, en algo sentido y profundo, y lloré. Permanecimos abrazadas en silencio, entendiéndonos sin palabras, solo con la fuerza de nuestro abrazo.

—Doy gracias a Dios, Aurora. Sin tu ayuda no podría hacerlo.

—Nos tienes a los dos, Alma. Esta tarde también represento a tu padre, su espíritu y su intelecto están con nosotras. Si no fuera así, ni siquiera estaría yo aquí.

En ese momento oímos el llanto de Josefa, la magia se rompió, y acudimos las dos al rescate. Mis pasos eran más ligeros, a pesar de la preocupación por la urgencia, supuesta, de mi hija pequeña.

El día 1 de enero celebramos el cumpleaños de Ramón, un día único, de rezos y recuerdos, algunos amargos y otros bellos. No dejamos de festejarlo, como un año más, por decisión unánime. Desde fuera no se notó mucha diferencia, Ramón también había faltado los dos últimos años, más desde dentro, el panorama emergía desolador. Todos disimulamos como pudimos. Fue un oasis de alegría entre tanto dolor, y no me avergüenzo de ello.

Mi padre no vino, empero no faltó a su costumbre de hacer un regalo a cada niño en nombre de Ramón. Mi marido había establecido esa norma varios años atrás, él era más de dar que de recibir, siempre lo fue, y mi padre siguió esa tradición cuando él se fue a La Unión, Los niños lo interpretaron como el último gesto de su padre.

De esa forma recibimos el año nuevo en mi familia, 1898, un año de cambios, sorpresas e incertidumbres.

26

El 13 de enero amaneció como un día más, en apariencia.

Esa mañana resolví varias gestiones administrativas, antes de mi partida a La Unión, en la vecina población de Canjáyar, y a la vuelta realicé mi visita diaria, a la misma hora, a un bancal, otra vez cubierto de parras, situado en las tierras de un conocido abogado de Almería.

Cada día permanecía allí, en soledad, un buen rato, en un ejercicio purificador y, sin embargo, aquella mañana, apenas unos minutos después de mi llegada, apareció a lo lejos una silueta conocida e inconfundible.

En unos segundos su sonrisa ocupó el espacio entre los dos.

—Hola Alma —me dijo quedándose apenas a un metro de mí.

—Hola Roberto—. Lo miré y pensé, quiero abrazarlo, necesito abrazarlo. Me contuve.

—¿Cuándo llegaste?

—Esta mañana. He ido a la farmacia, no estabas.

—¿Y cómo me has encontrado aquí?

—Aurora me comentó que vienes todos los días, y las lágrimas de tu mejilla me muestran la razón —dijo con cariño.

—En estos duros momentos la costumbre es un aliado.

—Reconozco este sitio —añadió Roberto—. Lo describiste con precisión cuando me contaste tu primer encuentro con Ramón.

—...

—...

—¿Cómo estás?

«Hundida», pensé, sin expresarlo en voz alta. Opté por el optimismo.

—En construcción —dije.

—Me alegra, aunque este no parece el sitio más adecuado para ello.

—Es parte de mi proceso de duelo.

—¿Cómo?

—Vengo aquí y lloro tranquila. Es mi momento sagrado del día, cuando puedo concentrarme en Ramón. Este es el lugar donde más me duele su presencia, está por todas partes, cada esquina huele a él —dije, acompañando las palabras con suaves movimientos de mis manos—. Era nuestro rincón más querido. Aquí pongo mi mente en blanco y conecto con él. Cierro los ojos, recuerdo cómo nos conocimos, cada palabra, cada gesto, cada sentimiento, cada punzada de deseo, y evacúo el dolor generado por esos recuerdos. No dejo ni un resto dentro. Aquí, a solas, agoto mis ganas de llorar en presencia de otras personas.

—¿Y lo consigues?

—Mi lagrimal parece insondable, más en estos días también he aprendido y retengo las lágrimas en mis entrañas cuando me conviene. Este desahogo, este ratito de debilidad, alimenta mi papel de mujer fuerte el resto del día, a salvo de oscuras tristezas, sobre todo frente a mis hijos, y así evito mi derrumbe en su presencia.

—Tú tienes capacidad de sobra.

—No creas, disimulo, y me mantengo a flote, aunque mi mundo se cae a pedazos. No me he aislado, y estoy atenta a quienes me rodean. La procesión va por dentro. Hay pinceladas buenas y pinceladas malas, como en el cuadro de cualquier principiante, mas no pretendo una victoria en cada batalla a partir de ahora, solo un impulso hacia adelante.

—Pareces fuerte, y eso reconforta a quienes te quieren bien.

—...

—...

Noté una complicidad palpable y real entre los dos, y me atreví con una confesión. Busqué una voz más lenta, pesada y aterciopelada.

—Echo mucho de menos a Ramón, ¿sabes?, y en el fondo me siento culpable de su marcha.

No mentí, si bien a esas alturas ya me había percatado de una curiosidad. De semana en semana, borrada por mis preocupaciones cotidianas, desaparecía de mis recuerdos al menos una de las características menos apreciables del carácter de Ramón. En mi viejo almacén de sensaciones solo iban quedando sus mejores cualidades, y en conjunto, un perfil muy proclive a ser añorado. Ya no podía recordarlo al completo, con sus virtudes, sus defectos, sus gustos y sus manías.

—Tú no lo enviaste a La Unión, y lo sabes.

—No siento eso.

—Es normal, aunque fue una decisión conjunta.

Silencio.

—Trazasteis el plan los dos, tú misma me lo has contado.

—Esa certeza ya no me ayuda... No me hagas mucho caso... Me veo partida en dos, abierta en canal, respiro a medias, pienso a medias, siento a medias, y percibo la sensación de tener mis órganos más sensibles expuestos a la erosión de la luz y el aire.

Silencio.

—Tu amor por Ramón es envidiable.

—Ya tuvimos esta conversación en otra ocasión, ¿recuerdas? Los sentimientos no se provocan, solo se aceptan —eso aprendí de mi padre.

—Espero esa fortuna en el amor, algún día —dijo con una fina sonrisa entre sus labios.

—La tendrás.

—...

—...

—¿Sigues convencida de vivir en La Unión?

—Sí.

—¿Estás segura? ¿Has sopesado todas las ventajas e inconvenientes?

—Necesito terminar lo iniciado por Ramón. Ese es ahora el motor de mi vida. Espero que mi decisión no dañe a nadie y menos a quien más quiero. Solo Ramón lo entendería, soy consciente de ello.

—No hay duda, lo tienes claro. No te preocupes, yo estoy a tu lado.

No me sorprendió aquella respuesta, y me alegró oírla. Miré a Roberto a los ojos y pensé que era de los pocos que no me daba instrucciones, y que eso era muy considerado de su parte. Una vez más, no dije nada.

—¡Ojalá mi padre piense igual algún día!

—Tiene miedo, Alma. Reconoce, al menos, lo arriesgado de tu intención.

—Eso lo acepto, no soy una inconsciente, aunque es mi voluntad. No quiero ser vencida por los acontecimientos —cuántas veces había repetido esa frase en los últimos días—. La inesperada ausencia de Ramón ha instilado en mí un perenne sentimiento de rebeldía ¿Entiendes lo que digo?

—Sí, lo entiendo.

—Han roto mi mundo con una certera pedrada, y me niego a barrer los trozos y tirarlos. Quiero recomponerlos; no será el mismo, empero las ganas de vivir me volverán en el intento. Es momento de arriesgarse, no de esconderse, así lo siento.

Buscamos un sitio donde sentarnos a la sombra.

—¿Podrás acostumbrarte a vivir sin él?

—Llevamos más de dos años viviendo sin él, aquí en Alhama. Ahora quiero hacerlo en La Unión. Él viajó allí como parte de nuestro plan de vida, más ya no está. Es mi turno.

En esa ocasión sí mentí. De forma descarada. Lo sabía entonces y lo sé ahora. No me había acostumbrado a no pasear juntos, cuando nos apetecía, a no discutir de política, cuando un acontecimiento reciente lo pedía a gritos, a no hacer el amor con pasión desbordada, cuando uno requería la energía sobrante del otro. Todavía siento la necesidad de compartir las cosas con él, cada hora, cada minuto y cada segundo.

Los niños tampoco se habían acostumbrado a dejar de buscarlo, cuando sentían la necesidad de jugar con su padre, a ser arropados por sus brazos, cuando tenían frío o a disfrutar de los pequeños viajes de aventuras cercanos, en sus frecuentes paseos con Ramón...

—¿Sabes cuál es la verdadera causa de mi dolor insoportable? Haberme quedado sin el regalo de amarlo —contesté sin esperar su respuesta.

—...

—...

— Y, ¿cómo están los niños? —me preguntó con sus ojos iluminados.

—Para ellos es duro, continúan enfadados por el abandono de su padre hace dos años y medio, no por su muerte. Los pequeños no son del todo conscientes, ni se plantean la causa, ni los motivos. Lo aceptan como una circunstancia de su vida, una vida donde ahora lo más importante es el cariño de su madre, y ese no falta. He tenido varias conversaciones con ellos, están tranquilos y confían en mí. El vínculo con mis hijos se ha reforzado, es la segunda experiencia traumática que compartimos en pocos meses.

—¿La segunda?

—Hace poco perdimos a León, el perro de mi marido. Cuánto extraño a ese animal, sus caricias y el cariño hacia mis hijos. Para nosotros León era el testigo mudo de su dueño.

—Los perros proyectan la sombra de nuestros sentimientos, eso pienso yo —comentó Roberto.

—La presencia de León hubiera venido muy bien como guía de los niños en la travesía del desierto que nos queda.

Silencio.

—¿Y respecto al viaje? ¿Están nerviosos?

—Los más pequeños no son muy conscientes, y los mayores quieren conocer dónde vivió su padre sus últimos meses. Alguno incluso confía en verlo allí. En el fondo cuentan con la vuelta de su

padre tarde o temprano... Con Antonia es diferente, me ayuda con los preparativos, más se apoya en mi padre y se resiste a abandonar a sus abuelos y a sus amigos.

—Es un cambio fuerte. Conforme se acerque la fecha cambiará de opinión, ya verás.

—¡Dios te oiga de nuevo! A nadie nos gustan las muertes no previstas a nuestro alrededor, ni las esperamos, ni las queremos ni las admitimos.

... —

... —

—¿Tienes ya fecha de viaje?

—Sí, saldremos desde Almería el domingo día 30 y llegaremos a Cartagena al día siguiente.

—¿Cómo vas a ir de Cartagena a La Unión?

—No lo sé, alquilaré allí algún transporte.

—No te preocupes, yo enviaré un arriero amigo mío —dijo con otra sonrisa. Otro soplo de aire fresco de su parte, pensé, y ya había recibido unos cuantos.

Roberto metió entonces la mano derecha en su bolsillo y me mostró el puño cerrado con un objeto dentro.

—Tengo algo para ti. Lo he hecho yo.

Abrió su mano y vi una pequeña talla de madera de la Virgen de la Esperanza con expresión risueña, copia exacta de la situada en la hornacina de la farmacia de mi padre.

En esa ocasión no me reprimí, lo abracé, y él aceptó mi abrazo sin responderlo.

—Todo irá bien. Eres una mujer fuerte y valiente, y ella te protegerá, ya lo hizo cuando naciste.

Roberto pasó el resto de la tarde en casa, jugando con los niños y ayudándonos con el embalaje de los muebles imprescindibles en nuestra nueva casa en La Unión. Él los llevaría en su próximo viaje en febrero.

La noche del día siguiente, el 14, vino a despedirse.

—Te pido un último favor —dije con cierta tristeza.

—Dime, cuenta conmigo.

—¿Te importaría llevar esta carta a La Unión?, es para Ramón. Déjala en mi casa o dásela a Julieta. Ella lo entenderá.

Sus ojos me pidieron una explicación, y yo se la di.

—He cumplido con mi rutina quincenal, ya es una necesidad con raíces, y no puedo arrancarla de cuajo.

En realidad, aquella carta resultó ser el primer esbozo de este diario, un impulso casi imperioso por narrar mis años de convivencia con mi marido, cada una de sus partes, en prevención de su olvido. Aunque lo escrito entonces se parece poco, o nada, a lo narrado ahora. Con la distancia, y el tiempo, el narrador evoluciona, las heridas se curan y los colores brillantes se vuelven serenos.

—Lo entiendo, descuida, lo haré —dijo Roberto—. Su bendita costumbre, la palabra adecuada en el momento justo.

—Y esta otra dásela a Julieta. Le cuento mis intenciones, y algunos detalles sobre el viaje y nuestra próxima llegada a La Unión.

Nos despedimos con sentimiento.

Los siguientes días transcurrieron sin muchos cambios, y el último volví al sitio donde nos conocimos Ramón y yo, rodeada por mis preocupaciones. Pensé: «Amor mío!, aquí estoy, marchó a La Unión, y vengo por tu bendición. Te amo», y esa vez sí lo repetí después en voz alta, palabra por palabra.

Regresé a casa con burbujas de lágrimas en mis ojos, y apretando muy fuerte los dientes contra el labio superior, en señal de determinación, hasta sangrar, mas, ni siquiera esa sensación fue tan dolorosa como el hecho de alejarme de aquel lugar tan mágico para mí, el paraje donde había nacido la fuerza que anidaba ahora en mi interior.

Esa fuerza sería la que me salvaría, en varias ocasiones, meses más tarde, en La Unión.

Con esa misma fuerza afrontaba mis temores e inquietudes, el domingo 30 de enero, en la proa del vapor San Agustín. El viento suave, acolchado, aunque frío, mantenía mi combustión interior a raya, y en un momento indeterminado, todavía envuelto con la noche cerrada, inicié el camino de regreso al camarote. Patricio tenía mejor aspecto y me agradeció varias veces el brebaje.

Entré en la habitación, donde los niños dormían con profundidad, y por fortuna, me dormí pronto y descansé unas horas.

El cielo carmesí, la calma del amanecer, y una fina y fresca brisa, anunciaron la llegada a nuestro próximo destino, el puerto de Cartagena.

Cartagena, ciudad amurallada de casi noventa mil habitantes, con castillos en cuatro colinas dentro del recinto, cuna de los cuatro santos, Florentina, Fulgencio, Isidoro y Leandro, y con un origen de miles de años perdido entre los pliegues del tiempo, está asentada entre montañas peladas, al abrigo de los temporales y alrededor de un puerto natural, uno de los más bonitos y mejor resguardados del mar mediterráneo.

Su crecimiento urbanístico, iniciado en sus orígenes con angostas y sinuosas calles en la montaña, se desarrolla en la actualidad, por la pujanza económica derivada de la actividad industrial y minera, en la zona baja de la ciudad, con avenidas rectas y anchas, edificios nobles y varias obras en curso aquel día de nuestra llegada, como unos muelles de atraque de buques de mayor porte y un dique seco de carenas dentro de su arsenal militar.

Aquella mañana fría y clara del lunes treinta y uno de enero, el vapor San Agustín entró en la bocana del puerto de Cartagena, con un retraso de unas horas por una avería a la altura del puerto de Mazarrón, resuelta con prontitud por los mecánicos del barco.

Mis hijos, los ocho, disfrutaron conmigo en la cubierta superior, al igual que casi todos los pasajeros, con la alegría propia de un día de fiesta, abrumados por la bella estampa de la vieja ciudad levantina vista desde el mar, y con la mirada puesta en el espectáculo que tenía lugar a un costado del barco, el desplazamiento del crucero Vizcaya, de la armada española, saliendo del puerto, con destino a la ciudad de Nueva York, a toda máquina, propulsado por sus seis calderas de carbón, en una misión precipitada; el intercambio diplomático de la visita realizada unos días antes por el crucero de segunda clase USS Maine a la ciudad de La Habana. Los niños movían con gracia sus manitas en respuesta al saludo de la tripulación del barco de guerra. Ante sus ojos el espectáculo de la amura de estribor de aquella embarcación era nuevo, y no sería el último de sus descubrimientos en los siguientes días.

El majestuoso navío militar, con el escudo en relieve de la provincia de Vizcaya en su proa, nos pasó por estribor, a la altura de la batería de Trincabotijas baja, con la mayor parte de la tripulación, casi quinientos hombres, formados en su cubierta embellecida a base de cintas de

seda con los colores nacionales, agitando sus gorras, y con amplias sonrisas en sus rostros, sin que imaginasen, ni de lejos, el trágico final de su aventura en tierras americanas, apenas unos meses más tarde. El buque iba escoltado por embarcaciones engalanadas con banderolas y remolcadores llenos de curiosos.

Fue un momento bonito y emocionante para nosotros, un respiro en la incertidumbre asociada a nuestro viaje. Mis hijos esbozaron una amplia sonrisa, escasa en las últimas semanas, una sonrisa de inocencia, la propia de un niño cuando descubre un mundo de fantasía, ajeno y distante a su realidad más cercana. Para mí, era un contacto directo, de espectadora, en primera fila, con una realidad política vivida hasta ese momento solo desde la seguridad y lejanía de la rebotica de mi padre.

La despedida del Vizcaya, con víveres a bordo para cuarenta días y sus carboneras llenas, se había producido unos minutos antes en la explanada del puerto, cubierta en su totalidad con banderolas, de una forma solemne, con la presencia del capitán del barco, las autoridades militares y civiles de la ciudad, y miles de personas con banderitas en las escolleras del puerto y de los faros de la Curra y Navidad, con vivas a España y a la Marina, y la interpretación, por parte de la banda de música de Infantería de Marina, de la Marcha de Cádiz.

Nuestro barco continuó por el canal de entrada del puerto de Cartagena, con el muelle del faro de la Curra a estribor, y apenas unos minutos más tarde de que fondeara, se inició el espectáculo, ya visto en el puerto de Almería, de una larga fila de botes cargados de nuevos pasajeros para el San Agustín, a la espera de la salida de aquellos con nuestro destino final en la ciudad de Cartagena, a bordo de otros botes vacíos, también en cola, esperando su turno para llevarnos a la dársena.

En la explanada del puerto el tumulto era grande, y los niños se sentían fuera de su ámbito habitual de protección. Pude ver cierto grado de preocupación y asombro en sus caras, disipado en cuanto sus ojos se cruzaron con mi sonrisa. El cansancio y la noche en vela habían hecho mella en mi cuerpo y la ansiedad por sentirme cómoda en mi nueva realidad, me produjo un ligero cosquilleo en el estómago, empero, disimulé los nervios frente a mis hijos, ley de vida, agrupándolos a mi alrededor, y cuando buscaba entre tanto gentío al amigo de Roberto, según la descripción del ropero, apareció en la lejanía una silueta inconfundible, y en pocos segundos su sonrisa ocupó el espacio entre los dos.

—Hola Alma —dijo quedándose apenas a un metro de mí.

—¡Roberto! —lo miré, un poco aturdida, y pensé, quiero abrazarlo, necesito abrazarlo. Me contuve.

Mis hijos actuaron con mayor naturalidad, y acudieron al unísono al abrazo de Roberto, como si hubiesen visto un bote salvavidas en medio de un océano desconocido y oscuro.

—¿Cómo fue el viaje? —dijo por encima de tanto gesto impulsivo y espontáneo, propio de la ingenuidad infantil.

—Bien —contesté con tono alegre y mirada de sorpresa.

—Envié a mi amigo a Alhama de Almería en mi lugar —comentó Roberto, una vez más, con su

costumbre de responder sin una pregunta.

Pocas veces en mi vida me ha alegrado tanto un encuentro inesperado.

Aquel frío día de enero mi espíritu seguía con las ganas intactas de comerse el mundo, aunque mi alma se mantenía húmeda por las dudas sobre el futuro desarrollo de los acontecimientos, y la inesperada presencia de Roberto actuó como un soplo de aire secante, un fuerte empujón, muy necesitado en aquel preciso momento.

El ropero acomodó uno a uno a mis ocho hijos en la parte trasera de la tartana, y yo me senté en el pescante junto a él, con las piernas y los brazos abiertos, y con la espalda relajada, quedando muy clara nuestra extrema delgadez y la igualdad de altura, el más evidente de nuestros varios puntos en común.

De esa forma tan familiar, conocí yo la bella y noble ciudad de Cartagena. Hasta allí llegué aquel día con mis hijos, de paso hacia nuestro nuevo destino, y dispuesta a cumplir otra etapa de mi vida.

Febrero de 1898

28

El año no se había iniciado con buen pie para el ejecutivo español, con la constatación del hundimiento del prestigio del país en los más altaneros despachos de la diplomacia internacional, y la desaparición de su credibilidad.

Hacia meses que el gobierno liberal de Sagasta ocultaba la situación de ruina del país, a unos ciudadanos solo preocupados por los acontecimientos en la isla de Cuba, a través de la emisión asidua de partes de guerra victoriosos, aunque la presencia del USS Maine en La Habana, del USS Montgomery en Matanzas y de más de dieciséis barcos norteamericanos alrededor de esa zona del Caribe, constituían un rotundo mensaje, opuesto a las quimeras triunfalistas del gobierno de Madrid. La superioridad militar de los Estados Unidos parecía abrumadora, su intervención en la guerra constituía un hecho y la derrota de España era segura.

Al inicio de aquel mes de febrero la situación en las Antillas se había convertido en una seria amenaza para la unidad de España y para la supervivencia del régimen de la Restauración, sustentado en un censo electoral manejado por los caciques. La pérdida de la isla caribeña tendría un gran efecto sobre la disgregación nacional, por la desaparición de un frente común de lucha de todo el país, fomentándose el deseo de independencia de aquellos territorios de la península con gran personalidad histórica.

En La Unión, los acontecimientos seguían su ritmo propio, como si se tratase de un entorno especial, casi mágico, al margen del tiempo, al margen de las perturbaciones nacionales e internacionales, salvo por su eco lejano en las noticias de los periódicos. Un territorio donde se hacían fortunas con rapidez, y se perdían con mayor celeridad, en el que los vivos andaban medio muertos por el lugar de trabajo, y los muertos podían ser invitados a salir de farra por viejos amigos borrachos, y en el que la historia se reducía a la imaginación de sus habitantes. Un mundo con sus propias reglas, nuevas leyes no escritas, sin nombre, ni tinta, de apenas cuatro décadas de vida.

A mi llegada, el ambiente festivo de Carnaval inundaba una ciudad en la que el lujo y la vida fácil era la obsesión de unos pocos, al mismo tiempo que las necesidades del hambre se sentían con fuerza, con familias enteras de obreros sin ocupación, mendigando por las calles y casi sin posibilidad de alimentarse.

Nuestras dos primeras semanas en la ciudad pasaron a una velocidad de vértigo, envueltas en fuertes lluvias, en ocasiones torrenciales. El tiempo se escurría entre mis manos mientras me adaptaba a nuestra nueva situación y a las necesidades de la casa y de mis hijos.

Uno de aquellos primeros días, Julieta y yo nos fuimos de barato por varios almacenes. Miramos y comparamos, franelas y percales, sedería de colores, tapicerías y cortinajes, géneros blancos, ropa para mesa y varios artículos más. Julieta me presentó a los dueños y dependientes de las tiendas. Los conocía, y regateaba con ellos sin reparo. Fueron unas horas divertidas, de escape, y al final compré un par de vestidos para mí y para Antonia, a sesenta reales cada uno, un juego de cortinas de cañamazos bordados en colores a cien reales, seis cubiertas de crochet blancas a

quince reales, seis sábanas de una pieza a siete reales y medio, género de hilo para camisas a dos reales y pantalones y camisas para niños y niñas a cuatro reales... Lo necesario. Habíamos hecho la mudanza con lo mínimo.

Cuando llegamos a casa con el cargamento, y una vez comprada la lotería, auténtica afición de Julieta, encontré en el salón de mi casa, ante mi sorpresa, a mi tío Francisco. Había estado muy amable con mis hijos, según mi hija Antonia quiso esperar mi regreso, y cuando nos acomodamos en la cocina, iniciamos un diálogo propio de un folletín novelesco o al menos, así lo recuerdo.

—Alma, tu padre me escribió hace unos días, invitándome a convencerte de tu regreso a Alhama. Ni lo intenté. Te adivino tan cabezota como él —dijo sin arrepentirse.

—Gracias, te lo agradezco.

—En todo caso, cuenta conmigo si me necesitas. Somos parte de la misma familia —comentó, poniéndose a la defensiva.

—Te lo agradezco de corazón, aunque, no te ofendas tío, quiero salir adelante yo sola, por mí, por Ramón y por mis hijos.

—¿Te van las bien cosas? —preguntó con interés, reflejado en su tono.

—Los niños se adaptan cada vez mejor, y el negocio de intermediación de minerales, del que soy socia, me reporta suficientes beneficios.

—Quizá te falte algo de cordura, en mi opinión, más desde luego te sobra valentía —dijo casi sin pensarlo.

—He elegido un camino, y lo seguiré hasta donde me lleve.

—Eso lo respeto. Ya sabes dónde estamos tu tía y yo, si nos necesitas —comentó ya con prisa.

—Gracias por la ayuda, tío.

Nuestra conversación terminó con un abrazo de protocolo, y después de despedirse de mis hijos con cariño, se fue.

Yo cumplí mi palabra, nunca le pedí ayuda, ni en los momentos más difíciles, y el cumplió la suya, siempre estuvo a mi disposición.

Hoy en día, con la distancia de los años, reconozco que su intervención me hubiera venido bien en algunos momentos, aunque, para mí, Francisco Calvache era el representante de Antonio Morales en La Unión, y una rendición ante mi padre no era una opción en aquel entonces.

Yo no hubiera sobrevivido en esos días sin Julieta. Ella se convirtió en mis brazos, mis piernas, mis oídos y en numerosas ocasiones, en mi propia cabeza. Su presencia a nuestro lado era una necesidad, como respirar en el fondo del mar. Pasaba la mayor parte de su tiempo en mi casa, no

en la suya, donde apenas iba a dormir. Me sustituía en el cuidado de mis hijos cuando era necesario y me introdujo con facilidad en el corazón de aquella tierra de provisión, presentándome como su amiga y como la viuda de Ramón Alcaraz. Ambos títulos me abrieron muchas puertas. Cuánta gente quería a mi marido. Aquello era reconfortante.

Así conocí al carpintero Francisco Acuña cuya ayuda fue fundamental en la adaptación de la casa a las necesidades de mis hijos; al peluquero Pedro Pagán quien acudía a casa, cada tres semanas, para mantener a raya su cabello; al veterinario Cayetano Moreno, quien pronto se convirtió en un amigo incondicional de los niños; y a Martín Torroella y Sebastián Campoy, cuyas tiendas de tejidos eran visita obligada para conocer las últimas tendencias en moda procedentes de Europa.

En esos días de ajeteo apenas tenía un espacio íntimo, pero en un extraño hueco de tranquilidad busqué la última carta escrita por mí a Ramón, aquella traída por Roberto en su último viaje. La abrí con ilusión de adolescente, y disfruté cada una de las líneas escritas, como si el propio Ramón me las leyera susurrándome en la oreja. Fue un momento mágico, y mío o quizá nuestro, de Ramón y mío, un rincón de mi tiempo en el que me sentí mujer de nuevo, por primera vez en muchos meses, mas no el último. Allí decidí escribir a mi marido una carta cada quince días, un recuerdo de mi memoria pasada, un retrato de mi memoria presente y una premonición de mi memoria futura.

Qué difícil se me hacía la falta de cada parte de su cuerpo. Su cabeza, cómplice de mis decisiones; su sonrisa, sol de mi camino; su boca, posada de mis alegrías; sus brazos, refugio de mi ansiedad; su pecho, sustrato de mis intenciones; sus partes más sensibles, fuente de mis pasiones; sus piernas, socias de mis prisas y su corazón, depósito de sangre para mis heridas. La añoranza de nuestra convivencia, llena de blancas luces y pequeñas sombras, era un veneno, que a veces bebía en pequeñas dosis, de un trago, en busca de la inmunidad ante su efecto.

Gracias a Julieta encajé con mayor facilidad la ausencia de Aurora, y tuve siempre a mi lado a quien ejercía de verdadero bastión de la intendencia de mi casa, mientras yo aprendía las claves de mi nueva vida. A través de ella conocí mejor a D. Segismundo Bernadéu García, un viejo amigo de su difunto marido, persona peculiar donde las hubiese, de refinada cultura oceánica y exquisitos modales, encerrado, por desgracia, en una pecera de agua turbia, La Unión.

D. Segismundo es hombre de mucho tiempo, grandes prendas y porte gigante, con una cara cuadrada, despejada, simétrica y en perfecta armonía; un pelo blanco rizado en constante movimiento, dos ojos grandes y azules; una nariz grande, al estilo judío, y una boca amplia y luminosa. Parece una de esas personas de corazón inteligente, esculpida con el cincel del estudio y la paciencia, y con una sonrisa sabia y algo socarrona, cuya luz genera un halo de confianza, bajo cuyo embrujo es difícil no sucumbir.

Él fue, desde el principio, el tutor de mis hijos. Por las mañanas venía a casa y se ocupaba de la formación de los seis más pequeños. Tenía un don especial, los niños aprendían con él, a veces estudiando, otras dibujando, mas, siempre con una atención exquisita hacia su profesor, y cuando tenían un rato libre, con el permiso de D. Segismundo, jugaban y corrían al lado del último regalo de Roberto.

Esa sí fue una sorpresa para mis hijos, y ocurrió en nuestro primer día en La Unión.

Al llegar a la ciudad, después del pesado viaje en tartana desde el puerto de Cartagena, encontré la casa limpia, aireada y recogida.

Roberto descargó el equipaje, mientras jugaba con los niños, y a los pocos minutos entró Julieta, llena de ilusiones y de preparativos para hacernos la vida más fácil. Nuestra llegada era también para ella una nueva oportunidad, y por ser un día especial, preparó un arroz de segadores con bacalao seco y ajos y unos tomates sazonados con un poco de aceite y sal. Comimos con frugalidad. Antonia casi no probó bocado, algo entendible por los nuevos acontecimientos, y después de acostar a los niños un rato, agotados del viaje, Roberto, Julieta y yo celebramos una agradable tertulia de sobremesa en la cocina.

Ambos hicieron lo posible por entretenerme y, sin embargo, mi corazón y mi alegría dormían desde hacía días. Me contaron sus aventuras en La Unión, me dieron valiosos consejos y se pusieron a mi disposición. Ese ofrecimiento no me sorprendió, me alegró el corazón, y les regalé una amplia sonrisa, aunque mis pensamientos permanecían con mi marido. En los buenos momentos era cuando más sufría su ausencia.

Aquella tarde fue la primera de unas cuantas, y el preludio de una buena amistad. Pronto quedaría demostrado cuánto los iba a necesitar, a ambos.

29

Roberto se despidió a media tarde, Julieta y yo nos quedamos solas, y aprovechamos aquellos minutos para reconocernos lo antes posible.

—Cuando se despierten los niños, los arreglamos y me acompañáis a mi casa. Quiero enseñarles algo —dijo con naturalidad.

—No les habrás comprado nada, ¿verdad? —comenté.

Silencio.

—Tranquila, les gustará —dijo con voz cómplice.

A eso de las siete de la tarde, los nueve nos dirigimos a su casa. Los niños intuían algo distinto, estaban nerviosos y alegres, y cuando Julieta abrió la puerta de la casa, la «sorpresa» saltó a sus brazos.

—¿Te has comprado un perro? —pregunté.

—No, es vuestro.

—¿Nuestro?

Los niños se abalanzaron sobre el pequeño animal, y ya no lo dejaron en paz el resto de su existencia.

—Es un regalo de Roberto para tus hijos. Me lo entregó a la vuelta de su último viaje a Alhama de Almería.

Una leve sonrisa apareció en mi rostro, y varios recuerdos inundaron mi cabeza. Sin duda, Roberto se convertía, poco a poco, apenas sin darnos cuenta, en una pieza importante en el engranaje de mi familia.

—¿Qué raza es? —pregunté a Julieta.

—Un ratonero bodeguero andaluz. Según me explicó Roberto, su origen fue el cruce de los perros terriers traídos por los comerciantes ingleses del vino de Jerez a finales del siglo XVIII, con los perros rateros utilizados en las bodegas en la caza de ratas y ratones. Lo compró a un gitano de esa ciudad andaluza, amigo suyo.

—Mira la cara de alegría de mis hijos. Es impagable.

—En palabras de Roberto, «será un pequeño guardián, perfecto para el cuidado de los niños, gracias a la inequívoca señal de su potente ladrido» —dijo Julieta, con la lección bien aprendida.

Reí con ganas ante aquel comentario, de forma natural.

—Busquémosle un nombre, niños —dije mientras observaba el paseo del pobre perro de mano en mano—. ¿Cómo queréis llamarlo?

Maldita pregunta. Provocó un combate dialectico y físico entre mis hijos. El nombre elegido por cada uno era distinto, empero después de varios heridos, sobre todo en el orgullo, hubo un acuerdo final.

Huesos tenía seis meses, era de mediano tamaño, con el pecho ancho y el pelo corto, blanco, salvo por una curiosa mancha negra en su costado izquierdo, a semejanza de una flor de lis. Su carácter inquieto y valiente conectó enseguida con mis hijos más pequeños. Fue adoptado como un miembro más de su pandilla exploradora, disfrutaron de un fiel compañero de viaje en su aventura en un territorio nuevo, y de un perfecto rastreador de conejos y liebres, en nuestros frecuentes paseos por los alrededores de La Unión.

El regalo de Roberto fue un gran detalle, aunque en ese momento me invadió cierta melancolía, por el recuerdo del fiel León, y de su dueño. Otra vez.

Volvimos a mi casa, ya con Huesos. Allí nos estaba esperando D. Segismundo, a quien recordé de los días del velatorio, apoyado en la pared exterior, con un libro entre las manos, en actitud de espera. Los tres tomamos un café en la cocina, y aquel mismo día, empujada por Julieta, él y yo llegamos a un acuerdo sobre su ayuda en la educación de mis hijos.

Al principio, mi relación con D. Segismundo fue de cierta desconfianza, si bien poco a poco los dos nos reconocimos como buenos contertulios. Muchos días comía en casa, y en amenas charlas me contaba anécdotas de sus otros dos curiosos empleos. Uno de ellos, fuente de dinero para sus necesidades básicas y mundanas, y el otro, alimento de su espíritu, necesitado de una atención constante, según sus propias palabras.

Con el primero satisfacía la necesidad de presunción social de varias familias ricas de la ciudad. Su patrón, un empresario minero de nueva fortuna (no recuerdo el nombre), lo había contratado para leer y manosear los libros de su biblioteca. Quería que parecieran usados a los ojos de las visitas curiosas. Cada lunes, a media tarde, D. Segismundo iba a la casa del empresario, elegía un libro, y una semana después, con toda la familia reunida en el salón, narraba un resumen del contenido, a veces, incluso con dibujos y una pequeña representación. Él elaboraba, después, unas fichas resúmenes de las obras leídas, que vendía a otras familias, y los miembros de la alta sociedad de La Unión, comentaban, curiosamente, las mismas lecturas, en los círculos sociales de aquella nueva sociedad, surgida con prisas.

Además, cada dos viernes ponía en marcha, también para el mismo empresario minero (cuyo nombre todavía no recuerdo), una representación teatral con los artistas más célebres del momento, venidos de Madrid, Barcelona o Valencia, en un pequeño escenario de piedra natural, en la mansión de su potentado jefe. A estos fantásticos espectáculos del propietario minero apellidado Matéu Calvet (por fin lo recordé), acudían sus numerosos y opulentos amigos, ávidos de cultura envasada, fácil y efímera.

Su segundo trabajo, realizado con placer y parsimonia, era el de «recopilador de coplas», como él lo definía.

D. Segismundo coleccionaba las letras populares declamadas por los cantaores de los cantes de las minas, el legado del pueblo, en sus propias palabras, rescatándolas de entre los pliegues del viento, con un lápiz y una libreta, en un afán personal por contrarrestar la beligerancia hacia ese arte, liderada por los círculos económicos y sociales cercanos al poder político de la ciudad. Él mantenía la amistad con los más famosos artistas flamencos de la época, a quienes había conocido en sus actuaciones en la temporada de baños de Archena, Rojo el Alpargatero, Paco el Lucena o Enrique de los Vidales, entre otros, y era habitante frecuente, en horas vespertinas, del local del Rojo en La Unión.

El viejo profesor de mis hijos fue el verdadero responsable de mi pasión por los cantes de las minas, explicados con detalle por Ramón en sus cartas.

Recuerdo con claridad el día de nuestro reencuentro.

D. Segismundo nos esperaba apoyado en la pared exterior de casa, mientras leía un libro: La Tierra de María Santísima, «una biblia sobre el alma de Andalucía, mi tierra, escrita con sensibilidad y hambre de espíritu por el gran poeta Benito Más y Prat», me dijo, en respuesta a mi pregunta, y también recuerdo, con añoranza, nuestras frecuentes charlas sobre los cantes típicos de la zona.

—Los cantes de las minas, no representan solo una unión armónica de música y letra, mi niña. Dibujan un sentimiento al aire, reflejan el sufrimiento de miles de trabajadores, y a través de sus coplas comparten su lamento con el corazón abierto.

—¿Cuál es la diferencia principal con otros cantes? —pregunté un día, mientras los dos disfrutábamos de una tarde fresquita sentados en el patio.

—Son de ritmo libre. No están sometidos, en conjunción con la guitarra, a un ritmo externo estricto y a una cadencia exacta en su ejecución. Se cantan «ad libitum», con el alma suelta, en busca de trascendencia.

Mi imagen de D. Segismundo, cuando hablaba de los cantes mineros, es nítida. Cierro los ojos y aún hoy lo veo, con los ojos encendidos y la pasión desbordada.

—Hay varios tipos, palos, de cantes de las minas, y cada uno es único en sí mismo. Diferenciarlos no es tarea fácil. Requiere larga paciencia y horas de escucha y reconocimiento de los giros distintivos. Una labor ardua para quien se acerca a ellos por vez primera. Cada palo tiene su propia estética y tensión emocional, y no son vistas con buenos ojos, en especial por los puristas, las fusiones realizadas por algunos cantaores, mediante el transvase de giros característicos de un palo a otro.

—¿Es difícil cantarlos? —dije, levantándome al mismo tiempo— (¿Quieres algo de beber?).

—(Sí, una limonada estaría bien). Se requiere un talento especial y mucho ensayo. El buen cantaor sostiene alientos muy largos, no altera el carácter del cante ejecutado y liga los tercios, de dos en

dos, sin pausas de respiro, ni alivios, como un torero en plena suerte de matar. Lo más complicado son las vocales «i» y «a», y si te fijas bien, verás cómo los cantaores menos talentosos sustituyen ambas letras, en pleno cante, por una «e», de menor apuro en las cuerdas vocales.

—¿Qué tipo de talento necesita un cantaor? —insistí, mientras iba en dirección a la cocina.

—Un cantaor fino canta desnudo, sin prejuicios, se siente a gusto, relajado, elige el aire más propicio, siente a pulmón abierto, y sufre, desde lo más profundo de las entrañas, el estómago y el corazón, hasta la garganta, y de la garganta al aire, sin gritar. El grito no es bienvenido en el cante flamenco, no es visita querida.

—¿Cuál es tu cante preferido? —pregunté, ya de vuelta, con los vasos en la mano.

—La Taranta, sin duda —dijo, cogiendo su limonada—. Es un cante valiente y largo, con vertiginosas modulaciones, muy apropiado para grandes exhibiciones vocales. Su interpretación exige la intervención de verdaderos cantaores profesionales con una voz ancha, flexible y profusa.

—¿Cómo podría distinguirlo una profana como yo? —insistí.

—La Taranta construye, con el interludio de la guitarra, y en el primer tercio, un ambiente lleno de drama, de ese que no se ve, aunque sostiene el mundo, bosquejado en su inicio por el trazo de un «ay», reforzado por unos tonos más graves en el quinto tercio y cerrado, en el sexto, con un clímax mágico, provocado por la repetición de algunas palabras del verso. Pura magia, precursora de una ovación del público, si está bien ejecutada. Una Taranta cantada p' delante no tiene parangón.

—Explicado así, suena complicado en su ejecución —comenté.

—Un cantaor sabio no se esfuerza, se exprime, lo necesita, y queda vacío de sentimientos al final de cada interpretación. «Debe comerse mucho aladroque para ejecutar ese cante», se dice en estas tierras... Por su propia naturaleza, la Taranta no es un cante cerrado, surgen varias modalidades, en función del cantaor, su arte y generosidad. Las hay con variaciones diversas en la línea melódica, con un remate distinto del sexto tercio, con el abolengo melódico de la malagueña o con un llamativo salto en el arranque del primer tercio.

—¿Qué cantaores te gustan más? —pregunté con verdadera curiosidad.

—Me agradan quienes cantan con rajo y pelean el cante con la potencia escondida en sus brazos, sus piernas, su cuerpo y su cara, y quienes expresan su cante con el empuje y la fuerza exigida por la copla, sin el camuflaje de la falta de una voz natural y redonda o la necesaria para el cante, con voluntad.

—¿Hay que tener muy buena técnica? —insistí.

—A veces casi no es necesario. Lo más importante es que el cantaor rezume calor y emoción, y obligue al oyente a escucharlo con devoción, como si estuviera en misa del gallo, en la mismísima basílica de San Pedro, en la ciudad del Vaticano. Un cantaor de verdad aparece y se abandona; da la vida en el intento, muere y renace en cada cante. Un cante sin alma es una flor muerta.

—¿Y cuáles no te gustan?

—Los que llevan el son al golpe de una forma exagerada o abusan del temple, del falsete y de los melismas.

D. Segismundo siempre me explicaba, con todo lujo de detalles, el significado de esos términos, propios del flamenco, utilizados en sus respuestas, y así es cómo me sumergí en ese mundo, al igual que en un sueño. Primero poco a poco, arrullada por la costumbre de Julieta de cantiñear mientras cumplía con las tareas domésticas y luego, de lleno, en un universo, entonces desconocido y ahora esencial en mi vida.

Los días pasaban y yo aprendí a vivir con un rosario de dudas y preguntas sobre mis decisiones, mis actos y mis equivocaciones. Me sentía confusa, revuelta, como si un volcán interior estuviese en erupción. Afrontaba con valentía las situaciones y sin embargo a veces, en demasiadas ocasiones, no veía las cosas claras, como los límites del cielo.

Sobrevivía cada noche en aquella tierra lejana, gracias a mis fuerzas, y a la vitalidad absorbida de mi amiga Julieta, al igual que un árbol absorbe los nutrientes del suelo.

Mi vida en La Unión seguía, no en línea recta, mas sí en trazo.

30

En mis dos primeras semanas en La Unión apenas me había ocupado de la sociedad a medias con el antiguo socio de mi marido. Su objetivo social era sencillo, y a la vez lucrativo. José de las Casas mantenía unos buenos contactos entre los encargados de compra de varias fábricas de fundición, los responsables de las subastas de minerales convocadas al final de cada varada y los capataces de importantes concesiones mineras, heredados de Ramón, y, además, él poseía una innata capacidad para ponerlos de acuerdo. Garantizaba a los primeros el mineral con la calidad que exigían, a un precio razonable para los segundos, a cambio de una suculenta comisión. Era un negocio muy personal. Yo intervenía poco. José traía a casa la liquidación semanal de las cuentas. Ese dinero en efectivo financiaba la economía doméstica, y me permitía enviar una parte a Alhama de Almería, la necesaria en la preparación de las tierras de La Querencia.

Las breves apariciones de mi socio satisfacían a los habituales de mi hogar, a todos menos a uno.

—No te fies mucho de ese José de las Casas, o al menos, no lo pierdas de vista —me dijo Julieta después una de sus visitas.

—¿Por qué? —comenté extrañada por su franqueza.

—¿No has visto cómo viste? —preguntó sin esperar la respuesta—. Mucha apariencia y poca sustancia, como decía mi bendito Benjamín.

—Mujer, no podemos juzgarle solo por la forma de vestir —dije casi sin pensar, si bien al mismo tiempo construí en mi cabeza una imagen de José de las Casas. Era un hombre menudo, de porte escurridizo, sin pelo en la cabeza y con unos ojos negros diminutos. Tenía aspecto enfermizo, aunque tratara de disimularlo con sus trajes impolutos, sus camisas recién lavadas, almidonadas y planchadas, blancas, casi del mismo color de su piel, un chaleco cruzado por una cadena de plata, una corbata con alfiler de pedrería y un sombrero de ala ancha, rematado el conjunto con su pistola al cinto.

—No lo juzgo, si bien su verdadera naturaleza no coincide con la proyectada por su afectada forma de vestir. No me genera mucha confianza —comentó Julieta con convicción.

—No tengo motivos para dudar de él —dije—. Me informó del negocio con Ramón, se ocupa de su gestión y liquida mi parte cada semana.

—No te pido eso —dijo Julieta algo azorada—. Solo presiento algo oculto en su pose, nada más.

—Su mayor vicio es su afición al juego —comenté—, y no lo oculta. Una mala jugada fue la razón de su vuelta a La Unión, mas, cuando hablamos, el día del funeral de Ramón, me aseguró que lo tenía contralado, y prometió apostar con prudencia.

—Vigila, Alma. En esta ciudad hay muchas cicatrices producidas por armas en apariencia enfundadas.

Las palabras de Julieta aumentaron mi recelo sobre José de las Casas.

Era un buen comerciante, aunque el juego había sido su perdición en el pasado. Acudía a los cafés cantantes, y participaba en partidas nocturnas de monte, un juego de cartas de círculo, al estilo de las siete y media, jugado con baraja española, donde los jugadores, llamados puntos, apostaban contra otro jugador, el banquero. Al inicio de la partida el banquero de turno colocaba cuatro cartas sobre la mesa, y el fin del juego era adivinar cuál de las cartas de la mesa se emparejaría primero, por número, con las sacadas del mazo. Los puntos hacían sus distintas apuestas, situándolas sobre las cartas, y los pagos se realizaban de mayor a menor, según el valor del envite.

D. Segismundo fue quien me descubrió la verdadera dimensión del juego en La Unión, en una tarde de charla en mi casa, mientras yo recogía la cocina.

—El monte ha sido la perdición de muchas familias, mi niña, una verdadera fiebre.

—¿Por qué hay tanta afición en esta ciudad? —pregunté con cierta ingenuidad.

—Libera tensiones. Esos ratos entre naipes son relajantes y añaden emoción a sus vidas.

—¿Pierden mucho dinero? —dije con un plato enjabonado en mis manos.

—No solo dinero, también vidas enteras. Muchos hombres han perdido su fortuna en las apuestas, y, alguna vez, ha habido muertos a resultas de las disputas en el juego.

—¿Muertos? —pregunté con cierta incredulidad.

—El último, en octubre del año pasado —comentó con tristeza. El alcalde intentó prohibir entonces los juegos de envite, mas no pudo al final... El monte no es exclusivo de las clases obreras. Se juega tanto en los cafés cantantes, llenos de gente humilde, como en los casinos donde acuden los más pudientes. También se realizan partidas en casas particulares donde son invitados los mejores jugadores de la ciudad. Allí coinciden, en algunas ocasiones, peones mineros, partidarios y caciques. El juego iguala a las clases sociales, aunque sea durante unas horas.

—¿Eso cree? —pregunté sorprendida.

—No tengo dudas.

—...

—...

—¿Usted juega? —Quise saber por curiosidad.

—No, varios amigos míos sí lo hacen, y a alguno de ellos les han sucedido anécdotas curiosas.

—Cuénteme alguna —dije ya sentada a su lado, en la mesa de la cocina, y con el ánimo despierto.

—Hace dos meses, en una de esas partidas exclusivas en casa de un conocido empresario minero,

un joven pintor de veintitantos años, hijo de un amigo mío, cordobés como yo, tuvo una noche de suerte, y ganó mucho dinero y un oso.

—¿Un oso? —pregunté con asombro.

—Sí, un viejo oso pardo, sin dientes e inofensivo. El alcohol corre con libertad por las mesas de juego, envalentona a los cobardes, idiotiza a los prudentes, enciende las mechas de la ambición, y pone, sobre la mesa, casas, concesiones de minas o cargamentos de mineral. Todo era aceptado.... En esa ocasión, Julio Romero de Torres, el hijo de mi amigo hizo una apuesta arriesgada y el dueño de un circo, de paso en la ciudad, la cerró con el oso, y perdió.

—¿Qué hizo Julio con el oso? —pregunté, ahora con curiosidad.

—Vino a mi casa con el animal al extremo de una cuerda, y después de mi sorpresa inicial, y de su increíble relato, lo convencí para soltarlo en un bosque de pinos cercano.

—¿Qué fue de él? ¿Continúa por los montes cercanos?

—Una semana más tarde, el hijo de un cacique presumía, de bar en bar, de haber matado, de un solo tiro, un oso pardo de tres metros de altura, garras afiladas y mirada asesina, más el cadáver no fue encontrado nunca... Algunos lo creyeron. Cosas más raras han sucedido en esta ciudad inventada.

—¿Sigue el hijo de tu amigo en La Unión?

—Volvió a Córdoba, por desgracia. Es un cantaor aficionado, y vive con intensidad el flamenco. Lo considera la cumbre de la expresión artística de tres sentimientos y pasiones del hombre, los celos, el amor y la muerte, alrededor de la mujer como alegoría de la fatalidad.

—¿Canta en público?

—Solo entre amigos, cuando el «duende» hace su aparición, aunque una vez tuvo un rotundo éxito en el café cantante de Luis Llovet. Unos cantaores no estuvieron afortunados, y al final de la actuación se armó una bronca. Entonces, Julio, amigo del dueño, subió al escenario y se arrancó por una taranta, con una voz completa y de dulcísimo timbre. Sostuvo con un solo aliento periodos larguísimos, y cuando terminó, el silencio fue sepulcral, el respeto tan grande como en una catedral gótica y el aplauso atronador... ¡Qué grande es el flamenco cuando se hace grande!

La supervivencia en el día a día hubiera podido conmigo sin esos ratos de charla con D. Segismundo, y sin nuestras eternas partidas de ajedrez. Él era un crisol de sabiduría, y yo recurría a su intelecto, metal fundido de entendimiento, y encendía mis intenciones.

—¿Sabes cuál es el origen de la palabra ajedrez? —me preguntó durante una de nuestras primeras partidas vespertinas.

Silencio.

—Es un regalo del siglo XIII, querida. Deriva del sánscrito caturanga, expresión que significa «el de cuatro cuerpos», y hace referencia a las cuatro fuerzas del ejército índico, la infantería, representada en el ajedrez por los peones, la caballería, por los caballos, los elefantes, por los alfiles y los carros de combate, por las torres.

—También sabe del origen de las palabras... Es usted un pozo sin fondo —comenté con admiración.

—Mi querida alma, mejor nos iría si conociéramos el origen de las cosas de uso cotidiano. Nos relacionamos gracias a las palabras, mas, ignoramos su procedencia y, muchas veces, su verdadero significado. El desconocimiento es la principal causa de la hamartía aristotélica, o ¿acaso Edipo hubiera matado a Layo de haber sabido que era su padre? —comentó mientras dibujaba en el tablero su nueva jugada—. Grandes males se ocasionan por no indagar donde debiéramos... Créeme, la pereza es la madre de casi todos los males —remató y anotó en una libreta esa última jugada.

—¿Por qué anota con el lápiz cada jugada? —pregunté.

—Lápiz, regalo del siglo XVIII, introducido en el castellano procedente del latín lapis, piedra, en referencia al grafito y otras sustancias utilizadas en su composición.

—Es usted incorregible —dije con una risa abierta.

D. Segismundo disfrutó unos segundos de la sonrisa dibujada en mi rostro, y continuó.

—El estudio, mi niña, ese es el culpable de mi hábito. El análisis de mis decisiones pasadas y de sus consecuencias. Con ello genero los recursos y las capacidades necesarias en encrucijadas futuras, y evito las pautas memorizadas de antemano —dijo en clara alegoría a mi situación en aquellos momentos de mi vida.

Mis hijos y yo aprendíamos, en esos días, de nuestros aciertos y de nuestros errores, y poco a poco íbamos adaptándonos a una nueva rutina.

Una rutina iniciada con la espera de la leche de las granjas de Roche, traída cada mañana por las mujeres repartidoras, en recipientes de estaño colgados en sus hombros; seguida de una mañana de estudio para mis hijos, y de recados y labores de aseo para mí y Julieta, con jabones elaborados por mí misma (agua, sosa caustica y aceite de oliva) y con diferentes esencias de hierbas aromáticas o frutas, para darles un olor agradable; una comida en familia, cocido los lunes, días de colada y los demás, carne o pescado, lo posible, huevos y queso fresco de cabra, si Julieta los conseguía, y de postre, granadas, higos secos o uvas; una tarde de paseos, charlas, ajedrez o compras; y terminada con la cena, el aseo general de la troupe de niños, incluyendo gárgaras con una mezcla de cocimiento de cebada y miel rosada, el traslado de la basura al muladar y los cuentos para dormir, distintos cada noche. Los niños elegían tres palabras y yo debía utilizar la primera al inicio de la historia, la segunda en el medio y la tercera al final.

Una rutina salvadora, hasta el quince de febrero, cuando saltó por los aires, más o menos a las nueve y media de la noche, minuto arriba, minuto abajo.

31

El 1 de febrero, pasadas las nueve y media de la noche, el acorazado USS Maine, atracado en el puerto de La Habana, se hundió sin remedio por una explosión ocurrida en la proa del barco, bajo el sollado de los dormitorios de la tripulación, y en el accidente murieron dos oficiales y más de doscientos marineros de la Armada de los Estados Unidos de América.

El gobierno español y el norteamericano lo consideraron un hecho inopinado, y la prensa de ambos países manejó la noticia de la explosión a su antojo.

La prensa amarilla norteamericana atribuyó al gobierno español la autoría de la colocación de una mina submarina en el casco del barco. Esa campaña creó, en los Estados Unidos, un clima jingoísta a favor de la intervención en la guerra del lado de los insurgentes cubanos, y el gobierno de Washington, aunque estaba convencido de la inocencia española, pidió una fuerte indemnización económica por la responsabilidad legal y moral en el hundimiento del barco.

La prensa española, por su parte, aparcó las críticas al sistema bipartidista de la Restauración, y emprendió una campaña patriótica en respuesta a los ataques y las calumnias de los periódicos y de los políticos norteamericanos, con titulares del estilo de «¡Viva España!», «¡A por los yankees!» o «¡Guerra!», en defensa del honor de una nación ultrajada.

El pueblo español, mientras tanto, respondía en un doble sentido, por un lado, con la convocatoria, en varias ciudades del país, de manifestaciones patrióticas amenizadas por bandas de música, y por otro, con movilizaciones de carácter más reivindicativo, en las mismas ciudades, en protesta de la injusta composición de los batallones españoles, con los hijos de las clases más pobres de la sociedad, en su mayor parte.

—¿Cree usted qué habrá guerra? —pregunté un par de días después a D. Segismundo, mientras ojeábamos la noticia en la segunda página de El diario de Murcia de ese día.

LO DEL DÍA

La noticia de la voladura del «Maine» en el puerto de La Habana, se recibió ayer en esta ciudad con gran extrañeza. Al principio se creyó si la catástrofe nos proporcionaría otro conflicto con los Estados Unidos; empero después que los telegramas fueron aclarando el hecho y se vio, por las afirmaciones del general Blanco, que el siniestro había sido casual, se comprendió que era una desgracia para los Estados Unidos. No todas las desgracias habían de ser para España. Bueno es que esas naciones boyantes y levantiscas, prueben el amargor de las contrariedades, y teman los azares de la fortuna, ó los designios de la Providencia. Que a las naciones como á los hombres que se olvidan de que la justicia es la que ha de imperar en la tierra, es bueno que de cuando en cuando, les duela algo...

—Así lo creo —dijo D. Segismundo sin levantar la vista del periódico—. Estados Unidos se ha preparado para la contienda con astuta paciencia, y nuestro país no cuenta con una escuadra en condiciones de enfrentarse a la norteamericana... Los acontecimientos de los últimos días nos precipitan a un doble desastre, el militar y el diplomático, con resultados poco favorables a nuestros intereses.

—¡Qué Dios nos pille confesados entonces! Solo nos faltaba un conflicto bélico, para sufrir más penurias —dijo cerrando el periódico y dejándolo sobre la mesa.

Los dos nos incorporamos y nos dirigimos al tablero de ajedrez dispuesto sobre la mesa de la cocina.

—La prensa nacional recoge un ultimátum de los Estados Unidos —dijo D. Segismundo mientras caminábamos—. Exigen a España la aceptación de la independencia de Cuba y el abandono de la isla con el plazo máximo del sábado, 23 de abril, o nos declararán la guerra.

—¿Qué hará el gobierno español? —pregunté. Yo no lo tengo nada claro. Me temo una actitud pusilánime, no sería la primera vez, ni seguro la última.

—Yo sí —dijo D. Segismundo, mientras movía su primera ficha blanca del tablero—. Habrá guerra contra los Estados Unidos a finales del mes de abril, y la perderemos. Me jugaría la vida en ello —comentó con rotundidad, después de concluir su primer movimiento—. Es tu turno, mi niña —comentó con una sonrisa en la boca.

Aquellos hechos ocurridos en La Habana, el quince de febrero, alteraron la existencia de los habitantes de La Unión durante algunos días, aunque luego pasaron al olvido, instalándose de nuevo la cotidianeidad.

Mi vida se vio afectada, de forma irremediable, por un acontecimiento ocurrido ese día, a la misma hora, en el café cantante de Antonio Grau, conocido como Rojo el Alpargatero.

Me contaron que esa noche las actividades en el local discurrían, como siempre, envueltas en el aroma del flamenco, el alcohol y las pasiones desatadas y, además, se celebraba una partida de monte con jugadores habituales, al menos diez, en una mesa grande, cerca de las mesas de billar, en las que algunos de los presentes hacían sus apuestas, a favor, o en contra, de las chicas que jugaban a sueldo de la casa.

La partida de cartas se desarrollaba de forma ordenada, con fuertes apuestas. La banca era rotada cada tres manos, y un hombre, cuya identidad no descubrí hasta dos días después, llamémosle «X», tenía suerte esa noche. Hizo varias apuestas, sencillas y arriesgadas, y ganó la mayoría.

El aire se congeló, según me dijeron, cerca de las nueve de la noche. El silencio se apoderó por un instante del café, entró un Alano Español, en dirección a la barra y las miradas de los presentes se dirigieron al unísono hacia la puerta principal.

No hubo ningún movimiento durante unos lentos segundos, hasta que Zamo apareció. La entrada causó el mismo efecto de siempre, el mundo del café cantante se detuvo hasta averiguar cuál sería su destino, y una vez comprobado su camino hacia la barra, volvió la normalidad.

Dos sujetos de aspecto peligroso ocuparon con sigilo, solo unos minutos después, una pequeña mesa cerca de la puerta.

Zamo vestía de punta en blanco, como era habitual, aunque esa noche llevaba un nuevo complemento en su dedo anular de la mano derecha, un anillo de plata, con sus iniciales «PZ» grabadas en relieve, que en principio pasó desapercibido. Los presentes en el bar se darían cuenta de la existencia de esa joya, y de su significado, demasiado tarde. Policiano Zamora pidió una copa, se giró, con su cintura apoyada sobre el mostrador, y dirigió su mirada desafiante hacia la mesa donde se desarrollaba la partida de cartas.

«X», en ese mismo momento, y en una jugada arriesgada, puso un número elevado de fichas de plomo, prendas del dinero apostado, en la esquina inferior interior de una de las cuatro cartas de la mesa, un as de espadas. Para ganar lo estipulado en esa apuesta, once veces lo apostado, la primera carta del mazo en conectar, por número, con alguna de la mesa, debía ser el «as de salto», el del palo siguiente en un orden preestablecido, el as de bastos.

«X» ganó de nuevo, ante el asombro de los presentes, según me relataron varios testigos unos días después, y demostró su alegría de una forma un tanto ostentosa, me temo, liberando feromonas capaces de atraer la atención del hombre más peligroso del lugar.

Y lo hizo.

Zamo se acercó a la mesa. y pidió ser admitido en la partida. Nadie se negó, tampoco «X». Su osadía y su insensatez ya convivían, al menos desde hacía unas cuantas copas. La partida continuó con normalidad por un rato más, mientras Zamo decidía cómo provocar a aquel pobre hombre, con el que guardaba, como supe más tarde, heridas abiertas, asuntos de juego y de mujeres.

Los dos tenían suerte, mucha suerte, empero todo cambió en una mano, cuando Zamo ejercía de banquero.

«X» jugó una cantidad de dinero en efectivo considerable, y varias de sus propiedades, en la apuesta más complicada del juego. Colocó sus fichas en el centro de una de las cuatro cartas de la mesa, el rey de oros. Si la siguiente carta de la baceta era el rey de copas, el banquero le pagaría treinta y seis veces lo apostado. Con todas las demás combinaciones perdía.

La reina de oros fue la carta elegida por el destino.

La sala enmudeció y Zamo sonrió de medio lado, con gran satisfacción. «¡Tramposo!», gritó «X». «¡No te pagaré nada!», dijo también.

«X» dio un salto, de repente, desde su silla hasta la posición de su contrincante, con una agilidad asombrosa, y amenazó a Zamo con un cuchillo en su garganta. La atención de la sala era suya. «Cuéntanos ahora mismo cómo has hecho trampas durante toda la partida», dijo «X» mientras apretaba la navaja.

Esa fue su perdición.

Los dos guardaespaldas reaccionaron tarde y, sin embargo, Zamo, sin inmutarse, movió con

disimulo su mano derecha por debajo del brazo izquierdo e hizo un único disparo al corazón de «X», con su anillo.

Realizó un único disparo con su anillo pistola protector imperial, un arma de origen francés, habitual en las mesas de juego de Europa, empero, desconocida hasta ese momento en La Unión. Un capricho comprado en uno de sus últimos viajes a París. El ruido ensordecedor llenó la estancia, y con un golpe seco cayó al suelo la enésima víctima de Policiano Zamora, alias Zamo, quien una vez más saldría libre de ese atentado por la cantidad de testigos de su legítima actuación en defensa propia.

El incidente causó gran escándalo en la ciudad, en especial la bronca posterior al disparo provocada por los dos guardaespaldas de Zamo en la defensa de su jefe, ante la rabia desatada en los amigos de «X». El resultado fue un muerto, varios heridos de diversa consideración y un local destrozado.

La noticia del nuevo crimen de Zamo corrió como la pólvora, sin conceder ninguna importancia al nombre de la víctima, y eclipsó cualquier otra proveniente del exterior, incluso de Cuba.

Yo me enteré de la triste historia de «X» a la mañana siguiente. Era la comidilla de la ciudad, aunque no conocí su identidad, hasta dos días después. Julieta me la dijo, a media tarde del día diecisiete de febrero, mientras yo jugaba una partida de ajedrez con D. Segismundo.

—¡Alma! ¡El muerto de la otra noche en el Café del Rojo era José de las Casas! —repetía una y otra vez, sin descanso, por el camino entre la puerta principal y la cocina.

—¿Estás segura?

—Cien por cien —dijo— ¿Y ahora que haremos?

—Obtendremos más información sobre el suceso y esperaremos acontecimientos —dije mientras asimilaba la noticia.

Solo unos días después de la explosión del barco norteamericano en La Habana, el crucero Vizcaya llegó a la ciudad de Nueva York en misión protocolaria. A pesar de la nueva situación entre los dos países, las autoridades españolas no ordenaron el cambio de rumbo. El barco ancló en Staten Island y allí permaneció, con los marineros sin permisos de salida, por miedo a represalias. La tripulación se enteró del hundimiento del USS Maine y de la puesta en estado de alerta de la policía de Nueva York, por el agregado naval español, y al conocer la noticia, y las amenazas recibidas de dinamitar el buque español, el capitán mandó ondear la bandera a media asta y suspendió los actos programados en la visita.

Fueron días de tensa espera, casi sin ningún movimiento, mas, con una manifiesta hostilidad de la población de la ciudad norteamericana, hacia la tripulación del crucero Vizcaya.

Tras el grave incidente en el local de Rojo el Alpargatero, el alcalde prohibió la práctica de los juegos de envite con cartas en La Unión, en especial el monte, ordenó la clausura preventiva de los cafés cantantes y el cierre temprano de los establecimientos de bebidas alcohólicas. A partir de ese mismo día, la Guardia Civil realizó varias redadas en aquellos sitios sospechosos de celebrar partidas, y en estas acciones se requisaron un elevado número de barajas, mesas con tapetes, cuchillos y pistolas, se detuvo a decenas de personas de toda clase y condición y se abrieron varios juicios por juegos prohibidos, en el Juzgado de instrucción de La Unión.

Fueron días de tensa espera, casi sin ningún movimiento, más con una manifiesta hostilidad de las autoridades públicas hacia el flamenco, el juego y el alcohol, muy implantados en la ciudad minera.

Días después de la muerte de José de las Casas, socio de mí marido, mío, desde apenas hacía dos meses, y hombre de buenas intenciones, aunque de malos vicios, mi mundo estaba roto en pedazos, otra vez, y el sueño de La Querencia parecía haberse venido abajo como un castillo de naipes mal construido. José había respondido, en la maldita apuesta, y bajo palabra de honor, con los bienes de nuestra compartida sociedad, y los hombres de Zamo se cobraron con rapidez la cuantía de la deuda. Los minerales almacenados en la mina Soveranos, las herramientas, el dinero depositado en la caja de la sociedad, y la caballería, guarecida en las cuadras, desaparecieron antes de darme cuenta. Nadie indagó en la propiedad compartida de los bienes afectados, por tratarse del cobro de una deuda de juego legítima. Lo perdí todo.

Fueron días de tensa espera, casi sin ningún movimiento, más con una manifiesta hostilidad, así lo veía yo entonces, del Supremo Hacedor de nuestros destinos, hacia la deseada concreción de mis sueños.

En la ciudad de Nueva York la tensión terminó el veinticinco de febrero, cuando el crucero Vizcaya salió rumbo a La Habana, para reunirse con el crucero Oquendo.

En La Unión, la tensión se estabilizó algo ese mismo día cuando el alcalde levantó la clausura de los cafés cantantes y el cierre temprano de los establecimientos de bebidas alcohólicas, y permitió la celebración de partidas de cartas sin apuestas, a excepción del prohibidísimo juego del monte.

En mi casa, la tensión se redujo gracias a la visita imprevista de Roberto, con una carta de mi padre y Aurora, y con un regalo para cada uno de sus nietos; aunque yo necesitaba encontrar con urgencia una salida viable a mi nueva y complicada situación.

Marzo de 1898

—¿Has leído las últimas noticias sobre Cuba? —preguntó.

D. Segismundo y yo estábamos en medio de una de nuestras largas partidas de ajedrez, una tarde a principios del mes de marzo. Los dos concentrados en nuestras jugadas y en el tema de conversación favorito, esos días, en los cafés, los corrillos y las tertulias.

—¿Qué ha pasado? —contesté.

—El crucero Vizcaya llegó al puerto de La Habana el primer día del mes. Fondeó en medio de la bahía, y fue recibido con auténtico júbilo por la población —dijo D. Segismundo sin apartar su vista del tablero—. Cientos de pequeñas embarcaciones, situadas a sus costados, lanzaron gritos de «¡Viva la marina!», «¡Viva el ejército!», «¡Viva España!», y sus ocupantes cantaron varias canciones populares españolas. Interpretaban la llegada del Vizcaya a La Habana como un cambio en los acontecimientos. ¡Pobres infelices!

—Con ese barco nos cruzamos mis hijos y yo, a bordo del San Agustín, el día de nuestra llegada a Cartagena (Hoy viene usted inspirado por las musas del ajedrez, D. Segismundo). Allí fue despedido con el mismo entusiasmo.

—Tendrá un trágico destino, como los demás —sentenció mi contrincante.

—¿Sigue usted convencido de que habrá guerra con Estados Unidos?

—Por supuesto —contestó D. Segismundo, con la vista en el tablero.

—Yo no lo tengo claro. El gobierno español (Me toca a mí jugar, ¿verdad?) hace lo imposible por evitar la intervención de los Estados Unidos (lo siento, me distraje), los insurgentes de la isla no quieren comenzar su independencia con una deuda tan poderosa con su vecino del norte y las últimas noticias sobre la campaña contra los independentistas son positivas.

—No te creas nada —comentó D. Segismundo cuando se comió uno de mis peones en un certero movimiento—. Los políticos son maestros en el lanzamiento de mensajes confusos. Conocen la preocupación del pueblo español por la situación en Cuba y Filipinas, más después del envío de una flota de barcos de guerra norteamericanos a Hong Kong, y crean un aire de optimismo alejado de la realidad. Por un lado, exageran las cifras de bajas del bando rebelde y magnifican los éxitos españoles en el campo de batalla, si bien, por otro lado, se preparan para la guerra, no con los insurgentes cubanos, sino con los Estados Unidos.

—La marca de la casa de todos los gobiernos españoles. La duda —comenté moviendo la ficha con más fuerza de lo normal.

—En esta ocasión el gobierno se equivoca en su engaño a la opinión pública —comentó D. Segismundo—. Todos conocemos la verdad de una forma u otra. Las noticias llegadas del otro lado del océano son preocupantes. No hay ningún rayo de luz en el horizonte. La guerra es

inminente e inevitable, incluso la bolsa de valores de Madrid ha asumido esa certeza, con fuertes bajadas en las acciones de grandes empresas españolas.

—¿No cree usted que España tendrá alguna oportunidad en esa guerra? —pregunté aun conociendo la respuesta.

D. Segismundo arqueó sus cejas, en señal de sorpresa por mi pregunta, aunque contestó con su amabilidad habitual.

—Ninguna. A pesar de los rumores dirigidos por algunos políticos, y las bravuconadas de periódicos como El Imparcial, la escuadra española no está a la altura de la norteamericana —dijo con firmeza.

—¿Y la vía diplomática?, o la ayuda de otras potencias internacionales. ¿No puede ser una solución?

—Ese camino ya está agotado (como esta partida, me temo). Los constantes errores del gobierno en la interpretación del conflicto, y su falta de actividad, han sido un lastre grande para el prestigio internacional de España, en caída libre desde hace ya un tiempo.

—La misma falta de resolución de siempre —comenté.

—Nos espera un mes de marzo muy calentito (¡Jaque mate!) —dijo D. Segismundo dando por terminada nuestra partida por esa tarde.

Y lo fue, sobre todo en mi casa, no solo por la falta de una fuente de ingresos estable desde la muerte de José de las Casas, sino por la repentina enfermedad de la benjamina de mis hijos. Un brote de disentería atacó a los habitantes de La Unión en esos días, y Josefa, de cuatro años entonces, fue fiel a su costumbre de abrazar cualquier elemento nocivo a su alcance.

No recuerdo muy bien cómo empezó aquel episodio. Yo asocio el origen de esa pesadilla a una visita con mis hijos a unas granjas de Roche. Ana María tuvo fiebre alta esa noche, y yo misma le preparé una poción antifebril, con polvos de quina, sal de ajonjos, jarabe de achicorias, ruibarbo y benedicta laxativa. A la mañana siguiente, mi hija sufría un dolor abdominal intenso y sus heces estaban llenas de sangre, aunque la fiebre había remitido, y, además, sin causarme sorpresa, Josefa experimentó los síntomas con más gravedad, fiebre altísima, mialgia, astenia y vómitos.

Reconocí los efectos de la disentería, y diseñé enseguida un protocolo de emergencia que evitase más contagios en casa. Pusimos mucho cuidado en la manipulación de los alimentos y la higiene personal, y tomamos la decisión de separarnos. Yo me encerré en casa de Julieta, por petición expresa de ella, con las dos enfermas, Ana María y Josefa, y mi amiga permaneció en la mía, con el resto de mis hijos.

—No te preocupes, yo me encargaré de la intendencia de las dos casas, y de la búsqueda de los ingredientes necesarios para tus pociones.

—Gracias Julieta ¿Qué haría yo sin ti?

—Tú saca adelante a las dos niñas —dijo con una sonrisa pintada.

Me dediqué al cuidado de ambas durante los siguientes días, las rehidraté con agua, jugo de limón y una pizca de sal, y las trataba con una poción disintérica a base de polvos de madreperlas, cuerno de ciervo, diascordio, jarabe de cortezas de Cidra y agua común.

Fueron días duros, días de fiebre, desesperanza, abrazos y lloros, muchos lloros con lágrimas de cristal. Por fortuna, no hubo más contagios en casa, aunque sí entre algunos vecinos y amigos de Julieta, a quienes ofrecí la poción.

Ana María se curó a los cuatro o cinco días, empero Josefa se agarró a la enfermedad al igual que hacía cada noche con el muñeco de trapo que abrazaba para dormir, y no la soltó hasta pasados diez días de cuidados, rezos y miedos.

Esos días de encierro estuvieron amenizados con las visitas de D. Segismundo, quien no perdonaba una buena partida de ajedrez, aun con el mundo hecho pedazos. Esas tardes hablamos de todo, menos de la enfermedad, aunque mi viejo amigo me comentó el origen inglés y griego del vocablo, y, sobre todo, conversamos de política.

—Quizá todavía exista la posibilidad de una solución pacífica al conflicto de Cuba —dije mientras hacía mi último movimiento—. He leído algo sobre la petición hecha por algunos senadores norteamericanos, a su gobierno, de comprar la isla a España.

—Ya han surgido algunas voces discordantes en el propio Senado norteamericano —comentó D. Segismundo—. Consideran el precio, unos doscientos millones de dólares, demasiado caro y, además, no creen necesaria esa compra, cuando el conflicto está a punto de resolverse a su favor.

Las amenas charlas con D. Segismundo, y nuestras partidas de ajedrez, casi de frecuencia diaria en esos días, hicieron más fáciles las inacabables horas de ese encierro.

El restablecimiento definitivo de mi hija pequeña se produjo a mediados de mes, coincidiendo con la visita de Roberto, con un cargamento de ingredientes para mis preparados, y lleno de obsequios y de bendiciones de los abuelos para los niños, en especial para las dos enfermas. Llegó más o menos en la misma fecha en que una flota de barcos españoles salía desde Cádiz, rumbo a Cuba, alentados de forma algo insensata por algunos periódicos convencidos de la superioridad de la escuadra española sobre la norteamericana.

La aparición de Roberto fue, una vez más, un regalo y aprovechamos su visita para hacer una excursión al Cabo de Palos, con su inseparable Rufus, Huesos y los niños, todos ellos necesitados de carreras y aire fresco.

—¿Cómo estás? —me preguntó durante el paseo.

—Estoy —contesté.

—No esperarías menos de ti —dijo Roberto con una amplia sonrisa.

No hablamos mucho más, compartimos el tiempo y disfrutamos.

La curación de mi hija Josefa y de otros pacientes tratados con mis pociones me generó cierta fama en La Unión de poseer un don para el diagnóstico y la curación de enfermedades, pronto traducida en algunos encargos contra diversas dolencias.

Ese inesperado reconocimiento fue un regalo en forma de un flujo de dinero, no constante, empero, si bienvenido, aunque también me proporcionó la enemistad de los farmacéuticos de la ciudad por injerencia en su trabajo, según ellos. En mi opinión yo no hacía mal a nadie, y esa fuente de ingresos extra, junto a mis ahorros, me permitieron cubrir los gastos básicos de nuestra vida en La Unión, mientras buscaba una manera de obtener ganancias más altas, un nuevo negocio. No quería renunciar al sueño de La Querencia.

Improvisé una especie de laboratorio en casa, mi primer laboratorio, y pasaba los días elaborando todo tipo de preparados caseros, por encargo.

Julieta fue mi fiel ayudante, una vez más. Ella me conseguía los ingredientes más accesibles, imprescindibles junto con los más extraños traídos por Roberto de la farmacia de mi padre, y los clientes, a través de la difusión, entre sus amigos y conocidos, de los éxitos logrados con mis remedios.

En apenas unos días rescaté de su refugio, y de un plumazo, los secretos de viejo boticario compartidos por mi padre, unos años atrás.

33

Julieta y yo preparábamos y vendíamos, en casa, toda clase de remedios, pociones, unturas, purgantes o cataplasmas, para el resfriado, el dolor de estómago, el hipo, los nervios o cualquier otra dolencia. Todo encargo era servido.

Esta nueva faena me ocupaba las mañanas en aquellos días, y en ese proceso entretejía las horas de una de ellas, cuando mi tío Francisco se presentó, de improviso. No lo veía desde nuestra conversación en los primeros días de mi llegada a La Unión con los niños.

Su saludo fue amable, aunque tanto sus movimientos, como sus intenciones, algo más escondidas, parecían cubiertos por una pátina de impaciencia.

—Buenos días, Alma.

—Hola, tío Francisco.

Si no recuerdo mal, no lo había llamado así antes. Marcaba cierta distancia sin ser descortés. Mi tío se dio cuenta enseguida, mas, actuó como si nada pasara.

—¿Cómo están tus hijas? —me preguntó en un tono aterciopelado, quería crear un clima de acercamiento.

—Bien, por fortuna —contesté—. Han sido días duros, Josefa nació con una querencia especial por las enfermedades complicadas, mas, ya están las dos curadas.

—Te ofrecí mi ayuda —dijo mi tío Francisco en un tono algo más áspero, o eso percibí yo—. No sabía nada. Me enteré hace apenas unos días, por una carta de tu padre.

—No quería molestarte —no dije nada más. Poco habían tardado los reproches. No hice caso.

—Sé de tus habilidades con los preparados naturales, ya es tema de conversación de media ciudad —comentó con deliberada exageración—. Supongo que los utilizaste con ellas.

Silencio incómodo.

—¿Quieres beber algo? —dije para disipar la ligera tensión generada en aquellos primeros compases de la conversación.

—Te agradecería un vaso de agua fría, gracias.

—Vamos a la cocina. Allí hablaremos con más tranquilidad —dije, aunque lo dudaba. A esas alturas ya intuía hacia donde quería llevar él aquella conversación.

—¿Y los niños? —dijo mientras nos desplazábamos.

—D. Segismundo está enfermo, y han acompañado a Julieta a unos recados.

—¿Por qué no los inscribes en el colegio? Yo te ayudo si quieres, es lo más lógico.

—No quiero separarlos más tiempo de mí. No este año, al menos. Ya han tenido bastantes cambios en pocos meses.

Mi tío Francisco se sentó en una silla de la cocina, mientras yo servía el agua, y unos segundos después, puse los vasos sobre la mesa, cogí una silla y me senté frente a él. En ese momento, mi tío echó su cuerpo un poco hacia adelante, con su mejor sonrisa, y me preguntó «¿cómo estás?», como si iniciásemos nuestra conversación de nuevo.

—Salimos adelante, eso es bastante para mí, por ahora —dije con voz pensada.

Mi tío cruzó sus ojos con los míos, y su mirada habló con claridad: no era la respuesta esperada.

En su segundo intento fue más directo.

—¿Qué ingresos tienes ahora? Me enteré de la muerte del socio de tu marido, José de las Casas.

—Mi socio —lo corregí.

—Sí, bueno, de tu socio... Lo siento. Menuda desgracia.

—Su pérdida fue un desastre, y, además, lo perdimos todo. Los hombres de Zamo no dejaron nada en el almacén de la mina Soveranos.

—Ese hombre es peligroso, ten cuidado. Pertenece a una familia poderosa y está bien relacionado.

—Ese tal Zamo es un asesino y un ladrón —repliqué— mas no podemos hacer nada. Mató a José en legítima defensa y se cobró una deuda acordada por ambos. Eso ha dictaminado la «justicia» de esta ciudad, y no hay vuelta atrás. Pasamos página y seguimos.

—La Unión es una ciudad complicada, cerrada y poco amistosa, en especial para una mujer sola... No me has contestado, ¿de qué vives ahora?

—Vendo algunos preparados para enfermedades comunes. Sobrevivo, por ahora, mientras pienso en otro negocio más estable.

Mi tío se inclinó otra vez hacia adelante, y suavizó, de nuevo, el tono de su voz.

—Alma, tu capacidad para salir adelante en los momentos difíciles es increíble..., mas, ¿no es mejor volver ya a Alhama de Almería? ¿Qué futuro te espera en esta ciudad inhóspita? En Alhama tu padre te ayudará con La Querencia y con todo lo necesario. Le duele tu ausencia.

Me levanté, me serví otro vaso de agua y lo saboreé despacio, mientras pensaba mi respuesta.

—Mi padre te ha contado todo, ¿verdad? Por eso sabes lo de mi socio, e incluso sabías cómo me

gano la vida ahora.

—Lo de tu socio lo sabe toda la ciudad, Alma, y tu nueva forma de ganarte la vida, también. No sé si a tu pesar, mas, ya eres una persona conocida en La Unión. Tú y tu amiga Julieta. No es para menos. Sois dos viudas en guerra con los farmacéuticos, y sin la cobertura de un hombre.

—No me enfrento a nadie, solo aplico los conocimientos aprendidos de mi padre. Él me ayuda con el envío de algunos ingredientes.

—Es tu padre, y siempre lo hará, aunque no esté de acuerdo con tus decisiones, y créeme, no lo está. No entiende tu obstinación por poner en riesgo el futuro de tus hijos.

—Mis hijos están con su madre, son felices y no corren ningún peligro.

—Mi niña, apenas conoces esta ciudad. Mucha gente pone en duda tu empeño en sobrevivir sola con tantos hijos a tu cargo. Es una actitud poco entendible por estas tierras, incluso por las propias mujeres.

—Ya te lo expliqué la última una vez. Solo culmino el sueño de mi marido... El de los dos — corregí.

—Tu marido ya no está —me interrumpió— y no puedes salir adelante tú sola y con ocho hijos a cuestas, en esta ciudad medio salvaje. ¡Es una insensatez! La protección de tus padres en Alhama de Almería será lo mejor para ellos. Nadie lo entenderá como una derrota.

Ya no escondía el verdadero motivo de su visita. Por fin había mostrado sus cartas, y no estaba dispuesto a parar.

Me hacía daño.

Yo quería evitarlo, y no mostrarlo.

Lo primero no era posible. Lo segundo sí.

Me hacía daño, me revolvía por dentro.

—No ha llegado el momento de mi vuelta a Alhama. Pretendo salir adelante por mi propio camino.

—Eres cabezota hasta decir basta, más allá de lo razonable. En tu familia sois todos iguales — dijo dándose por vencido y con cierto malestar.

—No te enfades conmigo, tío, te quiero, y te agradezco tu ayuda, mas, no voy a rendirme.

Me levanté en busca de un abrazo, y él me lo dio. Fue corto, más sincero.

—No me enfado, mi niña. Solo me preocupo por ti, y por tus hijos. Eres una mujer adulta, y en el fondo, mi primer instinto es apoyarte, empero, no te entiendo, Alma.

—Confía en mí. Si te necesito, acudiré a ti —mentí.

—Ten cuidado —me dijo. Llevas poco tiempo en esta ciudad y si bien ya tienes buenos amigos, también has cabreado a unos cuantos ciudadanos, gente importante.

—Descuida, lo tendré.

Acompañé a mi tío hasta la entrada. La despedida fue escueta, aunque cargada de sentimiento.

Cuando se fue, comencé a llorar. No pude evitarlo, lloré como pocas veces lo había hecho. No sabía si estaba equivocada. Quizá los demonios de la soberbia habían llamado a mi puerta y no me había dado ni cuenta. En aquel momento me imaginé de mayor, en una vieja mecedora, con mis hijos alrededor, echándome en cara, uno a uno, mi comportamiento egoísta en los años siguientes a la muerte de Ramón, y cómo había arruinado su vida por un deseo irracional. La figura de mi padre también inundó mi cabeza. Quizá él tenía razón, y yo era una irresponsable. Qué pensaría Aurora, no sabía si estaba de acuerdo con mi padre. Me sentía como un general con los papeles perdidos, disparando contra sus propias tropas, y obligándolas a luchar en una guerra sin fuste. Qué me movía a actuar así. Dudaba de mis intenciones y mis prioridades, y una idea me martirizaba, por encima de todas. Qué pensaría Ramón, por qué no aparecía él también en mi cabeza en esos momentos de zozobra, por qué no me decía nada. Él era tan responsable como yo de mi supuesta locura. Yo solo era la mitad de mi misma, desde su marcha.

Así me sentía en aquel momento. Lloré, lloré y lloré, hasta dejar una gran cantidad de hormonas sobre mi piel. Vacíé los depósitos de mi autoestima, y allí permanecí un buen rato, sentada en el suelo, con la espalda contra la pared, casi vencida y abrazada a mi orgullo.

No sentí mis fuerzas hasta que oí, a lo lejos, las voces de los niños. Solo entonces supe lo que debía hacer.

34

Arreglé mi vestido con las manos mientras me incorporaba. Encendí una sonrisa en el rostro, me despojé de mi piel calada y abrí, sin esperar los toques en la puerta.

Mis hijos caminaban en una fila encabezada por Julieta, quien tenía a Josefa en sus brazos, y cerrada por Antonia, quien mantenía el orden y la marcialidad en el pequeño ejército. La felicidad los inundaba. Eso me regaló unos pocos gramos de ánimo.

Me planté bajo el dintel, y exigí a cada uno un beso, en deuda del derecho de entrada. Los ocho pagaron con pasión, sin darse cuenta del rastro rojizo de mi llanto, ni del fuerte olor a salado de mis lágrimas.

Julieta sí notó algo raro en mi silueta, y en mi comportamiento.

—Antonia, lleva a tus hermanos a asearse mientras tu madre y yo preparamos la comida... Y tómate tu tiempo —dijo, guiñando un ojo a mi hija mayor.

—Claro, Julieta —contestó Antonia, con un guiño de vuelta.

Antonia y los niños encaminaron sus pasos al interior de la casa.

«Vamos», me dijo Julieta agarrándome del brazo. «Tú y yo debemos hablar».

En cuanto entramos en la cocina, me preguntó.

—¿Qué te pasa, mi niña? Algo te ocurre, no te atrevas a negarlo. Veo con claridad la huella de tus lágrimas —dijo, con sus inquisitivos ojos clavados en los míos.

Yo quería contárselo, y ella, en el fondo, lo intuía.

—Mi tío Francisco ha venido a visitarme.

—¿Qué quería?

—Convencerme de los beneficios de mi vuelta a Alhama de Almería.

—¿Por qué?

—Quedándome en La Unión, según él, pongo en peligro el futuro de mis hijos, por un deseo egoísta.

—¿Quién es él para decirte nada?

—No te equivoques Julieta, es mi padre quien habla.

—...

—...

—Ya le dejaste claro tu postura hace dos meses.

—Las circunstancias han cambiado, seamos realistas. Ya no tengo un negocio propio, y apenas nos mantenemos con los ingresos de las pociones y los ungüentos.

—Saldrás adelante, yo no tengo dudas... ¿Y tú?

Silencio frágil.

—¿Y si tiene razón, Julieta? ¿Y si estoy equivocada?

—No lo estás.

—¿Qué he conseguido hasta ahora?, dime, ¿qué he conseguido?, salvo abocar a mis hijos a un cambio de vida precipitado.

Julieta se sentó en una de las sillas de enea de la cocina. Quería aposentar sus palabras.

—Querida Alma —dijo enterneciendo su voz—, me entristeces, aunque te entiendo. Has conseguido muchas cosas en pocos meses, mi niña. Has superado la muerte de tu marido, con una entereza digna de admiración, y ni siquiera imaginada por muchos hombres. Estás llevando a cabo vuestro sueño y, además, tus hijos tienen la ocasión de conocer la ciudad donde su padre pasó sus últimos años. Tú ahora no te das cuenta, mas, dentro de unos años ellos te agradecerán esa oportunidad única de ensanchar el horizonte de sus vidas más allá de su pueblo natal.

Cogió mis manos, por encima de la mesa, y siguió.

—Mi querida Alma, tú has cambiado la vida de muchas personas en esta pequeña ciudad en apenas unas semanas. D. Segismundo tiene el mundo abierto a la docencia, su verdadera pasión, y una compañera ideal para sus partidas de ajedrez y sus inquietudes políticas... Y yo mi niña, yo, ¿quién era yo antes de tu llegada? —abrí mis ojos al escuchar aquello y ella apretó sus manos ante mi reacción—. Una viuda aferrada a su casa y a sus pocas amigas, enganchada a un dolor trascendental, sin preocupaciones mundanas, y enfrascada en una espera anodina del final de sus días. Tú me has encendido la vida de nuevo, con tu capazo de niños. Soy madre consorte, y la inquietud del conocimiento anida ahora en mí.

—¿Cómo he hecho yo eso? —pregunté, abrumada por sus palabras.

—Con tus clases de lectura. No solo me enseñas a leer, también he aprendido a querer leer. Me has despertado el deseo de ser mejor persona.

Se levantó, arrastrándome con las manos me obligó a mí también, y nos dimos un largo y sentido abrazo. Nos separamos y continuó.

—Eres una persona increíble, Alma. Y en gran medida, eso se lo debes a tu padre. No lo conozco, aunque no dudo que será también una persona muy especial. Entiendo tus dudas, y tu zozobra, por

su insistencia en tu vuelta. Lo quieres, y su porfía te hace pensar, mas no dudes de tus convicciones por culpa de sus miedos. En el fondo, él admira tu valentía, y yo también, mi niña.

Nos dimos otro abrazo, y después, tomé de nuevo la palabra.

—Somos dos viudas ociosas con ideas peligrosas. Eso dicen en el pueblo, según mi tío Francisco —dije sonriendo— y él piensa lo mismo. Ya ves, estamos en boca de media ciudad.

—En La Unión no están acostumbrados a que una mujer encauce su vida sin un hombre al lado.

—Eso parece —dije.

—Nos quedan muchas cosas por hacer juntas, empezando por la comida de los niños —comentó Julieta con una sonrisa fresca—. Vamos, el hambre no espera.

Esa conversación con Julieta iluminó mi actitud, como la superluna llena mitiga nuestra incertidumbre en la oscuridad de la noche, y en los siguientes días dediqué a mis hijos el tiempo demandado por cada uno de ellos, desde Josefa hasta a Antonia.

Josefa, mi delicada flor de cuatro años, con sus inmensas ganas de vivir enfrascadas en un recipiente de cristal, era, sin duda, la más necesitada de mi atención, y de mi cariño, casi a todas horas.

Miguel, con cierta dificultad para relacionarse más de allá de sus hermanos, expresaba sus emociones con lloros a destiempo, patadas y todo el armamento al alcance de un niño de cinco años cuando quería llamar la atención de su madre por cualquier asunto, con independencia de su importancia.

Antonio, la alegría de nuestra casa, disfrutaba de su tiempo en compañía de D. Segismundo, de Julieta o de sus hermanos, y cuando compartía un tiempo conmigo, lo hacía con el corazón en la mano, a pesar de sus cortos seis años de vida.

José Antonio, quien se había tomado la muerte de su padre como un apagón solar en su universo, regía su vida con un grado de responsabilidad y compromiso, muy alejado del habitual de un niño de ocho años. Se convirtió en mi pequeño Ramón.

Elena, mi princesita, coqueta y presumida, aunque predispuesta al descubrimiento de nuevos mundos, a pesar de sus cortos diez años, era siempre la primera voluntaria en todas las aventuras inventadas por mí, para colorear la vida de sus hermanos.

Manuel, mi delicado Manuel, con doce años de papel, era, junto con Josefa, quien exigía más tiempo de mi atención, hasta el punto de confundirse algunos de sus pasos con los míos.

Ana María, con una gran voluntad relacional, y un espíritu colaborador innato, era siempre la primera en ayudarme a solucionar los problemas propios de la convivencia, en una familia numerosa y agitada.

Antonia, la hermana mayor, y casi madre de sus hermanos más pequeños, suponía un reto para mi capacidad de expresar con sentimientos la naturaleza de mis actos.

Ellos querían mi atención en su justa medida, y asumían, con la mayor o menor docilidad asociada a su carácter, el proyecto de su nueva vida, dibujado, en parte, por el capricho del destino, y en buena medida, por la decisión soberana de su madre.

El mes de marzo transcurrió con más o menos normalidad, aunque la tensión en La Unión crecía por momentos.

Recuerdo un día concreto, hacia final de mes, en un paseo rutinario a uno de los ultramarinos situados en la calle Mayor. Íbamos Julieta y yo solas, Antonia se había quedado en casa al cuidado de los niños. Cogimos Méndez Núñez en dirección a la calle Mayor. Ya se oía desde lejos la algarabía antes de alcanzar la avenida principal de La Unión, más conforme nos acercábamos a nuestro destino, escuchamos con claridad diversos gritos en forma de consignas:

«¡Abajo los consumos!», «¡Fuera los vales!», «¡Abajo los explotadores!», «¡Acabemos con la explotación del obrero!»

La concentración de obreros, frente a una tienda de ultramarinos, apareció ante a nuestros al girar la esquina. No era la primera vez. Desde hacía unos meses se producían esas aglomeraciones alrededor de los comercios donde aceptaban los vales, en demanda de un salario digno, y en protesta por la constante explotación de los propietarios mineros. Julieta conocía a casi todos los manifestantes, algunos antiguos compañeros de su marido en la mina, quienes iban acompañados de sus mujeres y de sus hijos.

En su origen fueron encuentros pacíficos, y ningún cliente había sufrido agresión alguna, más aquella mañana del mes de marzo la multitud concentrada era mucho mayor, los gritos eran más constantes y la tensión se cortaba con un cuchillo.

Los clientes entraban y salían sin problemas de la tienda, aunque ese día la ración de silbidos y reproches recibidos era mucho mayor, como resultado de una campaña liderada, desde hacía varios meses, por algunos periódicos como El Palenque y El Diario de Murcia en contra de ese injusto sistema de pago. Ambos periódicos habían avisado del peligro de una futura revolución violenta y arrolladora.

Julieta y yo nos solidarizábamos con ellos, a nuestra manera, no comprando en los establecimientos donde admitían los vales. No servía de mucho, mas, era un gesto. Así lo veíamos nosotras.

También hubo conatos de huelga en algunas minas, aunque el fenómeno no se extendió. Los empresarios sustituían a los huelguistas por otros operarios, con suma rapidez.

Esa misma tarde transmití a D. Segismundo mi honda preocupación por el clima político en la ciudad.

—Tengo un mal presentimiento —comenté durante una de las jugadas de nuestra partida vespertina.

—Esas protestas llevan ya varias semanas, y nada cambia, ni cambiará —comentó él.

—Lo sé, mas nunca había visto tantos manifestantes, ni tanta tensión en el ambiente. Hoy en día hay mucha rabia atrapada, y ojos muy encendidos.

—Tranquila, la sangre no llegará al río por ahora. Te entiendo. El ambiente en la ciudad está caldeado por las protestas contra los vales, y por el aumento de la presión policial sobre las partidas de cartas clandestinas. Ayer, la Guardia Civil entró en una joyería y sorprendió in fraganti a más de cincuenta personas tirando de la oreja a Jorge, con apuestas muy altas sobre la mesa. Se han tomado en serio la persecución de las partidas ilegales.

—¿Tirando de la oreja a Jorge? —pregunté extrañada.

—¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!, es una expresión popular que describe a varias personas jugando a las cartas, ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!

—¿Hubo detenidos? —pregunté.

—Sí, más de treinta, y han sido puestos a disposición judicial, aunque faltaban muchos de los habituales en esa mesa. Algunos de los ausentes son miembros de las familias más ricas de la ciudad, propietarios o familiares directos de algún cacique.

—¿Cree que los avisaron con antelación?

—Los poderosos son los poderosos, y siempre es bueno acercarse a la lumbre más caliente. Uno nunca sabe.

—¿Dónde jugaran ahora? —pregunté.

—Pronto encontrarán otro sitio. Poderoso caballero es Don Dinero.

—¿Está usted en contra de los juegos de cartas con envite?

—No me opongo al juego en sí mismo. Allá cada uno con su vida, aunque sí a la hipocresía institucionalizada. La prohibición es absurda, y mucho más, como medida contra la violencia. Las autoridades conseguirían más eliminando el sistema de vales. Eso sí es violencia contra la dignidad humana... Muchos de los jugadores avisados con antelación de esas redadas utilizan o permiten el uso de esa odiosa forma de pago. Son siempre los mimos perros, con distintos collares.

D. Segismundo tenía razón, y yo misma lo comprobé un día después, en forma de proposición sorpresa.

35

Esa mañana se inició con la rutina de un día normal. Desayuné con los niños, quedaron después al cuidado de D. Segismundo en sus clases diarias, y salí a hacer unos recados.

La Unión era entonces una urbe aficionada al tumulto, donde regía la ley del más fuerte. Una ciudad a medio construir, aunque con una magia especial e irresistible, escondida en cada una de sus calles. A mí ya me había atrapado sin remedio.

Fui a la tienda de tejidos de Francisco Pujol, en la calle Numancia, en busca de unas telas; compré el pan favorito de mis hijos en la panadería de José García Conesa, en la plaza del Mercado; y terminé mi recorrido matinal en la confitería de José Más, en la calle Mayor. Quería llevar unos pastelitos a los niños, como hacía al menos una vez a la semana.

Una sombra me había perseguido durante mi paseo matinal, o al menos así lo percibí yo. Es imposible, Alma, nadie te sigue, no seas paranoica, pensé, con cierta inocencia, como quedó demostrado poco después, cuando un hombre elegante, cercano a los treinta años, me abordó, con galantería y buenos modales. Su voz ofrecía una predisposición natural a la seducción, y su cuerpo, unos movimientos, estudiados, en busca de una buena primera impresión.

—Buenos días, disculpa mi atrevimiento por presentarme de esta manera tan descarada —dijo acercándose a mi altura—. Soy Antonio Wandosell Calvache —dijo con una ligera inclinación de su cuerpo y su paso ya igualado al mío—. Aquel nombre me paralizó, casi en seco, y decenas de recuerdos acudieron a mi cabeza, cientos de imágenes entrelazadas por Ramón en sus cartas, y cosidas por el hilo de la ambición desmedida.

—Buenos días, D. Antonio —dije con cortesía, y a la vez con precaución. Él hizo ademán de darme la mano y yo le correspondí.

—No me trates de usted, por favor, somos familia. Francisco Calvache es tío de los dos, por parte de madre. Él me ha hablado de ti, muy bien, por supuesto.

Silencio embarazoso.

—Yo también he oído hablar de usted, aunque si no le importa, me siento más cómoda no tuteándolo.

—Está bien, como quieras.

—Es la costumbre.

—Lo entiendo... Disculpa mi forma de abordarte, Alma. Quiero hablar contigo, ¿es posible? —dijo con un tono almidonado.

Lo miré de arriba a abajo. Había leído, y escuchado, muchas cosas sobre su fama de sinvergüenza y su alergia al trabajo, conocidas ambas en toda la ciudad, empero, aquel hombre tenía algo

especial en el cimbreo de su cuerpo y en la musicalidad de sus palabras. Una melodía pegajosa que te atrapaba como una telaraña.

—Ya volvía a mi casa, puede acompañarme si quiere —dije con cortesía.

—Será un placer, me gustaría hablar contigo en un sitio privado, resguardados de oídos indiscretos.

—Allí podremos hacerlo, no se preocupe.

Paseamos por varias calles de La Unión, debatimos sobre algunos elementos comunes, la política, la literatura y el teatro, y descubrí a un hombre culto, refinado y sin duda, a un «cazador» de primer nivel, poco acostumbrado a sucumbir ante sus presas. Había estudiado a fondo a su víctima (yo en este caso), conocía bien mis gustos, aficiones y costumbres, y en un trayecto de unos cientos de metros, y a pesar de mis prejuicios en su contra, consiguió predisponerme a su favor.

Entramos, saludamos a Julieta y nos quedamos en el salón de entrada.

—Prima —dijo. Poco había tardado en dar el siguiente paso en su estrategia de acercamiento—. No quiero robarte mucho tiempo.

—Lo escucho —comenté, llena de aire frío.

—Como ya sabrás, en los últimos meses la policía se está tomando un interés poco común en evitar la diversión de personas decentes en las partidas de cartas.

—Lo sé, primo —dije entrando en su juego del trato con cierta familiaridad.

—Yo represento a un grupo de personas cuya costumbre es reunirse los martes, los jueves y los sábados a jugar al monte. No hacemos nada ilícito, en nuestra opinión, mas, como sabes, los políticos se han empeñado, ahora, en inmiscuirse en la esfera privada de sus ciudadanos.

—¿Dónde jugáis? —cambié al tuteo de forma natural.

—Hasta ahora nos reuníamos en una habitación preparada en una joyería de la calle Real, aunque por desgracia ayer hubo una redada en una partida ajena a la nuestra, y ahora mismo no tenemos local. Por eso quería hablar contigo.

—No sé cómo puedo ayudarte.

Él se puso cómodo.

—Mira Alma, los participantes en mis partidas son gente influyente, por eso nunca tendremos problemas de redadas, ni de interrupciones de la policía... La inoportuna irrupción de ayer de la Guardia Civil fue culpa del joyero. Incumplió su compromiso de exclusividad con nosotros. Es una pena, ese negocio era una tapadera fantástica... El refrán lo dice, la avaricia rompe el saco. —Su tono delató su responsabilidad en esa acción, y su sonrisa desafiante lo confirmó—. Ahora necesito otro local, uno en exclusiva, y he pensado en ti.

—¿En mí?

—El tío Francisco me ha hablado de tu situación económica, no por chismorreos, sino por cariño, y yo te ofrezco una asociación con claros beneficios para los dos.

A esas alturas, mi ánimo sobrevivía invadido por una mezcla de precaución e interés.

—Te escucho.

En unos minutos me contó su plan, que no resultó descabellado. El problema era mi falta de confianza en quien lo proponía.

Estuvimos reunidos una media hora más. Después me puse a preparar la comida, y al rato entraron Julieta y D. Segismundo en la cocina. Ya estaban al día de la visita, y no se anduvieron con rodeos.

—¿Qué quería ese señorito? —me preguntaron casi al unísono.

—Proponerme un negocio.

—Nada bueno —comentó Julieta—. Puedo contarte, con pelos y señales, muchas de sus jugarretas a amigos, enemigos y familiares. Es un hombre caprichoso, adora las gollerías y no tiene miramientos en la elección de sus presas.

—Es una buena pieza, lo sabemos, mas está bien relacionado —dijo D. Segismundo—, no en vano es hijo de «D. Pío» y participa, con mucha habilidad y generosos donativos, en los actos de las asociaciones benéficas más conocidas de la ciudad. Tiene detractores, empero, también admiradores, aunque esa es otra historia... ¿Qué te ha propuesto?

No me anduve con rodeos.

—Celebrar en una habitación de mi casa, tres veces por semana y con discreción, las partidas de monte con sus amigos.

—¿Aquí? —preguntó Julieta.

—Necesitan un sitio tranquilo, lejos de las miradas de los curiosos, y considera que esta casa, repleta de niños, es una coartada perfecta. Me ofrece un buen dinero fijo por partida celebrada, y un porcentaje de todo lo apostado en la mesa.

—¡Dios mío! —exclamó Julieta.

—No te fies de él —dijo D. Segismundo.

—No lo hago. Por eso le he exigido el pago por adelantado del fijo y una liquidación semanal del variable.

—¿Ha aceptado? —preguntó Julieta.

—Sí.

—...

—...

—¿Qué vas a hacer?

—He pedido un par de días para pensarlo. Si acepto, me enviará unos peones. Quiere hacer unas pequeñas obras de acondicionamiento en la casa.

Los dos arquearon las cejas ante mi respuesta.

—No habrá problema, el dueño es su padre —contesté.

—Antonio Wandosell es un hombre muy peligroso y tiene una relación extraña con la verdad. La maneja a su antojo —dijo Julieta. Tú perderás siempre, en caso de una redada inoportuna.

—Me ha garantizado seguridad absoluta, por la condición social y profesional de muchos de los jugadores.

—Ya me imagino el plantel completo de asistentes a esas partidas —dijo D. Segismundo—. Serán empresarios y sus hijos, jueces, oficiales de notaría y del juzgado, abogados..., y si me apuras hasta familiares del alcalde.

—...

—...

Los días se hicieron ascuas y el mes de marzo se cerró con constantes intentos del gobierno español por evitar la guerra, y con varios mensajes del embajador de Estados Unidos en Madrid, sobre la intención de su país de mantener la paz con España, en claro contraste, con la unánime conclusión del informe de la Comisión de investigación de la armada, constituida por el gobierno de los Estados Unidos, en el que quedaba reflejado que el hundimiento del USS Maine se había producido por una mina colocada bajo el fondo del buque.

El último día de marzo se celebró un Consejo de Ministros donde quedaron confirmados, el rechazo del ultimátum de los Estados Unidos, la inminencia de la guerra con ese país y el cada vez mayor aislamiento de España a nivel internacional.

Ese mismo día se celebró en mi casa la primera partida de monte organizada por Antonio Wandosell, con más de una decena de jugadores y mucho dinero en la mesa de juego. Unos días antes, unos obreros habían construido un acceso independiente desde el exterior, a través del patio.

Esa partida fue la primera de muchas, y el primer paso de un futuro cuya profundidad no vislumbré, ni por asomo, en aquellos días.

Abril de 1898

36

El mes de abril se inició con un ritmo distinto, más revuelto y confuso.

El gobierno español seguía inmerso en los preparativos de una inevitable guerra con los Estados Unidos, y con ese fin reunió a la escuadra española en Cabo Verde, incluidos los cruceros Vizcaya y Almirante Oquendo, al mismo tiempo que la comunidad internacional marcaba una tendencia clara, dirigida a la búsqueda de una solución diplomática. Alternativa que fue frustrada por el gobierno de Madrid, cuando rechazó la mediación del Papa León XIII en el conflicto, el primer día del mes.

A raíz de ese gesto, en el Senado de los Estados Unidos se levantaron varias voces contra España acusándola de la voladura del USS Maine y dibujándola como una nación retrograda, impermeable a la civilización. Esas denuncias tuvieron su eco en otros países, y obligaron al gobierno de Sagasta a aceptar la mediación del Papa unos días después. Mas ya era tarde, y ni siquiera la intervención del Vaticano impidió el envío de una carta del embajador norteamericano en Madrid al gobierno español, invitándolo, bajo amenaza de graves consecuencias, a resolver el asunto cubano con un armisticio sin condiciones a los insurrectos.

La carta quedó sin la respuesta esperada. La soberanía española era incompatible con cualquier acuerdo, y el día 11, el presidente Mackinley anunció que tomaría cualquier medida, incluso militar, encaminada a la pronta resolución de ese conflicto bélico. Esa actitud generó tensión en España, en los círculos políticos, en los hogares y en las reuniones de dos o más personas, con cualquier motivo.

El olor de la guerra se sentía cercano, y La Unión se contagió de ese clima, con la velocidad de un viento huracanado. La inminente guerra entre dos antiguos aliados se convirtió en el tema principal de discusión en las charlas y discursos posprandiales organizados en la ciudad, en las tertulias celebradas en los casinos y en los cafés cantantes y también en las sesiones de monte organizadas en mi casa, por Antonio Wandosell Calvache.

A la partida del día 2, le siguió la del martes, día 5, y a ésta la del jueves 7, de forma que el juego de naipes fue transformándose en una más de las rutinas familiares, al margen, aunque integrada en nuestro quehacer cotidiano. Yo compartía con Julieta las ganancias generadas por el generoso despliegue de la codicia humana en un tapete verde, tres días por semana.

Los contactos de mi amiga ampliaron nuestras ganancias más allá de la mesa de juego, gracias a un acuerdo con el joyero Ramón Gijón. Él atendía cada noche, en la mecedora situada frente a su joyería, a los jugadores habituales de mi casa, decididos a empeñar joyas de cualquier clase, y a cambio, nos daba una parte de cada operación.

Julieta, mí ya querida y entrañable compañera de fatigas, se hacía cargo de los niños esas noches de faena, mientras mi hija Antonia y yo nos ocupábamos de la atención a los jugadores de la mesa.

Ese trato fue una parte del acuerdo con Antonio.

—Yo estaré presente durante el desarrollo de las partidas en mi casa —dije de corrido, después de escuchar su oferta.

—No hay problema por mi parte, mas, no podrás jugar —me contestó, casi sin conceder importancia a mi petición.

—Ni lo pretendo. Solo observaré y atenderé las necesidades de los jugadores.

—Lo importante es dar un buen servicio de bebidas y vegueros. Nuestro objetivo es atarlos a la mesa de juego el mayor tiempo posible, y nada de comida. No queremos distracciones —comentó Antonio.

—¿Dónde conseguiré las existencias?

—Yo me ocuparé de los detalles de la intendencia. La primera vez nosotros traeremos lo necesario, incluida la mesa de juego, las sillas apropiadas, las barajas y los licores, y a partir de ese día, tú me dirás, una vez por semana, qué necesitas reponer.

—¿Será un servicio gratuito?

—En absoluto. Nosotros te indicaremos el precio de compra de cada producto, y tú puedes añadir una cantidad adicional por la disponibilidad. Te doy un consejo: vende las bebidas alcohólicas por botellas, los vegueros por unidad y pide el dinero en el momento de la entrega. Conforme avance la noche, y los ánimos se disparen, el cobro será más difícil.

—¿Es seguro manejar tanto efectivo? —pregunté con cierta inquietud.

—No te preocupes. Yo estaré presente en las partidas.

—¿He de atender la mesa yo sola?

—Busca la ayuda de alguien, si lo crees necesario, mas, compartirás tu parte de beneficios con esa persona y debe ser de absoluta confianza. A los dos nos interesa que este negocio funcione con absoluta discreción.

Nunca me dijo dónde residía su ganancia, tampoco pregunté, aunque supuse un cobro en especie, favores y relaciones. Conocía su fama de hombre poco fiable, y de forma voluntaria, reduje al mínimo necesario mi relación con él.

Antes dije que mi hija Antonia y yo nos ocupábamos de atender la mesa de juego, y dije bien. Fue Antonia quien me ayudó en esa tarea. Ella misma se ofreció. Yo no quería, mas, debí aceptarlo después de una dura conversación entre madre e hija o, más bien, entre dos mujeres con mucho carácter.

—Madre, quiero ayudarte con la mesa de juego.

La miré sorprendida, estupefacta, por su petición tan directa.

—¿Cómo sabes tú eso? Son asuntos de mayores.

—Julieta me lo dijo... Son asuntos de casa, y quiero ayudar.

—Eso es imposible, mi niña, no me parece adecuado, y, además, eres menor de edad.

—¿Y eso me lo dice quién va a permitir la celebración de partidas de cartas prohibidas en su casa?

Percibí enseguida la seriedad de su propuesta, y abordé la situación de otra forma.

—¿Acaso no ves el peligro de tu petición? —dije con miedo.

—¿Qué peligro?

—El derivado de la mezcla de hombres, alcohol y dinero. ¿Qué hace una niña de tu edad rodeada de adultos en plena pelea de gallos?

—Tú estarás allí. No pasará nada.

—No puede ser, Antonia.

Silencio incómodo.

—No es posible —repetí.

Ella me desafió con la mirada, sin movimientos.

—Es injusto —protestó.

Antonia percibió el callejón sin salida en el que había caído su argumento. Intentó otro camino.

—Madre, necesito ayudarte. En los últimos años te he visto luchar sola, y ahora ya soy mayor.

—¡Eres una menor!, mi niña —dije, con la intención de terminar aquella conversación.

Silencio de rabia, acompañado por un leve gesto de su mano destinado a evitar mi marcha.

—Te traicionas, madre. Tú eres una mujer fuerte y valiente, y has hecho lo más conveniente para tu familia en todo momento, sin importarte los impedimentos... Has sorteado los obstáculos de tu vida, incluso desde antes de cumplir mi edad. Según me contó una vez el abuelo, a mis años ya eras emporronadora en la faena de la uva en Alhama... ¿Y ahora me vas a negar tú a mí esta oportunidad por miedo? No te reconozco, madre.

No dijo más, se fue, y me dejó con sus palabras en mi boca. Palabras llenas de razón, y cargadas con mi propia munición dialéctica.

Aquella conversación me recordó cualquiera de las que yo había tenido con mi padre en el difícil camino de la adolescencia. Ese día me reconocí por completo en mi hija Antonia, y no pude

negarme a su petición.

Las dos trabajamos juntas, cada martes, jueves y sábado, y los acontecimientos se desarrollaron tal y como Antonio había predicho.

Los martes, los jueves y los sábados nuestra casa se llenaba de personas, amigos y conocidos de Antonio Wandosell, en busca de una emocionante manera de liberar las tensiones de la vida cotidiana y las producidas por los aires de guerra en el horizonte. El núcleo más importante de jugadores estaba constituido por un grupo fijo de habituales, en su mayoría propietarios mineros o comerciantes, contrincantes en la mesa, y el resto eran invitados, unos, embaucados y desplumados una vez, no volvían más, y otros, acudían de forma esporádica.

Cualquier tema de conversación era válido durante las partidas en casa, salvo uno, los vales, prohibido por la tensión existente en esos días por su uso, en la ciudad y en otros pueblos de la provincia. Muchos de los jugadores utilizaban ese sistema de pago. Si algún jugador cometía la imprudencia de ponerlo sobre la mesa, Antonio sacaba a colación otro asunto, con habilidad. Él ejercía de anfitrión, de forma impecable.

Los debates en aquella mesa fueron muchos, y casi todos se han borrado de mi memoria, si bien tengo uno grabado a fuego. Uno en apariencia inofensivo, empero portador de un futuro disgusto escondido en su interior.

Lo recuerdo con detalle.

Ese día había diez jugadores sentados a la mesa, y en un momento determinado, uno de ellos me felicitó por uno de mis últimos éxitos, con un niño de la ciudad aquejado de una grave dolencia. Yo lo había tratado con cuidado y sanó. Recibí varias felicitaciones más, y de ahí se derivó a una profusa charla sobre la eficacia de algunas hierbas y plantas en la curación de algunas enfermedades, e incluso, en su simulación.

[...]

Antonio: Con el preparado adecuado es fácil reproducir los síntomas de una enfermedad en un paciente, aunque no la padezca, ¿verdad, Alma? —dijo mientras cargaba una carta.

Me pilló de improviso, reaccioné tarde, y muchos jugadores intervinieron en la conversación mientras apostaban, en busca de la diosa fortuna.

Jugador 1: Eso no es posible, querido Antonio.

Jugador 6: Yo diría imposible.

Banquero: Ya empieza Antonio con sus historias increíbles.

Jugador 8: Lo hace para distraernos. Así frena nuestra racha de suerte, y activa la suya.

Hubo una carcajada general, y después respondí.

Yo: Se pueden simular los síntomas de alguna enfermedad común, con mucho cuidado y paciencia —especifiqué.

Antonio: He leído —comentó acompasando su chorro de voz— que puede fingirse hasta la muerte de una persona.

Jugador 1: ¡No me digas!

Jugador 3: ¿De forma transitoria?

Antonio: Sí.

Yo: Eso responde más a la ficción bien narrada, como sucede en Romeo y Julieta de William Shakespeare. Desconozco esa posibilidad, y nunca he oído nada sobre ella.

Banquero: Es una fantasía absurda, una más de nuestro amigo Antonio.

Antonio: Quizá sea exagerado... ¿Y si hablamos de una enfermedad más mundana?, como, por ejemplo, la epilepsia, ¿sería posible reproducir sus síntomas en un hombre sano, Alma?

Jugador 1: No creo.

Jugador 5: A lo mejor eso sí es posible.

Antonio: Escuchemos a la experta —dijo con intención.

Yo: Si puede hacerse.

Jugador 7: ¿Cómo?

Yo: Si se utiliza pan de centeno contaminado con cornezuelo. La manipulación, con cuidado, de la ergotina, presente en su masa, produce en el paciente, de forma transitoria, síntomas parecidos a un ataque de epilepsia, sin serlo. Provoca un corto, súbito y anormal aumento de la actividad del cerebro, una grave disminución del nivel de conciencia y una serie de movimientos compulsivos, gritos y quejidos.

Jugador 2: ¡Es fascinante!

Antonio: ¿No sufre el paciente ningún efecto secundario después del fingido ataque?

Yo: Una vez terminado el supuesto episodio epiléptico, y con el correspondiente reposo, queda tan sano como antes.

Jugador 9: Hay que ver lo que aprende uno jugando a las cartas

Jugador 10: ¿Por qué no nos concentramos en el juego? A eso hemos venido, ¿no?

[...]

Dos días después de ese suceso, tan grabado en mi conciencia, el día 16 de ese mes de abril, el Senado americano votó a favor de la guerra con España, reconoció a la República de Cuba como el único gobierno verdadero y legal y dio, en conjunto con el Congreso, un ultimátum al gobierno español para el reconocimiento de la independencia de la isla.

El primer ministro Sagasta, ante esa amenaza, reunió en sesión conjunta a los congresistas y senadores y ambas cámaras contestaron a la guerra, con la guerra. Con ese respaldo, el gobierno español expresó su firme convicción en las posibilidades españolas ante un conflicto con los Estados Unidos y comunicó la apertura de una suscripción nacional voluntaria, con el fin de atender los gastos generales de la guerra.

El Ayuntamiento de La Unión respondió al llamamiento con una fuerte suscripción. Algunos de los caciques más importantes de la sierra aprovecharon esa oportunidad de congraciarse con el gobierno, y una Junta de gente joven organizó una serie de actos y mítines patrióticos con fines recaudatorios. Uno de los más activos en esos menesteres fue Policiano Zamora, alias Zamo, el hermano de un personaje que siempre quiso ser alcalde de La Unión, y al final casi lo consiguió, aunque esa es otra historia.

La preocupación se expandió, a partir de aquel momento, por la ciudad, transformándose en nubes sin agua en el cielo, todavía más oscuro esos días, en una ciudad ya acostumbrada a una penumbra perenne.

Roberto se presentó un día en casa, en medio de ese lúgubre panorama, como un rayo de luz y esparció su alegría por nuestros corazones, en especial, los de mis hijos. Venía cargado de regalos y mensajes de mi padre y de Aurora, de noticias frescas sobre Alhama de Almería, de recuerdos y abrazos de mis seres queridos en aquellas tierras y de reproches de mi padre, envueltos en la ausencia de preguntas.

—Hola, Alma —dijo el ropero cuando entró por la puerta de casa.

—Hola, Roberto —respondí yo con una gran sonrisa en mi rostro, dibujada por el aire fresco producido por su visita.

Era una tarde soleada de mediados del mes de abril.

Mis hijos se abalanzaron sobre él, el pobre no reaccionó a tiempo, cayó al suelo sentado, y quedó cubierto de niños, en una búsqueda desesperada de su correspondiente regalo.

Después del reparto, Antonia se llevó a los niños a un paseo vespertino, en busca de helado de limón y horchata, hechos con el surtido de nieve de Sierra Espuña, y Roberto y yo tuvimos un rato de tranquilidad.

Sin necesidad de decirnos nada, los dos nos encaminamos hacia la cocina, teatro de operaciones de la mayor parte de las conversaciones interesantes ocurridas en mi casa.

—¿Quieres un té u otra bebida caliente? —le comenté antes de sentarnos.

—Un té, gracias. Será un placer compartirlo con la nueva «reina del juego» en La Unión —dijo

con cierta sorna.

Silencio alegre.

—Ya veo cómo corren las noticias en esta ciudad.

—¡Y tan rápido! Llegué anoche, y antes de irme a dormir mis compañeros troveros ya me habían informado con detalle. Tranquila, según me han contado, estás bien protegida. Antonio Wandosell es un personajillo, empero, su cuna le proporciona buenos contactos en esta ciudad, y es muy apreciado en algunos círculos.

—¿A ti también te parece mal?... D. Segismundo me previene a todas horas de las malas artes de mi socio en esta aventura.

— ...

— ...

—Alma, yo no soy quien para juzgarte. Me sorprende tu valentía y tu arrojo..., eso sí es verdad... No puedo, ni quiero, decir nada más. Otras mujeres, y otros hombres, en tu lugar, ya se hubiesen rendido. Tú continúas aquí, al pie del cañón, y con ocho hijos a tu cuidado.

—Soy consciente del peligro Roberto, y las cosas van bien. El dinero fluye con presteza, y las partidas me relacionan con gente importante en La Unión. Quizá algún día necesite su ayuda.

—Tienes razón, Alma, más como dice D. Segismundo, ten cuidado con Antonio Wandosell.

—Lo sé —dije, con un tono ensombrecido.

—Su fama es de sobra conocida en La Unión. Te utilizará mientras le seas útil, y después se deshará de ti, con suma facilidad, cuando él quiera. Tú tampoco eres ninguna pàrvula. Sabrás cuidarte, estoy seguro.

—Estaré preparada, mas, por ahora lo necesito. Él es quien organiza las partidas y tiene los contactos con los jugadores. Por alguna razón se siente seguro en mi casa, y aprovecharé esa circunstancia mientras pueda.

—Que no te sorprenda. Vigílale. Ve siempre por delante de sus movimientos, y aprovéchalos o al menos protégete.

—Así lo haré.

Roberto se puso de pie, sin previo aviso.

—Enséñame dónde se celebran las partidas.

Cogimos nuestras tazas y nos dirigimos hacia la habitación preparada por los hombres de Antonio.

—¿Cómo están mi padre y Aurora? —pregunté con nervios en el estómago.

—Aurora bien, echa mucho de menos a tus hijos, te entiende como nadie y os envía muchos besos.

—¿Y mi padre?

Silencio de unos segundos.

—¿Quieres saber la verdad?

—Sí.

—Continúa sin comprenderte y menos ahora después de la muerte de José de las Casas. Dice que debes volver a Alhama de Almería con los niños, y dejarte de orgullos sin sentido.

Aquellas frases me hicieron daño, no por su franqueza, sino por la apariencia de verdad presente en su sencilla formulación.

Entramos en la sala y Roberto comprobó, uno a uno, los detalles de la misma.

—La decoración y los utensilios son obra de Antonio Wandosell y sus hombres —dije mostrándole cada uno de los utensilios.

—¿Quién te ayuda a atender la mesa?

—Antonia.

—¿Tu hija?

—Me lo pidió ella. Me atacó por mi flanco más débil.

—¿Qué hizo?

—Construyó un espejo con certeras palabras, lo puso frente a mí, y me vi reflejada —dije con cierto orgullo escondido.

—No pude negarme.

Volvimos a la cocina y nos sentamos en una silla alrededor de la mesa.

—Me duele mi padre, Roberto —dije con sentimiento.

Él pensó unos segundos, y luego habló con más cadencia.

—Él es tu padre, te quiere y desea lo mejor para ti. No olvides eso.

—No lo olvido, aunque me duele su distanciamiento.

38

Las visitas de Roberto se habían convertido en un soplo de aire fresco entre tanto aire caliente y pegadizo. Para mí era suficiente con sentarme a su lado y escucharlo. Sus palabras actuaban como un poderoso cicatrizante de las heridas producidas por mis preocupaciones cotidianas. Las cubrían con paciencia y cariño, sin esfuerzo, ni necesidad de memorizar los movimientos.

Roberto desaparecía la mayor parte de los dos o tres días de su estancia en La Unión, entre viaje y viaje a Alhama de Almería, perdido entre sus duelos troveros, embriagado por la pureza de sus adorados cantes flamencos en los cafés cantantes, o seducido por las peleas de gallos en los reñideros. Aunque de vez en cuando, sin aviso previo, compartía su tiempo con nosotros. Cada momento con él era distinto, especial y fácil.

—¿Te gustan los toros? —me dijo un día de visita, levantándose de su silla en busca de un vaso de agua.

—Nunca he ido a una corrida —contesté.

—Mañana irás conmigo.

—¿Mañana? —pregunté incrédula.

—Sí, mañana, domingo de resurrección, será tu primera vez. Tengo entradas para una corrida de novillos, aquí en La Unión.

Fuimos a los toros, y aquel acontecimiento resultó mágico.

No había un alma más en la plaza de toros recién estrenada. Las graderías estaban repletas de público, y el palco de honor rebosaba de personalidades de la ciudad, muchos de ellos clientes habituales de mi casa los martes, los jueves y los sábados, que me saludaron con amabilidad, como si me conocieran de toda la vida, ante la sorpresa de Roberto, reflejada por una sonrisa abierta, curiosa mezcla de admiración y burla contenida.

Los toros de ese día fueron bravos, «aunque se les nota cansados por el viaje», apuntó Roberto. Bartolomé Jiménez Najar «Murcia», torero de la tierra, modesto y humilde, según mi amigo, demostró su destreza con las banderillas y el estoque, y cortó una oreja en su segundo toro. Le acompañaron «El Almonseño», con gran soltura con la muleta y arrojo en la suerte suprema, y «Negrete», quien también enseñó su maestría con los palos y el capote. Los tres cosecharon muchos y merecidos aplausos.

Fue una tarde maravillosa, aunque D. Segismundo no dejó de recordarme, los siguientes días, mi deliberada ausencia en nuestra ya sagrada partida de ajedrez de los domingos.

El lunes, Roberto se despidió de nuevo y en su ausencia los días pasaron con su habitual monotonía, mientras un ambiente prebélico se imponía poco a poco en La Unión.

—Algo raro sucede en esta ciudad. Algo extraño ha contaminado el ánimo de sus habitantes en los últimos días —dijo D. Segismundo mientras hacía el movimiento de apertura de nuestra siguiente partida.

—¿Por qué lo dice?

—¿No lo has notado tú, mi niña?, ¿tú que eres una lectora exhaustiva de periódicos y noticias?

—¿A qué se refiere?

—Al incremento de los actos de violencia en la ciudad... Solo en los tres últimos días han aumentado de forma considerable el número de riñas en las calles, con el resultado de un tartanero muerto de un balazo en el cuello, y decenas de heridos de arma blanca en brazos y piernas. Además, ayer detuvieron a uno de los lugartenientes de Zamo por el rapto de una chica de diecisiete años, y hoy mismo, en una redada rutinaria, y por sorpresa, la Guardia Civil ha incautado cien armas sin licencia, a viandantes de la calle Mayor.

—¿Cien armas? ¡Qué locura!

—A eso me refiero. La ciudad se ha vuelto loca, Alma.

—No me había fijado en esos datos concretos, aunque yo también he notado el ambiente enrarecido en las últimas semanas.

—Me alegra oír eso —dijo con una sonrisa apenas bosquejada. Te he sentido un poco distraída estos últimos días.

Silencio cómplice.

No hablé, sonreí.

—Créeme mi niña. Ese día tantas veces anunciado por mí está cerca. Tanta tensión, tanto aire comprimido debe escapar pronto por algún resquicio, o habrá una explosión inesperada. Lo presiento.

No me sobrecogí por el catastrofista vaticinio de D. Segismundo, sino por cómo había sonado en mis oídos la edad de la mujer secuestrada por el lugarteniente de Zamo, «diecisiete años». Pobre Antonia, quizá me había precipitado al aceptar su ayuda los martes, los jueves y los sábados. Quizá la estaba empujando a la boca del lobo.

Aquella noche no dormí apenas, ni unas horas, ni unos minutos. Caí en un profundo sueño cuando el sol ya llevaba un buen rato barnizando la ciudad, y al despertar, no encontré a nadie en la casa. Una nota encima de la mesa de la cocina decía, «Descansa. Te lo mereces. Yo me ocupo de los niños esta mañana. Julieta», así que decidí disfrutar de aquella libertad inesperada. Me preparé una infusión, y di un repaso pausado a la prensa del día, en concreto al Diario de Murcia.

Unos días antes, el presidente Sagasta había informado a la reina regente de la inminente guerra entre los dos países, una vieja España, cansada y arruinada, con diecisiete millones de habitantes,

y una joven Estados Unidos, pletórica, con sesenta millones, y había puesto su cargo a su disposición. La reina consultó a los hombres más representativos del país la conveniencia, o no, de la continuidad del presidente del gobierno y la mayoría aconsejó el apoyo al gobierno liberal. En momentos tan graves se hacía necesaria la unidad.

La prensa provincial, incluido el Diario de Murcia, de lectura obligada en casa cada día, también había transformado su habitual crítica al sistema de rotación de dos partidos políticos en el gobierno, en un apoyo incondicional al gobierno, dejándose llevar por el aire triunfalista llegado desde Madrid, a través de las noticias telegráficas.

¡Qué ciegos estaban!

D. Segismundo resultó ser de los pocos con visión clara, en aquellos momentos de confusión patriótica y colectiva.

—Los políticos y algunos importantes empresarios quieren la guerra. Les interesa, no te dejes engañar. Ponen sus intereses personales y los de su casta por encima de los del país. Nosotros, los trabajadores, los humildes, la gente sencilla, la abrumadora mayoría de esta nación, queremos la paz. Dejemos a Cuba ser libre, qué más nos da a nosotros. Ya tenemos nuestra propia guerra, y nuestras propias víctimas. Luchemos contra la injusta explotación de nuestros hermanos, los trabajadores de la sierra minera. Luchemos contra el infame uso de los vales. Esa batalla si merece nuestra atención, y nuestra sangre, si es necesario, y no una guerra predestinada a generar un sacrificio colectivo por los intereses espurios de unos pocos. Si ellos quieren la guerra, que envíen al frente a sus hijos, maridos y hermanos, bajo su propio y único riesgo. Yo no quiero saber nada de esa farsa y tú tampoco deberías, mi niña. Nosotros, la gente sencilla, queremos la paz.

Ese era el recurrente discurso de mi viejo amigo.

Apasionado.

Sincero.

Así lo recuerdo.

Estados Unidos retiró su delegación diplomática en Madrid unos pocos días más tarde, y el día veinticinco, el Congreso y el Senado declararon la guerra a España. Fue un mero trámite. La guerra ya había sido iniciada, de forma unilateral, unos cuantos meses antes.

A partir de ese instante, en todo el país, y en especial en ciudades como La Unión y Cartagena, corrió el rumor de la posibilidad de un ataque de las tropas norteamericanas a la península, y aunque la importante actividad comercial no se detuvo, se inició una fortificación adicional de la ciudad portuaria.

Tres cruceros norteamericanos rompieron el fuego sobre la batería del Morrillo, en el puerto de Matanzas, el día veintisiete, e iniciaron un bloqueo de la isla de Cuba, con la intención de forzar a España al reconocimiento de la independencia, por el aislamiento y el hambre de la población.

Esta acción introdujo en la nación un profundo sentimiento antinorteamericano, y la prensa animó a la lucha, sin reparar en las posibles consecuencias.

Ese movimiento venía explicado en el Diario de Murcia del día siguiente, dentro de la sección «TELEGRAMAS de ayer tarde», aunque aquel día también leí una noticia, en apariencia sin mucha importancia, en la sección de «Notas de Sociedad». Captó mi atención desde el principio.

NOTAS DE SOCIEDAD

En la madrugada de ayer, día veintisiete, y en la finca Villa Dolores, sita en la ciudad de La Unión y propiedad del conocido empresario fundidor D. Pío Wandosell Gil, residente en Madrid, fueron desposados «in articulo mortis», por indisposición grave del novio, D. Eugenio Wandosell Calvache, soltero, de profesión minero, de veintiún años, menor de edad, y Dña. Carmen Segura Rodríguez, soltera, de veintitrés años, mayor de edad, habiéndose llenado y cumplido en ese matrimonio los requisitos esenciales para su validez prevenidos por el Santo Concilio de Trento, siendo testigos D. Martín Pérez Castillo y D. Juan Meroño. A la mañana siguiente del enlace, hallándose mejor el novio, los dos se marcharon en un carruaje, bien abrigados, a la casa de los padres de la novia. Desde esta columna trasladamos nuestra más sincera felicitación a los recién casados, y un deseo de pronta mejoría para el joven D. Eugenio.

En aquel momento no le di más importancia, empero, dos días después, Julieta descubrió la verdadera naturaleza del suceso, y me puso al día, con rapidez, del último escándalo ocurrido entre la alta sociedad de La Unión. Mi sorpresa fue mayúscula.

39

—¡Alma! ¡Alma! —gritó Julieta.

Yo estaba en la cocina, con los preparativos de la comida, mientras los niños atendían las clases de D. Segismundo.

—¿Recuerdas la extraña boda del hijo de D. Pío? Fue un engaño —dijo cuando entró en la cocina, arrastrada por sus ganas de compartir la información, y casi sin fuelle.

—¿Qué dices?

—Querían burlar la oposición de sus padres a ese enlace —dijo, sentándose en una silla al mismo tiempo.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté—. Toma un vaso de agua —dije acercándole uno.

—La noticia corre de boca en boca por los puestos del mercado y las tiendas de la ciudad. Ha eclipsado por un día a las angustias de la guerra, y a las protestas por los vales. Ya sabes, las miserias de la vida son el único punto en común entre ricos y pobres, un lugar de encuentro.

—Cuenta, cuenta, ¿qué pasó?

Julieta respiró hondo e inició su relato.

—Hace unos días Eugenio Wandosell visitó a un médico, se sentía indispuesto —dijo redondeando la voz—, aunque no al médico habitual de su familia, a otro, no recuerdo ahora el nombre... Juan Meroño..., un amigo de su hermano Antonio, quien le recetó una purga y lo envió a casa.

Silencio.

—Al día siguiente —continuó, una vez asegurada mi atención—, en una visita a su novia, en casa de un tío de ella, D. Martín Pérez Castillo, creo, donde estaba depositada desde hacía cinco días, Eugenio comenzó a encontrarse mal otra vez.

—¿¡Depositada!? ¿Como si fuera un jarrón? —pregunté extrañada, y con una sonrisa furtiva.

—Sí, hija, si, depositada, tal y como lo has oído —comentó Julieta, con decisión.

Ese día prendí algo nuevo. Según la legislación vigente en ese momento, si una joven quería casarse, aunque fuese mayor de edad, necesitaba el beneplácito de su padre, o su madre a falta de éste, reflejado en un acta notarial. Si el padre no concedía su consentimiento, la interesada podía solicitar protección al Juzgado de primera instancia, en previsión de amenazas y coacciones. El Juez se trasladaba entonces a la casa de la muchacha, y si ella mantenía su solicitud, después de una entrevista alejada de sus padres o abuelos, la depositaba en la vivienda de una tercera

persona hasta el día de su casamiento, tres meses después, ya sin la necesidad del consentimiento del padre.

—Y si ella ya estaba depositada en casa de su tío, ¿por qué no esperaron esos tres meses, sin más, y se desposaron dentro de la legalidad?

—Eugenio, es menor de edad, y no puede casarse, en ningún caso, sin una licencia expresa del padre, bajo la amenaza de ser condenado a una pena entre seis meses y cuatro años de prisión — me respondió Julieta.

—¡Ahí va! Eso es un tema serio, y, ¿qué hicieron?

—Eso quiero contarte, si me dejas —dijo Julieta, con el enojo propio de quien es estorbada con frecuencia.

—Perdona —continúa, por favor.

—D. Martín, el tío de la novia, acompañó a Eugenio a Villa Dolores, y después, se acercó al casino de El Garbanzal en busca del médico.

—¿D. Juan Meroño otra vez? —interrumpí de nuevo.

—Sí —dijo Julieta, ya con cara de pocos amigos.

Todavía hoy en día no le gusta nada que la distraiga cuando cuenta sus historias, cuando es protagonista. Me callé y encendí mi voluntad de escuchar en silencio.

—Cuando volvió con el médico a la finca, ambos encontraron a Eugenio en pleno ataque epiléptico, y a su hermano, Antonio, ayudándolo, o eso parecía.

Un grito interior, sordo, me recorrió por dentro. No quería molestar otra vez a Julieta. Mi cabeza se trasladó a una conversación banal en una partida de cartas en mi casa unos días atrás. Me sentí culpable, y descubrí con detalle la falta de límites definidos en la ambición del pérfido Antonio.

Julieta continuó su relato.

—El médico examinó a Eugenio, y ante el temor de su repentina muerte, mandó llamar al cura de El Garbanzal, quien le administró la extrema unción y lo escuchó en confesión.

Julieta se levantó de la silla y se puso de pie frente a mí. En ese punto de la historia, ese gesto, en apariencia intrascendente, anunciaba la llegada del punto álgido.

—El cura, una vez terminada la confesión, pidió al médico la oportuna certificación de la gravedad del enfermo y, a través de su criado, avisó al encargado del registro civil, y envió a D. Martín a recoger a su sobrina, por petición del moribundo.

Mi culpa crecía por momentos, a pasos agigantados.

—El tío llegó con la novia, media hora después, y el criado, unos minutos más tarde, con un

mensaje del encargado del registro. Estaba enfermo, empero, permitía al cura nombrar a cualquier persona como testigo, como se venía haciendo por costumbre en esos casos.

—¿En qué casos?

—En las bodas.

—¿Los casó, así, sin más?

—Sí, pasada la medianoche, «in articulo mortis», por expreso deseo del novio, bajo confesión, con el consentimiento de ambos cónyuges, y con el médico y el tío como testigos. El cura dijo unas palabras en latín, y extendió el acta del casamiento, para remitirla al día siguiente al Juzgado Municipal.

—¿Esa boda es legal? —pregunté con asombro.

—Si el contrayente enfermo fallece, sí, mas, en caso de recuperación milagrosa, debe repetirse más adelante, con los requisitos legales pertinentes.

Años más tarde supe que esa boda se había celebrado, de nuevo, en la iglesia de Nuestra Señora de Los Dolores del Garbanzal, dos años después, poco antes del nacimiento del primer hijo del matrimonio.

—¿Qué hicieron los recién casados después de la boda?

—Pasaron el resto de la noche solos en Villa Dolores, y a la mañana siguiente se desplazaron en carruaje, y bien abrigados, a casa de D. Martín, donde Eugenio pasa unos días convaleciente. Todavía permanece allí.

—¡Dios mío! ¿Y todo fue un engaño? ¿Cómo lo sabes?

—Ayer mismo uno de los presentes en la boda, dominado por sus remordimientos, confesó su culpa con el cura celebrante. El médico, el tío, Eugenio y la novia, ya mujer, están implicados, y Antonio, fue el cerebro de la operación.

—¿Y ahora que va a pasar?

—No lo sé. Por lo pronto Eugenio tardará varios días en salir de su casa, por vergüenza, seguro. A estas alturas toda la ciudad conoce en detalle la artimaña de los dos hermanos, y se ha armado un gran revuelo, no en vano, son hijos de D. Pío.

—¿Lo sabe su padre?

—El cura se desplazó al Ayuntamiento y telefoneó a D. Pío a Madrid.

—¿Qué va a pasar?

—Todo el mundo sabe cómo odia D. Pío ser engañado, y menos por sus propios hijos. No es la primera vez, Antonio es un experto en esa extraña afición ¿Hasta cuándo aguantará su padre?, esa

es la incógnita.

—Algún día reaccionará —comenté.

—Algo hará, seguro, si bien no en caliente. D. Pío es hombre reflexivo.

Oír otra vez el nombre de Antonio Wandosell revolvió mis entrañas. Yo ya sabía cómo se le había ocurrido aquella estratagema, empero no dije nada a Julieta. No quería preocuparla con mi sentimiento de culpa.

Aquella noche no dormí, me sentía parte involuntaria de una traición a alguien a quien admiraba.

El 29 de abril, la escuadra española partió de Cabo Verde rumbo a Cuba, a dos columnas, con las precauciones requeridas por la grave situación, y con los barcos preparados para abrir fuego en cualquier momento. Fue un primer movimiento de guerra por parte de España, aunque casi inconsciente.

Y ese mismo día también se produjo en La Unión un movimiento, casi inconsciente, precursor de otra futura guerra.

Un obrero de una mina de Herrerías, en cola para comprar con vales la harina y el pan, se quejó del aumento irracional de ambos productos, y de la confabulación de varios establecimientos en la subida del precio de los alimentos de primera necesidad. Con rapidez, el resto de clientes se unieron a las quejas y se organizó un pequeño jaleo. El tendero gritó de malas formas a quienes protestaban, y los invitó a alimentarse solo de pan y cebolla. Fue suficiente. Se armó la gorda, y dos guardaespaldas contratados por el tendero, por los incidentes ocurridos otros días, sacaron al obrero de la tienda, con malas formas y a patadas. Nadie hizo nada, mas, la furia caló hondo en quienes presenciaron el hecho, y en todo el pueblo. Rabia a presión, que en apenas unos minutos estalló en un pequeño motín en la tienda. Se tiraron piedras a los cristales, se sacaron los muebles del interior y se les prendió fuego.

El altercado únicamente se detuvo cuando llegó la Guardia Civil.

Abril se cerró de esa forma, con poco positivo en el futuro de la nación, en el de la ciudad de La Unión y en el mío. Los tres estaban en plena cocción, a fuego lento y con vapor turbio.

TERCERA PARTE

Mayo de 1898

40

«¡Abajo los consumos!»

«¡Fuera los vales!»

«¡Aumentos de jornal!»

«¡Mueran los ladrones!»

Cierro los ojos hoy en día, y aún los veo, los siento, los huelo, ¡cientos!, ¡miles! de personas, en un clamor conjunto y desesperado. Algunos eran mis amigos, con otros había coincidido en los ultramarinos, en las tiendas o en las calles de La Unión y, sin embargo, a la gran mayoría no los había visto en mi vida...

Eran apenas las siete de la mañana del 4 de mayo de 1898.

Yo recorría la serranía de la ciudad, como cada dos o tres días, en compañía de la madre del trovero Rodolfo Castillo, almeriense como yo y gran aficionada a mis preparados con productos naturales, en busca de agua de la Fuente del Piojo y de las plantas, las hojas y las flores necesarias en las largas horas de trabajo en mi improvisado laboratorio, cuando vimos, desde lo alto de una colina, cercana a la fábrica de la fundición Roma, una marea humana procedente del paraje de El Descargador, en dirección a La Unión.

El paso de los obreros era atropellado, como la rabia en sus corazones, y su impaciencia estaba macerada en muchos años de injusticias.

«¡Abajo los consumos!»

«¡Fuera los vales!»

«¡Aumentos de jornal!»

«¡Mueran los ladrones!» ...

Entraron en la calle Mayor sin reducir el ritmo de sus pasos, ni la fuerza de sus gritos. Un nuevo sonido se introdujo en la paleta sonora de La Unión, uno nuevo e inconfundible, el de miles de obreros encendidos por los abusos de una industria minera basada en la pillería y la explotación.

Una ciudad fronterá, sin raíces, dominada por los caciques, y nacida al amparo de un negocio minero explotado de forma especulativa. La multitud, en riada por la calle principal de la ciudad, parecía una sola, dibujada en un tono amenazante.

La Unión era una ciudad acostumbrada a múltiples conatos de violencia, fruto de la interacción de los habitantes de una sociedad en eclosión, con orígenes distintos. Yo asistía esa mañana, con estupefacción, al espectáculo producido por el empuje irracional de una rabia colectiva, ahora encendida, por años de injusticias, acciones coercitivas y silencios forzados.

Angustiadas, Manuela y yo aceleramos nuestra marcha, y en la calle Real separamos nuestros caminos, no sin antes abrazarnos, ella marchó en ruta a su casa, donde dormía su hijo, y yo, a la de Julieta.

—¡Julieta!, ¡Julieta! —grité, frente a la puerta principal.

Silencio angustioso.

—Dime, mi niña, ¿qué pasa? —contestó ella con tono preocupado, una vez plantada frente a mí.

—¡Ya está aquí Julieta! ¡Ya ha llegado!

—¿Quién?, mi niña, ¿quién ha llegado?

—La revolución tantas veces anunciada por D. Segismundo, ¿no la oyes, mujer?

Las dos agudizamos el oído.

En un principio solo apreciamos un rumor lejano, aunque poco a poco oímos, con claridad, esa voz casi uniforme de miles de obreros y operarios desesperados.

«¡Abajo los consumos!»

«¡Fuera los vales!»

«¡Aumentos de jornal!»

«¡Mueran los ladrones!» ...

Los ojos de Julieta despertaron de golpe y se iluminaron.

—¡Dios mío!, mi niña, ese viejo espabilado tenía razón ¡Qué será de nosotros! ¡Dios mío!

—Vamos a mi casa con los niños —dije de corrido—. Allí estaremos seguras, a la espera de

noticias sobre la evolución de los acontecimientos.

—Tienes razón —comentó mientras nos encaminábamos hacia la puerta.

Al salir a la calle escuchamos con claridad el sonido propio del desorden y el caos, en su libre paseo por las calles de la ciudad. Las dos nos detuvimos y la preocupación se instaló en nosotras, para quedarse, al menos el resto de ese día.

—Esto era de esperar. ¡Dios mío! Lo teníamos ahí mismo, y no hemos querido verlo —dijo Julieta, con sus manos llenas de provisiones—. Reunamos fuerzas y alimentos —añadió, mientras reanudaba sus pasos—. No sabemos cuánto tiempo estaremos resguardadas.

La seguí, y no contesté nada. Julieta tenía razón.

El mes ya había empezado con mal pie en La Unión, con la prohibición de celebrar el primero de mayo, a los trabajadores, debido al clima de protesta general reinante en la provincia desde las últimas semanas del mes de abril, traducido en numerosas revueltas obreras en varias localidades, por la subida del precio de los productos de primera necesidad.

La guerra declarada por Estados Unidos en esas fechas se había traducido en el apresamiento, por parte de la marina norteamericana, de numerosos barcos mercantes españoles, y en un deseo alarmante de acumulación de alimentos en muchas ciudades de nuestro país, incluida La Unión. Pronto esa necesidad irracional se tradujo en una subida generalizada de la demanda de productos básicos, como la harina o el pan, en un aumento de sus precios y en una cadena de protestas violentas en Mula, Fuente Álamo, Totana, Mazarrón y Lorca, a lo largo de los últimos días del mes de abril. En ellas se protestaba contra la subida de esos productos básicos, se exigía al gobierno español la concesión de un permiso a los buques mercantes españoles para salir a corso, y en las poblaciones mineras, además, se incluía la amarga queja por el uso del sistema de vales.

El férreo control de los caciques sobre sus trabajadores y las amenazas de los encargados de las minas y las fábricas, «con consecuencias mayores a los efectos de la guerra», en palabras de D. Segismundo, fueron efectivas, y ese primer día del mes no hubo ninguna conmemoración especial en la ciudad de La Unión. Esa herida en el corazón de los trabajadores quedó abierta, y sangrando a espuestas.

En medio de ese ambiente de tensa calma, la prensa del 2 de mayo abrió con la derrota, el día anterior, de la flota española en el puerto de Cavite en Filipinas. La noticia fue recibida con sorpresa y cierto estupor, e incrementó el ambiente pesimista dominante en la ciudad, por la probable falta de reservas de harina en un espacio corto de tiempo, y por la creíble amenaza de una invasión norteamericana a través del puerto de Cartagena o el de Portman.

El 3 de mayo, los periódicos describían con detalle el motín ocurrido el día previo en la ciudad de Águilas, cuando una pacífica concentración de habitantes, en protesta por la subida del precio de la harina y el pan, se convirtió en una ola destructora contra el recaudador de impuestos local y los puestos de recaudación.

Ese mismo día hubo una sesión del congreso de los diputados, y los líderes de la oposición fueron duros, en especial D. Nicolás Salmerón, quien exigió responsabilidades políticas por el desastre naval y las revueltas sociales, a quien fuese necesario, incluido el Rey. Acusó a los dos grandes partidos de solo querer afianzar la monarquía, olvidando aspectos esenciales de la vida de la nación, y pidió al ejército su intervención en contra de los poderes vigentes, y a favor de la república...

Esos vientos de tristeza de espíritu y desdicha soplaron con insolencia en La Unión, al amanecer del día cuatro de mayo, cuando quedó demostrada la fuerza devastadora de un pueblo sin freno.

Los gemidos de las mujeres, el llanto de los niños y el clamor de los hombres se oyeron a lo largo de esa mañana, a través de las ventanas y el patio de mi casa, mientras nosotras permanecíamos incomunicadas, salvo por nuestra pobre interpretación de los gritos y ruidos lejanos, que parecían los sonidos del último día de la humanidad en la tierra.

41

D. Segismundo llegó mientras los niños dormían la siesta y nosotras fregábamos los platos, aún manchados de sopa de tierra, unas gachas saladas, con sémola, harina, agua, ajos fritos y longaniza encarnada, hecha con premura, contagiadas por la angustia y las prisas del día; comida de supervivencia.

—¡Qué alegría verle, viejo amigo! —dije cuando cruzó la puerta de casa.

—Ha sido horrible —contestó—. Ni en mis peores pesadillas soñé el infierno desatado en la tierra, y hoy lo he visto.

Me acerqué y le di un abrazo. Julieta se unió.

—Yo vi el inicio de la improvisada revuelta esta mañana, en mi paseo habitual con la madre del trovero Castillo —dije yo.

—No fue tan repentina como creéis —comentó D. Segismundo.

—Os cuento, aunque agradecería algo de comer también. No he probado bocado en toda la mañana.

Nos desplazamos los tres a la cocina y calenté unas pocas gachas sobrantes, mientras D. Segismundo narraba lo acontecido.

—Anoche se vieron varios jinetes en reuniones secretas en la ciudad. Gente nueva en lugares muy conocidos. ¿Os suena eso de algo?

—¿Ha sido una rebelión organizada? ¿Por quién? —pregunté.

—¡Parece increíble! —exclamó Julieta.

—Varios grupos organizados se situaron en las salidas de La Unión, antes del amanecer, sobre las cuatro y media de la mañana, e invitaron a los obreros en dirección a su trabajo a unirse a la concentración convocada en el paraje de El Descargador —comentó D. Segismundo—. Otros fueron a las minas y convencieron a muchos de los trabajadores del turno de noche a unirse.

—¡Pobre gente!

—Al final se juntaron unos diez mil hombres y mujeres en la explanada frente a la fundición Dos Hermanos, procedentes de El Llano, El Algar, El Estrecho y La Unión, en su mayoría. Allí se pronunciaron varias arengas contra los consumos, los vales y la subida del precio del pan y la harina, y a continuación, los manifestantes cerraron la estación del tranvía a la fuerza, cortaron el telégrafo y se dirigieron a esta ciudad.

—¿Hubo heridos? —dije.

—No hasta ese momento.

—¿Qué pasó después? —preguntó Julieta.

—Volvieron a agruparse en la entrada de La Unión, junto a la fábrica Roma, en un número ya superior a los quince mil, diría yo. Entraron en la ciudad con gritos de «¡abajo los consumos!», «¡fuera los vales!», «¡aumentos de jornal!», «¡mueran los ladrones!», y destruyeron lo encontrado a su paso... A las siete de la mañana la ola de terror ya corría sin freno por la calle principal.

—Sí, yo fui testigo de su paso. Infundían miedo, la verdad —dije con las imágenes de esa mañana todavía frescas.

—¡Ha sido el caos, mi niña, el caos! —comentó D. Segismundo—. La horda cerró los establecimientos abiertos a esas horas en la ciudad, bajo amenaza de destrozarlo todo. Muchos de ellos acabaron con sus cristales rotos y su mobiliario en llamas. Han asaltado y desocupado estancos y tiendas de comestibles. Han deteriorado el alumbrado público e incendiado los fielatos, y en un acto en apariencia irreflexivo, dirigieron su furia contra la casa del arrendatario del impuesto de consumos, dueño también de la fábrica de gas, en busca de su primera presa de sangre.

—¿D. Celestino Martínez?

—Sí.

—¿Y qué le hicieron?

—Nada, por suerte no lo encontraron en su casa. De forma milagrosa y sospecho que avisado a tiempo por un soplo, consiguió huir envuelto en una alfombra, en un supuesto traslado, realizado unas horas antes del saqueo de su casa palacio.

—¿Envuelto en una alfombra? —repetí asombrada.

—Has oído bien —así burló a quienes lo vigilaban.

—¿Qué hicieron al no encontrarlo? —pregunté mientras hervía el agua para una infusión.

—Sobre las ocho y empujados por el viento del Noroeste, se dirigieron a la fábrica de gas donde causaron numerosos destrozos.

—¡Pobre hombre! La tomaron con él —dije.

—Sí, y eso es lo extraño... Pensarlo despacio... ¿Por qué una incontrolable masa de miles personas, de repente, se dirige de forma ordenada contra un objetivo concreto?

—No te llego a entender —afirmé con sinceridad.

A esas alturas, Julieta ya había perdido la voz y las ganas de preguntar.

D. Segismundo bebió un sorbo de la infusión, y se tomó su tiempo.

—En un momento impreciso, sentí helarse el aire y vi a Zamo por allí, entre las sombras, como siempre —dijo D. Segismundo—. Fue entonces cuando distinguí a algunos de sus hombres infiltrados en la manifestación y al Alano Español no muy lejos de allí.

—¿Quiere decir que esta revolución es obra de Zamo y los suyos?

—No, era algo ya esperado desde hace tiempo, empero, está claro que algunos han aprovechado la onda expansiva generada por esta explosión en favor de sus propios intereses.

—¿Cómo?

—Policiano Zamora y Celestino Martínez tienen varias cuentas pendientes. Zamo pretende, desde hace tiempo, ser el arrendatario del impuesto de consumos, alcoholes, aguardientes y licores en la ciudad, y Celestino le ganó la última subasta para el arrendamiento de ese impuesto por tres años. Desde ese día Zamo se la tiene jurada, y el 14 de junio se celebrará en el Consistorio la subasta pública para los tres próximos años. Los dos tienen pensado presentarse de nuevo, llevan varios meses fanfarroneando de ello en los cafés cantantes, las tabernas y las partidas de cartas. Lo han convertido en un duelo al sol, y ya sabes... A rey muerto, rey puesto.

—Eso es inaudito —comenté.

—Esa gente es capaz de controlar, para sus propios fines, hasta la ira provocada por ellos mismos en los pobres obreros explotados. Esa es su calaña, hija mía. No tienen fondo en su desmedida codicia.

—¿Encontraron a D. Celestino en la fábrica del gas? —pregunté.

—Ya había huido camino de Murcia. Estará allí, sano y salvo.

—¿Llegaron a destrozar la fábrica? —dije.

—No. Un pequeño grupo de la Guardia Civil, con su teniente a la cabeza, frustraron la intención de los manifestantes de quemarla con latas de petróleo [...] Después, la turba recorrió las calles de La Unión, sembrando el terror a su paso en busca de las casas de los propietarios mineros que usan los vales como sistema de pago y causando también grandes destrozos en la propiedad pública.

—¡Qué horror!

—A mediodía, con el sol en su máximo apogeo, se dirigieron a la plaza del Ayuntamiento —continuó D. Segismundo— donde la Guardia Civil ya había tomado posiciones. Pasaron por delante de la vivienda de D. Pío, más varias voces invitaron a respetarla. Él sí paga en efectivo a sus obreros, decían.

—Sí, lo hemos escuchado —dijo por fin Julieta—.

—Al llegar a la Casa Consistorial los manifestantes leyeron un pliego de condiciones donde exigían la supresión de los consumos, la bajada de los precios de los productos básicos, el

aumento de los salarios, la disminución de las horas de trabajo y la supresión de los malditos vales. El alcalde no pudo calmar los ánimos con sus promesas. Él mismo representa al caciquismo motivo de la protesta [...] En todo ese parlamento se ganó tiempo, mas poco a poco aumentó el número de obreros, procedentes de poblaciones cercanas, y la tensión creció [...] Intentaron agredir al alcalde, y hubo disparos de persuasión al aire que irritaron más a los manifestantes, entraron en el Consistorio y lo incendiaron. Yo fui testigo.

—¿Han quemado el Ayuntamiento?

Al escuchar eso, Julieta me miró perpleja.

—¡Dios!, esos eran los gritos que oíamos. Estábamos tan cerca —murmuró entrecortada.

—Ese acto fue el inicio de una locura sin fin —contestó D. Segismundo—. A continuación, se dirigieron al juzgado de primera instancia y quemaron su documentación, también la del registro civil, y para redondear la jornada de caos absoluto, se desplazaron a la cárcel al grito de «a la dinamita», «a la dinamita», y liberaron a los presos.

—¿No vinieron refuerzos de la Guardia Civil de Cartagena? —dije.

—No, no aparecieron.

—¡Que Dios nos pille confesados! —dijo Julieta.

—Tranquilos, mantengamos la calma —comenté yo—.

—Sí, es lo mejor —apuntó D. Segismundo.

—¿Ha habido muertos? —pregunté.

—No parece, sí muchos heridos, tanto por parte de los amotinados, como por la benemérita —comentó D. Segismundo—. Por suerte no encontraron a Celestino Martínez, su deseada primera víctima. Su muerte hubiera provocado una espiral de violencia sin fin, una erupción salvaje, como la que borró de la faz de la tierra las ciudades de Pompeya y Herculano. En aquella ocasión fue por la fuerza de la naturaleza, en ésta, hubiese sido por la desvergüenza de la avaricia humana.

—¿Cómo está la situación ahora mismo? —pregunté.

—Sobre las cuatro, poco antes de venir a tu casa, entraron en la ciudad un regimiento militar, el de Sevilla, una sección de la Guardia Civil y otra de caballería, que han conseguido restablecer el orden —dijo D. Segismundo con aparente compostura.

Y tenía razón. Todo se calmó con la llegada de los refuerzos. A las siete de la tarde la tranquilidad era absoluta. La mayoría de los amotinados huyeron camino de Cartagena donde cundió el pánico al saberse la nueva dirección de la ola devastadora. La autoridad militar selló las puertas del recinto amurallado, se situaron fuerzas de artillería en la muralla y algunas otras de infantería y caballería y de la Guardia Civil salieron a su encuentro. Al verlas a lo lejos, los amotinados regresaron a la Unión, y se refugiaron de nuevo en la ciudad minera.

Aquella noche la pasamos en vela, con el pánico en los ojos, D. Segismundo salió a inspeccionar el terreno, volvió con un poco de fruta y pan para la cena, y nos contó las últimas novedades y rumores sobre las amenazas, de un grupo de amotinados, de derribar con dinamita las casas de los propietarios aficionados al sistema de los vales. Mis hijos dormían, por fortuna. Todos menos Antonia. Ella permanecía a mi lado, junto con Julieta, inmersa ya en las preocupaciones de los adultos.

Las horas pasaron despacio, y el cinco de mayo nos despertamos con la declaración, por parte del gobernador civil, del estado de guerra en toda la provincia de Murcia, y con la prohibición de reuniones de más de cuatro personas.

A lo largo de ese día la situación se hizo insostenible. La Unión estaba ocupada por las tropas, los amotinados refugiados en la sierra o escondidos en sus casas, las tiendas permanecían cerradas, y apenas había movimientos en las calles desiertas, salvo los de las tropas de patrulla. La angustia se había instalado en sus habitantes, y muchos huyeron a Cartagena, a casa de amigos o a sus viviendas de veraneo en los Alcázares.

Yo también estaba tocada en mi orgullo. El destino me había mostrado, de nuevo, mi capacidad para poner en peligro a mis seres queridos. El recuerdo de mi padre no dejó de rondarme en esas horas.

La prensa del día se hizo eco de los acontecimientos del día anterior en La Unión y la mayoría de los periódicos culparon del desastre a la explotación del obrero, incluso en sus casas, a través del odiado sistema de los vales, y recordaron sus continuos avisos durante más de ocho años, de la llegada de una revolución contra los que se enriquecían a costa de los obreros, sin ningún miramiento, ni consideración. «La ola sube, decíamos, la ola amenaza con arrollarnos a todos, sin ser escuchados...». Ese era el mensaje unánime en los diarios, además del lamento por los destrozos causados, y la alegría por la ausencia de víctimas mortales. Coincidían también en no dar por cerrado el asunto.

D. Segismundo era de la misma opinión, tal y como nos dijo esa misma mañana.

—El gobernador civil mandó llamar ayer a D. Pío. Los obreros lo respetan. Quizá pueda ser un buen interlocutor —dijo D. Segismundo en la cocina de mi casa.

—¡Quién sabe! Dios lo ilumine a él y a quienes tienen en su mano la facultad de sacarnos de esta peligrosa situación —comenté yo con esperanza.

En ese mismo momento, mientras D. Segismundo y yo desayunábamos en mi casa, D. Pío llegó a la estación de trenes de Cartagena procedente de Madrid. Fue recibido con «vivas» por numerosos obreros, y me contaron más adelante que el propietario almeriense les dirigió unas palabras exhortándolos a la tranquilidad, y se comprometió a mediar con los demás propietarios mineros a favor de sus reclamaciones.

A las nueve y media de la mañana del día siguiente, el 6 de mayo, se celebró una reunión en Cartagena, convocada por el gobernador militar, el gobernador civil y el alcalde de la ciudad, con una serie de mineros y fundidores, entre ellos D. Pío, donde se redactó una posible propuesta a los huelguistas.

Los siguientes días fueron duros y de solidaridad entre amigos y vecinos. En La Unión se habían ido los violentos, mas, se había instalado el hambre.

El día 8, después de una negociación nada fácil, los propietarios accedieron a realizar pagos semanales en efectivo y a aumentar los salarios, y además, el alcalde de La Unión emitió un bando en el que invitaba a denunciar a quienes continuaran pagando con los vales.

Restablecida la calma, el Ayuntamiento fue cerrado y abandonado por unos días, en espera de su restauración.

—¡Todo vuelve a la normalidad! —comenté a D. Segismundo en una de nuestras partidas de ajedrez, una semana después de la revuelta.

—Sí, aunque ayer corrió el rumor de una nueva protesta obrera.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado ahora? —pregunté alarmada.

—Una vez más nos han engañado, mi niña —dijo con voz reposada.

—¿Cómo?

—Al día siguiente del acuerdo, el día 9, se inició una brutal represión contra el movimiento obrero. Los líderes de la protesta del día cuatro fueron detenidos, más de cien, y muchos de ellos han sido condenados a la deportación en islas lejanas.

—¿De verdad?

—Sí, mi niña, sí, y registran las casas de muchos obreros, con la excusa de encontrar objetos de valor sustraídos de la vivienda de D. Celestino Martínez.

—¡Vaya panorama!

—Por desgracia el gobierno español mantiene una doble guerra, una contra los Estados Unidos, sin esperanza ninguna de ganarla, y otra contra su propio pueblo —dijo D. Segismundo con tristeza—. Está empeñado en hacer oídos sordos a la explotación ejercida por unos pocos, y en realizar una política de partidos en defensa de sus privilegios, y no una política nacional encaminada a acabar con esa injusticia.

D. Segismundo tenía razón, mas, la verdad es que a partir del día 10, mi vida sí discurrió por sus raíles de costumbre.

42

Las partidas de cartas se reanudaron el 10 de mayo, si bien muchos de los patronos y partidarios habituales en la mesa no asistieron. La mayoría de ellos no habían vuelto a La Unión, desde sus refugios en Cartagena o en los Alcázares.

Ese mismo día, Antonio Wandosell se acercó a saludarme, a media tarde, de improviso, desde su refugio en la finca Villa Dolores, propiedad de su padre. Tenía una actitud risueña, como si nada de lo ocurrido en la ciudad fuera con él.

—Hola Alma.

—Hola Antonio, me alegra verte —dije por cortesía.

—Esta noche volvemos a la faena —comentó sin apenas mirarme.

—¿Te parece prudente?, después de lo sucedido.

—Es el mejor momento. Las autoridades estarán ocupadas en dar su merecido castigo a los responsables de la revuelta, y tú no figuras entre los sospechosos, al menos por ahora —dijo con una sonrisa cínica—, aunque deberías tener más cuidado con tu amistad con ese viejo profesor de tus hijos.... Está catalogado por las autoridades como un sujeto peligroso, y su compañía te perjudica, a ti, y a nuestro negocio en común.

—D. Segismundo es solo un viejo intelectual.

—Por eso lo creen peligroso. Tiene la extraña afición de juntarse con la gentuza aficionada al flamenco, y con los cantaores y bailaoras de ese mal llamado arte, foco de perversión y desviadas costumbres. Esas son compañías extrañas para una persona decente, y, además, fue visto el día cuatro, participando en los hechos ocurridos en la plaza del Ayuntamiento.

Me sorprendió esa hipócrita reflexión, por parte de alguien conocido en la ciudad por sus habituales paseos por los cafés cantantes.

—Fue un mero espectador, nada más.

—No piensa eso la Guardia Civil. Pretenden interrogarlo, pronto, me temo. Está bajo su estrecha vigilancia, y no lo han detenido ya, en consideración a su edad, y por mi intervención.

—Es el profesor de mis hijos y una bellísima persona. No pienso alejarme de él —me detuve para calibrar si debía seguir—. Tú también haces cosas que no son de mi agrado.

—¿A qué te refieres? —dijo, extrañado por mi osadía.

—Al episodio de la boda de tu hermano.

—Eso es asunto mío.

—Utilizaste uno de mis preparados para engañar a tu padre y eso no puedo permitirlo... Voy a confesárselo a D. Pío —dije en un arrebato.

En cuanto terminé de hablar Antonio se movió con rapidez felina y se situó junto a mí. Fue un movimiento sigiloso, casi imperceptible; y, sin embargo, sí noté un ligero pinchazo en mi cuerpo.

—No te conviene hacer caso a los rumores —dijo amenazándome con un cuchillo en la base de mi cuello—, si no quieres ver a tu preciosa hija en serios apuros. Ya tiene diecisiete años y llama mucho la atención con su belleza —comentó con una risita—. Un buen amigo mío ya ha quedado prendado de ella. Me resultaría fácil dejarla caer en sus brazos. Y eso no te gustaría... Créeme. Esta noche vendrá a merodear su presa. Me ha prometido dejarla tranquila, me debe varios favores, mas, no sé cuánto tiempo podré contenerlo, ¿me entiendes? —puntualizó soltándome el brazo, y lanzándome con cierta fuerza al centro de la habitación.

Me repuse y lo miré desafiante. El destrozo lo tenía por dentro.

—Ya sabes cómo debes comportarte —me comentó con cierto desaire—. Tu hija no debe faltar esta noche, y sobre tu amigo el profesor..., ya eres mayorcita, aunque si te digo una cosa, hasta ahora he controlado la marcha de este negocio a pesar de tu amistad con él. Sin embargo, las cosas han cambiado mucho después de la revuelta obrera. Las autoridades están nerviosas..., y si en cualquier momento lo considero un obstáculo, actuaré sin dudas.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté con preocupación.

—Por ahora nada, no sé por quién me tomas —comentó con cierta sorna.

Respiré aliviada.

—Ahora voy a preparar lo necesario para esta noche —apuntó como si nada hubiera sucedido entre nosotros—, y tú deberías estar de mi parte, te conviene... Arréglate un poco, y tu hija también. Es ella quien atrae a la mayoría de los clientes.

Cruzó el salón y se fue por donde había venido.

Me quedé sola, cubierta de lágrimas, no por fuera, por dentro.

Aquella noche el juego se desarrolló como siempre, aunque con un único tema de conversación, los acontecimientos ocurridos a principios del mes en La Unión, y sus consecuencias.

Alrededor de la mesa había diez puntos que jugaban con apuestas altas, y el alcohol y los cigarrillos se vendían a gran velocidad.

De repente, cerca de las once de la noche, el aire se congeló, y el silencio se apoderó por un instante del paso del tiempo. Zamo entró en la habitación, y sin apenas saludar, se sentó en un sitio libre. Los dos guardaespaldas y el Alano Español quedaron por los alrededores de mi casa, en espera de su dueño.

La velada continuó desarrollándose sin problemas. Zamo hizo apuestas arriesgadas y perdió mucho dinero, empero, esa noche no tenía su atención fijada en el juego, sino en mi hija.

Antonio se reía, de soslayo.

Me tenía atrapada.

Al día siguiente pensaba en esa terrible sensación, mientras compartía la tarde con Julieta, como muchas otras, en su afán por aprender a leer y a escribir. Nunca lo había necesitado hasta entonces, mas, su convivencia conmigo le había despertado esa inquietud.

Al principio se sentía estúpida y no quería participar en mis métodos, aunque pronto cambió de actitud y su velocidad de aprendizaje resultó extraordinaria. Le enseñaba a leer mientras aprendía a escribir, y entre las dos planeamos un juego consistente en el reconocimiento de las palabras comunes en las noticias diarias del periódico, para luego escribirlas. Leíamos en voz alta, midiendo el ritmo natural de cada línea, de cada palabra. Primero con frases sencillas, y luego, poco a poco, más complicadas. Yo corregía sus errores fonéticos, y trabajábamos con tarjetas de apoyo para reforzar la memoria. Nos reíamos las dos, y aprendíamos a la vez. Ella a leer y a escribir, y yo, a disfrutar de aquellos momentos de diminutas preocupaciones.

—¿Qué te pasa hoy? —dijo Julieta mientras reconocía algunas palabras comunes en el artículo de periódico escogido.

Esa tarde descifrábamos una noticia de la guerra de España con Cuba, sobre la salida de Cádiz, el día anterior, de una parte, importante de la escuadra española, al mando del Almirante Cervera, rumbo a Santiago de Cuba.

—Tú lee —contesté. Quería pasar página.

—Algo te sucede, y debes decírmelo —se detuvo un instante.

—Ayer Zamo no quitó el ojo de encima a mi hija.

—¿Zamo! ¿Y qué pasó?

—Nada, Antonio lo tiene controlado, o eso me hace creer.

—No entiendo.

—Me ha amenazado.

—¿Cómo?

—Si cierro mi boca con respecto a la boda de su hermano, y no retiro a Antonia del servicio en las partidas, él mantendrá a raya a Zamo.

—¿Qué vas a hacer?

—Nada.

—¿Se lo has comentado a D. Segismundo?

—No, a nadie, y así debe seguir.

No volvimos a tocar más ese tema, y la rutina y el paso de los días borraron los rastros de mi preocupación, aunque, como madre, permanecí atenta.

43

La tercera semana del mes de mayo recibimos una nueva visita de Roberto. Venía cargado, como siempre, de buenas noticias y saludos de casa, de Aurora y de mis amigos.

No dijo nada de mi padre, yo no pregunté.

Ante mi sorpresa, me invitó al teatro esa noche, y acepté.

La platea estaba llena para ver una obra protagonizada por la compañía de Juan Espantaleón. Representaron una zarzuela en un acto y una comedia: Torear por lo fino y San Sebastián mártir. No paramos de reírnos durante el espectáculo, los actores estuvieron bien, y el cuerpo de baile se vio obligado a repetir sus números.

Salimos de buen humor del teatro, y volvimos a casa paseando por las calles de la ciudad.

—¿Va todo bien? —me preguntó Roberto, de improviso, después de detenerse.

—Sí.

Silencio escrutador.

—Detecto claros signos de intranquilidad bajo tu aparente sonrisa —dijo con abierta complicidad.

Lo agarré del brazo y lo obligué a caminar.

—Tengo las preocupaciones normales de una mujer viuda, con ocho hijos, que organiza partidas clandestinas en su casa, en una ciudad todavía extraña. Nada más—. Lo dije en un tono serio y de corazón. Roberto lo creyó chanza, y esbozó una gran sonrisa.

—¿De verdad? —dijo, sin abandonar ese tono burlón.

—Claro —contesté—. Y ahora volvamos a casa rápido, o algún transeúnte comentará pronto las compañías de una viuda, en su supuesto periodo de luto.

En esa ocasión reímos los dos, y continuamos nuestro camino sin mucha prisa.

Al día siguiente, Roberto se marchó de nuevo a Alhama de Almería, cargado con la ropa sucia de nuestros convecinos, una carta mía para mi padre, otra para Aurora, algo de dinero para La Querencia y cientos de besos de mis hijos para sus abuelos.

Sin apenas darnos cuenta, entramos en la última semana del mes.

—¿Ya te has enterado de la última noticia en boca de los habitantes de la ciudad? —me dijo D.

Segismundo durante otra de nuestras partidas de ajedrez.

—¿Mis andanzas? —dije medio en guasa, medio en serio.

Silencio paciente.

—D. Pío ha regresado a vivir a La Unión, al menos de forma temporal.

—Sí, algo leí en una nota de prensa. Después de su intervención en la resolución de los incidentes de principio de mes, volvió a Madrid, cerró sus asuntos allí y regresó en un tren alquilado de tres vagones. Se ha instalado en Villa Dolores.

—¿Y sabes qué ha hecho? —me preguntó D. Segismundo, sin esperar una respuesta —. Ha encargado a su abogado una investigación a fondo del suceso de la boda de su hijo Eugenio y en caso necesario presentará, según ha dejado dicho en varios foros, la denuncia correspondiente.

—¿Haría eso a su propio hijo? —comenté con sorpresa.

—Eso y más. Es un hombre recto y combativo. Su abogado se reunió la semana pasada en su despacho con los participantes en el sospechoso episodio, y no dejó ningún detalle sin preguntar. Al final llamó a Antonio y lo avasalló con el requerimiento de múltiples puntualizaciones y explicaciones sobre el desarrollo de los hechos. Un sinfín de preguntas preparadas para volver loco a su interlocutor y sacar a la luz cualquier mentira, aunque estuviese bien entrelazada.

Y así fue, tal y como me lo describió aquel día D. Segismundo.

Años después, y casi de casualidad, tuve acceso a los cuadernos personales del abogado de D. Pío, D. Mariano Gil de Pareja, donde dejó escritas las preguntas que hizo a los testigos entrevistados.

...Preguntas a D. Martín Pérez Castillo, tío de Carmen Segura, la novia:

...¿Qué distancia existe entre su casa y Villa Dolores? ¿A qué hora salió de ella con Eugenio Wandosell, y ¿a qué hora llegaron a Villa Dolores? ¿Cómo encontró la puerta principal, cerrada o abierta? ¿Quién les facilitó la llave en caso de estar cerrada? ¿Quién había en la casa principal? ¿Por qué el enfermo no fue atendido por su tía carnal Carmen Calvache, quien vive pared por medio de la casa principal de Villa Dolores? ¿Por qué no avisaron a ningún otro habitante de la finca del estado de gravedad de Eugenio? [...] ¿Por qué no avisaron a D. Manuel Yáñez, médico habitual de D. Pío en La Unión? Al ordenar al médico que olearan a Eugenio, ¿recetó alguna medicación? ¿Dónde fueron a buscar la medicina en ese caso? ¿Qué hicieron para mejorar la situación del paciente? ¿Quién asistía a Eugenio para evitar las autolesiones en sus convulsiones? [...] ¿Cómo avisaron al cura del Garbanzal D. Juan Antonio Cayuela? ¿Cuánto tiempo tardó en llegar el sacerdote? [...] ¿Quién asistió a la ceremonia del suministro de los óleos? ¿Nadie de las otras casas de la finca asistió a un acto tan solemne como la administración de Sacramentos? [...] ¿Cuánto tiempo tardó usted en ir a buscar a su sobrina? Al llegar a su casa ¿encontró a su sobrina dispuesta para salir de casa?, o ¿tuvieron que asearse para trasladarse a casa extraña?...

...Preguntas al médico D. Juan Meroño:

...¿Por quién fue avisado esa noche de abril para asistir a Eugenio Wandosell en Villa Dolores? ¿Desde cuándo atiende usted a los miembros de la familia Wandosell? ¿Ordenó usted alguna prescripción para contener la violencia de los ataques y mejorar la situación de Eugenio? ¿Quién asistía a dicho enfermo cuando llegó usted? ¿Con qué individuo de la familia se entendió para prestarle los auxilios de la ciencia? [...] ¿Dónde extendió la certificación que dice usted le pidió el cura D. Juan Antonio Cayuela? ¿A qué hora la extendió? ¿Quién le facilitó el papel sellado para hacerlo? [...] ¿Cuántas veces fue esa noche a Villa Dolores? ¿En alguna de ellas llevó medicamentos para administrar al enfermo? ¿Qué régimen prescribió para su asistencia al hallarlo, como certificó, en peligro de muerte? ¿Quién quedó encargado de asistirlo en su ausencia? Las veces que fue esa noche a Villa Dolores, ¿lo hizo a pie o en carruaje? ¿Quién lo acompañó? ¿Quién fue el conductor del carruaje, caso de haberlo usado? ¿Quién le franqueó la entrada de la cerca? ¿Sabe usted que en Villa Dolores habitan de forma permanente, la cuñada de D. Pío, Carmen Calvache, los guardías de la finca, sus colonos y las personas encargadas de su conservación? ¿No vio a ninguno de ellos?...

...Preguntas al cura del Garbanzal, D. Juan Cayuela:

...¿Quién le dio aviso para trasladarse a Villa Dolores esa noche de abril? ¿A qué hora recibió el aviso? ¿A qué hora entró en Villa Dolores? ¿Quién le abrió la puerta de la cerca de la finca, siempre cerrada? ¿Fue en carruaje o a pie? ¿Llevó usted los santos óleos? [...] ¿Tenía Eugenio Wandosell despejada la razón cuando lo vio o era presa de los accidentes epilépticos? ¿Quién redactó y escribió el certificado de gravedad que suscribió el médico Meroño? ¿Guarda usted el certificado? ¿Quién asistió al acto de suministrar los Sacramentos a Eugenio Wandosell? ¿A qué hora despachó a su criado con el encargo de avisar al oficial del Registro Civil para asistir a la celebración del matrimonio? ¿Por qué no dirigió ese aviso al Juez Municipal? ¿Quién les abrió la puerta de la cerca, y quien la de la casa? ¿Qué habitación ocupaba Eugenio Wandosell? [...] ¿Quién decidió celebrar el matrimonio? ¿Quién delegó al tío de la novia la representación del Juzgado Municipal en el acto del matrimonio? ¿Por qué no se avisó a los habitantes de las demás viviendas de la finca? ¿Asistió alguno de ellos? [...] ¿Por qué no se quedó a consolar al enfermo en sus últimos momentos?...

...Preguntas a Antonio Wandosell Calvache:

...¿Por qué no avisó a su tía Carmen? ¿Tiene usted llave de la casa principal? En caso negativo, ¿cuándo pidió la llave de la finca a su tía? [...] ¿Comió en la casa de su padre ese día? ¿Solo? ¿Acompañado? ¿Qué contacto tuvo con su hermano Eugenio a lo largo de esa mañana? ¿Por qué no avisó a su padre de la situación de su hermano? ¿Tuvo él conocimiento de la enfermedad gravísima padecida por su hermano Eugenio? En caso negativo, ¿por qué no avisó a su tía, a los criados, al jardinero, al encargado de la huerta, al mulero y a los demás dependientes, que viven con sus familias en la huerta, para que les prestaran los auxilios y el servicio necesario? ¿Cómo explica que todas esas gentes no se apercibieran de una situación tan grave como la de estar su hermano Eugenio en peligro de muerte? [...] ¿Por qué no recurrió al médico habitual de la familia? ¿Suministró usted algún medicamento al enfermo? [...] ¿De quién fue la idea de olear al enfermo? ¿Y de celebrar el sagrado matrimonio? ¿Y por qué no concurrieron a una ceremonia tan solemne su tía Carmen y los demás habitantes de Villa Dolores? [...] ¿Se quedaron los recién casados solos

en la finca? ¿Por qué? ¿Por qué no aviso a sus padres del matrimonio de su hermano?...

Al final de aquel duro interrogatorio, Antonio se derrumbó ante el abogado y confesó.

Un día después, D. Pío rompió relaciones con sus hijos Antonio y Eugenio y los obligó a reconocer, ante un notario de Cartagena, sus cuantiosas deudas con él por las cantidades prestadas para mantener su elevado nivel de vida. Ese mismo día, los dos hermanos vendieron a su padre los bienes muebles de sus domicilios particulares y los bienes heredados de su madre, quedando las deudas pendientes, a expensas de poder ser reclamadas en cualquier momento por su padre.

Aquella noticia me puso nerviosa.

La nueva situación de Antonio hacía más dudosa la permanencia de nuestro negocio de los martes, los jueves y los sábados. Sin pretenderlo, él se había convertido en mi protector, y en un punto de apoyo importante.

En aquellos últimos días del mes, los ánimos ya se habían calmado en La Unión. La benemérita había detenido a casi todos los responsables de los incendios y agresiones de los incidentes del cuatro y cinco de mayo, incluidos los dos vecinos de Pacheco autores del robo de la bandera nacional enarbolada en la fachada del Consistorio, y también había encontrado, vagando por la sierra, a los dos últimos presos aun fugados de la cárcel.

La verdadera preocupación de las autoridades municipales era la falta de harina. En la ciudad apenas había existencias para dos o tres días, hasta que, el día veintisiete, el gobernador consiguió un suministro de cuatro mil kilogramos diarios, procedentes de Alicante.

Ese mismo día escuchamos, desde La Unión, una terrible explosión en Cartagena, y a más de uno se le pudieron los pelos de punta, pensando en la tan comentada posible invasión de los norteamericanos. Al final resultó ser la detonación accidental de una buena parte del castillo de San Julián, originada en el almacén de pertrechos de artillerías.

Las partidas de cartas en mi casa también continuaron con normalidad, y el vino corría en abundancia por la mesa, los martes, jueves y sábados, gracias en parte, a un atractivo colorante rojo natural, hecho por mí, con pétalos rojos de la vara de San José.

Mi relación con Antonio se redujo, desde nuestro incidente, a pasarle cada semana la necesidad de provisiones; a recibir, por su parte, el porcentaje del dinero jugado en la mesa, asumido por todos los jugadores; y a entregarle su beneficio de lo facturado en bebidas y tabaco.

Gracias a ese dinero mis ahorros crecieron, e hice giros periódicos a mis hermanos para financiar el avance en el acondicionamiento de las tierras de cultivo de La Querencia.

Antonio acudía a las partidas, sin fallar un día, siempre con mucho cuidado de no perder, ni ganar cantidades importantes. Su misión era incentivar las apuestas entre los demás jugadores. Lo tenía

claro, y lo hacía a la perfección, gracias a sus grandes virtudes como un conversador nato, culto y seductor. No le gustaba trabajar, no pretendía ocultarlo, y era listo, pillo y rápido, cualidades requeridas en el mundo donde él se movía.

Me había acostumbrado a la presencia de Antonio en mi casa, los martes, los jueves y los sábados, y como las visitas de Zamo eran cada vez más frecuentes, también me había habituado a verlo como un cliente más, hasta una conversación que tuve con D. Segismundo, el último sábado de aquel mes.

D. Segismundo me contó que los habitantes de la ciudad seguían muy alarmados por el asesinato violento, con apenas tres días de diferencia, de dos jovencitas, cuyos cadáveres habían aparecido descuartizados de forma salvaje, después de haber sido secuestradas y violadas.

—¡Pobres niñas! Un alma oscura se mueve por las calles de la ciudad, y no existe voluntad política para pararlo —comentó después de contarme el suceso.

—¿Dónde han aparecido los cadáveres? —pregunté con cierta angustia.

—En la cañada de Mejías.

—¡Qué horror! Cerca de Villa Dolores.

—Sí, y el pánico ya discurre entre las prostitutas de la ciudad.

—¿Prostitutas? ¿Cómo lo saben?

—El Ayuntamiento mantiene un libro de registro con las mujeres dedicadas a esos menesteres en La Unión. Incluye los datos personales, una foto y sus lugares de trabajo habituales, la mayoría en cafés cantantes u otros locales encubiertos.

—¿Ya las han reconocido?

—Sí, a pesar de los destrozos realizados por el asesino, las autoridades las identificaron con celeridad. Eran dos chicas de apenas dieciocho años, una de San Javier y la otra de Dalías.

—¡Dios mío! Eran dos niñas.

—Las prostitutas de la ciudad están nerviosas. Por las tardes se reúnen en la Ermita de Nuestra Señora del Rosario, rezan por sus pecados y piden su protección. Son muy devotas, y en mi opinión, la virgen está en deuda con ellas. En los días de la revuelta de primeros de mes, fueron ellas, y no las autoridades, quienes defendieron la Ermita, rodeándola con una cadena humana de jóvenes y viejas manos, por si a los desalmados en tropel se les ocurría poner las suyas, manchadas de ira, en la Santa Madre o en cualquiera de las imágenes guardadas en el templo.

—¿Se ha abierto una investigación?

—Sí, claro, mas, en mi opinión, ya ha nacido muerta.

—¿Por qué?

—Está claro, mi niña. En realidad, no es necesario investigar. Toda la ciudad conoce al autor, mas, nadie pronuncia su nombre, no se atreven.

No respondí, mi cuerpo se petrificó.

—No es la primera vez. Es el mismo modus operandi de otras veces. Este desenfrenado frenesí de crímenes solo significa una cosa, ya ha seleccionado una nueva chica, fuera de su alcance, en principio, y mientras la cerca, calma su ansiedad con objetivos más fáciles. En algún lugar de La Unión, la próxima víctima de ese animal se mueve con inocente ignorancia sobre su próximo destino. Casi ninguna joven pasea ya por las calles de la ciudad, y todo el mundo espera su próximo zarpazo.

—¿No hay forma de parar a esa bestia? —pregunté con rabia.

—Es muy listo y está bien protegido. No deja ninguna prueba. La única relación de los crímenes con él es la presencia de su Alano Español merodeando por los alrededores cuando un cadáver es encontrado.

En ese momento mi existencia se llenó de pánico, si bien en pocos segundos recuperé la tranquilidad. Por suerte, Antonio había cumplido su palabra, hasta entonces, de mantenerlo a raya.

Lo comprobé esa noche.

Antonio no se presentó en casa media hora antes del inicio de la partida de cartas, como todos los martes, los jueves y los sábados, aunque sí nueve de los jugadores habituales.

En un principio me sentí liberada, luego nerviosa, y al cabo de un rato me relajé fijándome en las manos de los jugadores. Después de tantas partidas de cartas en casa, había descubierto un patrón para distinguir entre los buenos, y aquellos con menor destreza, entre los amantes de los faroles, los asustados y los temerarios. Los grandes jugadores han aprendido una forma de controlar los gestos de su rostro, en especial los ojos, con el fin de no dar pistas, al contrario, mas, prestan poca atención a las manos, y desde mi punto de vista, las manos son un espejo del comportamiento, las expectativas y los deseos. Basta con observar sus movimientos, lentos, avezados o nerviosos; y su posición, cruzada, en paralelo, en el bolsillo o bajo la mesa, para descubrir el componente timorato, temerario o la dirección de las futuras acciones de un jugador. Esa información no tendría precio en manos de un punto avezado.

Ejercía ese entretenimiento con placer cuando, de repente, el aire se congeló en mi casa, una vez más.

Zamo hizo su aparición habitual, sin apenas saludar a nadie, y se sentó en la mesa. Aquella noche se mostró algo descuidado en su juego. Hizo apuestas arriesgadas, perdió mucho dinero, y, sin embargo, no le importó. Tenía su atención puesta en otro sitio, en mi hija.

Antonia atendía la mesa, ajena al deseo libidinoso de ese mal nacido. Yo no le había dicho nada por no preocuparla. Su sonrisa era la luz más hermosa de la habitación y su amabilidad, dibujada sobre una primorosa adolescencia, discurría con naturalidad entre los presentes.

Qué culpable me sentí en ese momento. Yo era quien la había puesto ante el inminente peligro.

A esas alturas de la noche ya maldecía la ausencia de Antonio, y contaba los minutos y hasta los segundos, de uno en uno, cuando, ante mi sorpresa, D. Segismundo entró en la habitación.

Con ánimo decidido, y sin cruzar una palabra conmigo, se sentó y jugó como si fuese un consumado profesional, cuando en realidad esa era su primera vez en una mesa de juego. No intercambiamos palabra alguna, empero, sí muchas miradas, las mías de interrogación, y las suyas de paciencia.

En pocos minutos D. Segismundo se había convertido en un jugador más de la mesa, el tiempo discurría sin prisa y las conversaciones seguían el curso habitual.

Jugador 3: ¿Puedes darme un veguero, niña? —dijo dirigiéndose a Antonia.

Jugador 7: Dame a mi otro. Necesito relajar mis nervios.

Jugador 5: Tus nervios no son el problema. Debes aprender a jugar, eso es todo.

D. Segismundo: ¿Conocen el origen de la palabra tabaco?

Nadie contestó, y él tampoco esperaba una respuesta.

D. Segismundo: Es confuso, parece derivar del árabe tabbaq. Ellos recurrían a esa palabra para denominar algunas hierbas con propiedades somníferas y luego los españoles transmitimos ese nombre a la planta traída de América.

Jugador 2: Interesante.

Jugador 8: ¿No era una palabra aborigen de Haití?

D. Segismundo: Esas es la otra teoría, y de ahí la confusión.

Zamo: ¡Ande viejo!, menos hablar y más jugar. Termine sus apuestas, que es para hoy.

Al cabo de un rato D. Segismundo se levantó, y se dirigió al patio con la excusa de tomar un poco de aire fresco.

Lo seguí, con el disimulo que pude.

—¿Qué hace usted aquí? —pregunté en cuanto me situé a su lado, fuera del alcance de oídos indiscretos.

Antes de contestar comprobó la ausencia de extraños.

—No esperes a Antonio Wandosell —dijo sin más.

—¿Por qué?

—Lo detuvieron esta tarde.

—¿Qué dices? ¿Por qué?

—Un vecino de Murcia se presentó hoy en el cuartel de la Guardia Civil de La Unión y puso una denuncia contra él por estafa en la venta de una mina. Al parecer, Antonio ya la había vendido hace unos meses a otro sujeto. No es la primera vez. En una ocasión, llegó a hacérselo incluso a su tío Francisco.

—¿Y lo han detenido sin más? ¿Con qué pruebas?

—Eso es lo grave. El denunciante ha presentado un expediente completísimo, lleno de documentación comprometedor. Esta vez no tendrá escapatoria, me temo, y menos sin el apoyo de su padre.

—¿Qué pasará ahora? —pregunté preocupada.

—Ha sido puesto a disposición judicial.

—¿Va a ir a la cárcel?

—Dada su notable escasez de fondos, pasará unos cuantos días en una celda.

Aquella noticia detuvo mis movimientos. No podía pensar, y menos actuar.

—Por eso he venido esta noche —me dijo D. Segismundo—. Zamo lo sabe, al igual que media ciudad, y tengo miedo de los actos de ese animal sin el control de Antonio.

En ese momento se escuchó con claridad un grito y reconocí la voz de Antonia. Procedía de la habitación de juego. Los dos corrimos hacia allá. Al entrar encontré, ante mis ojos, un espectáculo nunca deseado. Vi a Zamo y mi hija en pleno forcejeo, de pie junto a la mesa El muy c... había aprovechado mi breve ausencia para lanzar su ataque.

Nadie se movía en la sala. Él quería agarrarla con todas sus fuerzas para propasarse, y ella se defendía a duras penas. Al final consiguió inmovilizarla.

—Quita tus sucias manos de esa niña —dijo D. Segismundo mientras se dirigía con decisión hacia él.

En ese preciso momento, Zamo soltó su brazo derecho y empujó con fuerza al pobre viejo. No lo vio venir. El golpe fue duro y D. Segismundo quedó semiinconsciente en el suelo. Zamo me lanzó entonces una mirada desafiante.

—¿Tú también vas a intentar detenerme, mujer? —dijo con desprecio.

Me planté frente a él.

—Si tocas un pelo a mi hija, te mato.

—Así me gustan a mí las mujeres, fierecillas. Qué pena la edad. Si fueras más joven saciaría mi sed contigo y no con tu hija. Las prefiero más tiernas —dijo volviéndose hacia Antonia, a quien

tenía sujeta con fuerza con las manos.

No lo dejé volverse. Le solté un bofetón en la cara. Le di de pleno, y gracias al efecto sorpresa, mi hija se soltó ante su extraño movimiento de reacción y aprovechó la tracamundana para huir de la habitación.

Zamo nunca esperó ser abofeteado por una mujer. Ninguna en su sano juicio lo hubiese hecho.

Se recuperó en apenas unos segundos, sacó una faca de su cintura y, cogiéndome por detrás, se situó frente a todos los puntos, y apretó el filo del cuchillo curvo, con fuerza, contra mi cuello.

—A mí no me ha cruzado nadie la cara en mi vida —dijo a voz en cuello, y con los ojos fuera de sus órbitas—. Dime una sola razón para no rajarte.

—Estás en mi casa, y hay muchos testigos —dije como pude.

—Nadie hablará, ¿verdad? —preguntó con su mirada amenazante, clavada en los presentes.

Ninguno abrió la boca. Muchos años de indolencia podían con las ganas de parar aquella injusticia.

—Yo lo haré, aunque sea mi última acción en esta vida —dijo D. Segismundo incorporándose con lentitud—. Alguien debe pararte los pies. Eres un brutal asesino —gritó.

Sus movimientos eran lentos a consecuencia del dolor de las magulladuras. Se situó frente a Zamo.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Nos vas a matar a todos? —dijo mi amigo, sin un ápice de miedo en sus palabras.

—¿Por qué no? —contestó Zamo, mientras buscaba una salida, con la mirada, a aquella situación.

Silencio sepulcral.

—Deberás hacerlo —dijo otro de los jugadores.

Aquella reacción sí fue una sorpresa para mí y para los demás presentes, incluso para Zamo.

—Inténtalo, si puedes. Estás solo esta vez —dijo un tercero.

De repente, y sin él esperarlo, la situación se había vuelto delicada y peligrosa para Zamo. Él lo sabía y tomó la decisión más conveniente para sus intereses.

—Está bien, viejo. Por esta vez has ganado, habéis ganado —puntualizó—, aunque las cosas no quedarán así.

Mientras hablaba, me agarraba con fuerza y nos dirigíamos, sin pausa, hacia la puerta.

—Ahora me voy a ir, empero, acabaré, poco a poco, con todos vosotros. No podréis dormir sin pensar en cómo voy a vengarme, uno a uno.

Dicho eso, Zamo me empujó con fuerza hacia la posición de D. Segismundo, y aprovechando el desconcierto generado, salió con la rapidez del viento, en busca de la protección de sus dos guardaespaldas, su Alano Español y la noche.

Silencio negro.

—¿Estás bien, mi niña? —me preguntó D. Segismundo con cariño.

—Sí, no se preocupe.

En ese momento Julieta y Antonia entraron en la habitación, por el interior de la casa, con el ánimo alterado y la respiración marcada.

—¿Qué ha sucedido aquí? ¿Dónde está ese canalla? ¿Te ha pasado algo, mi niña? —preguntó Julieta de forma atropellada—. Ven, vamos, necesitas descansar. Tienes mala cara... Y ustedes señores, es hora de irse a sus casas... El espectáculo ha terminado por hoy —dijo con determinación.

Aproveché ese momento para agradecer a dos de los puntos su ayuda, al revelarse contra la intención de Zamo de matarme allí mismo.

Esa noche de sábado acabó en una sucesión de cuidados, lamentos, quejidos y reproches.

Todos habíamos jugado con fuego y nos habíamos quemado.

En silencio, a altas horas de la madrugada, recé ante mi pequeño altar con la virgen de la Esperanza de madera, mientras mantenía agarrado con mi mano el corazón de plata colgado en mi cuello.

¡Cuánto te eché de menos en aquellos momentos, Ramón!

45

Aquel domingo no amanecí tranquila. Me sentía aturdida, y algo lenta de reflejos.

A media mañana llamaron a la puerta de casa. Era mi tío Francisco. Sentí una ráfaga de alivio, mas, también me puse a la defensiva. Aun así, me preguntó con cariño si me encontraba bien.

—Una mala noche —contesté. No quise contarle más.

Silencio.

—¿Sabes ya lo de Antonio? —me dijo, sin mostrar sus sentimientos.

—Me enteré ayer por la noche... ¿Pasaré mucho tiempo en la cárcel? —pregunté con interés.

—Se trata de una estafa grave.

—¿Tienen pruebas?

—Las necesarias, fechadas y en perfecto orden.

—¿Desde cuándo aparecen las pruebas de un delito ordenadas y clasificadas? Resulta extraño.

—En esta ciudad nada sucede por casualidad. Ha caído en desgracia con su padre, y eso se paga rápido en La Unión. Alguien se ha tomado mucho interés. No es ninguna sorpresa, lleva mucho tiempo jugando con fuego. Mucha gente se la tiene jurada... Su apellido ha actuado de escudo ante cualquier venganza, hasta ahora.

En cuanto terminó su frase, detuvo su mirada en mí, unos segundos, para observar mi reacción. Yo no moví ni una pestaña, me resistía a entrar en su juego.

—¿No te habrá afectado su detención? —me preguntó por fin.

—¿A mí por qué?

—Vamos, Alma, la ciudad entera conoce vuestra asociación en las partidas clandestinas.

Permanecí callada. Era una tontería negar esa verdad.

—Eres un imán para los elementos más peligrosos de La Unión, eso no puede negarse —dijo con un ligero sarcasmo.

—Trato de ganarme la vida, y sacar adelante a mi familia, nada más.

—Yo te ofrecí mi ayuda —dijo con tono serio.

—Quiero hacerlo por mis propios medios. Ya lo hemos hablado alguna vez —comenté con

firmeza.

—¿Y esos medios consisten en celebrar partidas ilegales en tu casa, y juntarte con gente como Antonio? —comentó con cierta ironía.

—Es tu sobrino.

Se detuvo unos segundos antes de contestar.

—Sí, y un holgazán consentido, acostumbrado a vivir bien sin trabajar, primero a costa de su padre, y después, a través de todo tipo de juegos sucios. Hace tiempo que había entrado en una espiral de caída sin retorno... Lo último ha sido engañar a su padre, su mayor valedor, quien siempre lo había cubierto, hasta ahora —repitió.

—¿Cómo lo hizo? —pregunté, fingiendo que no lo sabía.

—Organizó un embeleco para celebrar la boda «in articulo mortis» de su hermano Eugenio, contra la voluntad de Pío. Simularon un ataque de epilepsia, en alianza con un médico.

Volvió a detenerse en espera de mi reacción.

No se la ofrecí.

—Al final lo confesó todo —dijo mi tío.

Silencio escudriñador.

—...

—...

—¿Veo que no estás al día de los detalles?

—No sé a qué te refieres, tío.

—Te acusó a ti de proporcionarle la poción con la que simularon el ataque de epilepsia —dijo de un tirón.

Aquellas palabras paralizaron mis movimientos.

Tardé unos segundos en reaccionar.

—Eso es mentira... Lo juro por mi padre. Él sacó la idea de una conversación circunstancial en una de las partidas de monte.

Mi tío cruzó su mirada con la mía.

—Yo te creo. No obstante, las circunstancias juegan en tu contra.

Silencio tenso.

—D. Pío apenas te conoce y tu fama de curandera ya trasciende las fronteras de la ciudad.

—¿Curandera? Yo no soy curandera.

—Esa es tu imagen, a estas alturas, en La Unión.

No quise rebatir ese prejuicio, era un callejón sin salida. Cambié de tema, dentro de lo posible.

—¿D. Pío está enfadado conmigo?

—Está enojado con su hijo, no contigo, aunque tampoco eres una de sus personas favoritas en este momento.

Aquella certeza me dolió.

—En estos meses, además, no te has granjeado una reputación donde apoyarte. No cuidas el decoro necesario en una viuda, rondas por la ciudad en compañía de un hombre soltero, bastante más joven, te has enemistado con los farmacéuticos, tu hija de diecisiete años sirve bebidas a adultos, te codeas con los tahúres más conocidos del entorno y organizas partidas de cartas clandestinas en tu propia casa... ¿Continúo?

Ahí me derrumbé. Relatado de esa forma, sonaba terrible. En aquel momento decidí contarle la razón, y el origen, de mis negocios con Antonio, sus amenazas y, sobre todo, el episodio de la noche anterior con Zamo.

—...

—...

Al oírlo palideció.

—¡Dios mío!, mi niña. Zamo es un asesino peligroso, un echacantos, mas, está protegido y pertenece a una de las familias más importantes de La Unión.

—Por eso estoy preocupada.

—No es para menos... En menudo lío te has metido tú solita... ¿Nunca has pensado en tus hijos, hija mía? Olvidaste quién eres en realidad. Una mujer sola, sin un hombre junto a ti.

—No he dejado de hacerlo, tío —contesté con pesar.

Se levantó y comenzó a pasear por la habitación con visible nerviosismo.

—En otras circunstancias podríamos recurrir a Pío. En estos momentos no es una buena idea —dijo.

—No necesito ayuda. Saldré de esta situación.

—Ya has sacado tu orgullo a pasear —dijo levantando de forma considerable la voz—. Pones el honor de tu familia en peligro. Hay muchos hombres de Alhama de Almería que viven en La Unión, conocen a tu padre y hablan mal de ti. Debería darte vergüenza —comentó ya sin la compostura mantenida hasta entonces.

Silencio tenso. Esperé unos segundos y enseguida vislumbré una mirada de arrepentimiento en sus ojos.

—No es orgullo, tío —comenté en tono cariñoso, para suavizar el ambiente—. Quiero asumir las consecuencias de mis actos, y salir adelante.

—Estás en verdadero peligro, Alma —dijo, con mayor sosiego—. No se puede jugar con Zamo. Nadie en su sano juicio lo hace... Quizá sea hora de pensar en tu vuelta a Alhama de Almería.

—No, no de esta forma.

—Piensa en tus hijos, Alma —dijo con voz arrastrada y paciente.

—Tengo la situación controlada... Dejaré pasar estos próximos días, veré cómo evolucionan los acontecimientos y entonces decidiré.

Una vez más, mi tío se dio por derrotado. Quiso abrazarme. Dudó. Al final lo hizo.

—¿Me prometes cuidarte?

—Lo prometo.

—¿Prometes avisarme si te ves en peligro?

—Lo prometo también.

—Vigila tus próximos movimientos, Alma. No te conviene ser tan popular. Deberías pasar más desapercibida, y seleccionar mejor tus amistades y compañías —dijo dirigiéndose hacia la puerta.

Ya no contesté. Lo dejé partir, sin más.

Me sentía afortunada por contar con alguien como mi tío en aquella tierra, todavía extraña, si bien mis conversaciones con él tenían la virtud de dejarme exhausta, y enseñarme la peor versión de mí, la más egoísta.

Aquella misma tarde del domingo, 29 de mayo de 1898, según leí más tarde en la prensa, la escuadra norteamericana tomó posiciones frente a la bocana del puerto de Santiago de Cuba, dejando atrapada a toda la flota española.

Así me sentía yo también ese día.

Atrapada.

Bloqueada.

Encarcelada.

Atrapada en La Unión por mi terquedad a salir adelante en esa ciudad, bloqueada en mi casa por las amenazas de Zamo y encarcelada en mi misma por un sentimiento de culpabilidad cada vez más profundo.

La escuadra española saldría de la Bahía de Santiago, un mes después, en fila india, al mando del almirante Cervera, camino de su perdición.

Yo dudaba, ya entonces, de mi salida de aquel encierro, mas, mi destino todavía me tenía reservado algún giro imprevisto hacia la perdición.

Junio de 1898

A lo largo de los primeros días del mes de junio las noticias relacionadas con el conflicto de las Antillas, difundidas por la prensa, no resultaron muy halagüeñas, como los tenaces bombardeos de los barcos norteamericanos sobre Santiago de Cuba o las agitaciones constantes de la población por los ataques de los insurgentes, y generaron duras críticas al régimen de la Restauración, por sus actuaciones militares en la isla.

A ese desalentador panorama se unía su preocupación, casi exclusiva, por los intereses políticos particulares y no por los del país en su conjunto, y un excesivo optimismo de los gobernantes españoles sobre el futuro del conflicto, apoyado en la supuesta superioridad de la artillería de mediano calibre de la escuadra española.

En La Unión, los disturbios de principios de mayo y sus consecuencias seguían presentes en las lamentaciones de sus habitantes, aunque se percibía una cierta tranquilidad y las autoridades habían tomado varias medidas encaminadas a evitar su repetición. En aquellos días, la Guardia Civil también continuaba con la búsqueda de los participantes en la revuelta. Se llevó a cabo la detención de un guarda agujas del tranvía de La Unión por haber arrojado los muebles de la Casa consistorial por el balcón mientras ardía el edificio, la de dos operarios de una mina, responsables de los incendios de las casetas de consumos y la de varias mujeres, por su participación en los actos vandálicos de aquel día.

La protesta por la subida del pan y la harina se había propagado con rapidez por toda la provincia de Murcia, con motines en ciudades como Calasparra o Mula, y los episodios de violencia, reflejados con fidelidad en los periódicos, habían vuelto a situarse, en La Unión, dentro de los cauces habituales en una sociedad de contrastes, con una clase obrera consciente de sus pésimas condiciones de vida, y una acomodada, formada por propietarios, partidarios y comerciantes.

En el día a día de la ciudad había espacio, en esas fechas, para todo tipo de sucesos, fiel reflejo de la pillería, y de la situación de angustia producida por la escasez de alimentos, y de medios para conseguirlos: el robo de cajas de dinamita; la requisa, en una de las batidas diarias realizadas por la benemérita en los café cantantes, de cientos de pistolas, revólveres y facas sin licencia; el descubrimiento de un taller de moneda falsa en Portman; el asesinato por despecho, con un disparo, de una mujer de treinta años por su amante de quince; el robo en una casa, de sesenta y cuatro alhajas de oro y plata y diez mil reales de oro; el asalto con cuchillo a un sereno por haber ordenado el cierre de una taberna; la muerte, por un disparo, de un encargado de una mina a manos de un operario a quien había despedido unos días antes; varias riñas de navajas y estoques y una entre cuatro mujeres con un palo; y numerosas redadas, en busca de mesas de juego clandestinas en pescaderías, casinos e incluso locales improvisados en casas particulares, con la detención, y puesta disposición del juzgado, de cientos de puntos y sus cómplices.

Todo ello en los diez primeros días del mes de junio.

Yo inicié aquel caluroso mes con la sensación de haber mudado mi piel. Una fina capa de angustia cubría casi todos los poros.

Me producían especial preocupación las batidas de la Guarda Civil en los locales sospechosos de albergar partidas de juegos prohibidos, y la amenaza de Zamo me dolía, como un puñal clavado en el corazón, un puñal cuya punta se introducía, cada día, unos centímetros. Respiraba, sin más remedio, por los pocos orificios todavía abiertos.

Otro suceso llamó mi atención de forma especial en esos días. Uno reseñado en una pequeña nota en el periódico. La muerte del partidario José de Yllescas Martínez, por una fortuita caída en uno de los pozos de su explotación minera. Uno más de los diarios accidentes ocurridos en la sierra, pensé en un principio, si bien me afectó mucho, por ser uno de los jugadores habituales de los martes, jueves y sábados en mi casa. «Pobre hombre», dije en voz alta, después de leer la noticia.

Las vespertinas partidas de ajedrez con D. Segismundo me mantenían activa.

—¿Cumplirá Zamo sus amenazas? —me preguntó D. Segismundo en una de ellas.

—No lo sé, aunque no me voy a paralizar por ello —afirmé.

—Y yo tampoco —dijo Julieta, quien entró en la habitación en ese momento, por detrás de nosotros.

Y eso hicimos. Nos conjuramos los tres por dentro, casi en silencio.

Recuerdo esos días con cierta nostalgia, días duros, mas, también de recogimiento y aprendizaje. La ausencia de Ramón me había colmado de fuerzas, fuerzas para dominar el dolor de su ausencia, fuerzas para poder caminar por la calle Mayor bajo la mirada huidiza de los transeúntes y fuerzas para forjar mi propio camino.

Julieta y yo continuamos con las labores de la casa, la compra diaria del agua transportada en carrromatos, la educación de los niños, los paseos vespertinos, la venta de mis preparados, pociones y ungüentos, el ajedrez, las partidas de cartas clandestinas, y la misa, cada domingo, en la Ermita de Nuestra Señora del Rosario, con los niños y la fiel compañía de Julieta.

No teníamos tiempo para nada más.

—Hoy ha llegado a La Unión el cadáver de Cayetano Osete, el hijo de mi amigo Antonio, muerto en servicio en Cuba —dijo D. Segismundo durante uno de nuestros paseos vespertinos con los niños.

—Pobre hombre, es terrible perder un hijo en la guerra, y en tierras tan lejanas, sin poder despedirte siquiera —dije.

—Solo se mueren los hijos de la gente humilde y sencilla, mi niña. Es un tributo, esta vez de sangre, sobre la clase obrera, explotada, e ignorante ¡Malditos políticos! —comentó mi viejo amigo.

—Los ricos no quieren ser quintos, D. Segismundo —apuntó Julieta—. Lo consideran denigrante. Por eso la mayoría paga para librarse, mediante la reducción a metálico.

—Lo sé —comentó D. Segismundo, agachándose a recoger una de las flores y plantas recolectadas en nuestro paseo.

—Algunos diputados quieren establecer el servicio obligatorio, para que sean quintos tanto los ricos como los pobres —dijo Julieta, guardando con cuidado la flor en una cestita de mimbre, junto a la merienda.

Al escuchar a Julieta, esboqué una ligera sonrisa, suficiente para no ser vista. No podía dejar de admirar su capacidad de transformación. Poco a poco se había convertido, a través de nuestros ejercicios de lectura, en una devoradora de noticias, y en un termómetro viviente de la actualidad política, casi al nivel de D. Segismundo.

Las discusiones de ambos sobre asuntos políticos se convirtieron en frecuentes, y cada vez más divertidas.

—¡Tonterías! Con eso solo conseguirían privar al erario público del dinero de esas redenciones —respondió D. Segismundo. En mi opinión, el servicio de armas debería ser voluntario, con un sueldo decoroso, en aumento, según los años de servicio y la aptitud del individuo.

—¿Cómo se costearía ese ejército? —pregunté yo sin dejar de mirar al suelo, y con ganas de alimentar la discusión entre los dos.

—Por una contribución especial del gobierno, pagada por los eximidos de servir en el ejército.

—Eso crearía un ejército mercenario —puntualizó Julieta.

—No, sería un ejército nacional y de vocación, como la Guardia Civil —contestó D. Segismundo, mientras se ponía de pie, indignado de verdad—. El servicio obligatorio generaría un nuevo caldo de cultivo para la inmoralidad, la corrupción y el odio entre las clases sociales. Se convertiría en un nuevo nido de injusticias... Además, el servicio voluntario permitiría recoger a muchos de esos niños de la calle, y a no separar de sus quehaceres a aquellos mozos dotados para las artes, el comercio y la ciencia.

—Visto así, podría tener usted hasta razón —dijo Julieta, con una gran sonrisa.

La discusión duró muchos minutos, casi todo el paseo.

Esas caminatas con los niños, Julieta y D. Segismundo se convirtieron pronto en mis momentos favoritos, un oasis de relajación, y al mismo tiempo, me servían de estímulo intelectual, en mi afán por recordar los instantes vividos en la rebotica de mi padre.

Una de esas tardes, al regresar a casa, D. Segismundo quiso hablar a solas conmigo.

Acompañé a D. Segismundo a la cocina, muy intrigada. Aquel día lo había notado más cariñoso de lo normal, como si no hubiese querido utilizar todo su armamento dialéctico para defender sus posiciones en los asuntos tratados en nuestros debates.

Encima de la mesa había un paquete envuelto en papel de estraza, con el cariño propio de un hombre atento, y esa falta de atención en el remate, capaz de estropear cualquier detalle bienintencionado. No sabía nada del contenido. Aquel papel era áspero y basto. Fingí sorpresa, aunque ya lo había visto antes de salir a pasear.

El regalo era un libro, una nueva edición, de ese año, de Don Quijote de la Mancha, editada por la casa Seix de Barcelona.

—Gracias —dije con la emoción en los labios—. No era necesario, le habrá costado una fortuna —comenté con sinceridad.

—No tiene importancia. Disfruto con tu emoción sincera.

—Gracias, de todas formas.

—Es una auténtica joya —dijo mi viejo amigo—. Incluye varios facsímiles de manuscritos de Miguel de Cervantes, tres estudios completos sobre la figura del autor, un tomo de casi mil páginas de un trabajo comparativo entre varias ediciones del Quijote y una copia de la edición de Juan de la Cuesta de 1605.

No me resistí y ojeé con calma el elegante ejemplar, impreso en tipos elzeverianos con adornos de plata y oro y con ilustraciones, estilo códice, de grandes artistas.

—Una edición tan buena no durará, seguro, más de cinco años antes de agotarse, y algo así merece poseerlo alguien que aprecie su valor, y no solo quienes tienen dinero, y completan la simétrica decoración de sus palacetes.

—Gracias D. Segismundo. Es usted un sol —dije dándole un beso en cada mejilla.

Ese fue el primero de varios obsequios, de menor valor, y de algunas atenciones especiales, conmigo y con los niños, a lo largo de esos días. Cuanto más nos adentramos en el mes de junio, más cariñoso se mostraba.

Desde el principio, entendí sus detalles como una forma de mostrarme su apoyo y su amistad en esos momentos difíciles, y de alejarme de las críticas hacia mi persona en la ciudad. Yo misma percibía mi nombre en boca de todo el mundo. Aunque salía poco de casa, refugiada en la convivencia con mis hijos, en mis escasas escapadas a la compra, de paseo con mis hijos o al teatro con D. Segismundo, sentía el inconfundible rechazo de una gran parte de la sociedad unionense.

Recuerdo, con especial detalle, una noche en el casino Minero de La Unión. D. Segismundo se empeñó, como una más de sus atenciones, en que asistiéramos a una actuación del cantante de ópera cartagenero, Manuel Maestre San Juan, quien, según mi viejo amigo, había estudiado en Milán, y con su voz extensa, voluminosa y bien timbrada, pronto se convertiría en el sucesor del gran Julián Gayarre.

En una ocasión tan especial no faltó lo mejor de la burguesía local, embutidos en sus mejores galas y con sus ganas de cotillear a flor de piel. D. Segismundo los saludó. La mayoría eran clientes de sus famosos resúmenes de libros o asistentes habituales a las representaciones teatrales en casa de su patrón. Yo me limité a permanecer a su lado, y a soportar el desaire de quienes sí saludaron, si bien con cierto recelo, a mi acompañante.

El tenor cantó de forma magistral, y acompañado al piano por un artista local, varias piezas, entre otras, la primera romanza de La favorita de Donizetti y la balada y el cuarteto de Rigoletto de Verdi, aunque apenas atendí a su actuación. Me sentía el foco de atención de los asistentes y noté sus miradas punzantes clavadas en mi corazón. La mayoría eran amigos de Antonio Wandosell, conocidos o gente que le debía algún favor, y habían decidido considerarme responsable directa de su detención. Si las miradas cortasen, aquella noche hubiera muerto desangrada en el patio de butacas del casino Minero de La Unión. Mi tío tenía razón. Cómo no lo había visto yo antes. Para aquellos ejemplares ciudadanos, yo era una intrusa y poco decorosa viuda, con costumbres y actitudes reprochables, y, además, había alterado el statu quo de su pequeña sociedad. No pertenecía a ella, y me lo habían dejado claro esa noche, con su actitud.

En un momento del recital, no recuerdo cuándo, me incliné sobre D. Segismundo, y le expresé mi deseo de abandonar la sala. No podía más, quería respirar aire fresco.

—¿Te sucede algo, mi niña?

—No se preocupe, D. Segismundo. No me encuentro bien, eso es todo, cosas de mujeres —dije sin querer darle más importancia. Aquella frase tuvo un efecto inmediato en él.

—Volvamos a casa, será lo mejor —me dijo.

D. Segismundo se situó en el lado exterior de la calle, e iniciamos nuestro camino sin especial prisa.

—Estás preocupada por las amenazas de Zamo, ¿verdad?

—No es eso. Mientras nos apartemos de su camino, no nos pasará nada. No se atreverá a tocarnos.

—Es un hombre peligroso, Alma, no te descuides.

—Zamo no va a condicionar mi vida. Tengo otras preocupaciones.

—¿Cuáles?

—Las mismas desde hace unos meses. Son huéspedes privilegiados en mi corazón. El futuro de

mis hijos y mi obstinación por salir adelante en esta tierra peligrosa y fascinante, donde uno tiene la sensación de caminar siempre en la cuerda floja... ¿Qué derecho tengo a exponer a mis niños a ese riesgo?, me pregunto a todas horas.

—¿Piensas en volver a Alhama de Almería?

—No por ahora, aunque ya no lo descarto. Todo tiene un límite, mi querido amigo.

—El negocio del juego funciona bien, apenas se ha resentido por el apresamiento de Antonio y el incidente con Zamo —me recordó D. Segismundo.

—Eso me mantiene aquí todavía —dije para cerrar la conversación.

D. Segismundo tenía razón respecto a las sesiones de monte de los martes, los jueves y los sábados. No podía quejarme en absoluto. Me suponían un respiro financiero importante. Los jugadores ya se habían convertido en habituales de mi casa, y venían aun cuando no estuviera Antonio, todavía en la cárcel, a la espera de juicio, por no haber podido pagar la fianza impuesta.

Uno de sus amigos organizaba ahora las partidas, y los términos de nuestro acuerdo se cumplían sin problema. Cada semana se producía con puntualidad la liquidación de mi parte, me reponían los suministros según mi lista de necesidades y yo pagaba su importe a la entrega.

Aquella era casi mi única fuente de ingresos. Apenas tenía ya clientes para mis preparados, pociones y ungüentos. Habían desaparecido poco a poco, como si yo fuera una carta marcada.

Después del episodio con Zamo no volvió a ocurrir ningún incidente digno de reseñar dentro de mi casa. Alguna fullona sin importancia, nada más, aunque sí en las cercanías.

Una noche, un punto abofeteó a otro en el calor de una discusión en la mesa, nada fuera de lo común, un exceso de celo en la celebración de una jugada ganada. Yo no le di más importancia, mas, el ultrajado sí. Se aguantó la rabia durante el juego, y al salir a la calle, le pegó al otro jugador un tiro sin previo aviso en una plaza cercana, si bien el herido alcanzó a descargarle una puñalada en el abdomen y el ultrajado cayó muerto.

Ese era el relato que esperaba encontrarme en el periódico al día siguiente, empero, no había ninguna referencia al mismo. En su lugar, encontré otra noticia no esperada. En una esquina de la segunda página, aparecía relatada la trágica desgracia del terrateniente y propietario minero, D. Juan Molina Moronte, que al salir del teatro había sido interceptado por dos ladrones con la intención de robarle. La rápida intervención de los viandantes y la torpeza de los asaltantes evitaron el robo, mas, no la muerte del propietario de un certero corte en la yugular, ante la mirada de su atónita esposa. «¿Hasta dónde nos va a llevar esta plaga de la violencia sin límite?», decía el articulista en su última frase.

Uno más de los diarios incidentes ocurridos en la sierra, pensé en un principio, aunque me afectó mucho, por ser uno de los jugadores habituales de los martes, jueves y sábados en mi casa. «Pobre hombre», dije en voz alta, después de leer la noticia.

Antes de terminar de ojear el periódico de esa mañana de mediados del mes, me llevé una

gratisima sorpresa, como cada quince días, más o menos.

48

—Hola, Alma.

—Hola, Roberto. Qué alegría verte —dije sin reprimirme y dándole un abrazo largo y necesitado. Sus brazos me transmitían seguridad, y se habían convertido en el único sitio donde desconectaba de mis preocupaciones. Era una sensación breve, de unos segundos, por desgracia, aunque sus efectos balsámicos discurrían por cada uno de los recovecos de mi cuerpo durante varios días.

—Así da gusto ser recibido. ¿Cómo va todo por aquí? —respondió él.

—Bien, como siempre —mentí.

Me miró con aire escudriñador y no dijo nada.

—Te traigo una carta de tu padre.

—¿De mi padre? ¿Para mí?

— Todo llega —recalcó—. Ya te lo dije.

—¿Cómo está él? —pregunté.

—Bien, fuerte como un roble y combativo con el gobierno.

—Ese es mi padre —comenté sin reprimirme.

—Aurora también me mandó muchos besos para ti y para los niños. Esos dos viejos entrañables os quieren de verdad. Se nota en cada uno de sus gestos y en el tono de sus palabras de cariño.

—¿Ellos están bien de verdad? —dije emocionada—. ¿No ha habido motines en Alhama de Almería en estos días?

—Allí resolvieron los problemas ocasionados por la subida general del pan y la harina, con una colecta para los más necesitados del pueblo. Tu madrastra fue una de las organizadoras, y tu padre, uno de los contribuyentes más generosos. Durante días se entregaron productos básicos a quienes los necesitaron. No hubo revueltas.

—¡Olé por mis padres!

—En ese pueblo resuelven las cosas a su manera, eso debe reconocerse —comentó Roberto—. La solidaridad y la generosidad están en los genes de sus habitantes, y su pensamiento es colectivo. Actúan al unísono en función de las necesidades surgidas en el momento. Es admirable.

—Eso se echa de menos por estas tierras, donde la gente va a lo suyo, y la pillería es la reina —dije con añoranza.

—...

—...

—¿Y cómo están los ánimos por La Unión? —se interesó Roberto.

—No ha vuelto a haber incidentes de relevancia, solo los sucesos de siempre.

—¿Te has enterado del último? —me comentó. Un amigo arriero me ha contado el terrible accidente de D. Agustín Sierra, el fundidor.

—¿Qué ha pasado?

—Se mató ayer en un desgraciado accidente. Volvía a su casa de Portman, después de pasar la tarde en el casino Minero, y su carruaje de dos caballos cayó por un precipicio a la altura de El Gorguel. No han sobrevivido, ni él, ni su conductor. Algunos testigos hablan de un caballo desbocado... No se conoce la causa... ¿No era uno de los asistentes habituales a las partidas de cartas en tu casa?

—Sí. No había vuelto desde el episodio con Zamo. ¡Pobre hombre! ¡Cuanto lo siento! Siempre fue amable y considerado.

—...

—...

—¿Y de Zamo? ¿Sabes algo?

—Nada desde aquel día. Ni rastro de él —comenté.

—Eso me han dicho en una taberna de la calle Mayor. Está desaparecido desde entonces, y eso es peligroso. Cuando un animal salvaje se esconde, algo trama...

—No te preocupes, Julieta y yo nos cuidamos solas y, además, contamos con la protección de D. Segismundo.

—¡Tonto de mí! Cómo no había caído en eso..., no hay problema entonces —dijo con una sonrisa de colores burlescos.

Solté unas cuantas carcajadas que dejaron un rastro largo.

—Voy a avisarle, está con los niños, y no me perdonarían si no anuncio tu llegada.

Me acerqué a la puerta mientras Roberto disponía sobre la mesa los regalos de los abuelos, la rutina más dulce e íntima de nuestra vida en La Unión.

Una vez, no hizo falta más. Un único «¡niños, ha venido Roberto!», convirtió aquella tranquila cocina en una estancia llena de gritos, empujones y peleas entre hermanos, nuestro día a día.

Roberto inició su parafernalia de entregarnos unos dulces típicos de Alhama, los borrachillos, uva de Ohanes y los presentes de mis padres, uno a uno, como si de un rey mago se tratase, mientras yo preparaba un té para nosotros dos y para D. Segismundo.

El viejo profesor entró detrás de la ristra de niños y se situó, con lentitud, como si midiera sus pasos, cerca de Roberto.

—¿Quiere un té, D. Segismundo? —pregunté.

—Sí —acertó a decirme mientras se dirigía a Roberto en un tono más bajo.

Los niños estaban desperdigados por la habitación, cada uno con su regalo.

—¿Puedo hablar un momento contigo? —Le dijo D. Segismundo a Roberto.

—Claro, dígame cuanto quiera —dijo Roberto recomponiéndose sus ropas, víctimas de la furia cariñosa de mis hijos.

—Mejor a solas, si no te importa.

D. Segismundo no me miró, Roberto sí.

—No te lo tomes a mal, Alma. He de hablar un tema con Roberto, de hombre a hombre —comentó D. Segismundo.

—¿Qué tendrán que hablar a solas?

—Cosas de hombres, mujer, cosas de hombres —dijo el ropero sin ocultar su sonrisa.

—No os preocupéis, lo entiendo. Podéis quedaros aquí. Yo me llevaré a los niños al patio.

Los dos se sentaron en la mesa, y yo me dirigí a la puerta del patio.

—¡Vamos niños! —grité con fuerza, y unos segundos más tarde desfilaron, con sus regalos en la mano.

Dejé a mis dos amigos en la cocina con un gesto serio en el rostro, sobre todo D. Segismundo. Desconocía el motivo, aunque unos días más tarde me enteré del contenido de su conversación.

[...]

D. Segismundo: Estoy muy preocupado, Roberto.

Roberto: ¿Por qué? ¿Qué sucede?

D. Segismundo: ¿Te has enterado de la muerte de D. Agustín Sierra?

Roberto: Sí, acabo de comentárselo a Alma.

D. Segismundo: ¿Y ella no te ha dicho nada?

Roberto: No, ¿debería haberlo hecho?

D. Segismundo: Él era uno de los nueve jugadores que estaban en esta casa la noche del incidente con Zamo... Y ya es el tercer jugador de esa noche muerto, en apenas unos días.

Roberto: ¿Qué dice?

D. Segismundo: Sí, y los tres por supuestos accidentes. D. José de Yllescas se cayó al pozo de una mina. D. Juan Molina fue víctima de un extraño atraco a la salida del teatro y D. Agustín Sierra se despeñó por un precipicio con su carruaje. ¿Lo crees una coincidencia?

Roberto: ¡Dios mío! Zamo está cumpliendo su promesa. ¿Nadie se ha percatado del asunto?

D. Segismundo: Las tres muertes han sido tomadas por accidentales, y nadie conoce la relación de los difuntos con esa fatídica noche. Solo quienes estuvimos allí.

Roberto: ¿Y Alma?

D. Segismundo: No se ha percatado todavía, creo, mas no tardará en atar cabos. Es muy lista. Se dará cuenta con el próximo accidente o quizá lo sepa ya, no estoy seguro.

Roberto: Si lo sabe, lo disimula bien.

D. Segismundo: El juego de Zamo es claro. Quiere ponernos nerviosos. Tres de los jugadores de esa noche ya han huido de la ciudad. Son unos ilusos. No estarán seguros en ninguna parte. Zamo eliminará uno a uno a los testigos, y dejará a Alma y a su hija como premio final... No tiene miedo a nada.

Roberto: ¡Maldito hijo de perra!

D. Segismundo: Quedamos seis testigos vivos, y a este ritmo, a mí me tocará antes de final de mes. Me dejará el último. Quiere hacer sufrir más a Alma.

Roberto: ¿Por qué no huye usted a un lugar seguro?

D. Segismundo: No voy a dejar solos a Alma y a los niños.

Roberto: Es verdad, disculpe.

D. Segismundo: Ahora el peligro es real, no es una amenaza. Es el momento de su regreso a Alhama de Almería.

Roberto: No quiere oír hablar a nadie de ese asunto. No está en sus planes, al menos por ahora.

D. Segismundo: A ti escuchará.

Roberto: ¿Por qué cree eso?

D. Segismundo: Lo sé, hazme caso.

Roberto: Lo intentaré mañana o pasado, al despedirme.

D. Segismundo: Rezaré por ti y por ella.

Roberto: ¿Y qué vamos a hacer con usted?

D. Segismundo: Yo sé cuidarme. Tengo muchos amigos en la ciudad, y están al tanto de mi situación.

Roberto: Cuídese bien viejo, Alma lo necesita.

D. Segismundo: Lo sé, tranquilo, no voy a fallarle.

Roberto: Ahora vamos al patio. Nuestra amiga ya debe sospechar alguna intriga.

D. Segismundo: Sí, vamos.

Cuando salieron, los dos me dieron conversación enseguida y en el transcurso de nuestra charla surgió la posibilidad de acudir esa noche, los tres, a un espectáculo de Zarzuela de la compañía Cereceda, en el Teatro Principal de La Unión. Roberto no mostró mucho entusiasmo, y, sin embargo, al final D. Segismundo lo convenció sin demasiada dificultad.

Disfrutamos de lo lindo, charlamos, reímos y cenamos algo en uno de los cafés cantantes, a donde D. Segismundo asistía con regularidad, en su infinita labor de recolector de coplas.

Al regresar a casa aquella noche fuimos testigos de un terrible incendio en la calle Mayor. El establecimiento de tejidos de D. José López Lozano ardió hasta sus cimientos. Muchos vecinos, incluido Roberto, trataron de ayudar, mas, no se pudo hacer nada.

Al día siguiente el periódico recogía la noticia del incendio casual y de sus terribles consecuencias. Se quemaron las existencias y el propio D. José, ocupado a esas horas de la noche en hacer un recuento de mercaderías en la trastienda. «Pobre hombre», pensé, él también era uno de los habituales en mi casa, los martes, los jueves y los sábados. Otro más y ya iban cuatro.

También leí varias nuevas sobre los acontecimientos en Santiago de Cuba. La situación de la escuadra española en aquel puerto se había convertido en insostenible, angustiada y en una pesadilla para el gobierno español. No se ponían de acuerdo en el siguiente paso a dar. El Almirante Cervera no quería abandonar el puerto en espera de refuerzos, mientras que el gobierno de Sagasta quería romper el cerco, apoyándose en un engaño en la salida y en la supuesta mayor velocidad de los barcos españoles.

49

Aquella mañana recibí la visita de mi tío Francisco en casa. Se mostró tan encantador y amable como de costumbre, aunque ese día sus ojos rezumaban tristeza.

—Buenos días, Alma.

—Buenos días, tío. Me alegra verte.

—¿Va todo bien? —me dijo.

—¿Por qué lo preguntas? —respondí a la gallega.

—He oído cosas en la ciudad..., y me preocupan...

—No hagas caso a los rumores, tío... Todo está bien, te lo digo de primera mano... ¿Y tu mujer y tus hijos? ¿Cómo están? —dije, para cambiar de tema con rapidez.

—Ellos están bien, gracias, Pío es quien me tiene angustiado. Por eso he venido.

—¿D. Pío? ¿Por qué? ¿Qué sucede?

—Su hija Rosario, la de ocho años, está muy enferma.

—¿Qué tiene?

—Lleva ya varios días con un cansancio fuera de lo común, padece continuas subidas y bajadas de fiebre, ha perdido peso de forma alarmante, presenta unas pequeñas llagas en la boca y sufre un proceso diarreico con sangre en las heces.

—¿La ha visto un médico? —pregunté.

—Uno no, varios. Primero el médico de la familia y luego algunos de los mejores especialistas de La Unión y Cartagena. Pío incluso hizo venir a uno de Murcia, empero, es inútil, no dan con el mal y la niña empeora.

—¿Qué han hecho para mejorar su situación?

—Han sacado los gases introduciéndole un tubo en el estómago, bebe mucha agua y controlan su alimentación. Come poco, muchas veces al día, y nada de carnes, fritos o judías, ni tampoco leche de vaca y sus derivados.

—¿Y cómo puedo ayudarte? —pregunté, aunque conocía la respuesta.

—Pío está desesperado. Ya ha perdido cinco hijos, y no quiere pasar por ese trance otra vez. Está dispuesto a probar cualquier posibilidad... Puse un telegrama a tu padre contándole el caso y pidiéndole consejo, y él me contestó contándome tu experiencia, con éxito, en varios casos

parecidos. Por eso estoy aquí.

—Debo ver a la niña, ¿dónde está?

—Está en los Alcázares, en la casa de verano de la familia, mas no va a ser posible verla. Debemos ser discretos.

Me extrañó esa respuesta, pero enseguida caí en cuenta del motivo.

—¿Conoce D. Pío esta visita? —pregunté con intención

—No, no por ahora. Él me dio luz verde para recurrir a cualquier posibilidad, mas, debes entenderlo. En estos momentos no es conveniente dar a conocer tu participación.

—¿Cómo voy a tratarla si no puedo verla?

—Traje su expediente médico. Aquí tienes lo anotado con precisión por los médicos.

Lo leí con atención. Mi tío esperó con paciencia.

—...

—...

—Esta noche trabajaré en una poción a base de semillas de linaza, sábila, hierbas de San Juan, cardamomo y otros elementos.

—¿Necesitas algo? Lo compraré —dijo él.

—Por fortuna tengo existencias... Si te voy a pedir una cosa. Coge papel y lápiz y apunta.

—Dame un momento —dijo mi tío sacando una pequeña libreta y una pluma de su elegante chaqueta—. Dime, estoy listo —dijo unos segundos después.

—Además de la dieta enviada por los médicos, Rosario debe comer arroz varias veces al día. Toma nota. Se ponen tres partes de agua y una de arroz y se deja hervir, se cuele con un trapo muy fino y se enfría. Deben darle un vaso al menos cinco veces al día —mi tío apuntó a gran velocidad. Mi cerebro recordaba mis actuaciones en otras ocasiones parecidas, y ya no quería parar—. También es importante preparar un zumo a base de manzana, zanahoria, pepino, plátano, raíz de remolacha y agua mineral... ¿Has apuntado todo?... Los ingredientes deben mezclarse bien y darle a beber un vaso por la mañana y otro por la tarde, al menos durante quince días, y aunque note una mejoría, debe seguir tomándolo al menos dos semanas. —Durante quince días, repitió mi tío en voz alta—. Y, por último, debéis preparar una infusión de raíz seca de regaliz, ahora te la doy, y dadle dos cucharaditas al día.

—He tomado nota de todo —dijo con satisfacción al guardar su pluma.

—Otra cosa importante —comenté—. Alguien de confianza, su madre, o quien pueda ser, debe presionar el abdomen de Rosario, justo por debajo del ombligo, durante tres minutos, varias veces

al día, al menos cinco o seis. Eso es fundamental.

—Entendido —dijo mi tío sin preguntar el motivo de esa acción. Eso me gustó.

—Esta tarde, a última hora, envía a alguien a recoger la poción. La tendré preparada y te dejaré escrita su posología. Ahora ve con Dios, y mantenme informada de la evolución de la niña.

—Así lo haré, Alma. Gracias por tu ayuda, en mi nombre y en el de Pío.

—Ya habrá tiempo para dar las gracias, y aclarar viejos malentendidos, si es preciso. Ahora lo importante es la curación de Rosario —sentenció.

Cuando mi tío Francisco salió por la puerta, me quedé en blanco por unos minutos. Pensé en la frugalidad de la vida, y después me dirigí a mi laboratorio, donde me encerré toda la tarde.

Julieta y D. Segismundo me hicieron el favor de llevar de paseo a los niños y entretenerlos durante ese tiempo.

Sobre las siete de la tarde vino el criado de mi tío a buscar la poción y cuando ya había preparado la cena, antes de la llegada de los niños, apareció Roberto. Venía a despedirse.

—...

—...

—Este viaje va a ser rápido, Alma. Si Dios quiere estaré de vuelta sobre el día treinta, justo el último del mes ¿Estaréis bien por aquí?

—Sí, ¿por qué lo dices?

—Están pasando cosas —se detuvo—.

Silencio dubitativo.

—¿Te refieres a la muerte accidental de cuatro de los testigos de la noche del incidente con Zamo?

—¿Lo sabes?

—Hasta ayer tenía una ligera sospecha, aunque el incendio del almacén de tejidos fue la llave definitiva.

—¿Por qué no nos dijiste nada?

—Tampoco lo hicisteis vosotros... De eso quería hablar el otro día D. Segismundo contigo, ¿verdad? Lleva varios días rondándome con un exceso de atenciones, mas, no se ha atrevido a compartir sus miedos.

Roberto sonrió, y fue entonces cuando me contó con detalle su conversación con D. Segismundo, unos días antes.

—¿Entiendes ahora nuestra preocupación? —me dijo cuando concluyó su relato.

—¿Qué podemos hacer?

—Quizá sea el momento de replantear tu vuelta a Alhama de Almería —me dijo sin temblarle la voz.

Silencio expectante.

—No lo consideres un fracaso, sino una cuestión de elegir la mejor alternativa en este momento —dijo Roberto, con musicalidad y ternura en sus palabras.

—En su carta, mi padre, además de contarme las últimas noticias sobre La Querencia, y de aceptar mi decisión de quedarme en La Unión, me comenta la enfermedad de mi hermano Gabriel. Sufre una meningitis y temen por su vida con mucho fundamento. Eso me ha hecho reflexionar sobre la importancia de la familia, y la necesidad de estar cerca de ella.

Roberto me miró con los ojos abiertos, incrédulo ante mis palabras.

—¿Te planteas volver, de verdad?

—Lo hablaremos a tu vuelta... No quiero tomar la decisión por las amenazas de Zamo, sino como fruto de una reflexión madura y consecuente, en función de mis circunstancias actuales.

—Ya no son amenazas, me temo. Es un peligro real.

—Nunca he huido, y no lo voy a hacer ahora. Tendré cuidado.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

—...

—...

—Toma esta carta. Es para mi padre. Dale un fuerte abrazo de mi parte, y hazle saber cuánto lo quiero.

—Así lo haré.

En ese instante entraron en la cocina D. Segismundo, Julieta y mis ocho hijos. Se despidieron de él con cariño, y Roberto salió por la puerta con plomo en los pies.

Entonces no lo sabíamos, mas, nuestro próximo encuentro iba a ser un poco más arrebatado.

50

Los días pasaron sin apenas novedad, salvo por la muerte accidental de otros dos miembros de la mesa de juego en aquella fatídica noche del mes anterior.

Las clases de los niños discurrían con absoluta normalidad, las sesiones de monte sin incidentes destacables, las partidas de ajedrez con D. Segismundo con su rutina habitual, y las noticias de la mejoría de Rosario Wandosell venían, cada dos o tres días, de la mano de un criado de mi tío.

Todo continuó en esa tónica, hasta el martes veintiocho.

En aquel momento no lo sabíamos, empero, D. Segismundo había ascendido al primer puesto en la lista de Zamo. Era el siguiente. El día anterior la cifra de testigos muertos, de forma accidental, se había elevado a nueve. Los tres últimos accidentes ocurrieron en Mazarrón, San Javier y Murcia, y por ese motivo, no éramos conscientes, entonces, del verdadero peligro de la situación.

Esa mañana D. Segismundo no vino a dar sus clases a mis hijos, y sin esperar mucho, solo media hora, crucé la calle en dirección a casa de Julieta.

—¿Sabes algo de D. Segismundo? No ha aparecido —comenté preocupada.

—Tranquila, se habrá quedado dormido. Iré a buscarlo a su casa.

Cuando vi alejarse a Julieta calle arriba, hacia la calle Mayor, tuve una mala sensación. Y una hora después, esa premonición se confirmó.

Julieta se sentó en mi cocina, descompuesta, con lágrimas en los ojos, un vaso de agua en las manos, y todavía jadeante por la carrera. «Tengo noticias de D. Segismundo», solo había dicho eso hasta el momento.

Yo me senté frente a ella, y cogí su mano por encima de la mesa.

—Me tienes en ascuas —la apremié.

—Anoche tuvo un grave accidente.

—¿Qué paso?

—Lo atropelló un carromato en la calle Mayor.

No quería preguntar por su salud, no me atrevía. Tenía miedo a la respuesta. Decidí esperar al final de su relato.

—Trozó y cayó justo delante de las ruedas traseras. Por fortuna, giró el tronco con fuerza, y la

rueda pasó por encima de su hombro izquierdo. Está fuera de peligro, aunque todavía no están seguros.

—¿Cómo pasó? ¿Cuándo?

—Se entretuvo en el café cantante de Rojo el Alpargatero. Un cantaor amigo del Rojo había venido a la ciudad, y allí se fue él, con su libretita y sus ganas de recopilar... El resto de la velada te la puedes imaginar... Ya sabes cómo se las gastan el Rojo, D. Segismundo y compañía, alrededor de unas pocas botellas y unos cuantos cantes flamencos.

—Lo sé, no necesitas contármelo.

—Salió del local, tan recto como la torre de Pisa, mas, rechazó cualquier compañía. Deambuló unos metros por la calle Mayor, y a la altura de la esquina con la calle Numancia ocurrió el accidente.

—¿Alguien lo vio tropezar o caer?

—Varios testigos dicen que iba caminando borracho por la acera, y de repente, sin motivo aparente, saltó sobre las ruedas del carromato.

Me asusté, por primera vez en mucho tiempo, y salté de mi silla con un rápido impulso.

—¿Dónde está ahora?

—Lo trasladaron al Hospital de La Unión.

—He de ir a verlo enseguida ¿Puedes quedarte con los niños?

—Dale un beso de mi parte. Se salvará, es un hombre fuerte, a pesar de su edad. Estate tranquila —la oí gritar a mi espalda.

Lo habían empujado los esbirros de Zamo, lo sabía yo, lo sabíamos todos, y ese sentimiento me atormentó sin tregua durante los dos últimos días del mes.

El día 30 por la tarde Roberto apareció en casa, tal y como me había prometido. Esta vez no hubo regalos, ni jolgorio infantil. La niebla de la preocupación era demasiado densa. No tenía tiempo, ni ganas de distracciones. Quiso ir al grano.

Su primer impulso fue abrazarme un buen rato, y prometerme su protección. Se lo agradecí de corazón. Después tuvimos una conversación un tanto enigmática, al menos para mí.

—...

—...

—He ido a ver a D. Segismundo. Está bien —dijo de forma escueta.

Silencio de duda.

—Alma, este asunto se nos ha ido de las manos. Las siguientes en la lista de Zamo sois tú y Antonia, y eso no lo puedo permitir.

—¿Qué podemos hacer?

—Por lo pronto, no salgáis de casa. Si necesitas algo, encárgaselo a Julieta. Ella no corre peligro.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?...

Silencio con miedo.

—Roberto, no hagas ninguna tontería. No quiero perderte a ti también.

—Tranquila, solo voy a solucionarlo.

No dijo más, me dio un fuerte abrazo y se fue.

Tuve que esperar dos días enteros para volver a verlo, y en unas circunstancias no queridas, ni esperadas, por ninguno de los dos.

Así se cerró el mes de junio, con mucha preocupación.

En todo el país regía un ambiente de debate interno entre dos fuerzas muy delimitadas. Los partidarios de continuar la guerra con Estados Unidos hasta el final, con el obispo de Segovia a la cabeza, y los partidarios de la paz, aún a costa del sueño colonial español, liderados por el obispo de Barcelona.

El desacuerdo era total, y la reina regente, pensaba en dimitir. No quería ser la extranjera que tomara la decisión de renunciar a un trozo de España.

Yo me consumía en una lucha interior. Qué hacía. Podía denunciar a Zamo a la Guardia Civil, más, con qué pruebas, y con qué argumentos. También podía recurrir a la ayuda de mi tío, tantas veces ofrecida o huir en dirección a Alhama de Almería. No lo tenía nada claro. Mi desacuerdo interior también había tocado fondo. Nunca me había sentido tan forastera en La Unión, pero yo no podía dimitir.

La decisión era mía, solo mía, y en el fondo, sencilla. Empeñarme en seguir o empeñarme en rendirme.

Julio de 1898

51

El asombro se coló entre las calles de La Unión el primer día del mes de julio.

Al acercarse al recinto, como cada mañana, el guarda del cementerio municipal encontró un elemento decorativo inesperado en la puerta principal del camposanto. El cadáver quemado, o al menos eso parecía, de un Alano Español pendía del dintel de la puerta de hierro. No reconoció entonces la raza del perro, aunque sí a los dos guardaespaldas sentados, con la espalda recta apoyada en la puerta, uno a cada lado, la piel blanca, casi como la nieve, sin sangre y con dos cortes perfectos en la yugular, con una costra de sangre seca alrededor.

La noticia corrió por la ciudad a velocidad de vértigo, siempre acompañada de una pregunta, «¿dónde estará Zamo?»

No mucho más sucedió aquel día en La Unión. Pocos salieron a buscarlo en las primeras horas, algunos se preocuparon y muchos se alegraron. Esa mañana, unos cuantos muertos descansaron, por fin, en sus tumbas y los vivos señalados por su ira respiraron tranquilos. Era mucha la rabia acumulada contra Zamo en la ciudad, si bien él siempre caminó como si no le pesaran los muertos a sus espaldas.

Zamo también tenía amigos, partidarios y adláteres y ellos no dejaron en blanco, en ningún momento, su esperanza de encontrarlo.

Así se despidió aquel día en La Unión, sin otro suceso capaz de eclipsar a la misteriosa desaparición de Zamo.

El 2 de julio fue una jornada extraña. La ciudad continuaba revuelta, y la tensión subía conforme se turnaban las horas, y no aparecía ningún rastro del conocido abogado. Alguien había tomado la iniciativa, con su ataque a Zamo, uno de los máximos representantes del caciquismo local, en un primer paso para el desbloqueo de la apatía general en la ciudad, al igual que las tropas norteamericanas intentaron desbloquear la situación en Santiago de Cuba con el desembarco y la toma, después de un combate de varias horas, de las Lomas de San Juan y el pueblo de Caney, en los alrededores de la ciudad.

La Unión permanecía revuelta y el país también. En la prensa de ese día se desarrollaba un debate sobre las posibles consecuencias de una feroz venganza por parte de los partidarios de Zamo, y otro, sobre si la escuadra española debía salir, o no, del puerto de Santiago de Santiago de Cuba.

El desconcierto cundió en La Unión a medida que pasaban las horas, más, cuando al medio día fue detenido en Alumbres un ladronzuelo borracho, con un reloj de bolsillo y un gran anillo de plata con un gran carbúnculo en su dedo anular de la mano derecha. Al principio no llamó la atención, aunque eso cambió cuando un número de la Guardia Civil leyó las iniciales grabadas en ambas joyas: «PZ». La tensión subió en la ciudad hasta términos indescriptibles... Intentaron que el pobre infeliz hablara... Solo consiguieron alguna idea suelta sobre un perro quemado, un reloj de

bolsillo y un gran anillo pistola de plata, a sus pies..., de donde los cogió, ante la ausencia de miradas indiscretas.

En la partida de monte de esa noche no hubo otro tema de conversación en la mesa. El miedo al futuro más inmediato se apoderó en cierta forma de los puntos, y no fue una noche ni larga, ni fructífera, desde el punto de vista de las apuestas. Tampoco Antonia y yo tuvimos mucha suerte en la venta de bebidas y tabaco. Parecía como si una manta de incertidumbre hubiese cubierto La Unión, y paralizado a sus habitantes.

Nos acostamos temprano, y dormí sin descanso, hasta que un sonido inconfundible, junto a mi ventana, me despertó. Eran cerca de las cinco de la mañana del tercer día de julio, todavía con la noche cerrada.

—¡Alma! ¡Alma!

La voz se oía bajita, casi como un susurro, aunque era inconfundible.

—¿Roberto? ¿Eres tú? —dije, desde la seguridad del otro lado de la ventana de mi habitación.

—Sí.

—Espera, ahora te abro.

Me acicalé todo lo posible, a pesar de las prisas, y me cubrí casi sobre la marcha, para dirigirme a la puerta principal. Sentía mucha curiosidad. No lo había vuelto a ver desde el último día del mes pasado, y me extrañaba una ausencia tan larga, en sus días de estancia en La Unión.

Al abrir, encontré a un Roberto cambiado, envejecido, casi diez años, en apenas sesenta horas.

—Hola Alma —dijo al entrar en mi casa.

—¿Qué pasa? —comenté algo alarmada.

—Disculpa, no son horas... Lo sé.

Silencio angustioso.

—No podemos perder más tiempo. Arréglate —me dijo—. Yo recogeré los utensilios utilizados en las partidas de cartas, y en cuanto estés lista, nos vamos —comentó con palabras de prisa.

—¿A dónde? ¿Por qué?

—Hazme caso Alma, por favor. Te lo cuento por el camino.

Se le veía excitado, y a la vez tranquilo. Ese detalle calmó también mis nervios.

—No debe quedar nada, coge las cartas, la mesa de juego, los tapetes, las botellas y el tabaco.

—¿Por qué?

—No seas impaciente. Luego te lo explico, confía en mí.

Me arreglé cuanto pude, al menos para parecer decente. Ayudé a Roberto a subir todo en su tartana, introduje en la habitación una mesa del patio, y con unos pocos retoques, reconvertí aquella sala de juego en un pequeño comedor familiar.

—Así está bien —dijo Roberto situado junto a mí.

—Cuando volvamos, la acondicionaré todavía mejor.

Me senté en el pescante junto a él, con las piernas y los brazos relajados y con la espalda muy recta. Cuántos recuerdos me vinieron a la cabeza. No habían pasado ni ocho meses desde nuestro primer viaje, y parecían años.

Roberto apenas habló durante el trayecto. Intenté comentar con él la desaparición de Zamo, mas, rehuyó ese tema de conversación, en cada uno de mis intentos. Me explicó la razón de esa salida nocturna, sin ser muy explícito, y yo no insistí. Mi confianza en él permanecía intacta.

Sentada a su lado me percaté de cierta torpeza en sus movimientos, como si le dolieran todos los huesos, y de un detalle, casi no podía mover su brazo izquierdo, pegado a su cuerpo. Busqué y encontré a Rufus, unos metros por delante del carronato, con el cuerpo algo retorcido, el paso más lento de lo habitual, y un mural de feas cicatrices por todo el cuerpo.

—¿Qué le ha pasado? —dije señalando a Rufus.

—Una riña, cosas de perros.

—¿Qué le pasó al otro?

—No vi la pelea.

La sospecha ya había anidado con fuerza en mi cabeza, mas, ante el fracaso de mi primer intento, tomé la vía directa.

—Roberto —dije, girando un poco mi cuerpo para poder mirarlo a los ojos—. ¿Has tenido algo que ver con la desaparición de Zamo y la muerte de su perro y sus dos guardaespaldas?

—No —contestó de forma categórica—, aunque me alegro. Ahora viviremos más tranquilos.

—No sabemos si está muerto o escondido —puntalicé.

—Eso es lo de menos. No está, con eso me vale.

No dije más. Ya intuía lo sucedido o eso creía.

Al salir de casa, bajamos por la de Numancia hasta la calle Real, cogimos la carretera en dirección a El Algar, todavía con la noche cerrada, y después de casi una hora de viaje, llegamos

a un paraje abandonado. Roberto detuvo su tartana junto a la boca de un pozo, rodeada por una pared de mampostería. Ni siquiera hoy en día sabría volver a ese sitio.

—Este pozo está abandonado y lleno de agua en su mayor parte. Es perfecto.

Sin decir más, tiró los objetos, uno a uno, al interior. Yo permanecía sentada en el pescante, en silencio, observando los movimientos de mi amigo, y sin reprimir unas lentas lágrimas. Con cada golpe en el fondo sentía la desaparición de una parte de mis esperanzas, de mis fuerzas y de mis sueños.

—¿Seguro que nadie nos ha visto?

—Nadie merodea por estos parajes a estas horas. Estuve aquí hace dos días, y pude comprobarlo.

Silencio.

Roberto ni se inmutó. Aguantó mi mirada unos segundos, y después, dio la orden a la mula, de arrancar el paso. El camino de vuelta fue más rápido, mas igual de silencioso, y llegamos a casa pasadas las seis y media de la mañana, justo antes de la salida de las primeras luces del alba.

—Alma, yo parto en este momento para Alhama de Almería.

Silencio inquietante.

—Hoy debes mantener la calma y actuar con naturalidad.

—¿Puedes decirme ahora qué ha pasado? —pregunté sin muchas esperanzas de obtener una respuesta.

—Alguien te ha denunciado a la Guarda Civil por organizar partidas clandestinas. Solo sé eso, no puedo decirte más.

—¿Quién?

—No insistas, por favor —me dijo con una mezcla de cansancio y de súplica en su mirada—. Y tampoco importa ahora. Cualquiera de los amigos de Zamo o él mismo.

—¡Dios Mío!

—Mantén la calma, y todo saldrá bien. Nos hemos desecho de las pruebas. Nada te relaciona ya con los juegos prohibidos.

—Revisaré todo a fondo.

—Alma, nada va a ser igual a partir de ahora. Debes ser consciente de eso. Volveré a mediados de mes, y hablaremos de tu traslado a Alhama.

—¿Tan grave es la situación?

—Lo vas a comprobar tú misma. Eres una mujer fuerte, e inteligente y sabrás actuar en consecuencia.

—Nos vemos a mi vuelta. Cuídate mucho y da muchos besos a los niños.

Me abrazó o lo abracé, no lo recuerdo, y permanecimos en esa posición unos largos segundos, con evidente tensión.

Me reprimí.

Se reprimió.

«Adiós, Roberto», dije ya para mí al verlo alejarse calle abajo, y en cuanto dobló la esquina de nuestra calle, me acerqué a casa de Julieta.

Encontré a Julieta despierta, ocupada en tareas domésticas. Le hablé de mi aventura nocturna y las dos decidimos ir a mi casa.

A las nueve y media de la mañana despertamos a los niños, preparamos el desayuno y esperamos, como si fuera un día normal, el devenir de los acontecimientos.

A esa misma hora y ese mismo día, el 3 de julio, en Santiago de Cuba, el Almirante Cervera siguió al pie de la letra las instrucciones de Madrid y salió del puerto con la escuadra pegada a la costa, sin poder contar con el cincuenta por ciento de su artillería, y debiendo enfrentarse, cada barco español, a varios norteamericanos de forma simultánea.

El recibimiento a cañonazos no se hizo esperar mucho. No hubo gran desproporción en las fuerzas combatientes, aunque sí en los resultados y en los daños de la batalla. La contienda acabó a las dos de la tarde, cuando el Cristóbal Colón, embarrancó a sesenta millas al oeste de Santiago, y arrió el Pabellón. Ningún barco español se hundió, mas, fueron varados y abandonados por sus mandos, incluido el Vizcaya, aquel impresionante crucero que mis hijos y yo contemplamos, a su salida del puerto de Cartagena, el día de nuestra llegada.

La invasión de mi casa ocurrió un poco más tarde, a eso de las doce de la mañana de ese mismo día. Antonia entretenía a sus hermanos con juegos en el patio, mientras Julieta y yo compartíamos en la cocina los preparativos de la comida. Llamaron a la puerta, y acudí a abrir con el ánimo dispuesto, y en guardia.

—Buenos días, señora. Soy el teniente Juan Flores.

—Buenos días —dije con una calma inesperada—. ¿En qué puedo ayudarle, teniente?

—Debemos registrar su casa. Hemos recibido una denuncia sobre una partida de monte celebrada aquí anoche, y nuestra obligación es comprobarlo. Disculpe las molestias, de antemano.

Guardé la compostura, según me había pedido Roberto.

—Adelante, pasen.

Entraron en tropel, al menos diez números de la Guardia Civil, con su oficial al frente, directos a la antigua sala de juego. Sabían dónde ir y allí se tomaron su tiempo en el registro. Ante su sorpresa, no encontraron nada, y entonces revisaron las demás habitaciones. Procuraron ser cuidadosos y, aun así, hubo muchos destrozos.

Al no hallar nada en mi casa, invitaron a Julieta a llevarlos a la suya, y también la destrozaron en su búsqueda inútil.

Todo acabó a las dos de la tarde. Ellos se fueron ilesos, aunque heridos en su orgullo. Nosotras nos quedamos heridas en nuestro corazón.

El resto del día discurrió sin más incidentes, ni sobresaltos. No quise pensar demasiado sobre lo ocurrido. Ya recapitularía al día siguiente, y tomaría una decisión sobre mi futuro.

Esa tarde disfruté en compañía de mis hijos. Hice agua de romero, lavé los cabellos de mis hijas y los cepillé con la infusión, preparé manzanilla para calmar la hinchazón de los ojos de Julieta, y puse a los niños a preparar los borrachillos típicos de Alhama de Almería. Antonio, Miguel y Josefa mezclaron, a ritmo lento, en un recipiente grande de barro, un vaso de aceite, uno de vino blanco y medio de anís. José Antonio y Elena añadieron, poco a poco, la harina, hasta formar una masa aceitosilla con sus tiernas manos, mientras Manuel y Ana María preparaban bastones de unos veinte centímetros, para que Miguel, José Antonio, Antonio y Elena, los cuatro artistas, confeccionaran con ellos unas trencillas artesanas. Al final, Antonia y yo las freímos, con aceite no muy caliente, las escurrimos y luego, sin enfriar, las bañamos en azúcar. Alrededor de esta escena, Huesos se movía aportando su granito de arena, como uno más de la familia.

El 4 de julio, el Consejo de Ministros, en sesión de crisis, tomó conciencia de la inutilidad de esa guerra insensata, sin posibilidad de triunfo, y decidió negociar la paz. Con la derrota de Santiago de Cuba, España se había quedado sin marina de guerra, como en Trafalgar, y se consumó la pérdida de las colonias.

Mi vida se venía abajo a mí alrededor, y yo, como Atlas, decidí cargar con los pedazos en mi espalda. Ese día me reuní con Julieta y con D. Segismundo, aún convaleciente, en su habitación del hospital. Esa reunión de los tres era lo más parecido posible a una sesión de crisis en mi mundo, a falta de Roberto, y después de muchos abrazos y lloros, analizamos la situación, y me ayudaron a tomar la resolución más sensata. Sin más dinero procedente de las partidas de cartas, ni más clientes de mis preparados, pociones y ungüentos, casi fichada por la Guardia Civil, o al menos bajo sospecha, amenazada por el desaparecido Zamo, y en boca de toda la ciudad, pronto surgió la única acción posible, la más sensata. Mi regreso a Alhama de Almería.

De esa forma se consumó, o eso creía yo entonces, la destrucción de mi sueño de completar lo iniciado por Ramón unos años atrás.

Al día siguiente de la debacle de Santiago de Cuba, la prensa reaccionó en varias direcciones. Con dolor y humillación por la derrota, y una unánime petición de responsabilidades; con autocrítica, por haber estado desinformada y haber contribuido a un temerario clima belicista; con un decidido impulso por la prudencia, la tolerancia y la búsqueda de la paz; y sobre todo, tal y como el gobierno había temido en caso de derrota, con una fuerte reacción contra el régimen de la Restauración, llegando a pedir, incluso, la refundación del país, como había ocurrido en la vecina Francia después de la derrota de Napoleón III en la batalla de Sedán.

En mi caso, yo era la mayor crítica de mis actuaciones. No me sentía orgullosa, al menos en ese instante, mas tampoco arrepentida, ni mucho menos, y mi situación requería, en mi opinión, un único movimiento, remar hacia adelante.

53

El 5 de julio visité a mi tío Francisco en su casa de la calle Méndez Núñez. Él residía en el primer piso, con su mujer y sus nueve hijos, y en la planta baja tenía su oficina, desde donde gestionaba las fincas urbanas y las explotaciones agrícolas de su cuñado, y sus propios negocios, cada vez más numerosos.

El ayuda de cámara me acompañó a su encuentro, y mi tío me recibió en su despacho. Era una sobria y elegante habitación, sin apenas elementos decorativos en las paredes, con una mesa de despacho inglesa, dos sillas y un sillón, estilo imperio. Cuando entré, mi tío se levantó de su sillón y se acercó a la puerta para recibirme.

—Buenos días, Alma. Es un placer verte.

—Buenos días. Lo mismo digo.

—¿Quieres tomar algo? —me dijo de pie, junto a mí.

—No, gracias.

—Eso es todo, Ángel —dijo, dirigiéndose a su ayuda de cámara.

—¿Prefiere no ser molestado el señor?

—Sí, lo agradecería, Ángel.

—Como usted guste, señor —dijo Ángel, cerrando la puerta a su salida.

Nos quedamos solos, y me ofreció sentarme en una de las dos sillas situadas frente a su escritorio. Él lo hizo en la otra.

—¿A qué debo esta visita? —preguntó con mucha dulzura.

—He venido a darte una noticia que te alegrará. Llevas tiempo queriendo escucharla de mi boca —dije sin un ápice de arrepentimiento.

Me detuve, quería comprobar su reacción.

No se inmutó, a la espera de la conclusión de mis palabras.

—Vuelvo a Alhama de Almería. Haré los preparativos en estos días y partiré en la segunda mitad del mes.

Él continuó con su rostro serio.

—¿Qué pasa? No parece alegrarte.

—Me alegro, Alma, es lo mejor para ti y tus hijos. Alhama de Almería, es un paraíso para la educación de los niños, diferente de esta tierra de codicia y pillería.

Silencio ensombrecido.

—Te confieso una cosa, Alma. Creo que La Unión pierde en este envite. Esta ciudad necesita gente como tú, fuerte y valiente, sin miedo a luchar por sus sueños, para dirigirla hacia una nueva sociedad.

Sus palabras me ruborizaron.

—Yo te voy a echar de menos, y la ciudad también, aunque algunos no lo sepan ver o no hayan querido verlo todavía.

—He llegado a un callejón sin salida, y la única opción es volver a mis orígenes. Te aviso además con antelación, tal y como establece el contrato de alquiler.

—No te preocupes por eso.

—Me gusta hacer bien las cosas.

—...

—...

—Lo siento de verdad. Será duro para ti. He sabido de la redada en tu casa dos días atrás, no encontraron nada, ¿verdad? —me preguntó.

—No, Roberto me avisó a tiempo. Desconozco quien se lo dijo a él.

—Me alegra mucho oír eso. No quería verte a disposición de la justicia o en la cárcel.

—Estoy aquí, libre, gracias a un benefactor anónimo —en ese instante aprecié una casi invisible sonrisa en su rostro—, aunque mi situación ya es insostenible. Estoy sin ingresos, y tengo a media ciudad en mi contra, por razones de sobra conocidas por ti.

—Es injusto.

—¿Quién habrá hecho la denuncia? —preguntó mi tío.

Silencio.

—Los partidarios de Zamo, seguro —se contestó a sí mismo—. Es una forma de venganza, ante la sospechosa desaparición de su jefe.

—Ya no me importa. Su venganza es del pasado, y la mía del futuro.

—Tu padre se pondrá contento.

—Seguro. ¿Se sabe algo más de Zamo? —pregunté.

—Llevan ya tres días organizando varias batidas por la sierra, y no han encontrado ninguna pista sobre su paradero. Hay quienes dan por hecho su huida a otra ciudad, a reponerse de sus heridas, y otros buscan su cadáver y claman venganza por su asesinato.

—¿Sus heridas?

—El análisis policial del lugar donde fueron encontrados los cuerpos del perro y de sus dos guardaespaldas, y el análisis forense, hecho por el médico, Ponciano Maestre, hermano del alcalde, sugieren la existencia de una dura lucha, entre su Alano Español con otro perro de poderosas mandíbulas, y la de Zamo, cuerpo a cuerpo, con otro hombre.

—¿Pueden saber eso sin el cuerpo de Zamo?

—Te sorprendería cómo se averiguan muchas cosas de un crimen o de una pelea, incluso sin un cadáver.

—¿Se ha identificado al contrincante?

—No. Uno de los dos debió debelar al otro, más se desconoce quién a quién. De Zamo no se tienen noticias, y no se sabe todavía la identidad del otro contendiente.

—¿Nadie sospecha nada? —pregunté con intención.

—No hubo testigos. La pelea debió celebrarse en algún lugar apartado y oscuro. Quizá en la propia puerta del cementerio. Allí, de noche, no hay nadie.

—...

—...

—A propósito, me alegra tu visita. Me has ahorrado un viaje... Tengo algo para ti —dijo mientras abría el primer cajón de su escritorio, y ponía sobre la mesa un sobre de papel granulado, color verde claro y de cierto grosor, lacrado con las iniciales «PW».

Extendió su brazo y me lo dio. Al abrirlo, el propio sobre se convirtió en una cuartilla plegada y en el cuadrante central, escrito en letras doradas tipográficas, había un texto marcado con unas letras góticas dibujadas a la perfección.

—¿Y esto?

—Una invitación.

—¿A qué?

—Pío va a celebrar, en la noche del diez al once, una gran «madrugá» flamenca por su santo y cumpleaños, y ha pensado en invitarte.

Se detuvo, mas, al ver mi cara de incredulidad, prosiguió.

—Tómalo como un agradecimiento por la mejoría de Rosario. Tu tratamiento fue efectivo, y la niña se encuentra sana y salva.

Sorprendida, le pregunté.

—¿Le comentaste al final mi intervención?

—En cuanto su hija dio señales de mejoría. Mi cuñado no es persona a quien le guste ocultar nada, ni ser él la víctima de un encubrimiento, más de lo necesario.

—¿Y qué dijo?

—Se alegró mucho. Él me había dado carta libre para utilizar todos los medios necesarios, y yo lo hice.

—¿Y mi fama? ¿Y la acusación de Antonio?

—No conoces a Pío. Lo primero no le preocupa, y lo segundo deberás hablarlo en persona con él. El día diez tendrás una buena oportunidad.

—Entonces, ¿crees que debo ir?

—Él te ha invitado. Rechazarlo sería una ofensa innecesaria.

—Me refiero a si no será una invitación por compromiso.

—Mi querida Alma, conozco a mi cuñado desde hace muchos años, y no hace nada por compromiso.

—Está bien, iré.

—Yo también estaré allí. Tal y como dice la invitación, primero hay una cena bufé para la familia y unos pocos invitados, sobre las diez de la noche, y luego una fiesta flamenca con los obreros de mi cuñado, y con grandes cantaores flamencos. Ellos llegarán andando, sobre las once y media, y la mayoría se quedarán hasta bien entrada la mañana. Allí estarán Rojo el Alpargatero, Antonio Chacón y Perico Sopas. Son buenos amigos de Pío, y no se perderán esa cita. A lo largo de la madrugada se sirven un par de cenas frías, y la fiesta termina con un desayuno opíparo a eso de las nueve de la mañana del día siguiente. Es una fecha esperada por mucha gente. Y más este año. El pasado no se celebró por estar Pío de viaje por Europa, y tiene pendiente la celebración de su cincuenta cumpleaños.

—¿A qué hora debo estar allí?

—Un carruaje te recogerá a las nueve en punto. Mi cuñado quiere charlar contigo un momento antes de la cena.

Salí de allí, agradecida, por tener la oportunidad de despedirme de D. Pío y, sin embargo, con una

sensación algo extraña. Desconocía sus motivos. Pedirme explicaciones por el asunto de su hija, agradecerme la curación de Rosario, o solo despedirse, y darme la enhorabuena por tomar la mejor decisión. «La Unión no es una ciudad para una mujer viuda con ocho hijos», me diría con educación, por supuesto. «Debes estar orgullosa de haberlo intentado», añadiría, «ya es hora de regresar a casa y proporcionar a tus hijos un hogar más seguro». Así terminaría su discurso. Podía anticiparme. En el fondo, casi todo el mundo en la ciudad tenía ese pensamiento, aunque nadie se había atrevido a decírmelo, aparte de mi tío ¡Pobre tío Francisco! Le había tocado lidiar con la más terca de la familia.

Al final dejé de martirizarme, y decidí esperar al día diez para conocer sus verdaderas intenciones. Quería llegar a casa a contarle la noticia a Julieta.

El destino me tenía preparado nuevos cambios inesperados.

Encontré a Julieta cubierta de júbilo. Entre las dos jugábamos de forma habitual, un número de la lotería, el «16408», y el día anterior había tocado en La Unión. Doce mil pesetas a repartir entre los agraciados.

Julieta se lo había comprado al popular Ángel el Ciego, un vendedor situado en la esquina de la calle Méndez Núñez con la calle Mayor, y él le había dado la buena noticia apenas unos minutos antes. Las dos llevábamos cincuenta reales de participación en un décimo. El premio no nos haría ricas, mas, ahuyentaría los apuros. Me alegré por Julieta. Ese dinero extra pintaría de color, unos cuantos años del resto de su vida.

Esa tarde fuimos a darle la buena noticia a D. Segismundo. Lo pillamos leyendo un libro titulado, Nieblas de la Historia, de José Gómez de Arteche. La mejor señal de su mejoría, en mi opinión. En unos días le darían el alta, según nos dijo el médico, aunque la recuperación sería lenta y necesitaría mucha ayuda.

Julieta se ofreció a acogerlo en su casa. Fue un ofrecimiento espontáneo, salido del corazón, sin meditarlo. Uno de esos actos inspirados, de dentro, muy de dentro, como el cante jondo, tan amado por D. Segismundo. Julieta no se arrepentiría nunca de esa decisión, a lo largo de esos ya coloreados años del resto de su vida.

Los siguientes días fueron de espera y de ilusión, hasta que el día 10, a las nueve de la noche, el Landó de D. Pío, tirado por dos caballos color azabache, se situó en la puerta de mi casa.

Julietta me ayudó con los últimos retoques de mi sencillo vestido en tonos verdes, comprado en un barato en el mes de febrero, salí de casa, y una vez acomodada en el interior, entre fina tapicería roja, el carruaje inició la marcha. No tardamos mucho en llegar a Villa Dolores, en un viaje al estilo de una señora de la alta sociedad.

Los grandes pinos del camino de entrada de la finca me recibieron engalanados por farolillos y antorchas, creando un ambiente muy especial, en aquella calurosa noche de verano. Recorrer aquel camino fue reconfortante.

Talí me recibió en el porche de madera de la casa principal y me acompañó hasta el despacho de D. Pío.

Se veían mesas, cubiertas con manteles de blanquísimo lino y exclusivos manjares, repartidas por el hall de entrada. En un primer vistazo distinguí un gran recipiente de barro con caldo de pelotas, platos con todo tipo de quesos, empanadas de liebre, chuletas de cerdo al chocolate, jamón serrano, rodajas de carne mechada y un gran cesto de mimbre repleto de bollitos de pan caliente. La presentación era impresionante.

Enseguida reconocí el despacho, por las cartas de Ramón. Unos pocos muebles creaban un ambiente solemne, aunque acogedor. Una mesa de caoba americana, con una barra de plomo a sus pies, presidía la estancia, y sobre ella convivían una escribanía de metal con tintero y arenero, una carpeta de cuero con las iniciales «PW», una caja de madera para correspondencia, un depósito de agua y brocha para cerrar cartas y un quinqué de hierro con pantalla de porcelana verde. A su izquierda se distinguía otra mesa de madera con una prensa de hierro para copiar cartas y una tercera con seis cajones y una piedra de mármol verde repleta de marcos dorados y negros con fotografías de su familia y de algunos políticos republicanos como Gumersindo Azucárate, Emilio Castelar o Nicolás Salmerón. En una de las paredes, frente a frente con dos cuadros de Lucas Villamil, se distinguían un mapa de España y otro de la sierra minera de Cartagena y La Unión. Y detrás de la mesa, enmarcado por un escupidero de piedra y una papelera de mimbre, un portier verde aceituna, enganchado en un alzapaño, permitía el reflejo de la tenue luz lunar en la estancia. Todavía no sé por qué, pero me sentía cómoda en aquel lugar.

—D. Pío vendrá enseguida —me dijo Talí—. ¿Quiere usted tomar algo mientras? ¿Quizá un vaso de agua fría?

—No, muchas gracias—. En ese mismo instante recordé y vi, casi escondida en una esquina, la nevera inglesa descrita por mi marido.

Talí salió y yo me senté en uno de los sillones junto a la ventana. Desde allí podía observar la

belleza de la entrada principal de la casa, engalanada e iluminada por antorchas, en espera de los invitados.

No llegué a estar ni cinco minutos sola.

D. Pío entró en la habitación con mucha naturalidad en todos sus gestos y me regaló una sonrisa sincera. Mis nervios se disiparon. Vestía un pantalón negro y una camisa blanca inmaculada. Estaba bien portado. Su elegancia natural transmitía seguridad y confianza, y su presencia tenía algo de embriagador.

—Hola, Alma. Bienvenida a mi casa. Gracias por aceptar mi invitación.

—Buenas noches, D. Pío, gracias a usted por invitarme.

—No me trates de usted, por favor, te lo ruego.

—Lo intentaré, aunque el usted me sale solo en su presencia.

—Te lo ruego, es solo para no sentirme tan mayor a tu lado.

Esbozó una sonrisa alargada y contagiosa por unos segundos, y enseguida retomó la conversación.

—Es un placer tenerte hoy con nosotros, mas, ya me he enterado de tu decisión de regresar a Alhama de Almería.

—Sí, por desgracia mis asuntos en La Unión no han ido tan bien como yo quería.

—Se podría hablar mucho sobre eso. Quizá otro día... Déjame primero darte las gracias por tu ayuda con mi hija Rosario. Ya está recuperada, y te estoy muy agradecido. No hubiera podido soportar la muerte de otro hijo... Me gustaría pagar tus servicios.

Silencio de respeto.

—No me debes nada. Ha sido un placer ayudarte —dije, haciendo un verdadero esfuerzo para no volver al tratamiento de usted—. Soy yo quien quisiera pedirte disculpas por el malentendido con tu hijo Antonio.

—¿Te refieres a la poción para simular el ataque de epilepsia?

—Sí.

—No te preocupes. Sé que no fue culpa tuya. Conozco a la perfección a mi hijo Antonio, y nunca dudé de tu inocencia, a pesar de su acusación... ¿Cuántos hijos tienes, Alma?

—Ocho.

—Pues créeme una cosa, son el mayor tesoro de esta vida y también la mayor fuente de disgustos y sufrimiento, empero, son nuestros hijos.

—Ese asunto me tenía intranquila. Le agradezco su confianza. —Volví al usted de forma inconsciente.

—Alma, yo no voy a juzgarte por tu amistad con mi hijo, ni siquiera por tus negocios con él. Me parecen admirables tu ímpetu, y tu fuerza por salir adelante, aunque, en mi opinión, equivocaste tu elección de socio.

Aquellas palabras me reconfortaron.

Silencio cómplice.

—De hecho, quisiera proponerte un negocio.

—¿Usted? ¿A mí?

—Sí, has oído bien. Yo, Pío Wandosell, quiero proponerte a ti, Alma Morales, un negocio conjunto —dijo, con cierta sorna.

—Me deja petrificada —comenté, todavía impresionada por la oferta. El respeto y la admiración me impedían tutearle de nuevo.

—He adquirido hace poco una nueva explotación minera en El Algar, denominada La Iberia, y quiero crear una sociedad para su explotación y laboreo, con un capital de mil pesetas en cien acciones. Tendríamos la mitad cada uno, y la dirección quedaría por ahora a mi cargo, con la idea de pasártela a ti en un plazo breve, el suficiente para coger las riendas del negocio cuando tú te sientas segura. Ambos nos haremos cargo de los repartos pasivos acordados, y de los productos liquidados se separará una parte para su custodia en la caja de la sociedad, como fondo de la mina. Eso sería en términos generales... Si aceptas, mi abogado se pondrá en contacto contigo para los detalles. Solo falta buscar un nombre para la sociedad.

Silencio atónito.

—¿Qué te parece?

—Me siento abrumada. Yo, una mujer, ¿propietaria y directora de una explotación minera?

—No sería la primera vez. Uno de los mejores propietarios mineros de esta sierra fue una mujer, Brígida Sandoval. Yo guardo un profundo respeto por ella.

—¿Qué te parece mi oferta? —repitió.

—Trato de hacerme a la idea.

—Yo podría prestarte, sin intereses, para pagar la compra de tus acciones. Quiero tu trabajo, no tu dinero. Pocos hombres tienen tu coraje y buen hacer.

—No hará falta. Por casualidad en estos días he recibido un dinero inesperado... ¿Por qué yo? ¿Por qué me hace usted esta proposición? Yo no sé nada sobre cómo explotar una mina.

D. Pío no dijo nada, se acercó a su escritorio y sacó una carta.

La reconocí enseguida.

—Por esto —dijo, dándomela.

Apreciado D. Pío:

No tengo palabras para agradecerle su cariño, en estos días tan duros para los dos.

Usted ha perdido un hijo, una bellísima persona, según me decía Ramón, y yo he perdido la luz de mi camino.

A partir de ahora caminaré a oscuras, aunque segura de haber tenido la suerte de conocer el amor de mi vida, y agradecida por haber podido compartir unos momentos, con personas de su calidez y humanidad.

«No dudes en acudir a mí, en cuanto necesites algo», fueron sus palabras al despedirnos. Ya forman parte de mí, y le doy las gracias.

Volveremos a cruzarnos en esta vida. Estoy segura.

Le repito mi más sincero pésame a usted, y a su mujer.

Siempre suya.

Alma Morales Calvache

Domingo, 12 de diciembre de 1897

—Ha pasado tiempo desde esa carta —dije después de leerla de nuevo.

Silencio.

—Y ya he decidido volver a Alhama de Almería —precisé.

—No has de contestarme ahora. Tómate unos días. Mi oferta no caduca.

—«Corazón de plata» —dije, mientras depositaba mi mano sobre el colgante de mi cuello.

D. Pío me miró sorprendido, preguntándome con la mirada.

—Es el nombre de la nueva sociedad —dije sin espacio para la duda.

—¿Eso es un sí?

—No, necesito tiempo. Ese es el nombre de la sociedad —repetí.

—Así será pues, y no te preocupes, esperaré a tu decisión.

—Agradezco su paciencia, D. Pío.

—...

—...

—¿Qué te parece si ahora cenamos y luego disfrutamos del baile y el cante? Me gustaría presentarte a mucha gente.

—Casi todos me conocen ya, y no sé si para bien —comenté con repentina timidez.

—Ahora eres mi invitada, Alma. Volverán a conocerte, de nuevo, no te preocupes. También está el presidente Salmerón. Ha venido desde Madrid para compartir este día conmigo, y tiene muchas ganas de saludarte.

Entré en el comedor, cogida de la mano de D. Pío, y todas las miradas se volvieron hacia nosotros.

Qué derecho tenía yo a estar allí. A qué mundo pertenecía en realidad. A la tranquilidad tradicional y estable de la villa de Alhama de Almería, o al río inabarcable de ambición, y codicia desmedida en que se había convertido La Unión, en sus pocos años de existencia. Me sentía con fuerzas para vivir en los dos. No tenía miedo a mi elección, ni a mi destino. Nunca lo había tenido, mas, ¿era de verdad libre en mi decisión?, ¿tenía derecho a condicionar el futuro de mis hijos por seguir mi propio camino? Esas preguntas recorrían los recovecos de mi conciencia cuando entré en aquel salón, de la mano de mi anfitrión.

Aquella situación me trasladó a las tierras de Alhama de Almería donde todo empezó, y a las tardes con Ramón planeando nuestro sueño, hasta que noté un apretón más fuerte, por parte de D. Pío, y entonces, tuve una corazonada, nítida, como el agua recién salida del manantial: nada me apartaría de mi convicción de cumplir con lo prometido a Ramón.

Epílogo

Hasta aquí he podido escribir. Esta es mi historia hasta ese momento, según la recuerdo. He contado cosas y he omitido otras en función del capricho de la memoria y de mi capacidad para escribirlas... Aquí se cierra esta historia, mas, no este diario. Quedan muchas imágenes por narrar.

Espero tener la fuerza necesaria para seguir haciéndolo. Ha pasado mucho tiempo y, recordándolo, me pregunto si fui yo quien lo vivió. Me resulta extraña a mí misma.

Quizá lo haga, o quizá no

Qué sentido tiene volver a vivir lo sufrido, volver a sentir lo vivido, volver a escribir lo ya escrito, aunque sea en el viento.

Quizá lo haga, o quizá no.

En Madrid, en una tarde de julio de este año de recuerdos.

Alma Morales Calvache

Apotecario (remedios) de viaje de Alma Morales Calvache

Antiinflamatorio y cicatrizante: se maceran en un recipiente opaco, durante cuarenta días, unas flores de caléndula cubiertas con aceite de oliva, y un chorro de aceite de girasol y lavanda, y después se filtra.

Calmante: se cocina raíz de valeriana en agua hirviendo durante cinco minutos, se deja reposar otros diez, y se cuela.

Catarro: se disuelve conserva de amapola en agua común y se mezcla, despacio y con suavidad, con polvos de guteta, jarabe de cortezas de cidra y láudano líquido.

Cólico: se hace una mezcla líquida con aceite de almendras dulces sin fuego, unas cortezas de cidra, cocimiento de manzanilla, jarabe de Althea, láudano líquido y tintura de castor.

Cuidado de manos: se maceran, hasta adquirir consistencia cremosa los siguientes elementos: cera de candela, aceite de almendras, jugo de cebolla, aceite de oliva y jugo de rosas.

Depurativo y laxante: se cocina un manojo de hojas de sen, durante cinco minutos, en agua hirviendo, a continuación, se dejan reposar otros diez minutos, y finalmente se cuelean.

Disentería: se hace con paciencia una mezcla líquida con agua común, cuerno de ciervo, diascordio, polvos de madreperlas y jarabe de cortezas de cidra.

Diurético: se pone agua al fuego y cuando está hirviendo se añade el polvo de flor de arenaria, se cocina cinco minutos, se deja reposar otros diez, y se cuela.

Dolor de cabeza: se maceran en un recipiente opaco, durante quince días, una corteza de limón, flores de melisa, nuez moscada, semillas de cilantro, romero, raíz de angélica, clavos de olor, esencia de menta, agua y alcohol, y se filtra.

Dolor de estómago: en una arroba de vino de uva blanca caliente se lava un trozo de lana sucia blanca, se exprime para que la grasa de la lana caiga en el vino, se cuece a fuego lento, y se añade cera virgen hasta que adquiera consistencia de pomada.

Dolor de garganta: se cuecen en agua raíces de angélica machacadas hasta que se

evapore la mitad. A continuación, se saca del fuego, se añade miel, se clarifica, se cuela y se colocan otra vez en el fuego hasta que adquiera consistencia de jarabe.

Dolor de pecho: se hace con lentitud una mezcla con esperma de ballena, aceite violado y aceite de almendras dulces sin fuego, hasta que adquiera consistencia de pomada.

Fiebre: se hace una mezcla con sal de ajenjos, polvos de quina, jarabe de achicorias, benedicta laxativa y ruibarbo.

Flato: se mezcla jarabe de goma con granos de magnesia.

Heridas y llagas: se calienta a fuego lento una mezcla de vino tinto, aceite de oliva y sumidades de romero, agitando hasta que desaparezca la humedad, se pasa por un paño y se filtra por papel.

Lombrices: se hace una mezcla líquida con sal de ajenjos, aceite de almendras dulces sin fuego y oximiél.

Para evitar pérdida de leche materna: se cuecen polvos de hojas de salvia en agua común, al llegar a hervir se añade infusión de manzanilla, se retira del fuego y se tapa.

Promover la excreción de la orina: se calientan a fuego lento unos alacranes sumergidos en agua hasta evaporar la humedad, se pasa por un paño, y se filtra por papel.

Quemaduras: se cuecen hojas de yedra en aceite de oliva, hasta que se pongan rojas, se sacan entonces del fuego y se añade cera hasta que la mezcla adquiera consistencia de pomada.

Ronquidos: se macera en un recipiente opaco, durante quince días, una mezcla de aceite de oliva y ruda y después se filtra.

Sedante: se pone agua a calentar, se introducen unas hojas secas de Beleño cuando está hirviendo, se enfría y se filtra.

Tisis: se mezcla ácido arsenical, carbonato de sal depurado, ácido cynamílico y agua destilada. Se cuece este compuesto hasta su solución y después se añade cognac y extracto aceitoso de láudano, se disuelve y se filtra.

Tónico y vitalizante de la piel: se maceran en un recipiente opaco, durante unos veinte días, pétalos de rosa, piel de naranja, hojas de menta, lavanda, cedro y alcohol, y después se filtra.